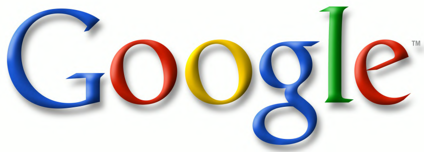




Harvard College Library



FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

GUILLERMO.

Memorias de un Estudiante.

(NOVELA MEXICANA)

POR

ALEJANDRO VILLASEÑOR Y VILLASEÑOR.



MEXICO.

TIPOGRAFIA DE "EL TIEMPO."

Cerca de Santo Domingo Núm. 4

1897



PROLOGO.

EL escribir este pequeño libro he querido conservar el recuerdo de una época de la que los hombres todos, al hacer reminiscencias de ella, experimentan profunda alegría y satisfaccion, pues es de todas por las que han atravesado en su existencia, la más hermosa, la de los gratos y puros recuerdos de la adolescencia, la en que extraños aún á los artificios, pequeñeces y mentiras de la vida social, en la cual no están iniciados todavía, se abandonan á los impulsos francos y generosos de su corazon y de sus sentimientos, y á nada temen, nada les

arredra y desafían la suerte sonriendo, y burlándose de ella cuando se les presenta con rostro adverso.

Poner ante la vista de cada uno las pintorescas y variadas escenas de la vida estudiantil con sus travesuras ingeniosas é inocentes, sus *arranqueras* con tan buen humor y con tanta filosófica conformidad sobrellevadas; sus apuros y sus cuitas al oír gritar la castaña y al presentarse ante sus jurados; las mil y mil peripecias, en fin, por que todo estudiante ha pasado durante los mejores años de su existencia, es curioso é instructivo, y por ello me he resuelto á darlo á conocer.

Y al lado de estos cuadros amenos y animados, de los que todo estudiante fué actor y espectador, presento aquellos sucesos que en el transcurso de varios años hicieron que el colegial tirase el *Ortolan ó el Ganot, el Código* ó la *Anatomía*, para empuñar una arma ó la pluma; abandonase la cátedra para acudir al club; no se cuidase de las diabluras en el aula sino para hacerlas en las calles, tirase en vez de bolas de miga, piedras

ó balazos; olvidase que era un muchacho travieso y jugueton para creerse un hombre formal; relato estos acontecimientos que se llamaron LA HUELGA y la DEUDA INGLESA, y en donde el estudiante se viera tratado como una potencia formidable, adulado, agasajado, perseguido, befado, aherrojado; y por último, aniquilado ante sus sinodales, más temibles y severos que jueces, teniendo delante á reo empedernido y execrable. Narro aquí estos sucesos con la exactitud de un testigo ocular y la imparcialidad de un observador concienzudo, para dejarlos consignados todos juntos en un libro y que no se olviden fácilmente dispersos como están; para que los actuales y los futuros estudiantes al leerlos vean hasta dónde conducen el ardor y entusiasmo juveniles, y el papel que los que ya somos hombres, desempeñamos siendo niños en la tragicomedia eterna de la patria historia, escribiendo en ella una brillante y bellísima página, que nadie podrá borrar; y para que usando de nuestra experiencia dejen el ejercicio de sus

derechos para cuando la época les llegue y en tanto, sólo se ocupen en adquirir ciencia y formar sólidamente sus opiniones políticas á fin de que un día las tengan firmes y las traduzcan en hechos con energía y perseverancia.

Y si las líneas de mi libro á veces resultan demasiado precisas y llegan hasta bosquejar un retrato ó esbozar una figura, indicando un nombre que brotará de muchos labios ó que escribirá mi pluma, no arrugue el entrecejo el aludido ni á ofensa ó mala voluntad lo atribuya, que sólo tomaré de él lo indispensable para no dejar el conjunto incompleto y trazar un boceto que sin ser rayano en lo ridículo, me ayude á formar un tipo; no se altere le repito, que sus opiniones actuales, sean las que fueren, no se verán heridas, y tenga siempre presente que mi mayor anhelo es que al leer estas páginas olvide por cortos momentos el agitado presente para vivir en los recuerdos y emociones del bello pasado; y sobre todo, el de poder tener la satisfaccion de estre-

char con franqueza y alegría las manos de mis antiguos compañeros, aunque el tiempo pase, á pesar de que la ausencia haya sido larga ó no obstante que nuestras tendencias y caminos sean antagónicos.

Noviembre 20 de 1893.



CAPITULO I.

—

LAS PRIMERAS LETRAS.

Yo nací para estudiante.

Los mejores y más floridos años de mi vida los he pasado en constante estudio, y cuando no en las aulas y al lado de maestros mercenarios, he leído con atencion profunda y curiosidad religiosa, en las admirables páginas de ese inmenso libro que se llama el Universo, y que Dios ha puesto ante nuestros ojos para que conozcamos sus obras y aprendamos por nuestro propio esfuerzo, la ciencia de la vida y el objeto con que cruzamos por el mundo.

Y ese aprendizaje, en tanto que mi vida pasa, será más fructífero y detenido, porque á la ciencia nueva ayudará la experiencia que cada suceso, cada cana me irá trayendo; y cuando esté en el ocaso de la existencia y dirija la vista atrás, no veré en aquella sino un perpetuo estudio, una constante observacion y la conviccion profunda de que el hombre es un peremne estudiante.

Pero ántes de que ese tiempo llegue y mis recuerdos al ir acumulándose en mi memoria se hagan confusos é imperceptibles, quiero dejar aquí fotografiados veinte años de mi vida, para que al leerlos en la ancianidad, no se me escape ni un solo detalle, ni un episodio, y me crea transportado en sueños á aquella dichosa edad.

. . . .

Nací en un lindo y escondido pueblecillo casi perdido entre los profundos valles y accidentadas escabrosidades de la Sierra Madre, en las lejanas montañas del Norte; pequeño oasis apartado de las grandes ciuda-

des, donde la paz y la tranquilidad tienen un dominio absoluto y á donde el ruido del mundo llega convertido en un blando y arrullador murmullo. Su posicion entre las montañas lo hacen poco concurrido por los viajeros, y sus rústicos hijos apénas conocen diez leguas á la redonda, no habiéndose nunca apartado ninguno de ellos para establecerse en otro punto de la comarca; por manera que sus vicios son pocos, y muchas las virtudes que heredaron de sus antepasados, rancios cristianos, y testarudos vizcaínos que fundaron mi pueblo, cuyas cualidades se han conservado intactas, siendo la sobresaliente, la altivez é independencia de carácter, que aun hoy en que tanto ha bajado de talla la dignidad y el honor, recuerda en mis hermanos, á aquellos orgullosos cántabros que defendían celosos sus inmunidades á la sombra del venerable é histórico roble de Güernica.

No obstante la muerte de mi madre á quien la bala perdida de un guerrillero famoso, merodeador de las cercanías, arrebató de la cabecera de

mi cuna á los pocos meses de mi nacimiento, y las contínuas y prolongadas ausencias de mi padre, soldado veterano de nuestras sempiternas luchas civiles y desgraciadas cuestiones extranjeras, las caricias y los mimos no me faltaron en mi infancia, pues mi anciana abuelita y una antigua criada de mi casa, compensaron ampliamente los halagos del uno y el amor de la otra, y entre aquellas dos inapreciables mujeres crecía yo con la inocencia propia de mi edad, la más dichosa de todas, en que las penas y las contrariedades se aparecen como débiles fantasmas que se desvanecen, al asomar en la faz de nuestra madre, ó de alguna otra persona que, con igual solicitud, hace sus veces, una sonrisa de consuelo ó al sentir una caricia.

A la par que mi pequeño cuerpo, se desarrollaban mis sentimientos y mi instinto por las travesuras, y á poco más de haber cumplido tres años ya era un personaje importante entre los compinches de igual edad á la mía; me subía á los árboles para comerme la fruta verde; si estaba encerrado por

cualquier fechoría, lograba escaparme, y vez hubo en que si tan á propósito no acude gente que me encontró trepándome á la ventana de mi prision, me lanzo resuelto al caudaloso río que cruzaba el pueblo y que se deslizaba tranquilamente á lo largo de las paredes de la casa de mi padre; no había riña en la que mis puños dejasen de repartir sendos mogicones que más de una ocasion marcaron con sangrientas huellas las mejillas ó las narices de muchos de mis mejores amigos.

Pero por desgracia nada es estable en este mundo, y demasiado pronto terminó mi vida de juguetes y travesuras; un día, que despues de muchos otros de largas y misteriosas conferencias entre mi abuelita y Doña Anastasia, entró aquella á la pieza donde purgaba una falta atado de un pie á un lecho, ostentando un semblante frío y serio como el que acostumbraba cuando mis diabluras pasaban á la categoría de castaño oscuro,

—Vamos, Guillermito, ven acá, me dijo en un tono imperioso, no

exento, sin embargo, de dulzura, en tanto que se calaba sus antiparras y doblaba cuidadosamente un enorme papelon que llevaba en la mano.

Mudo me quedé de espanto sin explicarme la causa, y hasta olvidé ocultarle el cordel que me sujetaba al lecho y que ya había desatado.

—Niño, ven acá, ¿no oyes? repitió alzando la voz y sentándose á la turca en una enorme estera donde se puso á cortar el papel.

Pero el Guillermito no la escuchaba y apénas repuesto del susto, y viéndose libre, de un gran brinco ganó la puerta y corriendo con toda la velocidad que sus pequeñas piernas le permitían, atravesó el patio y quiso ganar la calle; pero se detuvo en el zaguan que halló cerrado y atrancado.

Buscando algun sitio donde esconderme permanecí indeciso cortos instantes, y hubiera retrocedido si un terrible y certero golpe aplicado á la parte más carnosa de mi individuo, no me hubiera hecho dar dos ó tres volteretas en el aire y caer, sintiendo al mismo tiempo un golpe sobre mí,

que por el porrazo que llevé y los chichones que ostenté por espacio de ocho días, creí en ese momento, que era la casa que se desplomaba sobre mis pulmones.

Grité como un condenado, y el peso que soportaba, al cabo de un rato, comenzó á moverse con dificultad, hasta que al fin despues de no pocos lamentos y suspiros, me dejó libre, en medio de mi llanto y mis lamentos conocí á mi abuela que habiéndome seguido en mi fuga me alcanzó y con tanto brío me lanzó una palmada, que perdiendo el equilibrio cayó encima de mí; la buena vieja se levantó dolorida y mohina, haciendo tan horrorosos visajes y gestos, que al ver su triste facha mis lágrimas se secaron y lancé una sonora carcajada.

Esa falta de respeto cara me costó, pues un coscorron volvió á abrir las fuentes de mis ojos, y ya humilde y resignado con estas muestras de benevolencia, fuí conducido de la mano hasta la sala donde había quedado el papel.

Despues de curado y vendadas

mis heridas y con el aperitivo de un pedazo de dulce y unos cuantos cariños,la buena de mi abuela hizo de mí lo que á bien tuvo: el papel fué cortado y arreglado con mucha parsimonia hasta formar para mi desdicha el *Silabario*, palabra y objeto que desde aquel día odié cordialmente, como les pasa á todos los chicos, pues es el primer eslabon de una cadena interminable de libros que les rompe la cabeza y les ocasiona innumerables sinsabores....

Y sin embargo, despues ¡cómo agradecemos que á la fuerza nos hayan enseñado las primeras letras y nos hayan obligado á aprender!

Se me proveyó de un punzon y á pesar de mis repetidas y ruidosas protestas contra tamaño ataque á mi libertad de holganza, envidiable hasta aquel día, no tuve más remedio que ceder á la tiranía como les pasa á todos los que están en minoría, y empezar el a, e, i, o, u, que estuve repitiendo una media hora, al cabo de la cual terminó mi leccion, dándome mi abuelita al final como premio, un

par de magníficas manzanas que engullí al instante, miéntras reflexionaba en los sucesos de aquel día, el primero en que empecé á estudiar y en que las circunstancias me enseñaron á reflexionar.

—Mañana seguiremos, dijo al concluir, levantándose.

Trepado en un árbol de un huerto vecino donde abundaban las manzanas, decidí que era necesario, indispensable, preciso para mi tranquilidad futura hacer desaparecer ese papel que acabaría por matarme si todos los días se repetía la misma escena que aquel, que si hubiera sabido algo más que robar manzanas, habría llamado nefasto.

Firme en esta resolucion dejé mi aéreo lugar de meditaciones y entré á mi casa; despues de mucho buscar dí con el famoso Silabario entre los trebejos de costura de la anciana abuela; escondílo furtivamente bajo mi blusa y fuí derecho al río en cuya márgen pasé más de una hora fabricando artísticos barquitos de papel con él, los que contemplaba gozoso y

embobado cómo eran arrastrados por la corriente tan léjos, tan léjos, que no los volvía á ver.

Alegre de mi calaverada, aunque temeroso por sus resultados, aquel día fuíme en busca de mis amigos y con ellos lo pasé, procurando llegar á mi casa lo más tarde posible, á fin de que mi abuelita, que era sobrado perspicaz, no advirtiese de la desaparicion del libro aquel malhadado.

Tan grande era yo, que en la noche me llevaron ya dormido á mi casa.

A la siguiente mañana quise seguir el método del día anterior, pero no me dió resultado, porque la buena señora no me perdio de vista y á hora conveniente con gran susto mío se puso á buscar el silabario. Por más que revolvió la casa de arriba abajo, naturalmente no pareció; cansada de buscar y sospechando la verdad al ver la inquietud y sobresalto de que yo daba muestras durante el minucioso registro que practicaba, se encaró conmigo y mirándome con fijeza dijo:

—¿Dónde está el silabario, niño?

Yo ignoraba aún que aquel libro se llamara así; pero intuitivamente comprendí, no obstante mi poca edad, que aquellas palabras se referían al papel desaparecido.

—¿Qué cosa es silabario? balbutí lleno de temor.

—El A, E, I, O, U., respondió la buena señora, y ya entonces supe de positivo lo que buscaba; mas como yo era el autor de la desaparicion, no contesté nada, dejando qne se desesperase buscándolo.

Como era natural no lo halló, y aunque la reprimenda que recibí fué bastante regular, la alegría que aquel día sentía era grande, pues en mi inocencia creía que por mucho tiempo no haría que volviera á estudiar.

Però ignoraba que ese libro se vende por resmas, y ¡cuál no sería mi pesadumbre al ver llegar á los dos días un rollo enorme de silabarios!

Se guardaron cuidadosamente y sólo uno por uno iban saliendo, por manera que aunque rompía algunos, veía con desesperacion que el rollo apénas disminuía; no hubo, pues, ya

remedio, tuve que empezar á aprender las letras, muy despacio sin embargo, y si para estimularme me mentaban á algun chico aprovechado, contestaba:

—A él que ya sabe, que lo pongan á leer; pero no á mí que no sé.

Por fin; aunque no quisiera, tuve que obedecer, porque los regaños de la abuelita se iban haciendo intolerables. Una calurosa tarde de Mayo en tanto que me refrescaba, metiendo en el arroyo las piernas hasta las rodillas y comía manzanas acabadas de hurtar en el huerto ajeno, consultaba el caso con un amigo mío poco mayor que yo y le decía:

—El silabario es muy feo; por él me castigan mucho y mi abuelita está empeñada en que lo aprenda; lo aprenderé pronto y así me dejarán en paz.

—Pero si despues del silabario siguen otros libros, me contestó Feliciano.

—¿Sí? pregunté estupefacto.

—Sí, y luego tiene uno que ir á la escuela con los niños grandes.

—Entónces, ¿qué hacemos? dije aterrado y lleno de tristeza.

—Lo que todos, aprender el silabario y todo lo que quieran nuestros papás.

Encogíme de hombros y si más edad hubiera tenido habría murmurado:

—¡Bonita perspectiva! pero entónces desconocía yo esa palabra y lo que hice fué conformarme con mi suerte, al ver que era la misma de todo el mundo; mal de muchos....

Desde el siguiente día estudié ya sin resistencia, como si la fatalidad me obligara á ello y continué del mismo modo hasta que poco á poco ya el estudio no me inspiró horror. Cierto es, que desde entónces me colmó mi abuelita de halagos y de mimos y que todos los días al terminar la leccion me daba un premio por mi aplicacion.

Al cabo de algunos meses sabía yo perfectamente el silabario, ese libro que siempre se resiste á la inteligencia apénas en embrion de los niños que comienzan, y que tantas lágrimas y sinsabores les ocasiona.

No hay para que decir que el día que acabé ese libro fué un día de fiesta en mi casa. Hoy se va perdiendo la costumbre de agasajar y regalar al niño el día en que termina de aprender las primeras letras, lo cual en mi concepto es un perjuicio para los adelantos del niño, pues se le priva de un estímulo, de un premio que en esa edad tan corta se graba profundamente en su imaginacion y le infunde valor para continuar su aprendizaje.

El silabario, muy compuesto y adornado, se ostentaba en el lugar preferente de la pequeña sala; mis amigos y amiguitas de la misma edad que yo, se reunieron en la casa de mi padre para tomar parte en la fiesta que la abuelita hizo en obsequio mío.

Aquel día mi humor formaba contraste con el de los anteriores, de todos los diablos, merced á aquel silabario que al fin había llegado á verse lleno de flores y como reliquia, colgado de un cuadrito muy mono, ya no como mi tormento.

Sin embargo, á los dos ó tres días

que llegó mi padre, me arrojé á su cuello lleno de alegría, pero suplicándole que me llevara consigo.

—¿Por qué? hijo mío, ¿no estás contento aquí?

—No, papá.

—¡Pero si estás tan adelantado!

—Sí; ¡pero si usted supiera todos los regaños que me ha costado! le contesté lanzando un profundo suspiro.

Guillermo



CAPITULO II.

—

LA ESCUELA.

Y que no sabía yo lo que iba á seguir.

No porque el silabario estuviera ya aprendido y mi abuelita no permitiera que lo tocara, bien que ni ganas de ello tenía yo; por más que me causara orgullo considerar que ya lo sabía, habían terminado mis penas; todo lo contrario, debían de continuar y más grandes y más acerbas.

Si alguno, que no faltaba, me decía que llegaría la vez en que colmaría de bendiciones á los que se empeñaban en que aprendiera, me encogía de hombros ó bien me iba para otra parte de mal humor, no creyendo nunca que tal profecía llegaría á realizarse.

Y no ha sido así por fortuna, ¡benditos los que me enseñaron á leer!

Pasados unos ocho días, que para mí fueron de fiesta, pues me ví mimado y regalado por chicos y grandes, hombres y mozas del pueblo, y en que mi vida fué una serie no interrumpida de diversiones y travesuras de toda especie, ví llegar á mi casa y enviado por el maestro del pueblo, un pequeño paquete que desde luego me causó viva inquietud.

En efecto, de aquel personaje, llamado Don Serapio por más señas, y á quien en más de una horrorosa pesadilla había visto como salen los brujos en las comedias de magia, con un enorme cucurucho, una larga túnica formada de interminables silabarios y ciñendo á su cintura media docena de disciplinas, nada bueno esperaba yo.

Razon había para estar inquieto.

De aquel paquetito fueron saliendo con gran pesar mío, un libro segundo, un catecismo, un Fleury, una pauta, pizarra, pizarrines y otros primores por el estilo, que me causaron náuseas.

Y que no hubo mas remedio. Todos los días por espacio de dos ó tres horas, mi santa abuelita, revestida de la gran paciencia que para conmigo se necesitaba, se ponía á enseñarme lo que aquellos libros decían y á hacerme estudiar ó pintar palotes.

Pero por naturaleza rebelde y testarudo, y aunque sin yo mismo darme cuenta de ello, le fuí cobrando aficion al estudio, no me sometí de grado á la obligacion que se me impuso, é imaginaba mil subterfugios para sustraerme á ella.

Cierto es tambien que en los ratos en que estaba de humor, adelantaba las lecciones de dos ó tres días, con lo que ponía loca de alegría á la abuelita, que afirmaba entónces que poseía yo un talento colosal y que andando el tiempo llegaría á ser una lumbrera.

Y en estas alternativas y haciendo provision de amor propio con tales alabanzas, fuí adelantando hasta que la ambicion, innata en el corazon del hombre, se despertó en el mío y ambicioné un teatro más extenso que

el reducido de las paredes de mi casa, donde lucir mis talentos y atraer la atencion.

Todas las mañanas veía pasar por el sendero á seis ó siete chicos que armando algazara y haciéndose diabluras en ocasiones, ó cariacontecidos y llorosos en otras, se dirijían á la escuela situada en el centro del pueblo, con su morralillo de libros al hombro y las manos llenas de fruta que pillaban por el tránsito.

Dí en querer ir, como ellos, á la escuela, y aunque tenía un vecino poco mayor que yo, que por ser tonto de capirote lucía á diario las orejas de burro en medio de la plaza y salía el último del aula, el cual procuró disuadirme de mi idea que calificaba de estúpida, no hice aprecio de Feliciano, y con la mayor formalidad que mi carácter pudo encontrar, expuse mi pretension al consejo de familia formado por las dos ancianas que cuidaban de mí.

El consejo aquel, que sin embargo de ser tan poco numeroso reunía en años siglo y medio largos, no su-

po que hacer por algunos días y por fin determinó consultar con mi padre el caso, lo que se hizo escribiéndole á donde se encontraba, que por cierto era bastante lejos del pueblo, por lo que la contestacion tardó algun tiempo con gran disgusto mío.

Y si mi deseo se tomó en cuenta, fué porque mi abuela no iba teniendo ya qué enseñarme: educada á la antigua, sólo sabía rezar, eso sí perfectamente, y el catecismo; las cuatro reglas de aritmética casi las había olvidado, y para hacer cualquiera operacion se ayudaba de frijolillos ó colorines; y en cuanto á escribir, había aprendido con pluma de ave con tanto éxito, que sus cartas sólo contenían borrones y garabatos tan mal hechos que ni ella misma los entendía por pocos días que hubieran pasado.

Con tan *vasta* instruccion su autoridad y prestigio de dómine iban menguando á gran prisa, porque acontecía que el discípulo le corregía á menudo sus errores ó se convertía en maestro.

Entre tanto que el permiso llega-

ba, me dí á informarme con mis amigos del modo de ser de la escuela y del carácter del maestro.

Era Don Serapio un viejo como de setenta años, alto, flaco, y encanijado, de mirada dura y recelosa, dirigiendo de contínuo miradas desconfiadas á todas partes como si temiese siempre ser víctima de alguna fechoría de sus alumnos; los anteojos obscuros que usaba, en mi concepto sólo servían para disimular mejor esa desconfianza, pues caídos hasta la punta de la nariz no le ayudaban á sus ojos á ver, y para leer se los subía á la frente.

Cuarenta años llevaba de ejercer su profesion en el pueblo, y no sé si por corta suerte ó por castigo se había hecho maestro de escuela, el peor oficio que puede haber. Durante este tiempo trabajó con más teson que éxito, en desasnar á cuatro generaciones de montañeses rudos y desobedientes, que no siempre le agradecían sus desvelos.

Tal vez á consecuencia del contínuo trato con los chicos traviesos y

desobedientes, su carácter era duro, violento y regañon: jamás soltaba las disciplinas que llevaba ceñidas á su largo leviton, ni la palmeta que colgaba de uno de los tirantes de su viejo pantalon.

Para él no había ni derechos del hombre, ni supresion de castigos corporales, ni nada de esas faramallas que despues aprendí en las escuelas superiores y que tan bien saben hacer valer los chicos de la ciudad, por más pequeños que sean.

—En mi tiempo no se usaba nada de eso y salían los muchachos mejores que hoy, solía decir; todo eso es bambolla y echa á perder á los niños desde chicos. Nada, desengáñense ustedes, con esos rapazuelos no hay método mejor que disciplinas y palmetazos, orejas de burro y arrodillarlos en cruz, porque de otra manera no entienden. *La letra con sangre entra.*

A veces, pero eran muy contadas, y se necesitaba que el niño fuera muy perverso ó que sus fechorias excedieran de lo ordinario, llegaba hasta la crueldad, y alguna ocasion recibió

fuertes reprensiones de sus superiores ó de la autoridad, mas no por esto desistía de su método: renunciaba el puesto, pero como no había quien quisiera irlo á reemplazar, no se admitia su renuncia, se daba al olvido el incidente y los chicos del pueblo seguían bajo la férula del severo é inflexible Don Serapio.

No obstante su carácter, las gentes grandes lo veían con respeto y creo que hasta se enorgullecían de que viviera entre ellos, pues había sido soldado y los días festivos cuando iba á la misa mayor lucía sobre su raída y enorme levita una condecoracion obtenida durante la campaña de 1836 contra el enemigo extranjero; además, cuando la guerra de los americanos, que se creyó que los invasores atacarían á la poblacion, organizó una compañía de voluntarios, y aunque el enemigo no se presentó en las cercanías, él con su compañía concurrió lleno de entusiasmo á una funcion de armas que tuvo lugar en nuestro Estado.

En cuanto á los muchachos, que no podíamos apreciar estas virtudes

cívicas y sólo sentíamos los palmetazos, por demás está decir que lo detestábamos con toda cordialidad, y que lo veíamos con terror, aun cuando no estuviéramos en la escuela.

¡Pobre Don Serapio! Ha sido necesario que desciendas á la tumba hace pocos días cargado de años y de enfermedades para que todos en el pueblo, grandes y chicos, te hicieran justicia y lamentáramos tu muerte.

No obstante el boceto que he hecho del anticuado profesor de mi tierra, y en el que no he exagerado nada, no desistía de mi idea de entrar á la escuela; por lo que tuve una positiva alegría cuando llegó la carta de mi padre en la que daba el permiso para ello.

Hice mis preparativos lleno de entusiasmo, y desde luego hubiera ido á la escuela; pero además de que era indispensable llenar ciertas formalidades, mi abuelita quiso entregarme con toda solemnidad en manos de Don Serapio.

Así se verificó á los pocos días, y durante ese acto no faltó la tradicio-

nal frase de que me entregaban á él para que devolviera en caso dado *el muchacho ó el cuerito.*

Don Serapio me miró largo rato de piés á cabeza por encima de sus anteojos; se enteró de mis adelantos y despues de sonreir con la punta de los labios al saber mi viveza de genio, y al contemplar mi cara picaresca, y de darme amistosamente dos golpecitos en la cabeza, me instaló en la escuela.

Desde el primer día me encontré en ella á mis anchas. Casi todos los discípulos eran viejos conocidos míos, y los que no, en breve fueron mis amigos; por lo mismo, no sufrí esas contrariedades y esa mortificacion que siente un niño cuando se encuentra entre otros desconocidos enteramente para él.

Y mis travesuras, con el cambio de situacion, alcanzaron un grado de perfeccion inaudito; ya no eran mis víctimas dos pobres ancianas que no sabían enfadarse por ellas, sino un viejo dómine, astuto y acostumbrado á todos las pircadigüelas de los moco-

sos, y cuarenta muchachos que al cabo del día no se ocupaban más que de inventar nuevas para hacer rabiar á sus condiscípulos.

Sin embargo de ello, en breve fuí de los más distinguidos en esa materia y logré atraer la atencion hasta del maestro, que comenzó á menudear sus atenciones para conmigo; coscorrones, ayunos, arrodilladas, encierros y un sinnúmero de castigos del vasto repertòrio de Don Serapio, llovieron sobre mí, no sirviendo sino de estímulo para que yo llegase á adquirir el primer lugar entre los más revoltosos de la escuela.

Pero en medio de mi vida de travesuras, tambien desde el primer día comencé á adelantar en mis lecciones, y aunque el estudio era una cosa secundaria para mí, en los breves ratos en que la fuerza de las circunstancias y la severidad del viejo dómine, me hacían estudiar, adelantaba bastante y en breve me puse al nivel de los chicos más aplicados de la escuela.

Nunca fuí castigado por modo-

rro y sí siempre por travieso, no escapándoseme ni el mismo Don Serapio: más de una vez salió á la plaza luciendo una gran calavera de gis en la espalda ó con un monigote de papel colgado de los botones del faldon; ó miéntras nos explicaba la raíz cúbica ó las crueldades de Neron, un pelotazo bien dirigido le daba en las narices y poniéndolo frenético, me sacaba la raíz de los cabellos ó me aplicaba castigos que me hacian compararlo con el feroz emperador romano.

Sucedía tambien, no pocas ocasiones, que, siendo el de la fama, me penaba por la fechoría de otro, y como tenía el orgullo de *ser muy hombre* y de que *nunca me llamaba*, sufría pacientemente el castigo, reservándome el desquite para cuando nos encontráramos el autor de la travesura y yo fuera de la escuela. Allí «veía para lo que había nacido,» y despues de propinarnos él y yo sendos mogicones, nos separábamos para reanudar la amistad á la siguiente mañana.

La admiracion de mi abuelita

por mis adelantos cada día iba en aumento y los sábados que leía en mis calificaciones la suprema, á excepcion de la conducta que siempre tenía la última, y á ocasiones hasta una nota nada favorable á mi individuo, me llenaba de regalos y se afanaba por darme gusto en todo.

Dos años duré en la escuela de mi pueblo, y en ese tiempo aprendí todas las materias elementales, y aun me inicié en los rudimentos de la enseñanza superior, por motivo á que habiéndome tomado cariño Don Serapio á pesar de mis travesuras, se empeñó en enseñarme cuanto sabía.

Tuvo de ayudante en esta tarea al cura, que por diligencias de la abuelita y por el natural bondadoso del buen señor, me hizo monaguillo y me enseñó con evangélica paciencia muchas de las cosas que él sabía.

Al cabo de esos dos años, y aprovechando una corta estancia en el pueblo, de mi padre, Don Serapio lo llamó y le declaró que ya no debía yo asistir á su escuela porque me había enseñado cuanto podía enseñar-

me, pues aun algo de latin ya entendía yo, y que era indispensable, si pensaba que yo tuviera una carrera literaria, que era lo más acertado en vista de mi aptitud é inteligencia, que se me enviase á un colegio de alguna ciudad de importancia.

Mi padre agradeció verbal y positivamente el empeño de Don Serapio, hizo que yo tambien le manifestara mi gratitud y desde aquel día no volví á aquella escuela que tantos recuerdos de toda clase tiene para mí y que hoy veo aún, con cariño, desde la ventana cerca de la cual escribo estos recuerdos.



CAPITULO III.

EN EL COLEGIO.

Por espacio de algunos días estuvo mi padre indeciso respecto de lo que había de hacer conmigo. Su idea era dedicarme á los trabajos del campo en nuestra pequeña hacienda de las inmediaciones del pueblo; pero los deseos de mi abuelita y las recomendaciones de Don Serapio y del Cura para que me dedicase á una carrera, le hicieron vacilar en su resolucion, y que se entregara á largas y profundas cavilaciones sobre mi suerte futura.

Además, como todos sus amigos y parientes daban su opinion sobre el asunto, con ella no conseguían más de aumentar sus perplejidades: la

abuelita quería que yo fuera sacerdote, Don Serapio abogaba porque se me dedicara á la medicina; el Cura que fuera yo abogado, el curandero que boticario, el alcalde que soldado, y no sé quién más, creo que el sacristan, que ingeniero.

Cada una de estas personas daba sus razones para fundar su opinion: mi abuelita por la satisfaccion de tener un nieto que le dijera misa y que podría llegar á obispo; Don Serapio por la falta que hacía un buen galeno en la comarca; el cura porque opinaba que la carrera de las leyes era la más noble despues de la del sacerdocio, á la que no me creía muy inclinado; el curandero porque la de farmacéutico es la más productiva, pues teniendo agua en abundancia y algunas arrobas de manteca, ya puede hacerse una fortuna; el alcalde por el honor que le resultaría al pueblo de que uno de sus hijos llegara á general y se hiciera notable en los fastos de nuestras revoluciones; y los demás por razones más ó ménos semejantes á las poderosas anteriores.

Hasta sus disputas hubo entre todas aquellas gentes cuando trataban de hacer prevalecer su opinion sobre las de los demás, y oí calificar á los médicos de asesinos titulados, á los abogados de embaucadores y pícaros, á los soldados de fanfarrones, y á los boticarios de traficantes del dolor.

Con tales calificativos poco á propósito para entusiasmarme y con aquellas interminables discusiones, yo no sabía por cual profesion resolverme y tan pronto me decidía por una como me retractaba y quería seguir otra.

Al fin mi padre, cansado de oir tanta opinion, tomó el más racional de los partidos que había que seguir, y fué el de que no dando oídos á tan disímbolos pareceres, se resolviera á llevarme á la capital del Estado y ponerme allí en un Colegio donde me perfeccionase en mis estudios y con calma escogiera los que más fuesen de mi agrado.

Tal determinacion no fué del gusto de muchos y confieso que del mío apénas, pues ya soñaba con ir á México, del que tantas maravillas me

habían contado el boticario y el maestro de escuela, únicos de todo el pueblo que habían llegado hasta él; mas tuve que conformarme, y á los pocos días abandonaba mi aldea acompañado de Feliciano, que iba con el mismo fin de seguir estudiando.

Mi pobre abuela. que nunca se había separado de mí, lloró á lágrima viva y me acompañó hasta la encrucijada del camino real gimoteando y dándome consejos; en medio de su sentimiento, al cabo de muchos años he llegado á comprender que la idea de que su nieto podía volver algun día con un título, ó llegar á desempeñar algun puesto público, le causaba secreto orgullo y la impelía á no oponer á mi partida más de una resistencia pequeña.

¡Si hubieras podido ver las contrariedades que he sufrido, los trabajos y amarguras que he pasado, jámás consientes en que abandone mi humilde hogar para lanzarme en la vorágine del mundo en busca de un porvenir!

Algo triste porque dejaba el

pueblo por primera vez; pero tambien contento al considerar que iba á ver una Ciudad, y que mis compañeros de escuela me tenian por dichoso y hasta se mostraban envidiosos de mi suerte, emprendí el camino de la Capital de mi Estado, y á los pocos días me encontraba definitivamente instalado como alumno interno en un colegio.

Estimo demasiado á mi tierra para decir el nombre de aquella poblacion que por entónces era más bien un pueblo, por lo atrasado é inculto de sus habitantes y por los elementales métodos de enseñanza; además, de esa época á acá, han pasado más de veinte años y durante ese tiempo se ha trasformado de tal manera y ha progresado tanto, que nada falta para que llegue á figurar en primera línea entre las ciudades más adelantadas del país.

Baste decir que allí me encontré con un profesor más rutinario y atrasado que Don Serapio: siquiera éste tenía cariño á su oficio y se dedicaba á desasnar muchachos con sus cinco

sentidos; pero aquel veía sus deberes con hastío y tan sólo lo que le preocupaba era cobrar puntualmente sus honorarios al fin de cada mes, no obstante que en conciencia no los había ganado.

Mas como tenía fama, su establecimiento era el favorecido por los padres de familia de todo el Estado, y en aquel Colegio nos alojábamos setenta alumnos internos y como un centenar de externos. Con tan numerosa asamblea y dos prefectos únicamente para vigilar nuestra conducta, excuso decir cuál sería el órden que había allí.

No pasó una semana y ya estaba yo en mi elemento: como á todo recien llegado, y en vista de mi rusticidad suma, como criado en la sierra, los más liscos y antiguos quisieron hacerme víctima de sus travesuras; pero unos cuantos puñetes bien aplicados que rompieron dos ó tres narices y amorataron seis ó siete ojos, consiguieron que las *escolapiadas* cesaran y que fuera yo considerado y bien tratado.

A mi vez, muchos de mis compañeros fueron víctimas de mi genio revoltoso y pendenciero, y á tanto llegaron mis hazañas que en breve no tuve rival entre todos ellos.

Mas mis estudios estaban muy descuidados no obstante que era yo aplicado, y con secreta contrariedad veía yo que mis maestros no podían enseñarme gran cosa, por lo que tentado estuve de escribirle á mi padre para que me quitase de allí; sin embargo, el temor de que quisiera que volviera al pueblo me detenía, y en esa lucha el tiempo pasaba sin que yo tomara determinacion alguna.

Mi maestro, que comprendió á la vuelta de algunos meses que, aunque mi carácter fuese asáz turbulento, era superior por mi inteligencia á los condiscípulos, y queriendo halagar á mi padre, se dió á buscar y encontró por casualidad un individuo bastante instruido y dedicado, y nombrándolo sub-director del Colegio, hizo que se entregara exclusivamente á la educacion mía y de una media docena más de alumnos que tenían deseos de instruirse.

Con aquel sabio, pues no obstante su modestia merecía tal título, hicimos rápidos progresos; y hasta Feliciano, no obstante su escaso meollo y obtusa inteligencia, aguijoneado por el amor propio y el deseo de que no lo dejara atrás se empeñó y aprovechó algo.

No se conformaba el Señor Don Joaquin, como con todo respeto le llamábamos, con enseñarnos las pocas materias de que constaba el programa, arreglado servilmente al rutinario del colegio del Estado; sino que adelantándose á él, nos iniciaba en las matemáticas, en las ciencias naturales, en materias de órden superior; en fin, que mostrándome en toda su plenitud las bellezas del estudio y sus placeres, hizo que mi aficion, hasta entónces vacilante y puramente de oportunidad, se despertase y me decidiera á ser un verdadeao sabio.

¡Candideces de mi edad! como si fuera eso realizable cuando lo único que se llega á aprender despues de mucho estudio y de una larga experiencia, es que nada se sabe.

Pero como yo todavía en mis cortos años no podía llegar á ese resultado, con la mejor buena fé del mundo devoré, sí, mis libros, me inicié en estudios más sérios y hubo necesidad de que se me prohibiese por los médicos el que estudiara tanto.

Dos años escasos duré en aquel Colegio y en aquellos adquirí una instruccion muy superior á la que es regular en chicos de mi edad, y aunque mi arrogancia y mi fatuidad eran superiores á mi mérito, segun la acertada opinion de mis compañeros, éste no era escaso, como con todo desinterés lo confesaban.

Fuí á mi pueblo á pasar las vacaciones; la abuelita, el cura, Don Serapio y hasta mi padre me veían como un prodijio, buscaban mi compañía, en ocasiones me consultaban algun asunto que les preocupaba, el alcalde se asesoró conmigo en varios negocios de importancia; los chicos, mis antiguos compañeros, me saludaban y veían con una gravedad burlona: en último resultado, que yo me tuve por dos meses por un gran perso-

naje, no siendo más de un mocoso lleno de pretensiones é ignorante.

Al fin mi suerte quedó decidida; sería yo abogado, iría á México y desde luego entraría á la Preparatoria.

Con esa resolucion acabé de perder el poco seso que me quedaba y ya no pensé más de en mi próximo viaje y en los triunfos y en las emociones que en la Capital me esperaban.

Como si todo se adunara para que mis ilusiones se realizaran, la situacion de mi padre había mejorado mucho y estaba en posicion de poder sufragar los gastos que mi carrera le ocasionaba, de una manera bastante desahogada, por lo que abandonó la idea, que álguien le sugirió, de que el Estado me concediera una pension para hacer mis estudios.

Esas pensiones ó becas, muy económicas en la mayoría de los casos, aunque por lo general han contribuido bastante á formar hombres notables como Sánchez Solís, Altamirano y otros, tienen el inconveniente de

que coartan la libertad del estudiante y le mantienen, por regla general, en una tutela inconveniente, pues la perspectiva que se le presenta de que á la pérdida de la pension tendrá que interrumpir sus estudios, le impiden demostrar toda la energía é independencia tan indispensables en esa edad, para que se formen el carácter y las convicciones en los jóvenes, é influyen mucho en sus tendencias y en los actos todos de su vida cuando llegan á ser hombres.

Y es que ese resultado, en parte se debe á la errónea creencia de que es una gracia la que hacen los gobiernos concediendo esas pensiones, no siendo otra cosa que una obligacion indispensable para ellos de difundir la instruccion y de ayudar á los que muestran disposiciones y aptitud para aprender.



CAPITULO IV.

La Escuela Preparatoria.

No obstante que tocaba yo ya á la realizacion de mi suspirado ideal, no lo quería creer.

Me veía yo en México, en ese México tan grande y tan hermoso, aunque no tan hermoso ni tan grande como lo describen á los que jamás han pisado el lodo de sus calles ni aspirado el polvo de sus paseos: con pavimentos de mármol, avenidas inmensas, palacios por doquier, fiestas sin cuento y casas como templos; respirando riquezas y esplendor, convidando al placer, aligerando el bolsillo y convirtiendo en mito la tristeza y el hastío.

Me sentía desvanecido desde que pisé la gran ciudad; acostumbrado al silencio y á la tranquilidad de las poblaciones pequeñas, los ruidos y el incesante movimiento de la capital me ensordecían; el constante ir y venir de tanta gente me tenía asombrado, y la vista de tantas maravillas y objetos por mí no soñados, admirándome, me quitaba no pocas dósis de mi presencia de ánimo y dejándome tal como era, es decir, un payo completo, me hacía abrir desmesuradamente los ojos y más todavía la boca.

Había ido ya á la Escuela Preparatoria y la impresion que recibiera al ver por primera vez el viejo Colegio de San Ildefonso con su roja y hundida fachada, ennegrecida por la mano del tiempo; su sombrío y tétrico aspecto que tiene algo de fortaleza, de convento y de cárcel, me conmovió penosamente. Sin embargo, la vista de tanto estudiante niño, jóven y hombre, de ojos vivos, de picaresca é inteligente fisonomía que discurrían ›or aquellos largos y ámplios claus-·s produciendo un constante y

agradable murmullo, daba á aquellos grandes patios un aspecto pintoresco y hasta hacía parecer alegre el interior del vetusto edificio.

Y al conocer á muchos de mis futuros compañeros, de aspecto indolente unos; vivarachos los otros; pero reflejándose en los más la inteligencia y el talento, con el cigarrillo entre los labios, el libro debajo del brazo, el cabello desaliñado y el sombrero de cualquier manera; al oír sus dichos agudos, al escuchar sus francas carcajadas y al observar sus miradas indiferentes ó burlonas á mi ridículo traje de provinciano, mi amor propio que de días atrás iba de capa caída, comprendió que había pasado la época del personajillo de la aldea y del primero en la escuela de su pueblo, y que allí en lo de adelante sería yo uno de tantos, ó, para emplear la frase propia que no por ser tan vulgar es la ménos apropiada, una gota de agua en medio del Océano.

Si el solo aspecto de mis condiscípulos me dió una vaga idea de lo que sería mi vida estudiantil, los ocho

primeros días de mi permanencia entre ellos la confirmó plenamente, ¡qué digo ocho días! la primera noche comprendí lo que era la vida en la Escuela Preparatoria.

Instalado en uno de los dormitorios del *Colegio grande*, entre cuarenta colegiales, me había ocupado la tarde de mi ingreso al Colegio, de despedirme muy conmovido de mi padre, de arreglar mi pequeño ajuar y de hojear mi «Contreras» y mi Traductor francés, y al sonar la campana á las nueve de la noche, para indicar la hora del silencio, dí cortésmente las buenas noches á mis vecinos de la derecha y de la izquierda que apénas me las contestaron y me metí entre las sábanas forjándome mil castillos en el aire, ó *Chateaux en Espàgne* como acababa de leer en mi libro de traducciones.

El ruido acompasado y monótono que producía el prefecto en sus paseos de un extremo á otro del largo dormitorio me arrulló, y en breves minutos el sueño se apoderó de mí. No largo rato había pasado, cuando

un fuerte golpe que sentí en los riñones y que en el primer momento creí que era del techo que se caía sobre mí, me despertó; quise incorporarme violentamente, pero un segundo porrazo me volvió á tender en el lecho, luego otro y otro y muchos que me aturdían y me mandaban de un lado á otro como si fuera pelota; en vano quería ver á mis agresores, pues el farol que alumbraba el dormitorio, de antemano estaba apagado. Como ya era práctico en diablura, desde luego comprendí lo que sucedía; siendo recien llegado á la Escuela, mis compañeros me estaban dando un *capote* muy regular.

Sus risas contenidas indicaban lo mucho que les divertía esa ocupacion; sin perder la cabeza, mas despues de haber sufrido una buena cantidad de porrazos, me escurrí del lecho y agarrando á tientas la primera garganta que encontré empecé, á sacudirle mojicones de lo lindo al que tenía agarrado; él no se quedó corto é hizo otro tanto, mas llegó un momento en que un puñetazo mejor dirigido

que los demás le dió en las narices y se soltó dando gritos de dolor; entre tanto los demás seguían tirando capotazos y ya no al lecho, sino unos á otros, pues creían que yo estaba entre ellos; las risas y las exclamaciones ya no eran contenidas, sino que emitidas con toda franqueza producían una batahola infernal y alborotaban todo el dormitorio.

El prefecto, bastante conocedor de las costumbres del colegio para comprender que aquella noche habría capotazos, estaba prevenido é inopinadamente entró con un farol encendido. Como por encanto se dispersaron todos los muchachos y se metieron entre las sábanas, no sin haber tirado por vía de despedida algunos capotazos al farol: sólo quedamos el colegial á quien tenía aún asido del cuello y yo, ciegos ámbos por la cólera y propinándonos con toda fé récios golpes.

El prefecto nos separó, se enteró del caso, y en la imposibilidad de castigar á todos los autores de la *capoteada*, determinó mandar al cala-

bozo á mi contrincante, á quien segun supe le decían «*La Molécula,*» por su corta estatura, y á otro individuo que de tradicion se sabía que hacía cabeza en toda travesura y que era conocido con el distinguido y pulcro calificativo de «*El Perro Amador,*» el cual en vano protestó su inocencia esa noche.

Al siguiente día, todos mis condiscípulos me veían con sorna y no faltaba quien me obsequiara con los epítetos de *cuico, soplon* y otros por el estilo; yo había formado la resolucion de no dejarme injuriar de nadie, por lo que desde luego arremetí con tres ó cuatro de los que me injuriaban, mas viéndolo uno de los prefectos, para curarme de mi genio pendenciero me mandó á mi vez al calabozo ó *cashote* (1).

Con este correctivo, un duelo á puños que tuve con *La Molécula* en cuanto hubo oportunidad y en el cual ámbos salimos mal parados, y unos

(1) Este modismo de las escuelas es difícil de escribir; viene de la palabra francesa *cachot*, calabozo; los estudiantes que lean esto sabrán pronunciarlo bien.

cuantos fuertes coscorrones que me dió *El Perro* Amador por vía de venganza, pues era difícil que alguno se hombreara con él por su larga estatura y récia musculacion, quedo terminado el incidente del capote y nadie se volvió á ocupar de mí de una manera especial.

Por el contrario, desde entónces tomé parte en sus travesuras y á las pocas noches tuve no pequeña en los capotazos que se daban á todo recien llegado, y que como principio de año no eran pocos, tocándole una de aquellas ocasiones recibir la felpa á mi infeliz paisano Feliciano, que tambien ingresó en esa época á la Preparatoría.

Cada día que pasaba me sentía más en mi elemento en medio de aquellos ochocientos ó mil colegiales que frecuentaban las aulas y los corredores, pues había muchos que aunque concurrían al Colegio, rara era la vez que asistían á su clase.

Estas y otras costumbres semejantes me maravillaban: acostumbrado á guardar en la escuela un respe-

to reverencial, si no en el fondo, sí en la forma, á mis maestros, me sorprendía ver que allí se les trataba con bastante desden; se murmuraba de ellos en alta voz en los corrillos de los corredores, y en los bancos de la clase; se publicaban sus defectos: se olvidaban sus nombres para designarlos con apodos más ó ménos apropiados, como *El Chante* (1) *Molina*, así conocido por el obscuro color de su cútis; algun error ó equivocacion suya era acogida con carcajadas de burla; y en fin, con contadas excepciones eran poco apreciados y vistos más bien con prevencion.

Y de esta manera de ser tratados apénas se escapaban el Director y uno que otro: en cuanto á los prefectos y demás subalternos, necesitaban tener buenos puños si querían hacerse respetar, porque eran frecuentes las ocasiones en que se les hacía preciso hacer uso de ellos para abatir la

---

(1) Palabra india que ha tomado carta de naturaleza entre el castellano que se habla en México: sirve para designar á los indios carboneros que de una manera ambulante expenden su mercancía.

altanería y la insolencia de los alumnos más grandes, que á gala tenían armar pendencia con ellos.

En mi opinion aquellos estudiantes estaban muy insubordinados, sobre todo los internos, que los externos en su gran mayoría tarde se les hacía diariamente por abandonar el Colegio, cuando no *pintaban venado.*

Allí conocí á la mayoría de la juventud que hoy está ocupando los puestos públicos y dándose á conocer en la política, en el foro, en la medicina, en las ciencias y en las letras. El que ahora se sienta en los escaños del Congreso era llamado *El Perro* Sort, (1) calificativo genérico á todo estudiante del primer año; *El Cojo* Camargo, un muchacho inaguantable, fué arrebatado en temprana edad al vicio y á la perdicion que amenazaban hacerle presa; *El Aerolito*, llamado así por su enorme cabeza, [Federico Gamboa], se ha distinguido en la literatura y su carrera diplomática promete ser brillante; *El Vate* Lazo además de ser

[1] Fallecido hace algun tiempo.

un corrrecto poeta ha establecido un acreditado bufete; y para que en todas partes halla habido estudiantes de esa época, Nevraumont, con el grillete del presidiario al pié, deploró en Ulúa sus extravíos y se quitó una existencia que le era insoportable; Del Moral pagó con su cabeza su horrible crímen; Gordillo está en un manicomio, y algunos otros tienden su mano trémula á sus antiguos compañeros pidiéndoles una limosna para aplacar su hambre ó son recogidos por los guardianes del órden, de la via pública, en el más deplorable estado de degradacion física y moral.

Y recordando á otros anteriores á mí, pero estudiantes aún entónces, á quienes conocí con motivo de sucesos que dentro de poco referiré, citaré para no ser difuso á Alfonso Villagran que es hoy sacerdote ejemplar, á Agustin Arroyo de Anda, personaje de influencia en la política, á Agustin Verdugo, distinguido orador y criminalista, á Casasús, muy versado en las teorías económicas; algun tiempo despues á tantos otros, muchos de los

que iré nombrando poco á poco; y los demás que se han dispersado por los ámbitos de la República ó han ido á refugiarse á alguna modesta oficina, han *destripado* (1) ó permanecen en la obscuridad no preocupándose más que de ser buenos esposos y padres de familia ó unos pícaros de siete suelas.

En un establecimiento de esa clase se puede hacer un estudio completo de la humanidad, por verse allí reunidos todos los genios, todos los caracteres, todos los vicios así como todas las virtudes en un estado latente, las inclinaciones, los más diversos gustos, las ambiciones, las aptitudes; todas las pasiones en fin y todas las debilidades; pero ese estudio sólo sería dable hacerlo á los mismos educandos que tratan sin reserva á sus compañeros; pues ya á los superiores se les vé con respeto. Sin embargo de esa infinita variedad, hay en esas reuniones algo que es general y es el espíritu de la sociabilidad que se desarrolla

[1] Abandonado los estudios.

allí más que en otra parte: por más taciturno, huraño y reservado que alguno sea, los demás le quebrantan de contínuo sus inclinaciones y al fin obligan al solitario á tomar parte en los juegos, en las diversiones ó en los estudios de los demás, y sin sentirlo, de entre todos escoge un compañero único, como los otros han hecho, en quien resume el aprecio y la amistad que pudiera dividir entre muchos.

No se creerá, por supuesto, que estas observaciones las hacía yo entónces que era un chico irreflexivo; pero sí el carácter de cada condiscípulo se graba de tal modo en la mente á esa edad, que despues es muy fácil, haciendo abstraccion del tiempo pasado, reconstruir en la memoria aquella época y estudiarla con tanta exactitud como si aun se estuviera en ella.

Vuelto en mí de la extrañeza que me ocasionó mi nueva situacion, el estudio se me hizo llano y sencillo gracias á las nociones que tenía adquiridas, y si no me dediqué á él con

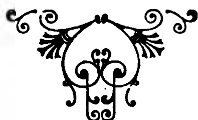
todo el teson de ántes, por lo ménos no era yo de los ménos aplicados y mis calificaciones me dejaban satisfecho.

Abusando de la libertad que entónces había de cambiar de catedráticos, asistí á las clases de *Peñita,* de Villamil, de Barba y del señor Baz, resolviéndome al fin por la del primero, por tener este apreciable caballero mejór carácter, aunque algo débil, y gustarme su método.

Inútil es decir que en Feliciano tenía yo un admirador sincero, un abnegado amigo y un obediente compañero, que considerándome superior á él, me consultaba todas sus dudas, me obedecía, y me sufría mis impertinencias á cambio de la decidida proteccion que le impartía y de la amistad que le profesaba, al considerarlo como un recuerdo de mi lejano pueblo y como un testigo de mi niñez.

Perfectamente encarrilada mi vi-
a estudiantil, durante varios meses
se vió alterada por ningun suceso
table y en ese estado creía pasar
s v [illegible] s de cursos preparato-

rios, cuando una série de acontecimientos para mí imprevistos vino á romper esa monotonía y á lanzarme en un período de agitacion y bulla que halagó á mi carácter turbulento.







CAPITULO V.

—

Estado de la cosa publica.

Mi ingreso á la Escuela Preparatoria fué en el año de 1875.

En ese año el Director de ella era Don Gabino Barreda, distinguido médico y uno de los más entusiastas adeptos que las doctrinas positivistas han tenido, pudiéndosele considerar como el fundador del positivismo en México.

No obstante de su entusiasmo por esas ideas y su afan por propagarlas, no consiguió formar numerosos discípulos; apénas se pueden señalar á Don Alfonso Herrera que le su-

cedió en el régimen de la Preparatoria y que hoy está convertido al espiritismo; á Enrique de los Ríos, Manuel Flores, Porfirio Parra, Alberto Best, entónces estudiantes y hoy respectivamente abogado y periodista, médico, é ingeniero; y algunos otros ménos notables, que en la actualidad forman un reducido núcleo poco acreditado.

Don Francisco Búlnes, positivista así mismo, es de otra generacion un poco anterior á aquella.

Acaso porque el Doctor Barreda estuviese siempre pensando en sus teorías ó por otras circunstancias que hasta mis noticias no llegaron, es lo cierto que el régimen de la Escuela se resentía de ciertos defectos, comunes por otra parte á todas las escuelas nacionales.

Organizada la Instruccion pública al triunfo de la República, de una manera distinta de como ántes lo estaba; pero por hombres que educados en otra época tenían aún muchos resabios de la antigua organizacion, se resentía todavía de algunos de anti-

güedad, que mal podían avenirse con las nuevas teorías.

De ahí nacía que en partes y en ocasiones los estudiantes disfrutasen de una libertad rayana en el libertinaje, y en otras estuviesen sometidos á una tutela rigurosa é indigna de hombres, como eran la mayoría de los que asistían á las escuelas profesionales.

Entre las instituciones que más se distinguían por la prevencion con que eran vistas, estaban las complicadas fórmulas para poder asistir á las clases y el internado.

Respecto de lo primero, era verdaderamente extraño que al paso que un alumno inscrito era libre para no asistir á una clase aun á la vista del profesor, uno que no estaba matriculado, aunque quisiera, no podía concurrir á alguna de ellas.

De estas anomalías, existentes hacía ya varios años, á nadie en concreto se le debía inculpar de ellas porque la reforma de la enseñanza era cuestion de tiempo, de experiencia y de estudio; pero la intriga y la política que todo lo invade en México y

todo lo infecta, tomó cartas en el asunto y resolvió explotar esas causas de descontento para sus fines particulares.

Gobernaba la República Don Sebastian Lerdo de Tejada, que llevado al poder no por una revolucion como hasta ahí fuera la práctica constante y regular, sino por la inesperada muerte de Don Benito Juárez, no se consideró autorizado para introducir grandes innovaciones en la política de su antecesor ó no quiso hacerlas, y continuó gobernando con el mismo ministerio, casi de éste, con los mismos hombres y las mismas ideas y completando lenta pero seguramente la obra de la Reforma.

Mas tanto Lerdo como Juárez, hombres de pluma, tenían un enemigo temible y audaz por su fuerza, ya que no por su saber é inteligencia, y aunque estaban acostumbrados á vencerle y dispersarle cuantas veces se les había puesto en frente, no dejaba sin embargo de inquietarles y de impedirles proseguir en paz su obra.

Para destruir ese elemento de

discordia hubiera sido necesario un ejemplar terrible ó largos años de tranquilidad, de los que no dispusieron.

Ante el primer medio retrocedieron con temor por considerarlo demasiado sangriento, y procuraron emplear el segundo, aunque sin éxito, pues el enemigo, que comprendió la táctica, aprovechó el tiempo para no ser víctima de él.

Ese adversario era el ejército.

El ejército, sí, que acostumbrado desde largos años atrás á imponer su voluntad en la Nacion por medio de las armas y á derribar Presidentes á su antojo, no podía tolerar estar sujeto á los hombres de letras; el ejército, que no queriendo comprender que los diplomáticos y las notas habían dado al traste con la descabellada aventura de la Intervencion, sólo se acordaba de Santa Isabel, San Jacinto, San Pedro, Miahuatlán, la Carbonera, el 2 de Abril, Querétaro, México y algunos más hechos de armas; se creía postergado, olvidados sus servicios y se revolvía con cólera buscando las oca-

siones de adueñarse de la situacion y de dar él la ley á todo el país.

Su sueño dorado era sentarse desde en el sillon adornado con las armas nacionales del Salon de Embajadores, hasta en los humildes escaños de los *Palacios* municipales de las aldeas: ocupar todos los puestos públicos; tener Presidente, Ministros, Diplomáticos, Gobernadores, Senadores, Diputados, Prefectos, Alcaldes, oficinistas, toda clase de empleos en suma, desempeñados por hombres salidos de las filas para gobernar á la Nacion como se gobierna á un cuartel; introducirse si era posible aun bajo el traje talar del canónigo y la mitra del Arzobispo (1).

Para realizarlo, érale preciso buscar una bandera y un hombre, que personificando sus aspiraciones le diesen prestigio entre las masas y recomendaciones ante la opinion pública.

---

[1] En el mes de Octubre de 1892 falleció el párroco de Tacubaya, Sr. Juan N. Enríquez Orestes, que no obstante su carácter sacerdotal, estaba en depósito, con el grado de teniente coronel. No es éste el único caso que podriamos citar de sacerdotes que son al mismo tiempo militares por más que no estén en servicio.

Y ese hombre y esa bandera se encontraron fácilmente.

Si los sesenta ó setenta mil hombres que á la caída del segundo Imperio quedaron con las armas en la mano, hubieran sido machacados en enorme mortero y reducidos á uno; si sus ambiciones, tendencias, esperanzas é ilusiones se hubiesen reunido para formar un solo hombre, éste no habría resumido tan bien ni personificado tan exactamente el carácter de esos setenta mil soldados, como el hombre que á mano se halló.

No es necesario mentar al General Porfirio Díaz, si su nombre está en la boca de trece miliones de almas, en calles y plazas, en paseos y escuelas, en muelles, en monumentos y en ciudades, en medallas y en escudos, en donde puede colocarse una placa ó una inscripcion, en todas partes; como si todos quisieran perpetuarlo para que no lo olviden las generaciones futuras.

Ese era el hombre.

Alentado por sus antiguos compañeros de armas y adulado por los

descontentos que nunca faltan; desengañado por el licenciamiento que se hizo de su cuerpo de ejército y por el cuasi olvido á que se le relegó, á él que había dado el último golpe á la monarquía espirante, se hizo el jefe de un partido que en breve tuvo muchos adeptos y que empezó á luchar en la prensa, en la Cámara y en la opinion pública por llegar al poder.

Pero por más alianzas que buscó y por más actividad que desplegó ese partido, en el que había pocos diplomáticos y muchos soldados, quedó al fin derrotado y sus ambiciones condenadas á dormir durante cuatro años. Mas aquellas eran tantas y tan impacientes que no quisieron esperar ese largo plazo y empuñando la bandera de la «No Reeleccion» lanzó el grito de la Noria y tomó las armas.

Mas hasta la muerte era en aquella época su enemiga y cuando nadie se lo esperaba, cortando el hilo de la existencia de Juárez, desgarró el estandarte del caudillo y lanzó á sus partidarios por los cuatro vientos.

Tuvo que esperàr, reuniendo en tanto pacientemente los girones esparcidos, y zurcirlos con nuevos pedazos hallados en el campo, no siempre limpio, de la política, sin dejar de aprovechar la buena fé y el prestigio que aun conservaba entre muchos de sus compañeros de armas.

Todo gobierno proporciona á la revolucion su bandera, máxime cuando á ese gobierno se le considera responsable de sus culpas y además de las ajenas, como le sucedió al de Don Sebastian que tenía que abonar los errores de su antecesor y los por él cometidos.

Del ejército ya hemos visto la causa del descontento; mas no era la única: la sociedad, profundamente católica, veía con airado ceño al perseguidor de las Hermanas de la Caridad y al que había dado rango de constitucionales á leyes de circunstancias como las de Reforma, que propiamente hablando, por la experiencia misma de los hechos y de la práctica, no son otra cosa que un *parche* mal pegado al Código de 1857, convertido hoy en esqueleto.

Por último, los que tenían alguna rencilla, algun disgusto, alguna decepcion, que no eran pocos, formaban un tercer grupo, que se alió con los otros y empezó con ellos la revolucion de la opinion pública, la verdadera revolucion.

La armada era sólo una fórmula y vendría despues, en su oportunidad.

Con tales enemigos el gobierno debía caer.

Poco importaba que se llamase Lerdo ó Juárez, que si Juárez vive cuatro años más no se detiene en Paso del Norte como en 1864; el vendaval lo lanza ha ta Nueva York como lanzó á Lerdo. Hubiérase llamado Vallarta, Iglesias ú otro nombre, aun Escobedo ó Riva Palacio, que el uno no era un carácter resuelto y el otro érase un abogado soñador, improvisado general, y ciñendo una espada vírgen: cualquier nombre que hubiera tenido le habría llegado irremisiblemente su Tecoac, pues la revolucion de Tuxtepec había llegado á ser, por la fuerza de las circunstancias, inevitable.

Mas para que llegase, se necesitó que la medida del desprestigio se llenase y se fuese colmando poco á poco hasta revasar y no poder contener ni una sola gota más.

En la lucha que se emprendió entónces, se vió todo el poder que la Prensa tiene.

Amparada por una prescripcion constitucional terminante, gozando de la más ámplia libertad y sin que para imponerle silencio se recurriese al pretexto de que degeneraba en libertinaje; bastante bien recibida en la sociedad que la veía como al eco verdadero de la opinion pública, el Gobierno tuvo en ella un formidable y poderoso enemigo contra el que nada podían ni los soldados de Escobedo y Rocha, ni los conocimientos militares del Ministro de Guerra Don Ignacio Mejía.

El único General que á tales adalides podía oponer, era Don Darío Balandrano parapetado en las columnas del DIARIO OFICIAL y algunos otros que lo defendían, por cierto con no poca habilidad, desde EL FEDERALISTA, LA

REVISTA UNIVERSAL y algunos otros periódicos subvencionados.

Y entónces se vió una cosa rara: al paso que los escritores independientes eran absueltos por los jurados de imprenta, el DIARIO OFICIAL era arrastrado á los Tribunales, acusado de calumnias por Don Luis Gonzaga de la Sierra con ocasion del ruidoso negocio Mejía-Veraza.

¡Qué lejos estamos de aquellos tiempos y qué pocas esperanzas hay de que vuelvan!

Las causas que la prensa de oposicion tenía para hacer ésta eran por demás justificadas; con motivo de la cuestion religiosa surgieron en Michoacan algunas gavillas de pronunciados que si bien nada de notable hicieron, pues continuamente huían ó eran derrotadas, sirvieron de pretexto para que el Ejecutivo pidiese facultades extraordinarias al Congreso á fin de acabar con ellas. Mas se comprendía que además de lo nocivo que siempre es en un país republicano y democrático tal delegacion, se buscaba la manera de poner á buen recaudo

y de reducir á la impotencia á ciertos individuos tachados de notoriamente desafectos al órden de cosas existente y que en un momento dado podían empuñar las armas.

De ahí dimanó la lucha que cada día desacreditaba más y más al Gobierno y le concitaba nuevos enemigos, siendo el más famoso de ellos el célebre AHUIZOTE, que en estilo jocoso, é ilustrado con ingeniosas y chispeantes caricaturas, era redactado por Riva Palacio, el General Juan N. Mirafuentes y otros distinguidos escritores.

Tambien resultaba que cuanto incidente era capaz de aprovecharse para acentuar la oposicion y enajenarle las simpatías al Gobierno y ponerlo en ridículo, era acogido con placer y explotado en grande escala para que diera el resultado apetecido.

Bastará recordar el episodio siguiente:

La noche del seis de Junio de 1875 se cantaba en el Teatro Principal la Zarzuela EL REY MIDAS que,

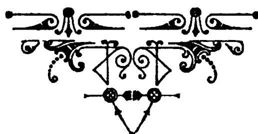
como se sabe, tiene una cuarteta en que se critica á los tiranos que sólo asisten á banquetes y comilonas; y en el momento en que el personaje, contemplando sus orejas de burro decía:

¿Qué tirano habrá en el mundo
Sin algo de este animal?

el público estalló en aplausos nutridos. Y cuando el personaje de la zarzuela refirió que había sofocado un motin popular rellenando de turron la boca de los cabecillas, el escándalo se hizo magno y la concurrencia toda aplaudió estrepitosa y significativamente volteando el rostro al palco que ocupaba el Presidente de la República; dándole así á este magistrado, si bien una muestra de descortesía, una prueba de que sus actos eran mal recibidos y que se le consideraba ya como un tirano.

La huelga de los alumnos de las Escuelas Nacionales tambien fué un incidente que los descontentos supieron aprovechar, dándole unas proporciones que no tenía é imprimiéndole cierta direccion que por unos días la

hizo notable; pero que llegó á preocupar grandemente á toda la sociedad sirviendo para que á la Administracion se le formularan los mas fuertes cargos.





CAPITULO VI.

—

¡Huelga!

Como yo estaba clasificado, segun el caló especial de los estudiantes, en la categoría de *perro*, es decir de *mocoso*, de primianista, poco ó casi nada sabía de lo que pasaba entre mis compañeros de más edad y que cursaban otros años; me contentaba con comentar y aplaudir las noticias que los externos nos daban sobre la agitacion que reinaba entre los alumnos de todas las escuelas superiores.

Feliciano fué el que me dijo un día estando en clase de dibujo:

—¡Ya me fastidio! estas malditas orejas no me quieren quedar buenas y el Señor Corral se vá á enfadar conmigo.

—Cálcalas, le contesté, y te quitas del trabajo de hacerlas.

—Fuera bueno que no lo conociera; pero no es tan tonto. Le prometo que me las ha de pagar todas juntas ahora que nos pronunciemos.

—¿Pero qué, vá de veras el pronunciamiento?

—¡Como nó! Anoche precisamente estaban arreglando eso los grandes..... Hay viene Corral......

Guardamos silencio miéntras el anciano profesor pasaba.

—Cuéntame, ya se fué, le dije.

—Pero no lo digas porque entónces se descompone todo y nos mandan al calabozo.

—No, no cuento nada, dime lo que hay.

—Pues ayer en la tarde al salir de Francés, ví á unos de Medicina que hablaban en secreto con Riquez y me dió curiosidad porque me acordé que el otro día dijo que nada más

faltaba que le avisaran de allá para señalar el día del pronunciamiento. Se metieron todos á la Capilla con pretexto de estudiar; pero no cerraron bien la puerta y yo me escurrí escondiéndome entre las sillotas que allí hay. Ya estaban dentro Cota, Monteverde, Amador y otros; todos estaban muy enojados diciendo que el Director de Medicina era un tirano y que *De Facto* un zoquete; que habían resuelto no entrar á clase y que en cuanto los castigaran se salían gritando ¡huelga! y nos mandaban avisar para que aquí hiciéramos lo mismo. Oye, ¿qué será eso de huelga?

—Que no hemos de estudiar y que nos vamos todos á la calle.

—Pero Don Gabino no nos ha de dejar que hagamos eso.

—Ya se vé que nó; pero no le pedimos permiso.

—Y en la noche que vengamos á dormir nos castiga.

—Si no venimos á dormir.

—¿Pues dónde dormimos?

—En cualquier parte, aunque sea en la calle. ¿Pero qué más dijeron?

—Muchas cosas que no entendí, que Universidad libre, que Constitucion, que derechos del hombre, qué sé yo; me dió sueño, y como no podía salirme me quedé dormido: en esas me caí del sillon, vino el *perro* Amador, me dió de coscorrones y me regañó porque me había metido, y me prometió una pela si chismeaba lo que había oido.

—Y tú, ¿qué le dijiste?

—Que nada había oído y que como me quería encerrar Covarrubias allí me había escondido, desde temprano, y puéstome á dormir; lo creyó y me echó.....

Nuestra conversacion fué interrumpida por el Profesor que venía á corregir los dibujos.

Salimos de clase y nos pusimos á jugar, cuando veo á Monteverde que pasaba con Cota y se nos quedaba viendo. Procuré oir algo de su conversacion y conseguí coger al vuelo estas frases:

—Y con estos *perritos* ¿qué hacemos?

—Obligarlos á que nos sigan.

—Pero es una inhumanidad. ¡Tan chicos!

—No le hace, dije resueltamente nos vamos á dormir al Zócalo. ¡Viva la huelga y mueran los profesores!

—Silencio, muchacho, gritó Cota, en tanto que Monteverde me aplicaba un soberbio pescozon.

Se alejaron y ya sólo pude oir estas palabras:

—Ya ves, ellos tambien están resueltos......

Desde ese día yo me anticipé á la huelga y resolví no estudiar, obligando á Feliciano á que hiciera otro tanto. El tiempo se me iba tomando noticias, formando planes de independencia y alborotando á los demás chicos.

Por lo que suceder pudiera, arreglé mi cómoda, mi ropa, empaqueté mis libros, me proveí de cordeles para cargar mis muebles en el momento oportuno é hice balance de mi fortuna. Gracias á la prevision de mi abuelita, tenía guardados cerca de cuarenta duros, que me parecieron una fortuna, para cuando fuera libre.

Un miércoles se me acercó Berrueco y me dice misteriosamente:

—¡Ahora sí! . . .

—¿Ya? hoy nos pronunciamos?..

—Hoy no; pero *ya mero*; ayer fué el Doctor Lavista á dar su clase y no estaban sus alumnos; sólo *un barbero* se presentó: enojado el profesor avisó al Director y éste dijo que si seguían haciendo eso expulsaría de la escuela al primer interno de la lista.

—¿Y lo expulsó?

—¿Pues qué, se dejan ellos como nosotros? me respondió desdeñosamente. Hoy fué el Doctor Lucio á las cuatro á su clase y sólo encontró al mismo *barbero* de ayer; avisado el Director, expulsó al primer interno de la lista; pero como estaban todos los estudiantes en la Escuela, armaron tal *pelotera* que tuvo que irse para atrás y dejar otra vez en el Colegio al expulsado.

—Y ahora ¿qué sucede?

—Que le dan parte á De Facto del escandalitó, y como ese señor tiene muy mal genio, manda castigar á

todos; ellos no se dejan y se pronuncian.

—¿Y nosotros tambien?

—Tambien.

La *Molécula* me confirmó aquellas noticias y ya dí por hecha la sublevacion.

Pero las cosas no pasaron como se suponía, sino de manera más grave.

Queriendo castigar al *barbero*, cuyo nombre no consigno aquí por no ser del caso, bastando llamarlo con el de Júdas, genérico para todos los traidores, varios internos durante la noche le rasgaron las almohadas, le destriparon el colchon, le abrieron su cómoda, le tiraron la ropa y le hicieron una docena de diabluras.

Aquel Júdas se quejó y la receta fué expulsar á los tres á quienes se consideró autores del entuerto.

Aunque la medida no se puede llamar injustificada, pues las travesuras fueron pesadas, debió averiguarse previamente quiénes eran los autores de ellas.

Los de Medicina, *como un solo*

hombre protestaron en medio de una tempestad de gritos, silbidos, mueras, etc. y los sucesos se precipitaron.

El miércoles 23 de Abril tuvieron lugar estos sucesos y el juéves, que se hicieron públicos en la Escuela Preparatoria, la agitacion fué indescriptible; los prefectos y profesores á duras penas podían contener el entusiasmo de los muchachos y los síntomas de rebelion que á cada instante se notaban.

A eso del medio día la noticia de que las aulas de Medicina estaban desiertas y de que los internos se preparaban á abandonar el Colegio con sus muebles cundió con rapidéz y llevó la excitacion á su colmo.

En la tarde llegaron comisionados de Jurisprudencia y Bellas Artes avisando que sus compañeros estaban listos para proclamar la huelga.

En la noche en fin se supo que la proclamacion estaba ya hecha por Medicina.

Yo estaba frenético, no asistía á las clases, hablaba sin cesar é iba y venía de un lado á otro sin descansar;

por mí se hubiera sublevado la Escuela desde ese día.

Pero había para ello sus inconvenientes; allí la turba multa estudiantil era más abigarrada, más heterogénea que en las Superiores; la multitud de chicos que no tenía donde refugiarse ó que dependía de sus tutores y padres era difícil de mover, y como formaba mayoría habría quitado mucho de su buen éxito al suceso.

Pero el entusiasmo de todos los estudiantes, entusiasmo avivado por el ejemplo de lo que sucedía en esos mismos días en Rusia, España y Francia donde tambien los escolares estaban en huelga; la novedad y la moda que imponían esos motines hacían por su parte que los padres de familia esperasen más bien con curiosidad que con inquietud el desenlace de la lucha y hasta que desearan que los muchachos llevaran á cabo su resolucion para cubrir de ridículo á una administracion, mal vista ya, con los episodios cómicos y burlescos á qne con tanta facilidad se prestaba una revolucion juvenil imposi-

ble de vencerse con cañones y bayonetas.

El viérnes el escándalo era grande ya.

Nadie asistia á las clases, los prefectos y empleados tenían gran trabajo en contener á los colegiales, y los gritos subversivos se escuchaban continuamente sin que fuera fácil reprimirlos.

Un estudiante tímido, de apellido Martínez, se atrevió á entrar á la clase de primer año de Matemáticas dada por *Peñita* (1) y sufrió una rechifla general que á punto estuvo de convertirse en una *ovacion* más peligrosa para el infortunado muchacho: gracias á la intervencion oportuna de los empleados de la Escuela y de la actitud de los estudiantes de más edad no fué aporreado; pero tal susto llevó que no volvió al colegio en mucho tiempo.

Un gran número de chicos de mi edad fueron encerrados en los ca-

---

(1) Don Rafael Angel de la Peña, el cual por su corta estatura y simpático trato es llamado cariñosamente "El Sr. Peñita" por sus numerosos discípulos.

labozos, si bien no duraban en ellos largas horas, porque el Director comprendía que con medidas violentas sólo conseguiría exasperar á los preparatorianos y orillarlos á que se declarasen resueltamente revolucionarios; y ochocientos muchachos resueltos, eran un elemento de ayuda poderoso para los huelguistas de las Escuelas Superiores.

Abrigaban aún la creencia de poder reducir á los más gritones.

Y ese mismo día viérnes por la tarde me encontré con Monteverde cuando volvía de la calle; despues supe que había salido clandestinamente á una junta que celebraron los representantes de los estudiantes amotinados.

Al verme, una idea súbita cruzó por su cerebro y deteniéndome me dijo:

—Chiquitin, tú que eres tan travieso ¿serías capaz de hacer una cosa buena?

—Si se trata de la huelga puedo hacer hasta dos, le contesté con resolucion.

—Sí, de la huelga se trata.

—Pues haré entónces todo lo que usted quiera.

—Oyeme bien y haz lo que te diga. Mañana se declara aquí la huelga; pero para que tengamos un pretexto más, se necesita que alguno sea la víctima.

—¿Y á mí me toca ser?

—Sí, gritarás hasta quedar ronco todo lo que quieras, tratarán de encerrarte en el calabozo, nosotros no dejamos que los prefectos lo hagan, de allí se origina una discusion, tocamos la campana de clases que es la señal y salimos á reunirnos con los demás Colegios.

—Si no es más de eso, arreglado; gritaré más de lo que hoy he gritado; pero diga usted, ¿dónde nos vamos á vivir miéntras?

—Al hotel ó á cualquier parte: eso despues lo veremos.

Fuíme en busca de Feliciano, al cual poco trabajo me costó convencer para que hiciéramos la bulla juntos, y con febril ansiedad esperé al día siguiente.

Pocas ocasiones había yo visto tan concurrida la Preparatoria como aquel día memorable, 25 de Abril, en que hicimos nuestra revolucion. Alumnos perdularios que nunca asistían al Colegio, esa mañana se presentaron los primeros, de los tímidos desertaron algunos y los demás no se atrevían á contrariar á sus compañeros, ántes bien, estaban dispuestos á seguirlos; los prefectos y algunos guardas del órden público discurrían por los corredores disolviendo los numerosos grupos formados, que no tardaban en volverse á reunir; la guardia del vecino cuartel estaba sobre las armas; Bautista (el anciano conserje), listo con su enorme manojo de llaves de las puertas y calabozos estaba pendiente de las órdenes del Secretario.

Los profesores llegaban recelosos, nos saludaban con gran urbanidad dirigiendo á todas partes miradas de inquietud y penetraban á sus clases despues de conferenciar breve rato con el Director.

Alumnos y profesores parecía

que sabían ya que ese día sería la proclamacion de la huelga.

Las cátedras se llenaron de discípulos, entre los que se deslizaron los de otras escuelas que acudieron para presenciar los acontecimientos; y al ruido sordo de las conversaciones que semejaba el zumbido de millares de abejas, sucedió un silencio solemne comparable tan sólo á la imponente calma en que se encuentra la naturaleza momentos ántes de que estalle la tempestad.

Dejé el Colegio grande á eso de las nueve y media de la mañana, atravesé el patio de pasantes y llegué al chico, seguido de Feliciano; ántes de que ningun prefecto nos intimara la órden de entrar á cátedra ó retirarnos de allí, nos soltamos cantando á voz en cuello una cancion llamada *«El internado»* compuesta pocos días ántes y la que se había arreglado para la música del *«Chin, Chin, Chan»*, un sonecito entónces muy en boga.

La letra decía así:

I.

De Facto escribió un librillo *(bis)*.
Con ayuda de Hilarion.
Con el Chin, Chin, Chan,
Con el chin, chin, chan.
Y al verlo los estudiantes *(bis)*.
Gritaron insurreccion.
Con el chin, etc.

II.

Y dice que el internado *(bis)*
Ya no se usa ni en London
Con el chin, etc.
Por eso quiere que vuelvan *(bis)*
Los chicos á la prision.
Con el chin, etc.

III.

Así predicaba siempre *(bis)*
El Cura de Tamajon
Con el chin, etc.
El odio de los borrachos *(bis)*
Y él era el más borrachon.
Con el chin, etc.

IV.

De modo que cuando puso *(bis)*
A prueba su otra opinion
Con el chin, etc.

Salimos con que *De Facto (bis)*
De facto tocó el violon.
Con el chin, chin, chan,
Con el chin, chin, chan.

Nada más pudimos cantar la primera estrofa, pues apénas nos oyeron, corrieron á alcanzarnos dos prefectos y tres policías; pero nos precipitamos en la primera clase que encontramos dando gritos; los prefectos nos siguieron.

El tumulto comenzó en esa y en todas las clases al oír nuestro canto, y los gritos:

—¡Déjalos!

—¡No te lo comas!

—¡Muera el internado! Muera De Facto.

—¡Viva la huelga!

—Viva! ¡Huelga, huelga!

Estos y otros mil gritos más se escuchaban por todas partes. Las clases quedaron casi desiertas y se llenaron los corredores; el Director se presentó é hizo ademan de hablar, el silencio comenzó á restablecerse con dificultad cuando la campana, colocada en el patio de pasantes, dejó

oír un desesperado repique, que no sé quien lo dió.

Nadie hizo ya aprecio del Director, resonó un aullido solo, inmenso, imponente que repercutió por todo el Colegio y llegó hasta la calle:

—¡Huelga!

Y en el momento, como torrente despeñado, la masa de estudiantes se dirigió á la escalera buscando el zaguan; pero Bautista había obrado con ligereza y al oír los primeros gritos echó la llave del postigo, se introdujo á su habitacion que cerró por dentro y saliendo á la calle, pues por el interior le hubiera sido imposible pasar y además las llaves le hubieran sido arrebatadas, se dirigió al Colegio grande.

Viendo cerrada la salida, la multitud refluyó á los corredores del último piso buscando la puerta del estrecho pasillo que comunica con el patio de pasantes; por un momento se detuvo encontrándola cerrada; pero exasperados todos de verse encerrados, empezaron á golpear las maderas, que no pudieron resistir, y en

breves momentos cayeron hechas pedazos.

El Director y sus acompañantes salieron por la clase de Química para evitar ser atropellados, y por el entresuelo se dirigieron al Colegio grande, punto á donde convergía toda la *bola*, con el fin de ver si podían contenerla. Pero esto era imposible ya.

El tránsito del pasillo fué difícil por lo estrecho, y sólo se escuchaban imprecaciones, gritos ahogados y maldiciones; por fin pudimos pasar, Feliciano y yo de los primeros, y atravesando á la carrera el corredor del patio de pasantes, nos lanzamos por las grandes escaleras del patio principal.

Allí pretendió detenernos el prefecto Covarrubias y aun me agarró por el pescuezo; pero la oleada de estudiantes lo arrolló á él y á la primera fila compuesta en su totalidad de los más chicos de la escuela. Rodamos las escaleras siendo atropellados por aquella avalancha humana que no escuchaba nuestros gritos, y sin darme cuenta del cómo conseguí escapar, me encontré en el patio.

Covarrubias estaba por un rincon chorreando sangre; Feliciano lloraba á lágrima viva y se tentaba la cabeza que tenía rota, otros varios *perros* quedaron más ó ménos lastimados y por mi parte me sentía bastante magullado: sin embargo, volvi á subir al dormitorio y me encontré á muchos internos que estaban haciendo sus preparativos para la próxima mudanza. Como los míos estaban ya hechos desde por la mañana, no tuve más de echarme al bolsillo el dinero y vigilar á que un mozo sacara mis muebles al corredor en tanto que podíamos salir á la calle.

Pero aquello era algo difícil: la pesada puerta principal estaba bien cerrada y custodiada, además corría la voz de que una patrulla venida del vecino cuartel estaba formada en el vestíbulo y pronta á hacer uso de sus armas contra los estudiantes si éstos intentaban salir en tumulto.

Mas nadie ni nada podía enfriar el entusiasmo de la multitud en el primer momento: á pesar de que los empleados y profesores pretendían en va-

no detener á la turba, sus exhortaciones fueron inútiles y al cabo de media hora de múltiples esfuerzos, la puerta quedó desquiciada y dió libre paso á más de quinientos estudiantes que como huracan salieron á la calle en medio de gritos y silbidos atronadores.

La guardia del vecino cuartel que estaba formada en la calle frente al zaguan pretendió detenernos, pero resueltamente nos fuimos sobre ella y como no tenía órden de hacer fuego, le levantamos los fusiles por lo alto y seguimos adelante.

Los internos hicimos sacar incontinenti nuestros muebles, pero como no sabíamos á dónde dirigirnos, los dejamos en medio de la calle que en breve quedó obstruida.

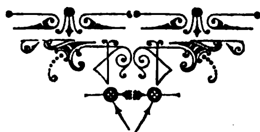
En medio de aquella barahunda distinguí á Feliciano que haciendo pucheros y tentándose la cabeza se dirigía hacia donde yo estaba.

—¿Que dices de todo esto? le pregunté.

—Que maldita sea la huelga y los que la inventaron, respondió, me han roto la cabeza; si yo he sabi-

do lo que iba á suceder no me meto en nada.

Nada le respondí, pero tampoco me hacía ya mucha gracia ver aquella sublevacion que nos dejaba tirados en medio de la calle.





CAPITULO VII.

—

LA UNIVERSIDAD LIBRE AL AIRE LIBRE.

A fuerza de buscar por todas partes, encontré á Amador á quien expuse mi cuita y le rogué que me indicara á dónde podría hallar alojamiento.

El como yo, no encontraba donde irse, no obstante que su familia residía en México; pero nos sacó de apuros Riquez que en esos instantes se presentó.

—Vamos luego al número ocho de la calle de Santa Inés, á la casa de la señora Garrido; pero pronto,

porque nada más hay lugar para treinta estudiantes, pues sólo esos caben allí.

No esperamos que nos lo repitieran los que tal oímos, y como nos fué dado buscamos gente que llevara las camas y muebles, y á poco rato llegamos á la casa que se nos había indicado.

La dueña de la casa, la señora Garrido, nos recibió muy bien y gracias á sus órdenes y actividad quedamos perfectamente instalados unos treinta y cinco colegiales en ménos de dos horas.

Tranquilos por esa parte, Feliciano y yo nos lanzamos á la calle en busca de noticias.

Por todas partes se veían estudiantes llenos de alborozo por el resultado de la huelga: en efecto, ésta había sido general, hasta los de Agricultura y Bellas Artes que en un principio se mostraron más reacios á suscribir el plan comun, se decidieron al fin y abandonaron sus Colegios: reducido era el número de internos que habían permanecido en ellos.

Contábamos con la simpatía universal y hasta en el Congreso teníamos partidarios; el Presidente Lerdo y De Facto estaban asustados (segun nuestras noticias), no encontrando la manera de salir del atolladero en que se habían metido. El 27 debía tratarse en el Congreso nuestro asunto y se nos recomendó la puntual asistencia.

En tanto que se organizaba la Universidad libre, las clases serían en la Alameda y dadas por personas muy competentes en todas. materias, se formaría un comité con representantes de todas las escuelas sublevadas; se daría un manifiesto al público con las razones que habíamos tenido para declararnos en huelga; y por último, no volveríamos á pisar las aulas hasta tanto que el Gobierno no cediera y nos hiciera ámplia y cumplida justicia.

—Eso, eso, decía yo olvidado ya del porrazo, derrotaremos al Gobierno, tiraremos á *De Facto* y verá el señor del Buen Diente (1) que noso-

(1) Mote que EL AHUIZOTE puso á don Sebastian

tros no somos como los muchachos de ántes que se gobernaban con palmeta.

Como continuaran llegando huéspedes á la casa de la señora Garrido y por más buena voluntad que ella tuviera en recibirlos, era materialmente imposible que cupieran, y muchas familias pusieron sus casas á disposicion de los que no tenían familia en la capital, que eran en gran número.

La antigua casa de Tolsa, situada junto á San Diego, donde despues se abrieron las calles de Colon, de Humboldt y de Balderas, tambien fué generosamente cedida por su propietario y en ella se alojaron gran número de estudiantes de todos los Colegios Nacionales.

Estas y otras noticias por el estilo, nos llenaban de satisfaccion y nos hacían esperar un completo triunfo.

El 27 de Abril, como se nos había

Lerdo de Tejada porque concurría frecuentemente á banquetes. De Facto era el Ministro de Justicia Díaz Covarrubias, á quien el mismo AHUIZOTE llamó así por usar de continuo esa frase acompañada de un adecuado movimiento de la mano derecha.

prevenido, nos dirigimos al Congreso, ya desde 1872 en que se incendió el Palacio Nacional, situado en el antiguo Teatro de Iturbide, en el ángulo que forman las calles de la Canoa y 2ª del Factor.

Numerosos *guardas* y policías secretos, perdidos entre los centenares de estudiantes, ocupaban las galerías, de donde salía un murmullo ensordecedor y constante, que no era bastante á hacerlo callar la campanilla del Presidente.

Comenzó la sesion dándose cuenta con diversos negocios que nos tenían enteramente sin cuidado y que sólo conseguían avivar nuestra impaciencia.

Al fin se levantó el Licenciado Don Prisciliano Díaz Gonzalez, siendo saludado con una salva de aplausos, pues iba á defender nuestra causa.

La proposicion que presentó estaba concebida en estos términos:

«El encargado del Ministerio de Justicia informará en la sesion de hoy sobre la huelga en que están los estudiantes de las Escuelas de Medicina,

Ingenieros, Jurisprudencia, Preparatoria y Bellas Artes, y sobre las providencias que haya dictado en favor de aquellos jóvenes para establecer la paz en aquellos establecimientos»

Solicitó para esta proposicion dispensa de trámites, y para fundar esta dispensa pronunció un discurso, que con frecuencia fué interrumpido por los aplausos, en el que hacía ver lo conveniente que era que se reformaran los reglamentos de la instruccion pública y dar á la juventud los mismos derechos que se daban á los hombres, derrocando *el odioso reglamentarismo.*

Don Juan A. Mateos, personaje bufo de todos los congresos, y que entónces empezaba á hacerse célebre por sus extravagantes peroraciones y por su afan de imitar el estilo de Víctor Hugo, se encargó de contestar á Díaz González.

Su presencia en la tribuna fué recibida con «mueras» y silbidos y la guasa dió principio.

Aquello no fué discurso, fué una mescolanza sin órden alguno en que

despues de remover el cielo y la tierra, los tiempos pasados, los presentes y los venideros, concluía diciendo que la cuestion estudiantil no era de la incumbencia de la Cámara, sino *escolapiadas* y chismes de los Colegios, de los que no tenía que ocuparse la Cámara.

Como se comprenderá con facilidad, todos los asistentes coreamos cual se merecía aquel papasal al que no le faltaban algunas razones, y cuyas últimas palabras no se pudieron oir por la tempestad de gritos que las ahogó.

—¡Que baile Mateos!

—¡Fuera el imperialista!

—¡Abajo el *Homero de Cacahuamilpa!*

—¡Viva la huelga!

—¡Viva Díaz González!

—¡Qué nos traigan á De Facto! ¡Que salga De Facto! ¡Que baile De Facto!

—¡Viva!

—¡Muera!

Estos y otros semejantes gritos convirtieron por breve rato á la Cá-

mara en redondel taurino: el Presidente agitaba con furia y sin éxito la campanilla, y al fin dió órden á la guardia de que desalojase las galerías.

Salimos de allí, no sin protestar ruidosamente contra el tremendo atropello que sufría el *pueblo soberano* y nos dirigimos en procesion, gritando y dando por las calles muestras de poquísima educacion, francamente, al Teatro Hidalgo.

Allí, en medio de la batahola que armábamos más de mil muchachos, quedó solemnemente proclamada la Huelga, que continuaría hasta tanto que el Gobierno no accediese á nuestros deseos; éstos eran: I Que los tres estudiantes expulsados de Medicina, causa de toda la revolucion, volviesen al colegio; II Que no se castigase, como se pretendía, á los principales promovedores de la Huelga; III Que se reformase el plan de estudios en un sentido más liberal y IV Que se estudiase la manera de suprimir á la mayor brevedad posible el internado.

Como se vé, nuestras exigencias

no eran exageradas y era llano acceder á ellas.

En esa reunion se tomaron varios acuerdos, entre ellos el de enviar una comision al Presidente de la República para manifestarle nuestras pretensiones; que los expulsados pedirían amparo á la Justicia contra el acto arbitrario de la Junta de Instruccion pública; se recomendó á los becas pobres que no abandonaran los Colegios ni siguieran á los huelguistas, por el temor que había de que el Ministerio les quitara sus pensiones: la mayoría de éstos no admitió exponiéndose á quedar en la miseria, y se hizo una colecta en su favor, que produjo unos cuarenta pesos, muchos compañeros les ofrecieron con muy buena voluntad sus casas, cuyo ofrecimiento fué admitido; y por último, se redactó una enérgica protesta contra las providencias del Oficial Mayor Díaz Covarrubias, encargado del Ministerio de Justicia.

Disuelta la reunion, nos acabamos de quedar roncos de tantos vivas que por las calles gritamos á la Cien-

cia, á Riva Palacio, que siempre ha sido muy popular entre los estudiantes, á Luis Gonzaga de la Sierra, á Díaz Gonzalez, etc., y de los mueras á De Facto y demás gentecilla de las Escuelas.

Al siguiente, 28, comenzaron las clases en la Alameda. Era un espectáculo nuevo y pintoresco el que presentaba el gran parque convertido en aula; por todas partes se veían colegiales y personas de todas clases, atraídos por la novedad: á las nueve de la mañana llegaron los profesores y empezaron las clases con más seriedad y órden de los acostumbrados aun en las mismas escuelas.

Hé aquí una lista de las personas que se ofrecieron á dar las clases y de las materias que tomaron á su cargo:

PREPARATORIA.

Primer año de Matemáticas, señores Cárlos Esparza, Olvera y M. ovCarrubias, *estudiantes*.

Segundo año de id., señores Ozuna y Valenzuela, *estudiantes.*

Física, señores Prado y E. Ortega.

Química, Sr. P. Noriega, *profesor.*

Lógica, Salvador Castellot, *estudiante* de Jurisprudencia.

Zoología, Manuel Flores, *id.* de Medicina.

Botánica, Valdivieso, *id. id.*

ARTES Y OFICIOS.

Primer año, Sr. Paz Soto.

Segundo año, Tiburcio Ibarrola, *estudiante.*

Física, Celso Carrasquedo, *estudiante.*

Química, Rafael Mendoza.

Dibujo lineal, el mismo.

Quinto año, Sr. Gumersindo Mendoza.

ESCUELA DE MEDICINA.

Primer año: Anatomía, Sr. Ponciano Herrera, *estudiante.*

Farmacia: Sr. E. Vargas, *estudiante.*

Segundo año: Patología y clínica interna, *Dr.* José Mª Bandera.

Patología externa: Dr. Mauricio Flores.

Clínica externa, Sr. Fernando Malanco, *estudiante.*

Fisiología, Sr. Manuel Rocha, *id.*

Tercer año: Patologías, los mismos que en el *segundo.*

Clínicas, los *mismos.*

Anatomía Topográfica, Sr. F. Larrea, *estudiante.*

Cuarto año: Operaciones, *Dr.* Maldonado.

Patología General, Sr. J. Morales, *estudiante.*

Terapéutica, Sr. Luis Guzman, *id.*

Quinto año: Partos, Sr. Manuel Gutiérrez, *estudiante.*

Higiene, Sr. José Reyes, *id.*

Medicina legal, *Doctor* Hidalgo Carpio.

Clínica de Partos, Sr. Gutierrez, *estudiante.*

Segundo de Farmacia. Historia de drogas, E. Vargas, *id.*

Tercero. Análisis químico, Sr. M. Rio de la Loza.

Además los Dres. Carmona y Valle, Vértiz y J. M. Reyes se ofrecieron para desempeñar clases.

JURISPRUDENCIA.

Derecho Natural, Agustin Arroyo de Anda, *estudiante.*

Derecho Romano: primer año, *el mismo.*

Id. id., 2º año, Francisco Alcalde, *id.*

Derecho Patrio: 1er. año, Benjamin Segura, *id.*

Id. id., 2º año, Juan Hernández, *id.*

Economía Política, Rafael Icaza, *idem.*

Derecho Internacional, Francisco Cárdenas, *id.*

Derecho Constitucional, Lic. Vicente Riva Palacio.

Procedimientos civiles, Lic. Prisciliano M. D. González.

Procedimientos Criminales, Lic. Luis G. de la Sierra.

Principios de legislacion, Severo Campero, *estudiante.*

Legislacion comparada, Pablo Macedo, *estudiante.*

INGENIEROS.

Matemáticas superiores, Luis Villaseñor, *estudiante.*

Geometría Descriptiva, Andrés Andasoro, *id.*

Topografía, Amancio Busurto, *id.*

Dibujo topográfico, Cristóbal Alvarez, *id.*

Astronomía, Pedro Vigil, *id.*

Mecánica, José Mª Velásquez, *id.*

Análisis de química, Francisco Solares, *id.*

Puentes, Mateo Plowes, *id.*

Caminos, Fiacro Quijano, *id.*

Corte de piedras, Sr. Vicente Heredia, Ingeniero.

Carpintería, Sr. Juan Cardona, *id.*

Teoría Mecánica de las construcciones, F. Chavero, *estudiante.*

A las once de la mañana de ese día 28 habíamos terminado ya y nos

esparcimos por toda la ciudad recibiendo inequívocas muestras de simpatía.

Habíamos cumplido nuestra promesa: ya que no querían que extraños asistieran á las clases, hasta las nodrizas y niñeras las habían de oir.

Una noticia, sin embargo, amenguó mucho la alegría de los promotores del motin, y fué que el Presidente de la República se negó á recibir á la comision de estudiantes que solicitó verlo para explicarle las causas de la huelga.

En la tarde de ese mismo día nos reunimos en el Teatro de Nuevo México, ó del *Pambazo,* como por mal nombre se le decía, y lo más importante que se hizo fué nombrar un comité organizador de la actitud de los estudiantes. Copio aquí los nombres de los miembros de ese Comité por haber sido él el núcleo de los futuros Congresos de Estudiantes, que más de una vez defendieron viril y enérgicamente los derechos de los alumnos de las Escuelas nacionales. El número de diputados que cada una envió fué de diez:

Artes y oficios. Bernardo López, Florencio Ibarrola, Ernesto Castillo, Juan Sánchez, Arturo Durán, Celso Carrasquedo, Rafael Mendoza, Cristóbal Bros, Felipe Mendoza y Luis Piña.

Bellas Artes. Rodrigo Gutiérrez, Miguel Laporta, Francisco Cumaine, Miguel Schultz, Adolfo Tenorio, Agustin Ocampo, Juan Salot y José B. Montenegro.

Comercio. Manuel Villalon, José L. Acevedo, Antonio Calvo, Pedro Peniche, Miguel González Robles, Alberto Antúnez, Marcelino Calzada, Antonio Torres y Adrian Casillas.

Jurisprudencia. Salvador Castellot, Agustin Arroyo de Anda, Maximiliano Baz, † Benjamin Segura, Miguel Macedo, † Mariano Espejo, Jesus Aguilar, Francisco Alcalde, Juan Hernández y Rómulo Becerra Fabre.

Medicina. Manuel Rocha, Rafael Caraza, Miguel Barbachano, Porfirio Parra, Luis Bello, José M. Sambra, M. Gomez Portugal y Manuel Flores.

Minería. Francisco Lagos, † Luis Villaseñor, Primitivo Saenz, Andrés

Aldasoro, Pablo Patiño Suárez, Pedro Vigil, Amancio Basurto, Ricardo Verdusco, José Mª Velásquez, y Melchor Calderon.

Preparatoria. Juan Riquez, Ricardo Aguilar, Lamberto Ayala, Enrique Monteverde, Federico Cota, Cárlos Esparza. Enrique Montamar, (1) Emilio Ortega, Miguel Covarrubias y José Ochoa.

La Mesa Directiva quedó formada por Antonio Escobar, presidente; Miguel Laporta, vice-presidente; y Francisco Frias y Camacho y José de Jesus Núñez, secretarios.

Yo me encontraba durante la sesion aquella, en uno de los palcos primeros en union de Feliciano, pues no habíamos conseguido asiento de patio. Cerca de nosotros se fué á sentar un señor alto, moreno, grueso, y cuya mirada inquieta apenas era mal ocultada por los vidrios de sus anteojos, provistos de varillas de oro. Sa-

---

(1.) Honrado y entendido jurisconsulto que falleció en la flor de su edad, siendo Secretario del Gobierno de Tamaulipas en la administracion del General Rómulo Cuellar.

có de su bolsillo unas tiras de papel y un lápiz y púsose á tomar notas de lo que en el escenario ocurría.

Obvio es decir que aquello parecía el campo de Agramante, Mariano Espejo [1] en vano quería ordenar la discusion y dar á conocer sus opiniones sobre la salida de los internos; la concurrencia fué pródiga para con él en gritos y silbidos que le hicieron callar.

Mi vecino veía aquello con sorna, hasta que no pudiendo contenerse me dijo:

—«¡Qué muchachos tan bárbaros son ustedes; debían portarse como gentes formales y votar compactos como en el Congreso. Que cuando uno que haga cabeza vote sí, todos voten que sí, y cuando vote no, todos voten no. Esto facilita la operacion.»

Aquel epíteto de bárbaros y aquel consejo tan intempestivo me pusieron de mal talante; avinagrando el gesto le contesté:

—«No nos dé usted *muestras* con

(1) Fallecido el mes de Septiembre de 1897; terminó su carrera de Abogado y fué diputado y senador.

el Congreso; aquí no es lo mismo, aquí cada cual piensa con su cabeza, habla con su boca y vota con su conciencia.»

Sonrió irónicamente y añadió:

—«Usted perdone; pero yo creía que . . .

—«Si usted creía que esto era el Congreso, donde los diputados parecen muñecos de goznes, se equivocaba de medio á medio; esto es la Asamblea general de los miembros de la Universidad libre [1].

—«¡Ah! sí, de la que *andaba* esta mañana en la Alameda.

—«Sí, le dije, *remedándolo*, de la que *andaba* esta mañana en la Alameda;—y dando á Feliciano un codazo, le dije de manera que lo oyera aquel señor:

—«Este es de los viejos, cree que la Universidad libre *anda.*»

---

(1) Al publicar esta conversacion en "El Federalista" mi interlocutor le puso por título para que estuviera en el tono humorístico de su revista "Asamblea General de los ciudadanes miembros de la Sociedad Libre."

Guardamos silencio durante un intervalo que Rocha [1] hablaba.

—«¿Quién es ese? me preguntó al cabo de un rato, ¿qué no es Zaragoza?

—«No, es Rocha.

—«Si Sóstenes no usa anteojos, (alaudiendo al general de ese nombre.)

—«No hablo de Don Sóstenes, ese está en Celaya gozando con las *cajetas de leche* quemada; es Rocha el estudiante de Medicina y que forma parte de la Mesa Directiva.»

Rocha peroraba á más y mejor; en esos momentos proponía que se eligiesen veinte representantes por cada escuela; se le contradijo por otro que quería que fueran cinco y la *bola* y el ruido llegaron á su colmo. Al oir el número de cinco, mi vecino murmuró socarronamente:

—«¡Tonto! miéntras más diputados, mejor; así hay más probabilidades......

---

(1) Médico afamado que hace algunos años fallelleció en Monterrey, N. Leon

—«¿Eh? interrumpí yó, ¿decía usted?

—«Nada, mi jóven amigo, nada decía.

—«Cinco se corrompen más fácilmente que veinte, gritaba un energúmeno en el foro.

—¿Cómo se entiende? saltó un mocoso, que ya hombre se sienta hoy en el Congreso y jamás abre la boca para hablar ó proponer algo, los estudiantes son incorruptibles.

Con las patadas de los de arriba empezó á llover polilla en gran cantidad.

—«Vea usted, jóven, vea usted, decía el *reporter*, los dioses me protejen, creen que escribo con tinta y me envían marmaja desde el cielo.

—«¡Qué marmaja ni qué tinta, ni qué dioses! Es la polilla que cae del techo.»

Santos Coy electrizaba al auditorio con su elocuencia y un estudiante de derecho pronunciaba esta frase que debía escribirse con letras de oro: «Suprimid los diputados si quereis tener buenas leyes.»

Mi vecino no aguantó más, encasquetóse el sombrero y salió de allí como disparado.

Algunos días despues leí la conversacion anterior en EL FEDERALISTA, diario amigo de Lerdo, y supe que mi vecino era el Ingeniero Don Francisco de P. Vera, que hace tres años murió, y que milagrosamente escapó de la catástrofe de Veracruz, en las obras del Puerto, donde murió de una manera horrible el malogrado Ingeniero Luis Villaseñor.

¡Pobre Vera! era buen chico y de buena gana le he perdonado despues la chispeante crítica que á los dos días hizo de la sesion, desde las columas de EL FEDERALISTA.





CAPITULO VIII.

La Huelga de las Colegialas.

Cada día me iba aficionando más y más á la vida de estudiante externo. Eso de levantarme á la hora que me parecía, de estudiar si de ello tenía antojo, salirme á la calle, ir á la Alameda, pasearme por la Avenida de Plateros, ir en la tarde al Club ó al Congreso, concurrir al Teatro, comer en cualquiera parte y no tener que obedecer á nadie, era para mí tan nuevo y tan agradable, que deseaba que jamás terminara la huelga.

Y con gran placer mío aquello no tenía trazas de acabar.

El Monitor Republicnao, La Voz de México, El Constitucional, El Pájaro Verde, El Ahuizote y otros periódicos de oposicion ú *obstruccionistas* cómo hoy se les llama, se pusieron de parte de los estudiantes; en vano El Federatista, La Revista Universal y El Eco de Ambos Mundos, con más talento que fortuna, emprendieron la defensa de Díaz Covarrubias y de Lerdo; nuestra causa era simpática á todo el mundo, y las clases en la Alameda, se veían concurridas por personas de la mejor sociedad, atraídas por el espectáculo.

El Ahuizote en su número de 30 de Abril, casi nada más se ocupó de la cuestion de las escuelas con su gracia habitual: al Ministro Díaz Covarrubias le compuso la siguiente cuarteta con motivo de su obra «La Instruccion pública en México.»

"El libro no lo escribiste [1]
El plano no lo formaste
La impresion no la pagaste,
Entónces, dinos, ¿qué hiciste?"

En cuanto á Don Sebastian véa-

---

[1] Se decía que la obra la había escrito Don Hi-

se como lo trataba: «El general de generales preguntó á su consejo de ministros qué cosa era eso de «Universidad libre;» De Facto como encargado del ramo declaró que eso quería decir que se dejara libre á la antigua Universidad para poder volver á poner sus *Bedeles* y sus *Bachilleres* y sus *Doctores* en todas las facultades, con *mitras*, colores y con *opas* y con *mucetas* y con *roquetes*, y que volviera á haber grados de Doctor de aquellos en que se daba á los Doctores que asistían, un par de guantes á cada uno y unas despabiladeras de plata.

«El general de generales se lamió los labios, y exclamó: ¡ojalá! porque como ha dado en la manía de andar de guantes y aunque si no se despabila el entendimiento no tiene otra cosa que despabilar; pero las despabiladeras son de plata, y la cosa no era de desperdiciarse; mas la explicacioncilla no le satisfizo.

«Don Blas como Ministro de Fo-

larion Frias y Soto, periodista, diputado y últimamente Director de «El Siglo XIX; parece que este señor colaboró en ella.

mento opinó que *Universidad libre* quiere decir que el edificio que se llamaba Universidad y que ahora se llama el Conservatorio quedára libre en medio de la plaza, quitándose todos los edificios que están á su alrederor. El general tampoco se conformó con la explicacion.

«El señor del Baño de la Providencia, (1) estudió lógica por Jaquier y llamando en su auxilio toda su reminiscencia científica, dijo que *Universidad libre* quería decir lo mismo que *Libertad del Universo*, lo cual era una tontera porque el Universo no podía ser libre, segun una regla de lógica que dice: «de dos proposiciones afirmativas no puede inferirse una negativa.» Tampoco se convenció el general.

«Indignado y recordando aquellos buenos tiempos en que obligaba á los alumnos de San Ildefonso á rezar el rosario, confesar y comulgar haciéndoles que tomasen la vela perpétua el

[1] D. Cayetano Gómez Pérez, Ministro de Gobernacion, propietario efectivamente de un baño llamado de la "Providencia."

día de la funcion del sudor de San Francisco Javier, dijo:

—"¡Ahora veredes estudiantillos, lo que vale mi cólera como Rector, porque el Rector duerme bajo la piel del General: yo os daré "Universidad libre," que sea lo que fuere, basta que yo no sepa lo que es, para que sea malo.

«Y dicho y hecho, se pronunció contra ella, porque en todo caso llevaba la regla de que la Universidad libre disminuye el presupuesto de egresos y nada qué disminuya ese presupuesto puede ser conveniente al Ejecutivo.

«El general interpreta á su modo.

«Cantaban los españoles el himno de Espartero y comenzaba un verso así:

"La segur del atroz fanatismo"

«Uno oyó cantar este verso, y como era verso de liberales y él no lo entendiera, despues lo repetía á su modo diciendo:

"La segunda destrozan á Cristo"

«Y la cosa era muy lógica para él.

«Aquí parece que el que destrozó á Cristo es el general, que no puede haber más destrozo que entender así la *Universidad libre.*

«No basta para ser progresista decir que las Hermanas de la Caridad son prostituidas y los frailes holgazanes: se necesita ir á la cabeza de la sociedad, avanzar en la carrera del progreso y emancipar la educacion de las trabas reglamentarias de los tiempos de las *orejas de burro* y de los *colegiales de santos.*

«Y despues, tienen valor de llamar reaccionarios á los que van un siglo adelante, y se llaman progresistas exagerados los que tienen por una escolapiada lo que es un gran paso en la libertad, tan necesario que hasta los estudiantes lo piden, con todo y que no tienen una curul.

"El general no comprende como será un estudiante sin manto y sin beca: para él los estudiantes deben estar calcados en el tipo de los de Periquillo ó de la Quijotita.

"¡Estudiantes! ¡¡Sin padres maes-

tros!! ¡¡Sin comuniones mensuales!! ¡y sin el respeto servil á los rectores!.... ¡Oh! eso es imposible!

"Esta profanacion no se la puede imaginar el general de generales, ni menos De Facto que dice como la vieja: "candileta dijo mi abuela y candileta he de decir yo."

"Por una notable coincidencia, los últimos periódicos de Europa traen la noticia de la sublevacion de los estudiantes de Rusia: la expulsion de tres jóvenes de la Escuela de Medicina dió origen á la sublevacion de ese Colegio; todos los demás estudiantes hicieron causa comun.

El Czar ha cejado: el autócrata de todas las Rusias reconoció la reforma y reformó los reglamentos de estudios. Aquí, como es República, el Presidente demócrata y liberal, lleva adelante su capricho y quiere ganar á los estudiantes por hambre.

"*¡Cosí vá il mondo!*"

La caricatura de ese número del periódico tambien era alusiva á la cuestion de las escuelas.

Viendo que no se podía reducir

á los estudiantes por el rigor, se recurrió á otros medios.

Los directores de las escuelas nacionales dirijieron á los padres ó tutores de los alumnos, circulares por el estilo de la siguiente:

"Señor Don....

"El alumno interno N........ del cual segun los libros es vd. el encargado, no asiste desde el día 24, en que abandonó la escuela, á sus clases respectivas, á pesar de que otros muchos de sus compañeros tanto internos como externos, concurren con regularidad á ellos pues ni un solo día se han suspendido.

"Lo cual tengo la honra de poner en conocimiento de vd. por órden del Ministerio, con el objeto de que tome las providencias que crea convenientes para evitar á dicho alumno los prejuicios que por la continuacion de esta falta pudieran sobrevenirle.

México Abril 30 de 1875.

El Director,
GABINO BARREDA."

Algun periódico aconsejó, y muchos padres siguieron el consejo, de contestar á esas cartas de esta manera:

«Señor Director de la Escuela Preparatoria:

Muy señor mío:

«Yo, como toda la ciudad de México sé, que no sólo el alumno N. que me está encargado en ese establecimiento de instruccion pública, sino todos ó la mayor parte de las Escuelas Nacionales se han separado de dichas escuelas hace muchos días.

«Tal noticia no es nueva para mí, por eso no me sorprende, y lo que sí me causa sorpresa, es, que con tanta tranquilidad y franqueza se me participe esa noticia por una de las personas que por su obligacion debía haber puesto todos los medios sabios y prudentes para evitar este extremo á que se han arrojado los jóvenes estudiantes, á quienes los padres y tutores habíamos puesto bajo el amparo y direccion de los Señores Directores y profesores de las Escuelas Nacionales y sobre los cuales en todo caso, y

de hoy para siempre, declinamos toda nuestra responsabilidad.

«Soy de vd. atto. S. Q. B. S. M.

N. N.»

Ocioso es decir qne ningun resultado dieron las cartas del Director, y que la tal contestacion no agradó á éste ni á Díaz Covarrubias.

Yo me presenté á ver á mi tutor, que lo era de nombre, pues sólo estaba encargado de pagar mi colegiatura y darme lo necesario, y no sólo aprobó mi conducta, sino que se mostró muy indignado de la conducta que seguía el Gobierno con nosotros y opinaba porque De Facto debía renunciar el Ministerio inmediatamente, supuesto que había demostrado su ineptitud é incapacidad.

Seguno por ese lado de que mí vida de *chino libre* no se vería interrumpida, continué en ella muy tranquilo: asistía puntualmente á las clases de la Alameda y en seguida me daba á recorrer todo México al que en realidad no conocía.

Las reuniones continuaban teniendo lugar en el Teatro Hidalgo, en el de Nuevo México ó en el de *Mabille*, en el antiguo salon de Capellanes del ex-convento de Santa Clara y seguían tan animadas como de costumbre. Sin embargo en medio de la broma que reinaba en casi todas ellas, revestían cierta solemnidad y eran puntualmente obedecidos los acuerdos que en ellas se tomaban.

La fórmula de juramento mediante la cual los miembros del Comité tomaron posesion de sus puestos fué ésta, calificada por algunos de ridícula y por otros de grandiosa:

—«Jura usted por su conciencia, por su honor y por su nombre, sacrificar la familia y el porvenir en favor de la idea que la Asamblea proclama?

—"Si juro.

—«Si así lo hace, los estudiantes libres se lo premien, y si no se lo demanden.»

Los fondos para el sostenimiento de los estudiantes pobres cada día eran mas cuantiosos debido á la liberalidad

«México cuenta con la Escuela de Artes y Oficios para mujeres, con el de las Vizcainas, con el Conservatorio de Música y con la escuela secundaria (1) como planteles de instruccion superior del bello sexo, y en todos ellos ¿la enseñanza y la educacion están á la altura de las exigencias de la época? Creemos que nó.

«Ocúpese, pues, la prensa de nosotras; éstos son los momentos de procurar que la instruccion de la mujer en México no adolesca de los vicios que en ella implantó la dominacion española. Todavía el colegio en que se educa mayor número de mujeres es para vergüenza de la culta capital, más que un monasterio, una cárcel.»

Por muchas personas fué puesta en duda la autenticidad de esta carta, y yo para mí tengo que si bien no fué enteramente apócrifa, no fué escrita por ninguna colegiala de las Vizcainas, pues algun tiempo despues que tuve oportunidad de ente-

---

[1] Situada en el antiguo Convento de la Encarnacion. Hoy ha sido trasformada en Escuela Normal de Señoritas.

rarme, nadie de entre ellas pudo darme razon de sus autoras.

Pero lo cierto es que la agitacion causada por la huelga empezaba á cundir por las Escuelas superiores de Señoritas: en las Vizcainas los más días las alumnas se negaban á concurrir á las clases, alegando que estaban ellas tambien en huelga; el director y la directora no se preocupaban mucho con tales insurrecciones que eran apaciguadas con facilidad, mediante un ligero castigo aplicado á las cabecillas de tan encantadoras *pronunciadas,* pues es fama que en las Vizcainas siempre ha habido muy guapas colegialas.

En el Conservatorio de Música las clases estaban desiertas, pues la mayoría de los estudiantes estaban en huelga: á ese Establecimiento concurrian y concurren alumnos de ambos sexos, y gran número de los hombres tomaron el partido de los estudiantes de Medicina; los demás, comenzaron á no concurrir desde que tuvieron temor de que sus compañeros les jugaran una mala pasada, y en cuanto á

las señoritas, sus familias resolvieron no enviarlas tambien, por el recelo que abrigaban de que cualquier día los huelguistas hicieran una irrupcion en el Colegio, ó porque simpatizaban con ellos.

Pero donde estuvo más sério el asunto fué en la Escuela de la Encarnacion; concurrida por toda clase de muchachas emparentadas con muchos estudiantes y muy cercana á la Preparatoria, habían seguido las peripecias de la huelga con positivo interés y no oculta simpatía; y como no faltaron colegiales que las empezaran á animar para que nos imitaran, en breve empezaron á formar conciliábulos y juntas y á dar señales de inquietud.

Como decía en tono de broma un cronista en aquellos días «el bello sexo, hermosa [ésta sí es de veras hermosa] mitad del género humano de la pequeña república, no ha sido indiferente al movimiento; al saber que la mitad fea está en conmocion, que corría peligro, que los bárbaros (vulgo profesores) estaban á las puertas de Roma, ella, foco de bondad y sen-

timiento, se ha enternecido y se ha agitado.

«Elevan sus lindas manecitas al cielo, ponen flores en el altar de la Vírgen y con lágrimas de ternura dirigen preces á su adorada madre la reina de los cielos por el triunfo de sus hermanos. Desde que hay esta agitacion, las niñas no hacen ya el *dobladillo de ojo*, *y los palotes* en las planas se ven temblando como azogados: esto es prueba de que no estan tranquilas por el riesgo que corren sus compañeros.»

Algunas nombraron á un jóven estudiante para que en su nombre manifestase al Comité el interés que por nuestra suerte se tomaban: el comité les mandó dar las gracias; y como en una sesion secreta que tuvo aquel se tratase de la huelga de las escuelas de niñas, esa corporacion aunque seducida por la novedad de la idea, obró con mucha prudencia y no quiso comprometerse á dar un paso que acaso no habría sido bien recibido por la sociedad.

En efecto, de abandonar el sexo

femenino las escuelas, tenían las educandas que permanecer en su casa y perder el tiempo más de lo que nosotros lo perdíamos, pues no era posible que fueran las clases en la Alameda; y esto no habría sido del agrado de los padres de familia. Así es que se limitó á dar su apoyo moral á la revolucion femenil que se tramaba en espera de que los acontecimientos se desarrollasen, abrigando la esperanza fundada de que ningun resultado práctico se obtendría, porque las mujeres no saben guardar ningun secreto.

Eso sí, las conversaciones de las *conspiradoras* eran de lo más original que darse pueda, y como muestra voy á referir una que llegó á mis noticias por conducto fidedigno.

En uno de los corredores del colegio conversaban media docena de preciosas muchachas, de las que la mayor apenas tendría diez y ocho abriles, y su plática se parecía al trino bullicioso de las alondras al saludar la aurora.

—¿Sabes Esther, decía una encantadora rubia, sabes que todos los

estudiantes que se han escapado de las escuelas y que han formado clubs están cada día mas animados con su Universidad libre y siguen teniendo sus clases en la Alameda?

—¡Qué bonito debe ser eso! respondió otra del corrillo; qué bueno fuera que tambien nosotras nos pronunciáramos de veras, que nos declarásemos en huelga, que nombrásemos delegadas al Comité, y nos fuésemos al Zócalo para dar nuestras lecciones al aire libre.

—¡Qué hermoso sería lanzarnos á la calle al grito de ¡Viva la ciencia! y que tambien concurriéramos al Congreso, despues al Club y luego á la Alameda!

—Ya se está arreglando todo, no tengan cuidado, con tal de que nos sigan todas....

—Y por supuesto que á la que se *suma* le irá de bollos.

—¿Qué es eso de *sumirse?*

—Pues no cumplir con lo tratado, como lo hizo ese estudiante de Medicina, que por entrar á clase ha sido la causa de tanto belem.

—¡Ah! por supuesto, á la que se sumiera la tusábamos.

—¿Sabes Elena que no es tan malo el plan? ¿vamos de una vez insurreccionando el Colegio? Ya estas viejas nos fastidian; son muchas viejas para nosotras: por otra parte somos *estudiantas* y debemos por espíritu de compañerismo secundar la huelga y nombrar nuestras *diputadas* para el *Comité* que dirige la *Universidad libre.*

—Bueno, ¿y qué pretexto se ha buscado, y cuál es la causa que se vá á dar para el levantamiento?

—¡Friolera! el encierro ¿no dicen todos los periódicos ¡abajo el internado! abajo el internado? ¡pues abajo tambien tanto vejestorio como nos gobierna y ¡viva la libertad!

—Que se nos permita entrar y salir....

Aquí llegaban de su conversacion las muchachas cuando una vieja prefecta que algo había oído del grito de ¡viva la libertad! asomó su rostro de águila y les lanzó una mirada iracunda; y las seis palomitas volaron,

temiendo la acometida del pájaro de presa.

La conspiracion que ya iba por demás adelantada, fracasó debido á un incidente bastante gracioso y que voy á relatar aunque callando nombres propios, pues las que tomaron parte en él, hoy son dos respetables madres de familia que no verían con agrado esta reminiscencia de un episodio de sus mocedades.

La principal autora de la agitacion de la escuela de niñas era una jovencita de diez y siete años, hermosa como las ilusiones y con unos magnificos ojos negros. El novio de ella, un apuesto estudiante de Minería, por más señas, fué quien la hizo pensar en huelgas, redactó el manifiesto que firmó la mayoría de las educandas y arregló lo más que fué posible para dar forma á la huelga femenil.

Ya en ese estado las cosas, al futuro ingeniero se le ocurre prendarse de otra guapa muchacha que tambien concurría á la Encarnacion, y á la que no pareció saco de paja el pretendiente.

Comenzó el idilio para el par de tórtolas y acaso ninguna nube habría turbado el cielo de su dicha, si la huelga no hubiera estado de por medio: un día, en que él daba algunas proclamas y papeles á su antigua novia, á quien llamaremos María, deslizó entre ellos, sin advertirlo, una carta de Isabel (la segunda).

Ver aquella carta María, y sentir celos, todo fué uno; frenética increpó á Isabel afeándole su conducta y aunque ésta no se quedó corta en las respuestas reservó para más tarde su venganza, á fin de hacerla más ruidosa.

El día designado para el motín, desde temprano se notaba mucha agitacion en el Colegio: los bastidores y las almohadillas no habían sido tocados y permanecían encerrados en las papeleras, los libros tambien estaban en sus sitios y los sombreros, los chales y los tápalos en lugar á proposito para ser hallados en el primer momento, y lanzarse á la calle.

Isabel, que era una de las conjuradas, cuando vió que los grupos ya se iban haciendo numerosos, se diri-

gió á las habitaciones de la Directora, la Señorita Malvina Suárez, y sin omitir detalle le delató todo el complot.

Por un momento la Directora permaneció aterrada; pero repuesta un poco de la sorpresa que le causara la revelacion, sin pérdida de tiempo se dirigió á la clase de música donde entónces se encontraba María, dispuesta á impedir que el motin estallara y á realizar un acto heróico, si las circunstancias lo exigían.

Algunas muchachas, comprendiendo que algo de extraordinario ocurría, la siguieron. María y dos ó tres más de las principales daban sus últimas órdenes.

Entró la Directora con paso majestuoso, seguida de dos prefectas y de López el portero y dirigiéndose á María le dijo con voz que la emocion hacía temblar:

—Señorita, en este mismo instante me entrega Usted la proclama que se ha escrito para mandarla al *Comité*, ó de lo contrario la encierro en el calabozo.

María, que no se esperaba tan

brusca interpelacion, vaciló un momento, se puso pálida y encendida alternativamente, y al cabo de algunos segundos y más repuesta, contestó con aplomo, viendo que muchas alumnas se agrupaban á la puerta de la clase, y algunas la animaban con los ojos:

—No sé de qué proclama me habla usted, señorita.

—De la que iba Vd. á leer aquí hace un rato, para que el Colegio se declarase en huelga.

María tenía más enaguas de las que por sus pocos años pudiera creerse, de suerte que ya completamente tranquila miró con sorna á la Directora, é iba á contestar, cuando en ese instante entró Reyes, el Secretario, con el cabello en desórden, la barba erizada y todo él agitadísimo.

—¡Señorita! ¡Señorita! ¡las niñas chicas han tirado los libros y han salido de las clases para irse á la calle!

—¡López! cierre Vd. el zaguan y que nadie salga, gritó la Suárez con voz de *trueno*, al portero que salió á cumplir la órden.

Entre tanto volvía, reinó el silen-

cio en la clase de música, llena ya de colegialas; afuera se empezaron á lanzar algunas gritos sediciosos.

La directora comprendió que si vacilaba perdía la partida y tuvo un rasgo de valentía. Asiendo á María de un brazo, le dijo con fuerza:

—Por última vez Señorita, ¿me dá Vd. ese papel ó nó?

—¡No! respondió ésta con entereza.

La directora hizo una señal á las dos prefectas y las tres se abalanzaron á María y antes de que pudiera defenderse le sacaron de entre el corsé y el seno la proclama dichosa.

—Ahora, dijo haciendo pedazos el papel, llévense á esta niña al calabozo.

Toda la energía de María concluyó al escuchar esta palabra; rompió á llorar amargamente y aunque al pasar cerca de Isabel la llamó en tono trágico «Traidora» se dejó conducir sin resistencia al encierro.

La Directora por su parte tomó del brazo á otras dos de las principales y las sacó de allí mandándolas tambien castigar.

Todas las muchachas quedaron ano-

nadadas con esta *solemne* ejecucion de justicia y ninguna se atrevió á chistar.

Todavia fueron castigadas otras varias, entre ellas Isabel, para que no se sospechase que ella había sido la delatora, por más que María lo comprendía así, y de ese modo terminó el conato de insurreccion.

Cuando el castigo fué levantado, María buscó á su rival y segun cuenta la crónica, la pelea entre ámbas fué homérica y por algunos días se miraron con prevencion.

Hoy ambas son muy amigas.

En cuanto al Ingeniero en ciernes, causa del disgusto y del fracaso de la conspiracion, se quedó como el perro de las dos tortas, sin una y sin otra novia; pero ningun cuidado se le dió, pues á los pocos días le ví haciendo carantoñas á una niña cursi de un barrio apartado, y no hace muchos lo he visto, convertido en bonachon padre de familia, llevar á sus herederos á comprar dulces á la plaza para celebrar sus *posadas*.

¡Lo que el tiempo hace de las gentes, y cómo las cambia!



CAPITULO IX.

—

FIN DE LA HUELGA.

—¡Dios me valga! Y á lo que conduce la ociosidad.

Yo que en la Escuela conservaba las costumbres de la aldea y para quien no había más horizonte ni más ilusiones que mis libros, y terminar mis estudios, en los pocos días que estuve en libertad comencé á aficionarme á la vida de la gran ciudad.

Todo era nuevo para mí: paseos, diversiones, costumbres y edificios, pues cuando llegué por primera vez sólo cuatro días tuve para ver una

que otra calle de las principales y para acompañar á mi padre al Colegio, á fin de expeditar mi ingreso á la Preparatoria. Los Domingos que se nos permitía salir en compañía de un prefecto, se contentaba éste con dar un corto paseo por las calles y la Alameda ó la Plaza y volvernos á nuestro encierro; de manera que cuando no tuve ningun cancerbero y disfruté de toda mi libertad, cuanto veía excitaba mi curiosidad, y me hacía ver con horror el colegio.

En esa época tambien adquirí aficion á un género de vida que no puedo llamar ni oficio, porque no está bien definido lo que es, y que si hubiera sabido los disgustos que me había de proporcionar, andando el tiempo, lo habría aborrecido desde el primer día.

Será hasta pueril que narre yo estos episodios de mi vida de estudiante; pero al registrar mis viejos apuntes héme encontrado con el relato de aquellos sucesos, que ya había dado al olvido enteramente y no puedo menos que mencionarlos, pues darán

idea de los deseos que tenía yo de hacerme cuanto antes hombre, y servirán como de prólogo á los diversos incidentes y peripecias que años despues ejercieron tan grande influencia en mi destino y me proporcionaron innumerables sinsabores y disgustos.

Como mis obligaciones, segun se comprenderá, no eran grandes, el tiempo de que disponía era de sobra y el entusiasmo por nuestra revolucion tan felízmente realizada no amenguaba, quise enterarme de cuanto sobre ella y nosotros decía todo el mundo y me dediqué á los periódicos que en aquella época se publicaban.

El trabajo fué que comenzara, que despues cobré una aficion tan decidida por la prensa que hubiera querido ser suscritor de toda ella. Al ver aquel *totum revolutum* de los periódicos; leyendo al lado de los detalles de un horrible crímen, la descripcion de una brillante fiesta; junto á las noticias de policía de la ciudad, crónicas y relaciones de los sucesos de todo el mundo; encontrándome con largos boletines de furibunda oposicion y lle-

nos de cargos contra todos los funcionarios ó recargado de desmedidas alabanzas, junto á las cuestiones científicas importantes, producciones literarias y articulos insustanciales, quedé asombrado.

Me dediqué á leer todos los que caían á mis manos; en las tardes ibame á la Biblioteca del "5 de Mayo" establecida en la antigua Iglesia de Betlemitas (1) devoraba materialmente todos los periódicos del día, ya no tanto por la curiosidad de tener noticias sobre la huelga, sino queriendo estudiar y comprender la estructura y el trabajo que costaría formar aquellas grandes hojas que á diario se lanzaban á la publicidad y admirándome de que hubiera quienes en el corto espacio de veinticuatro horas pudieran pensar y escribir sobre tan diversas materias. Un periodista entónces me parecía un hombre superior,

[1] El año de 1892 fué suprimida esa Biblioteca y convertido el lócal que ocupaba en Museo de la Secretaría de Fomento; los libros que allí existían se mandaron trasladar á la Nacional situada en el ex-Convento de San Agustin y sirvieron para establecer la Biblioteca chica que se abre durante las noches.

y si me hubieran presentado con alguno por esos días, al disimulo le habría buscado algun miembro especial que no poseyesen los demás mortales.

Hoy, que en algunas épocas (y de las más malas) he sido periodista, y he palpado lo fácil y sencillo que es confeccionar en un santiamen algunos periódicos con un enorme bote de engrudo y unas buenas y bien afiladas tijeras: hoy, que alguna vez y cuando mis compañeros de redaccion estaban ausentes ó saldando sus cuentas con la justicia tuxtepecana, en muy pocas horas he arreglado un periódico entero; hoy que conozco todos los secretos, todas las miserias, y todo el mecanismo de una redaccion, no puedo menos que sonreírme al recordar mi sorpresa y mi entusiasmo de entónces.

Pero lo cierto es que yo estaba confundido y que por aquellos días cuanto leía yo en letras de molde lo tenía por artículo de fé, muy al contrario de ahora, que basta que lea yo una simple noticia de gacetilla para que desde luego dude de su veracidad.

Por supuesto que al salir de la Biblioteca, terminada mi tarea diaria, mi cabeza parecía una olla de grillos, pues todo lo que había leido, noticias, avisos, y editoriales daban vuelta en ella con vertiginosa rapidez y no me dejaban pensar durante el resto del día en otra cosa que en todo aquello que viera estampado en letras de imprenta. Noche hubo que por causa de ese afan de leer periódicos hasta tuve pesadillas.

Como buen huelguista me suscribí á *La Universidad Libre*, periódico fundado con el exclusivo objeto de sostener y propagar las ideas que nos llevaran á realizar nuestra revolucion y que estaba redactado por los más entusiastas estudiantes de la época.

Allí escribieron muchos estudiantes de entónces que despues se han distinguido bastante en la política ó en las ciencias y de los que los más han abandonado el periodismo y su agitada vida por otras ocupaciones ménos expuestas á percances y más productivas; ó colaboraban en él y dieron

muestras de que podían llegar á ser verdaderos escritores.

Desde aquel tiempo, ideas tuve de dedicarme tambien yo á escribir para el público; pero era demasiado pequeño y apenas sabía lo que era la raíz cuadrada; por tanto dejé para mejor ocasion mis propósitos y me ocupé, por hacer algo, en escribir versos que pretendí con toda formalidad que se publicaran.

No sé á qué Anastasia ó á qué Encarnacion escogí por víctima de mis arranques, ni las barbaridades que le diría, mas lo cierto es que estaban á un nivel más bajo que los del popular poeta Sixto Casillas; y por lo tanto no encontré director ni gacetillero que quisiera darlos á la estampa, de lo cual quedé yo ofendidísimo, por más que ahora se los agradezca con toda mi alma y comprenda que eran pésimos.

Sin embargo, tambien dejé la lira y me dediqué á leer novelas, con tanto ahinco, que en muchos meses no me ocupé de otra cosa.

Y entre tanto la huelga continuaba con toda su fuerza.

Las escuelas continuaban cerradas y la Alameda cada día estaba más concurrida.

El gobierno no había obtenido ningun resultado de sus diversas tentativas para reducirnos al órden, y se rumoraba que estaba dispuesto á ceder declarando que los expulsados de Medicina podrían asistir á las clases en calidad de externos.

Pero miéntras, continuábamos instruyéndonos en las prácticas político-representativas; casi todas las tardes asistíamos al Congreso donde nos permitíamos tomar parte en las deliberaciones de los padres conscriptos, y apostrofarlos, con lo que conseguíamos multitud de veces que nos arrojaran de allí y en seguida ibamos al Club, donde por nuestra cuenta hablábamos hasta quedarnos roncos.

¡Santo Dios! y qué barbaridades decíamos; pero como aquellas pasaban en familia, nos lo dispensábamos todo y hasta algunos se creían émulos de Mirabeau y de Demóstenes. La tarde que se recibió la noticia de que los alumnos del Colegio de San Juan, en

el Puerto de Matamoros se habían pronunciado y proclamado la huelga, nuestro entusiasmo rayó en delirio y nos figurábamos ya que los doscientos mil estudiantes de todos sexos y edades que entonces había en la República nos iban á imitar, y que en breves días no quedaría un solo Colegio abierto en todo el país.

Otra de las ocupaciones á que me dediqué fué á ir á las clases del Hospital. Como al de San Andrés no podían asistir los alumnos de Medicina, iban á practicar al Militar donde con muy buena voluntad eran acogidos ellos y los que nos les uníamos. El día 27 asistíamos cuarenta muchachos que escuchamos, con gran atencion, por más que algunos no entendiéramos ni jota, la disertacion del Dr. Carmona sobre las enfermedades cutáneas; el tema de la leccion del 3 de Mayo fué sobre las enfermedades pustulosas.

Llegaba el 5 de Mayo y era preciso conmemorar el aniversario de la derrota del ejército francés ante los muros de Puebla, de una manera conveniente. En el programa oficial no

teníamos cabida y por lo tanto ni pensamos mezclarnos en ninguna de las fiestas preparadas, sinó que teníamos pensado hacer nuestra fiesta aparte; pero como entónces se nos solicitaba y eramos mimados por doquier, el "Gran Círculo de Obreros" invitó al Comité Central de Estudiantes para unirse, y ambas asociaciones se dirijieron á San Fernando donde duerme el último sueño el General Zaragoza.

La invitacion fué aceptada y algunos centenares de estudiantes nos dirigímos al Panteón, en cuyo recinto se pronunciaron discursos y poesías. Por las Escuelas Nacionales habló Rómulo Becerra Fabre, Tabasqueño, estudiante de Jurisprudencia: fué muy aplaudido y hasta en hombros lo querían sacar los zapateros que asistieron al acto (1)

Con motivo de su perorata y de los discursos de esos días EL ECO DE AMBOS MUNDOS publicó la siguiente

---

[1] Becerra Fabre es de los pocos que terminados sus estudios nohan pretendido figurar: fué diputado al Congreso de la Unión; en su Estado ocupó algún puesto públioo y hoy se ha retirado á la vida privada.

cuarteta; mas procurando que ni Fabre ni los jóvenes oradores se dieran por aludidos:

"En el año de ochocientos
Y setenta sobre mil
Rebuznarán los jumentos
En Mayo como en Abril."

Pero aquello podía llamarse ya los últimos sucesos de la huelga. El gobierno comprendió que tenía que cejar si no quería continuar cubriéndose de ridículo y aunque para dizque buscar una solucion honrosa del asunto se reunió á mocion de D. Juan José Baz (día 7 de Mayo) el Colegio de Abogados; este respetable cuerpo no pudo ó no quiso dar ninguna solucion á la dificultad y Don Sebastian no tuvo más remedio que obrar por sí solo.

Al otro día el DIARIO OFICIAL publicó un parrafito en el que por órden del Ministerio respectivo declaraba que los estudiantes expulsados lo habían sido en su calidad de internos; pero que con el carácter de externos podían concurrir á todas las clases.

Este había sido el punto de la di-

ficultad y la causa de la huelga, de modo que desde aquel momento nuestra revolucion habiendo realizado sus propositos, ya no tenía objeto.

Ese mismo día el Comité Central expidió un decreto declarando terminada la huelga, exhortando á los colegiales á volver á las clases; prometía no abandonar las ideas de la Universidad libre y de reformas del Reglamento de instruccion pública y declaraba terminada su mision revolucionaria. En lo de adelante subsistiría hasta tanto que no se reuniese el primer Congreso de Estudiantes.

Con profunda pena leí en una esquina el tal decreto y me confirmó la noticia el perro Amador despues de darme un buen capirotazo ¡La gran huelga no era mas de un recuerdo que acababa de pasar á la historia!

El lúnes 10 de Mayo se abrían nuevamente las clases, tirios y troyanos, alumnos y profesores, llenábamos los Colegios y concurríamos á las clases como si nada hubiese pasado.

¡La huelga había terminado!



CAPITULO X.

—

La vuelta al Colegio.

¡Con qué mal humor hice trasladar mis muebles al Colegio ese mismo día 10 de Mayo, que se volvieron á abrir las clases!

Feliciano tambien, aunque menos que yo, estaba contrariado, pues se había aficionado á pasearse y divertirse.

¡Pero no había remedio! Demasiado pronto, por desgracia nuestra, terminó la huelga de las Escuelas Nacionales.

Aquellos paseos diarios, aquella

libertad sin limites que disfrutáramos por unos cuantos días, habían terminado ya, precisamente cuando empezábamos á tomarle gusto á esa vida nueva para nosotros y ya llena de atractivos.

Si al principio, atraído por la novedad y originalidad del suceso lleno de ardor tomé partido entre los huelguistas, despues fuí partidario de la revolucion de los Colegios, por conviccion, y desde entonces aborrecí el internado como la peor de las esclavitudes y anhelé que cuanto antes se reuniese el Congreso de Estudiantes, que debía, segun las promesas del Comité, ocuparse de tan importante y trascendental cuestion y no descansar sino hasta conseguir su objeto.

Mas iba largo aquello; el entusiasmo de los primeros momentos se había casi apagado, y los más ardientes partidarios de las reformas del reglamento de estudios y de la huelga, se tornaron en aplicados estudiantes que curados del todo y olvidados de sus anteriores ideas, se preocuparon tan sólo de recobrar el tiempo perdi-

do durante los días de la revolucion y de prepararse para la época aciaga de los exámenes, que segun los rumores que corrían en la Preparatoria, prometían ser terribles.

¡Allí ibamos á pagar las peras que nos habiamos comido durante la huelga!

No queriendo yo permanecer más tiempo en calidad de pupilo, escribí á mi padre manifestandole mi deseo de seguir en lo de adelante en clase de externo; pero como era natural, en su contestacion, que recibí tres meses despues, se negaba rotundamente á acceder á mi peticion y en cambio me prevenía que si al final del año mis calificacoines no eran supremas ó cuando menos buenas, al llegar á mi pueblo me dedicaría á las rudas faenas del campo y jamás volvería á darme los recursos necesarios para proseguir mis estudios.

Como conocía el carácter resuelto de mi padre, aquella amenaza, que muy bien sabía que era capaz de llevar á cabo, me asustó, por lo que confiando en que el tiempo tarde ó tem-

prano era el encargado de conseguir que el internado quedara suprimido y yo en completa libertad para vivir donde mi real gana me diera, me dediqué á mis libros entretanto, y si bien no con la dedicacion y entusiasmo que antes, sí con la voluntad bastante para estar siempre al corriente en mis estudios é ir al nivel de los mas aplicados de mis compañeros.

Despues de algunos años, cuando las circunstancias hicieron que continuase mis estudios en clase de externo, al recordar aquella época de mi vida de colegial, no he podido menos que reconocer el acierto del autor de mis días al insistir en que continuara yo siendo interno, pues la vida de divagacion y libertad que lleva en México el estudiante que no tiene sujecion, y más en la edad que yo tenía entonces, está llena de peligros, de aventuras y de vicisitudes que impelen á uno en multitud de ocasiones, á interrumpir su carrera ó á hacerla con sobrada lentitud y á lanzarse en medio de una azarosa y agitada existencia que conduce directamente á la

disolucion, al vicio y á cometer *calaveradas*, como en el lenguaje condicional de sociedad se llama hoy al libertinaje, al escándalo, á la depravacion y aun á la infamia. En esa época, sin embargo, de mi corta edad y de mi ninguna experiencia, me extrañaba ya ver que muchos de mis compañeros observaban un género de conducta para mí inexplicable; jamás ó pocas veces concurrían á las clases que por obligacion tenian, menos aún estudiaban; en sus conversaciones se trataba únicamente de paseos, de diversiones, de francachelas, de amoríos, de pleitos, y de fanfarronadas, sin que entre estos asuntos entrasen para nada sus estudios y sus obligaciones. Al considerar esa conducta me los figuraba ó inmensamente ricos y por consiguiente en condiciones de vivir sin verse obligados nunca á trabajar, ó tonta y excesivamente queridos de sus padres que les permitían hacer su voluntad sin contrariarlos jamás.

Muchas veces al verlos entregados al *dolce farniente* ó á sus con-

versaciones peculiares, me dirigí esta pregunta que nunca por entonces me llegué á contestar de un modo satisfactorio:

—Si su única obligacion es estudiar ¿por qué no cumplen con ella?

Recuerdo que había tres, hijos de personas notables por su ciencia, á quienes llamábamos *Los tres reyes vagos* porque ni un momento se ocupaban de sus libros y sí solo en hablar de mujeres, de caballos y de alhajas, y por el estilo de ellos había otros muchos que se dedicaban á ponernos á los que estábamos encerrados, al tanto de la crónica escandalosa de la Ciudad.

En otras ocasiones en que dejaba libre á mi imaginacion para que se entregara á todos los pensamientos que en mi poca edad acudían á ella, recordando los artículos que en los periódicos de esos días se escribían acerca de la juventud y en los que se nos llamaba "la esperanza de la patria," "los salvadores de la Nacion," "los futuros restauradores del reino del órden y de la justicia," y con

otras frases sonoras y altisonantes por el estilo; recordando esto, digo, me preguntaba cómo sería aquella restauracion, aquella salvacion, cómo corresponderíamos á tantas esperanzas en nosotros cifradas, y despues de confundirme en un caos de dudas y dificultades, á causa de mi ninguna ciencia, concluía por encomendar al tiempo la resolucion de todos estos problemas por medio de la fórmula que marca el límite de la inteligencia humana, sea cuales fueren la edad y la inteligencia de quienes la expresan: "Allá veremos."

Y en efecto la simple, la casi necia reflexion del infantil estudiante de aquellas épocas ha resultado cierta.

Hoy los niños y jóvenes de entónces somos hombres; las primeras canas de la edad viril empiezan á brotar en nuestras cabezas y una arruga prematura á dibujarse en nuestros antes tersos rostros: empezamos á ser objeto de la atencion de nuestros contemporáneos; empezamos á ocupar todos los puestos públicos; de las manos de nuestros padres comenzamos

á recibir los legados de cien generaciones y á ser los depositarios de las tradiciones, de los ideales, de la situacion que ellos dejan, y ha llegado la época de obrar por nosotros mismos, de corresponder á tantas esperanzas, y de pensar en la herencia que debemos dejar íntegra á nuestros descendientes.

Y bien, en esta hora solemne debemos responder con sinceridad á esta otra pregunta:

—¿Estamos á la altura de nuestra mision?...

La tristeza, el cansancio y la melancolía que en mi pecho han morado raras ocasiones por ser huéspedes molestos é importunos y vistos con desagrado, hoy más á menudo empiezan á visitar mi alma, los recibo con cortesía y acaso sin prevencion alguna ya, como si presintiera que en lo sucesivo serán mis únicos compañeros y ocuparán un lugar preferente en mi imaginacion. La risa y el buen humor empiezan á escasearme sus visitas y creo que ya piensan en suprimirlas por completo; éstos y aquellos no pue-

den ser buenos amigos, y así como el que se ausenta á lejanas tierras deja atras todo cuanto conoce y cuanto ama, é ignora lo que se encontrará adelante; así yo siento que mis viejos amigos me abandonan ó por decir mejor, que yo los abandono y que voy llegando á los confines de una tierra desconocida.

Tal vez por esta creencia mis ideas se van volviendo sombrías; mas no obstante son aún bastante claras y ¡con dolor lo confieso! no estamos los jóvenes de entónces á la altura de nuestra mision.

Aquellos decididos huelguistas que se impusieron al Gobierno de Lerdo se han dispersado sin conservar un átomo del entusiasmo que los animaba; no se acuerdan casi ya de esa época, y entregados á sus ocupaciones ó dedicados á la política han olvidado sus promesas de entónces y sólo se preocupan ó de la lucha por la existencia ó de reunir la mayor suma posible de comodidades, los más, para pasar la vida.

Apénas uno que otro en el rincon

de su gabinete ó en el estadío de la prensa procura corresponder á las esperanzas de aquellas épocas y pretende contribuir con su grano de arena para conseguir que sea un hecho el reinado de la verdadera paz y del órden social; aislado y sin eco, su voz se pierde en medio de la barahunda que hacen los que están bien hallados con tal estado de cosas y cuando más consigue, es ser visto con burla y lástima sino es que con desden y prevencion.

. . . .

Mas observo que he dejado correr mi pluma y me he entregado á mis reflexiones, extemporáneas de la época en que aun voy de mis memorias y de la edad que contaba yo en aquel tiempo. Perdóneme el lector que esperando encontrar aquí todavía las huellas de la versatilidad del carácter propio de un muchacho de pocos años, se halla sin pensar con los pensamientos y desengaños de un hombre de cuarenta; procuraré que en lo de adelante no se repitan estas distracciones tan largas y enojosas........

Y bien; como decía, por algun tiempo nada más me preocupé en mis libros, pues los exámenes estaban próximos y un cierto temor me hacía presentir para entónces, torturas y angustias para mí desconocidas. Ciertamente que en la escuela de mi pueblo y en el colegio ya había yo pasado por esas pruebas, mas nunca me impresionaron como las que veía en perspectiva: en aquellos no arriesgaba nada y los profesores eran para mí de confianza; mas en éstos sabía muy bien que una mala nota daría suficiente motivo para que mi padre me dedicara á los rudos trabajos del campo, á los que no tenía ni la más mínima aficion.

Por fortuna mi desparpajo natural y mis estudios contribuyeron á sacarme airoso del lance.

La severidad desplegada por los jurados calificadores fué excesiva y no faltó quién la atribuyera á órdenes superiores expedidas con el objeto de castigar á los estudiantes por la revolucion de la huelga; sin atribuir totalmente á tal causa esa seve-

ridad, sí no dejo de comprender que los motines de Abril contribuyeron en gran parte á ella.

El número de suspensos, ó *reprobados*, como se dice en el lenguaje estudiantil, fué verdaderamente alarmante é hizo que la cifra de los que no presentaran exámen, ó que *se sumieran*, tambien fuera de consideracion.

En breve, pues, dieron fin á su tarea los jurados y quedé en plenas vacaciones.

¡Con qué alegría trepé una fría mañana de Noviembre al pescante de la diligencia que debía llevarme á mi pueblo! Por bien empleadas dí las incomodidades del viaje, y cuando me ví en los brazos de mi padre y de mi buena abuelita, miré el tiempo pasado y mi permanencia en la Preparatoria como un sueño, y creo que formé la resolucion de no volver á ella.

Pero una de las grandes ventajas de la vida es la de que los días no sean iguales, y aunque el contento de ver á los mios, de respirar los aires de mi tierra y de....... (no se rían ustedes) trepar á los árboles de las huer-

tas ajenas para apoderarme de la fruta del vecino, fuera grande; cuando al cabo de dos meses de esa vida dichosa llegó la hora de partir, sin vacilar monté en la cabalgadura que me esperaba, y aunque en el primer recodo del camino envié un suspiro al delicioso rincon donde ví la luz primera, ni por un instante pensé en volver riendas.

Una sorpresa me esperaba: el año anterior, á la par que yo, se inscribieron como trescientos jóvenes, y en ése sólo quedaban ya ochenta para empezar el segundo año reglamentario.

Ignoraba que el número de *destripados* es incalculable, y que al final de mi carrera, de aquellos trescientos, sólo *siete* la terminaron en el mismo año.

De nuevo comenzó mi existencia de alumno interno.

¿Para qué he de referir los episodios de ella, si ningun interés tienen para mis lectores y sólo cansarán su paciencia?

Ya no había emociones fuertes

como las del año anterior y apénas conseguían conmovernos momentáneamente las noticias de la guerra que ardía en el país con motivo del grito revolucionario lanzado en Tuxtepec por el general Fidencio Hernández.

Epatlan, el Jazmin, Monte Blanco y otros diversos episodios de esa revolucion llegaban á mis oídos como los ecos de un trastorno más, igual á los muchos de que oíamos hablar á nuestros padres, y aunque anhelábamos que la revolucion triunfase, pues todo mexicano tiene lo turbulento y revolucionario en la masa de la sangre, la única muestra que dábamos de tal inclinacion era ver El Ahuizote y celebrar sus chistes.

Para mí tenía algun otro interés la guerra; mi padre como militar, dejó la azada, y ciñéndose la espada acudió al lugar donde la ordenanza y el deber lo llamaban: una vez sola que sus obligaciones lo llevaron á México tuve el placer de verlo; pero en largas temporadas no tenía noticias suyas y el temor de que las ba-

las de Icamole ó las de los soldados de Naranjo le alcanzaran, me hacía seguir con ansia las peripecias de la lucha.

Y como el estado del país no permitió que las vacaciones las fuera á pasar á mi pueblo, tuve oportunidad de ver la fuga de Lerdo, el abandono de la ciudad y la entrada triunfal del General Díaz al frente de sus *Zacapoaxtlas* y *mixtecos:* este suceso que yo me figuraba más solemne revistió tal sencillez, que á poco raya en ridículo y dejó una penosa impresion en mi alma.

Cuando me esperaba que siquiera algunos días podría estar con mi abuelita, la campaña del Interior vino á entorpecer mis planes y con reconcentrada ira ví salir á las tropas tuxtepecanas para batir á los sostenedores del plan de Salamanca.

Al fin se pacificó el país: mi padre dejó el servicio de las armas y se dedicó á cuidar sus intereses bastante quebrantados en su ausencia; yo volví al Colegio y mi existencia en mucho tiempo no volvió á ofrecer episodios dignos de ser narrados.

La costumbre de estudiar reemplazó poco á poco el afan por aprender, y veía llegar la época de los exámenes con entera indiferencia y como si ya supiera que no me habían de suspender.

Sin embargo, en medio de esa monotonía que duró tres años, un suceso vino á halagar mi vanidad y á hacerme concebir ilusiones de que llegaría á ser un hombre notable. ¡Niñerias! Cuando menos me lo esperaba fuí agraciado con el nombramiento de Diputado al primer Congreso de Estudiantes que se renunció en el Distrito Federal.

Hasta hoy ignoro á qué se debió tal distincion: entónces lo atribuí á mis méritos, y aunque mis compañeros se encargaron de castigar mi orgullo, obsequiándome con una rechifla monumental al hacerse público el resultado del escrutinio, juzgué que tal muestra de popularidad era debido á la envidia de que eran presa.

Como si esto no fuera bastante, el perro Amador, cuando quise lucir mi nombramiento ante sus ojos, me

propinó un puntapié en cierto lugar, que me hizo ver todas las constelaciones, del cielo, no obstante que eran las tres de la tarde.

Inútil es decir que el tal Congreso nada hizo de provecho: se pronunciaron discursos, se hicieron manifiestos, se redactaron peticiones al Ministro de Justicia, que ya lo era el Lic. Don Protasio Tagle, y ahí quedó todo.

Sin embargo, á ese Congreso se atribuye la gloria de haber conseguido la supresion del internado; pero esa medida ya estaba decretada de antemano.





CAPITULO XI.

La vida de externo.

Cuando al cabo de algunos años pasados en la Escuela Preparatoria como alumno interno, el Ministro de Justicia se acordó de las representaciones del Congreso de Estudiantes y decidió suprimir el internado, tal medida más bien que llenarme de alegría me causó no poco contrariedad y embarazo, no obstante el deseo que antes tuve de que se dictara.

Efectivamente yo me había acostumbrado á la vida de encierro, de tal manera que no sabía qué hacer en la calle, ni dónde ir á vivir.

Mi padre determinó que viviera en una escuela particular, sin tener más obligacion allí que asistir á las

horas de refectorio y de dormir, para que así, al mismo tiempo que no viviera entregado á mí mismo, tuviera toda la libertad necesaria para concurrir á mis clases.

Bajo estas condiciones estuve algunos meses en un afamado Colegio de la Capital; pero en breve me fastidié, porque no era posible tolerar aquella situacion: además de ser objeto de las travesuras insufribles de los chicos, el régimen era nada propio, para el que estaba acostumbrado á la vida de la Preparatoria.

Cuanto ántes, pues, dejé aquel establecimiento y fuíme á vivir por mi cuenta donde mejor me pareció, dando principio á una época muy pintoresca de mi vida y á una série de episodios inesperados y divertidos, que me sorprendían, pero que son muy comunes en la existencia estudiantil.

Para no alejarme de la Escuela, me alojé en una casa de la calle de la Cerbatana, donde además de habitar una numerosa colonia de estudiantes, vivian varias familias muy bien ha-

lladas con tan agradable y alegre compañía.

No obstante mi carácter serio, adusto y huraño, en pocos días trabé conocimiento con los vecinos entre los que abundaban lindas muchachas, graves papás y mamás disimuladas.

Excuso decir que con tales elementos aquella casa era una Babilonia; bailes, amoríos, fiestas, celos, y riñas abundaban allí que era una bendicion: á haberse realizado todas las bodas proyectadas, de aquella mansion había podido salir una numerosa colonia para poblar los vastos desiertos de California ó de Sonora.

De cada idilio en verso con sus notas discordantes en prosa cursi hubiera podido formarse un canto épico; de las ilusiones que cada juvenil cabeza alimentaba habríase tenido material para cien novelas, y aquella *Bohemia*, en fin, sería digna de eterna remembranza, si muchos sucesos desagradables, pero inevitables en esa abigarrada mescolanza, no nos causaran innumerables disgustos.

Cierta noche notamos que un com-

pañero, que se distinguía de los demás por su decidida inclinacion al bello sexo, faltaba á la hora de la cena; nos extrañó esta ausencia porque Casanova (así se llamaba) era de los más puntuales, y cuando más entregados estábamos á nuestros comentarios suponiendo que andaría galanteando á alguna pollita, notamos que la vecindad estaba alborotada buscando á cierta Juanita, de muy buenos bigotes, que no parecía por ninguna parte.

Entónces hicimos memoria de que él y ella se hacían telégrafos y ya no dudamos de que el par de tórtolos habían huido, yendo á fabricar su nido muy léjos.

Aquella noche nadie durmió en la casa; el padre de Juana, frenético, empuñaba una vieja é inservible pistola y quería matar á cuanto estudiante moraba allí; la madre repetía entre hipos y sollozos, á las vecinas que la rodeaban:

—Es la segunda de mis hijas que se ve malograda.

Los hermanos y hermanas chicas

de Juanita lloraban á moco tendido, los vecinos iban y venian y nosotros nos dábamos á doscientos diantres por la ocurrencia.

Aquello no paró allí, sino que llegó á conocimiento del comisario del cuartel, que en si eran peras ó no eran, quería dar con todos los colegiales en la cárcel, á título de que éramos cómplices del moderno Paris y de la nueva Elena.

No se llevó á efecto tal resolucion, mas no nos libramos de ir á Juzgados para declarar y hacer ver nuestra completa inocencia.

Al cabo de quince días parecieron los prófugos, y no hubiera habido piedad para ellos si el padre de Casanova, burdo pero honrado ranchero del Interior, no interviene, haciendo que se casaran, y ofreciendo sostenerlos, en tanto que su hijo terminaba sus estudios.

La boda se efectuó con gran contento de los padres de Juanita y todos los habitantes de la casa asistimos á la ceremonia. Casanova nos dejó, para ir á vivir sólo con su costilla.

Mas aquel rapto tuvo consecuencias desastrosas para nosotros. Algunos vecinos cortaron por completo las relaciones, presumiendo con razon que no todos los días habría padres tan buenos como el de Casanova, y otros cambiaron de domicilio; para colmo de desgracias, la vieja que nos servía se disgustó por una travesura algo gorda que le hizo Malpica y nos dejó á la luna de Valencia. Nos vimos, pues, obligados á sufrir todas las molestias consiguientes á la vida de solteros y aunque las sobrellevábamos con bastante filosofía, no dejaban de contrariarnos.

Por guasa, que no por otra cosa, fué una comision á ver á Casanova y á suplicarle que viviera en nuestra compañía; pero el dijo que nones y tuvimos que conformarnos con nuestra mala suerte.

Al fin Mondragon, otro compañero que poco há bajó al sepulcro, husmeando por las corseterías halló una perla de chinitos en la frente y mucho donaire y consiguió unirse en matrimonio con ella á excusas de su padre.

Respiramos: aunque *Asuncionita* tenía dueño, nos fué muy útil, pues fué como la regenta de la colonía estudiantil y muy á propósito para entenderse con nuestra lavandera y cosernos una cinta ó un boton. Aunque no dejó de haber sus célos, la fiesta iba en paz y todo habría estado á pedir de boca si nuestros padres jamás se hubieran acordado de nosotros.

Pero el de Mondragon que vivía en Puebla, cada uno ó dos meses venía á visitar á su hijo y entónces eran las apuraciones para hacer desaparecer toda huella de la mano de mujer en el cuarto del estudiante.

Las enaguas, las camisolas, el *tápalo*, la costura, etc., iba entónces á dar á la pieza que ocupábamos Feliciano y yo, y la estudianta se alojaba en casa de alguna vecina, hasta tanto que Don Ambrosio no se ausentaba.

Por cierto que Asuncion aprendió mejor que Mondragon y se estaba convirtiendo en una enciclopedia viviente: la anatomía la sabía mejor que Lavista y que Liceaga, citaba leyes y opiniones de Papiniano con más

aplomo que Don Agustin Rodríguez ó que Don Rafael Dondé y clasificaba los bichos que encontraba en su habitacion con mas destreza que Don José María Vigil clasificaba los libros de la biblioteca. Era una verdadera presea la tal Asuncion.

Hoy que ya es una matrona, madre de media doceua de chiquillos rubios y traviesos, todavía suele lanzar aforismos en latin y diagnosticar las enfermedades de sus hijos.

Como decía, nos era muy útil; pero nuestra mala suerte quiso que se pusiera grávida y que impensadamente cayera en cama: no fué eso lo peor, sino que dos días despues, casualmente ví por la calle al padre de Mondragon, y como un desesperado corrí á la casa á dar la noticia de alarma.

Con la rapidez que el caso requería fué sacada la enferma con todo y lecho y trasladada á mi cuarto.

Llegó el nuevo abuelito y desde luego manifestó su extrañeza por el olor á alhucema que despedía la habitacion; se le dijo que tenía ese olor por ser muy á propósito para desinfec-

tar las habitaciones y cortar el contagio del tifo que había en la casa.

Pareció conformarse con la explicacion; pero lo que si no pudo tolerar fué que Agustin no tuviera lecho, ni colchon, cuando él le había comprado todo..... (lo tenía todo su mujer.)

El muy tuno muchacho embaucó á su padre con una compra de libros imaginaria, con gastos extraordinarios y no sé cuantas mentiras más, y al fin consiguió un aumento de la pension y que su padre le proveyese de nuevo lecho.

Feliciano y yo en tanto fuímos á dormir, á una bodega llena de asquerosos animalejos, la primera noche; á la segunda nos acomodamos en la casa de un vecino y creímos ya arreglado todo, y que el entuerto había pasado desapercibido para el tío aquel; pero......

Y empezaron aquí los apuros: mi padre, que en más de un año sólo una vez me había visitado, tuvo á bien llegar sin darme aviso y sin que fuera posible tomar ninguna precaucion:

de rondon se introdujo á mi domicilio y allí encontró á la comadrona, á la enferma, al bebé y todas las circunstancias agravantes que denunciaban el feliz alumbramiento.

La que allí se armó estoy seguro que fué mejor que la de San Quintin y Roucesvalles.

Mi padre juró como un condenado, gritó, pateó y armó tal batahola, que no quedó una sola vieja en la pieza y Asuncion hubiera huido á serle posible; el recien nacido lloró, un vecino en vano quería hacerse oír y toda la vecindad se enteró del suceso y se alborotó.

Así que el buen anciano húbose quedado ronco y sin alientos y que la enferma estaba medio muerta del susto, que poco faltó para que le costara la existencia, pues le sobrevino una peritonitis aguda, consintió en oír explicaciones y pudo convencerse de mi inocencia, previa declaracion de todos y cada uno de los habitantes de aquella casa, que por turno fueron aclarando aquel *imbroglio*.

Cuando yo llegué, ya la tormen-



ta estaba aplacada; no escapé sin embargo de un tiron de orejas y de una larga amonestacion, así como de la amenaza de ser devuelto á mi pueblo si mi conducta (de la que él se imformaría) no era intachable.

Y para que no faltara entónces un nuevo incidente chusco, el padre de Mondragon lo proporcionó y sirvió el buen señor de hazmereír á todos los inquilinos durante más de un mes.

El pobre viejo no pudo ménos de enterarse de que algo insólito acaecía; pero por fortuna pidió noticias al portero y éste le enteró de la ocurrencia aunque atribuyéndome la paternidad de la criatura: rió de buena gana y procuró buscar al autor de mis días para bromear, por más que jamás lo hubiera visto.

Como bonachones campesinos que eran los dos, en breve fueron buenos amigos y charlaron alegremente.

—Nada, amigo, decía el padre de Mondragon, no hay mas remedio que apechugar con el nietecillo, y ver si los muchachos se casan.

—¡Un demonio! respondió mi padre; mas recordando el engaño de que era víctima el otro, soltó una franca carcajada y agregó:

—Sí, sí, tendría chiste.

—Pero hombre, ¿por qué?

—Por nada, já já já!

—Conque se casarán? y yo para que vea, seré el padrino del chico.

La risa de los circunstantes estaba próxima á estallar y algunos se apartaron de allí para reir á sus anchas.

—Sí, que se casen; pero dentro de algunos días; por ahora lo que precisa es el bautizo, y ya que usted se ofrece á ser el padrino, esta misma noche será.

—Pero la boda de Guillermo....

—Nada, nada, el bautizo.

El viejo Mondragon á toda costa quería mi boda; pero mi padre con diversos prextetos lo disuadió de la idea y en la noche aquel señor llevó á la pila bautismal á su nieto.

Sin embargo, tuvo la pretension de que se pusiera al niño como hijo legítimo mío y así lo dijo al cura; pero

á la hora de dar los nombres de los padres, se dijo el verdadero y no el mío, y habiéndosele distraido habilmente, no tuvo tiempo de averiguar el intríngulis, y por mucho tiempo creyó al niño hijo mío.

Sin embargo, al dar nombre al recien nacido en nada estuvo que supiera la verdad.

—¿Qué nombre se le pondrá?

—El de usted, respondí yo con prontitud.

—Naturalmente, añadió un estudiante muy tuno, el del abuelo.

—¿Eh? interrogó el anciano.

—Digo, el del padrino, contestó el mismo estudiante; equivoqué los parentescos.

—Sí, el del padrino, contestaron á coro mi padre y los asistentes.

Y Felipe, como su abuelo y padrino, se llamó el hijo de Mondragon.

Dos días despues, cuando se despedía aquel señor de mi padre, no sin haber hecho un buen regalo al ahijado y á mi comadre (que estaba entre la vida y la muerte), decía á mi padre:

—Compadre, cuando sea la boda avíseme; y estos son los percances de la vida de estudiantes, encontrarse sin saber leer ni escribir con un nieto; yo no me veré en ese espejo, porque Agustin es muchacho arreglado, y no me dará ese disgusto.

Mi padre se sonrió con songa y contestó *in pectore*:

—A ménos que no sea por segunda vez......

—Agustin, que no dejes de enviarme con frecuencia noticias del ahijadito, repetía todavía á su hijo al encaminarse á la Estacion para tomar el tren.

—Pierda usted cuidado, demasiadas le enviaré...... como que á sus costillas vá á vivir el muchacho, respondió entre dientes el aludido.

Mi padre tambien se ausentó á los pocos días y volvimos á quedar en paz . . . interinamente, pues nunca faltaba causa de desórden.

Ya era algun compañero que había bebido algo más de lo regular y al volver á casa armaba pendencia con el casero ó con la primera vieja

con quien topaba por cuestion baladí; ya una rivalidad de colegios, ó una disputa súbita que acababa á puñete limpio, ya algun bailecito casero que daba fin como el rosario de Amozoc, ó ya, como aconteció un domingo que toda la vecindad se trasladó en masa á Santa Anita, y fué tal la papalina que cogimos todos que yo besé á una vieja de setenta años, Feliciano se empeñó en probar á su pareja que los hombres tienen varios corazones, dos niñas se ruborizaban al recordar los episodios de aquella tarde; y por último, de cuarenta y tantos convidados, diez y siete fuimos sacados del canal á duras penas y semiahogados.

De cuando en cuando recibía Mondragon carta de su padre pidiéndole noticias del ahijado y de los compadres; y con motivo de estas cartas, una vez que él estaba afligido por dinero le escribió diciéndole que su compadre, es decir yo, tenía necesidad de alguna suma, pues mi padre no había podido enviarme mis mensualidades y que aunque él había partido

conmigo las suyas, no podían alcanzar para cuatro personas.

Varios días despues recibió una órden por cien pesos, como regalo que hacía á su querido ahijadito, con la que el muy pícaro de Mondragon salió de sus trampas.

Yo supe esta jugarreta hasta mucho tiempo despues.

Con esa vida se comprenderá que los estudios estaban muy descuidados. Colegial hubo que sólo dos ó tres veces asistió en el año á clase, otros tenían sus libros empeñados, otros no se examinaban; quién no pagaba á la patrona, quién enamoró á una fondera de la calle del Reloj para tener que comer seguro; los acreedores nos molestaban del día á la noche y un día no fué posible encontrar un cigarro en los bolsillos de todos aquellos muchachos.

¡Estábamos completamente *brujas!*

Y sin embargo, los demás inquilinos, que ya estaban connaturalizados con nuestro desbarajuste y nuestras travesuras, no obstante que se

resentían de esas alternativas, no demostraban ningun disgusto.

Como que las vecinas planchaban, cosían, lavaban nuestra ropa, arreglaban nuestras habitaciones y participaban de todas las fiestas y francachelas que teníamos.

Asuncion era nuestra reina, la que tenía una autoridad indisputable sobre todos nosotros, y muchas ocasiones fué nuestra enfermera é hizo las veces de verdadera madre con aquellos atrabancados, que al fin nos acostumbramos á respetarla y á amarla sinceramente.

Con aquel desórden, Feliciano empezó á echarse á perder y faltar á sus clases; por más amonestaciones que le hacía no conseguía que se enmendara, y como por otra parte el ejemplo que le daba yo no era nada edificante, continuaba pintando venado y enamorando á las niñas de la Encarnacion.

De este pasatiempo lo curé radicalmente de una manera bastante brusca que originó un grave altercado entre los dos.

Averiguado que hube que la señora de sus pensamientos era una muñeca de quince años, flaca y estivada como un esparaván, llamada Rosa, y que vivía en la misma calle de la Cerbatana, una mañana que á las ocho aun no se levantaba Feliciano, llamé á un cargador, lo hice cargar á cuestas con mi paisano, despues de haberle atado pies y manos y envuelto en un sarape, y conducirlo á casa de la Rosita como objeto de regalo.

A pesar de las protestas del muchacho, llegó hasta la casa de la novia en aquel triste estado, y el recibimiento que se le hizo fué digno de la manera como iba.

No hay para qué decir que jamás volvió á ponerse delante de Rosita y que el disgusto que tuvimos fué grande, más cuando los compañeros supieron la travesura rieron y bromearon bastante; á él no le quedó más remedio que dar al olvido el incidente y reír con los demás; pero al cabo de algun tiempo se vengó cumplidamente.

Este género de vida, no obstante lo agitado, no influyó gran cosa en mis

estudios, porque si bien no era tan dedicado como ántes, pocas ocasiones dí para que los profesores me hicieran algun extrañamiento no obstante el proverbial mal carácter de D. Juan María Rodríguez, y el bilioso temperamento del *chante* Molina y de Cid del Prado.

Si en los exámenes no obtuve las mejores calificaciones, tampoco tuve que ruborizarme de los puntos que obtenía y acabé los cursos preparatorios en los cinco años que el Reglamento marcaba.

De mis compañeros de San Ildefonso pocos, muy pocos, terminaron su carrera, y los que ahora recuerdo no tienen por cierto una brillante perspectiva.

Fernando Orozeo, que prometía hacer una carrera notable. es un modesto oficinista con unos cuantos duros al mes; Centeno vive en Pachuca ó en no sé dónde vejetando en un miserable comercio; Parra, que llegó á ser médico, en no sé que pueblo se ha establesido; Aurelio Venegas á fuerza de trabajo ha conseguido crearse una

mediana posicion en Toluca; Otero murió; Castañares se encuentra hasta Tapachula desempeñando un empleo de escaso porvenir; Serna, despues de una vida azarosa la dió por periodista y varias veces ha ido á Belen á meditar sobre la libertad de imprenta. Eugenio Sánchez tuvo que aceptar un empleo cualquiera, y de otros muchos antiguos compañeros no he vuelto á tener la menor noticia.

Allá de cuando en cuando encuentro algun individuo cuya fisonomía vagamente me recuerda á algun compañero de esa época; pero tantos años han pasado que él y yo no somos ya ni sombra de lo que fuimos y pasamos sin reconocernos.

Aquellas vacaciones de 1879 sí pude pasarlas en mi pueblo; mi anciana abuela me abrazó con la alegría natural despues de tres años de ausencia, y Don Serapio ya no me recibió diciéndome mi nombre, sino dándome el tratamiento de "Señor Bachiller;" la vieja criada había fallecido y algunos amigos de mi infancia faltaban de la tierra.

Cuando llegó el día de regresar á México, dudé si continuaría estudiando: comparando la vida tranquila de la aldea con la agitada de las ciudades me pareció mejor aquella; pero los consejos del párroco y de mis mejores amigos me resolvieron á emprender el viaje, prometiendo no obstante volver todos los años.

Durante todo el camino no dejé de pensar con tristeza en mi tierra y aun ya en México muchos días permanecí entregado á la nostalgia de la tierra natal.

Mas mi ingreso á la Escuela de Jurisprudencia hizo bien pronto que mis ideas cambiaran de rumbo.





CAPITULO XII.

La Escuela de Jurisprudencia.

Escrito estaba, como diría un árabe, que todas mis ilusiones se desvaneciesen al soplo de la realidad.

Yo me figuré á los alumnos de la Escuela de Jurisprudencia, todos serios y formales, penetrados por completo de la categoría á que habían ascendido y encaminando sus acciones á adquirir la gravedad tan indispensable en su noble profesion; pero me equivoqué de medio á medio.

Aquella gente era tan *rasposa* ó más que la de la Preparatoria y las maldades que fraguaban peores que las de los muchachos chicos, como que eran más trascendentales.

Por otra parte, no teniendo más freno que la poca vigilancia que ejercía el prefecto, Lic. Don Vicente G. Alcántara, sordo por más señas, y de carácter sumamente débil y complaciente, estábamos entregados á nuestra suerte y *chinos libres* como dice el proloquio vulgar. Además á este señor sólo se le veía un rato en la Escuela por campanada de vacante y lo más del día lo dedicaba á sus negocios particulares ó permanecía en su habitacion, situada en los corredores altos del gran patio del Colegio, y con vista á la calle de la Perpetua.

El mayordomo Miranda, que ya no desempeñaba sus funciones y que suprimido el internado quedó con el carácter de habilitado, obeso si los hay y tambien sordo, esquivaba lo más que podía nuestra presencia por temor de sufrir algun porrazo en su descomunal estómago, y en cuanto al Secretario de la Vega, llamado por mal nombre Narcés, sin que sea del caso explicar el por qué de esta homonímia con el eunuco general de Jus-

tiniano, nos veía á todos con desconfianza y jamás abandonaba su oficina. Por último, el escribiente, Villasana por antonomasia, pues siempre se le veía enfermo, no disimulaba el miedo que le causábamos.

Con tales guardianes aquella Escuela marchaba perfectamente.

Al segundo día de mi ingreso á ella, quise conocer el jardin, mas no bien hube dado algunos pasos por él sentí un golpe de agua que me dió un baño nada agradable y escuché unas risotadas contenidas, en el entresuelo; quise conocer al autor de la truhanería, pero por más que corrí á ese piso, á nadie encontré en quien desfogar mi mal humor.

A los pocos días, estando cerca de la fuente, una pedrada bien dirigida arrebató de mi cabeza el sombrero y lo lanzó al agua: tampoco pude dar con el hábil tirador y me conformé con hacerles á otros compañeros las mismas travesuras cuando se presentaba ocasion.

En cuanto á los profesores, algunos estaban á nuestra altura.

El día de la apertura de las clases, Don Ignacio Altamirano nos espetó un largo discurso que aplaudimos á rabiar y en seguida cada mochuelo se fué á su olivo.

La cátedra de Derecho Natural la desempeñaba Don Juan José de la Garza, inteligente abogado.... allá en sus mocedades; pero que cuando lo conocimos ya viejo, enfermo y jamás en el pleno uso de sus facultades, pues dejaba la cabeza en el trayecto de su casa al Colegio, poco se ocupaba de enseñarnos.

Se pasaba lista y estábamos todos presentes; pero al terminar la clase sólo quedaban uno ó dos, porque los restantes nos habíamos ido saliendo poco á poco y sin que el buen Don Juan José lo echara de ver.

Y cuenta que eso nada era comparado con lo que esa clase fué después: aprovechándose los muchachos de que el profesor era casi ciego y muy distraído, sacaban del bolsillo la novena de Santa Rita y en sus cuarenta hojas se encomendaban con todo fervor á la benevolencia de la sota

de bastos y del rey de copas, y jugaban albures ni más ni ménos cual si estuvieran en plena feria de Tacubaya ó de la Villa.

Y posteriormente el desórden en aquella clase fué peor: había un colegial tan tonto que parecía cosechado en un campo de tepetate, que desde el primer día se convirtió en el maniquí de sus compañeros, perdió uno de sus apellidos para tener un sobrenombre y sólo se le conocía despues por «García *Curul*» en vez de García M . . . Terminada su carrera ha sido Promotor de un lejano Juzgado de Distrito y no sé qué otras cosas más; pero no obstante, la cabeza no se le ha despejado gran cosa.

Aunque el profesor designara á alguno de sus alumnos para que dijera el texto, éstos hacían que tal obligacion recayera casi siempre sobre Curul; y no como era la costumbre, sentado en su asiento cotidiano, sino sobre una elevada plataforma frontera á la que Don Juan José ocupaba, y en la que había una cómoda y viejísima poltrona que en la jerga cole-

gial fué bautizada con el pomposo nombre de *curul:* de ahí le vino el mote al buen Garcia M....

Lo más raro era que Garza se conformaba con todas esas *escolapiadas.*

Don Joaquin Eguía Liz, persona muy apreciable y de fino trato y modales, desempeñaba la clase de Derecho Romano; y si con él no se repetían las escenas que con Don Juan José, en cambio muy pocas veces estudiábamos la leccion y en la hora de la clase, para salir del paso, con mucho disimulo leíamos el texto, aunque esto dió causa á diversos incidentes como el ocurrido cierto día en que Samuel Contreras sin fijarse en lo que decía, leyera: "nuestro generalísimo Vercingetorix," mexicanizando así al héroe galo, sólo por traducir íntegro el texto de Ortolan.

Don Joaquin ó no se fijaba en estos *lapsus* ó se hacía el desentendido, siendo esto último lo más probable.

Y ya que cité á Contreras, hora es de que me ocupe de mis nuevos compañeros de estudios y haga de ca-

da uno de ellos siquiera un ligero boceto, en el órden en que estábamos inscritos en la lista.

Un muchacho muy feo, de pelo lacio y negro como el azabache, frente ancha, nariz achatada, labios gruesos y carnosos, barba pronunciada, de ojos grandes y saltones, *chaparro*, «jóven, muy jóven, denunciando con su aspecto no haber bien salido de la veintena, atezada la piel con esa gradacion broncinia que toma el color de la ardiente raza africana tras larga aclimatacion en nuestras costas,» era el primero cuyo nombre se encontraba en la lista y que algunos años despues se hizo célebre: se llamaba Diódoro Batalla. Inteligente y estudioso, siempre fué apreciado por sus porfesores y compañeros.

Salvador Cancino, sério y reflexivo, era uno de los más dedicados á su carrera y durante toda ella obtuvo las primeras calificaciones.

Samuel Contreras ó *Palmer*, de clara inteligencia, era entre nosotros el que más tendencias mostraba á la elegancia y á la presuncion.

José Escandon, *el borrego*, dotado de gran fuerza y muy afecto á las travesuras, siempre estaba ideando algun chiste ó poner algun mote á sus compañeros y sin embargo, no le agradába oir el suyo.

Manuel Gordillo ó Gordillito, risueño, de bastante talento y dedicacion, prometía ser una notabilidad andando el tiempo; pero ¡ay! una idea extraña que se clavó en su cerebro algunos años despues, trastornó su razon y lo condujo á un manicomio.

Agustin Lazo, vivo, instruido, de sangre ligera, enemigo de estarse quieto, con sus ribetes de poeta y aficionado al *bel canto,* no por esto olvidaba sus libros y su anhelo era obtener al fin de cada curso las mejores calificaciones.

Paco Merino, de verbosidad grande, de genio alegre y chancero, y erudito admirador de la belleza femenina.

Enrique Mackinstosh, *el güero*, verdadero tipo del estudiante antiguo, franco, risueño, siempre sin blanca, amigo de amoríos y francachelas, es-

tudiando dos ó tres meses del año y llevando una vida agitada el resto.

Antonio Ramos Pedrueza, taciturno y dedicado, que á fuerza de estudios ha conseguido hacerse notable como Agente del Ministerio Público, hasta hace poco tiempo que se vió obligado á dejar ese puesto por no querer traicionar á sus ideas de justicia.

Arellano (Alberto) que estuvo de Secretario de Gobierno en Sinaloa, y que falleció hace dos años.

Cárlos Robles, que hizo brillante carrera y hoy esta radicado en Guanajuato.

Vargas, una especie de fósil, que ya estaba en la escuela cuando nosotros ingresamos á ella y á quien dejamos todavía estudiando.

Y al lado de éstos hubo muchos otros que ó se adelantaron en sus estudios ó vinieron posteriormente á formar parte del grupo anterior, como Arturo Moreno, el *Pretor*, que ha desempeñado diversos puestos, Victor Manuel Castillo, llegado impensadamente de Chiapas y ganoso de ter-

minar pronto la carrera; Ernesto Gutiérrez, buen compañero, atento y afable; José Peña, *machetero* (1) y que sólo en tres años dió fin á los estudios, tornando luego á Tamaulipas, su tierra; los *generales* Cortina y Treviño, llamados así por ser sobrinos de los Generales de esos apellidos; Avendaño; Federico Gamboa, hoy literato y diplomático; Apolinar Velasco, Cervantes Milanés y algun otro que tal vez se escape á mi memoria.

Y al lado de éstos había otros muchos que estudiaban cursos superiores ó que con posteridad fueron ingresando á la Escuela como Luis Elguero, Lelo de Larrea, Pepe Torres Rivas, Valenzuela, Manuel González, Velasco Ruz, Enrique Sort, Enrique Piña, Esquerro, Julio Morales, que se ha dedicado á la música y que para el Centenario de Colon escribió una ópera titulada "Colon en Santo Domingo," que hizo fiasco; el *sabio* y malaventurado Zúñiga y Miranda, tan conocido; Benito Ledesma, que murió

(1) Estudioso, en el lenguaje escolar.

siendo Juez de lo criminal, Ramon Prida, Director de EL UNIVERSAL, González Mier, autor de la famosa oda "A Atenas" que tanto llamó la atencion, Enrique M. de los Rios, que fué Redactor de EL MONITOR REPUBLICANO, Joaquin Clausell, entónces insignificante, desconocido y reducido á la más apremiante necesidad, y otros cuyos nombres tendré ocasion de recordar cuando llegue la oportunidad.

Entre mis nuevos compañeros no tardé tambien en hacerme de confianza; toleraba las travesuras de Escandon y procuraba hacérselas más gordas; el genio afable de Gordillo se avenía bien con el mio y en breve fuimos grandes amigos; apreciaba á Lazo, á Cancino y á Contreras y respecto de los demás jamás tuve queja alguna de ellos; le empataba las mentiras á Merino y sufría las impertinencias de algun otro compañero muy cargante.

Allí como en la Preparatoria sólo concurría al Colegio á la hora de las clases y el resto del tiempo lo pa-

saba en la calle ó en mi casa estudiando, haciendo versos, pues poco tiempo ántes hacía descubrí que en mí existía latente ese vicio que nada más quita el tiempo y nada produce, ó ya escribiendo para La Escuela Preparatoria, periódico fundado uno ó dos años ántes, ó bien cortejando á alguna presumidilla alumna de la Encarnacion que me trajo al retortero mucho tiempo y que por poco es causa de que al final saliera reprobado: como se vé, no podía quejarme de mis ocupaciones.

Si por rara casualidad permanecía algunos ratos más en la Escuela, indudablemente era para poner en planta algun proyecto concebido de antemano.

Uno de éstos merece citarse por el gran berrinche que causó al prefecto.

Como he dicho, este señor vivía en el piso alto en compañía de su familia: un accidente fortuito hizo que un día que subimos hasta su habitacion viéramos un frondoso *guajolote* que reservaba para que se guisase el

día de su santo: verlo y desearlo todo fué uno. Nos pusimos de acuerdo para hacerlo desaparecer, pero ántes convenimos en esperar á que estuviese bien cebado.

Tres ó cuatro días ántes del onomástico de Alcántara y en horas que sabíamos estaba ausente, subimos, torcimos el pescuezo al bicho, así como á dos ó tres gallinas más y sacamos del Colegio el cuerpo del delito en un saco de lienzo de los que usábamos para estudiar dentro de la Escuela, y lo llevamos á la fonda del Factor, donde convenientemente aderezado sirvió para que tuviéramos un opíparo banquete doce ó quince estudiantes.

El prefecto Alcántara lloró por su pavo, puso el grito, no en el Cielo sino en la Direccion, se procuró averigüar quién ó quiénes eran los autores de la travesura, que hizo mucha gracia á Don José María Castillo Velasco, Director entónces, pero nada pudo ponerse en claro y se acabó por olvidar el incidente, aunque Alcántara no dejó de sospechar que nosotros hicimos el hurto.

Casi del mismo modo perdió el prefecto un conejo de un hermoso par que tenía; y como un hijo suyo se manifestase inconsolable por tal pérdida, le hice creer que estaba el animalito perdido entre los matorrales del jardin.

—Suelte usted á la hembra, agregué, que ella sabrá buscar el conejo.

El tonto muchacho me dió crédito, y sin detenerse á pensar en mi truhanería soltó por un extremo del patio á la coneja, que cayó incontinenti en las manos nuestras y que fué á buscar á su macho en las profundidades de nuestro estómago.

Acostumbrados á la libertad ilimitada en que todos los superiores nos dejaban, no podíamos tolerar ni aun que alguno de éstos se mezclase en asuntos de su competencia, y si por cualquier evento se dictaba una medida que no fuera de nuestro agrado armábamos una verdadera revolucion: prueba de ello fué una disposicion bien sencilla á primera vista, mas tan mal recibida que durante quince días dió márgen á una agitacion in-

tensa, á gritos y hasta á un auto de fé que con toda solemnidad celebramos con el mísero Licenciado Alcántara

Había en los corredores, grandes bancas que utilizábamos bastante y que destruíamos á gran prisa, llevados de esa manía de los muchachos de romper cuanto esté al alcance de sus manos. Alcántara, para evitar la total destruccion de esos muebles, ordenó que se guardasen en las clases.

Al siguiente día protestamos y sacamos al corredor las bancas, no sin gritar; en la tarde fueron guardadas nuevamente y así estuvimos varios días, hasta que un lúnes nos encontramos con unos asientos de piedra y ladrillo que el prefecto había mandado hacer con toda premura.

En ménos tiempo del empleado para hacerlos, destruimos esos asientos y nombramos una comision que fuese á dar la queja al Director por *el atropellamiento* del prefecto.

Castillo Velasco, hombre bonachon y de calma nos acogió con benevolencia y prometió acceder á nues-

tra solicitud poniendo bancas de madera. Pero Alcántara, hecho una furia, las volvió á guardar y á su vez manifestó enérgicamente contra el acuerdo que menoscababa su autoridad.

—Nos la pagará ese sordo maldito, dijimos, y resolvimos quemarlo...

Fijados en las columnas del patio los cartelones en que se anunciaba la funcion y se invitaba á ella á todos los alumnos, los vió Alcántara y con toda violencia se trasladó á la casa del Director.

—Señor, le dice, me van á quemar.

—¿Como está eso?

—Sí, ya están fijados los anuncios avisando que mañana es mi auto de fé.

—¿Pero como vá á ser ese auto?

—No lo sé, mas el hecho es que mañana se me quema.

—No hombre; será alguna travesura de los estudiantes y nada más.

—De todos modos, señor, yo voy á pasar un mal rato.

—Mañana iré á ver qué es lo que pretenden esos muchachos.

Y en efecto, á otro día se fué presentando Castillo Velasco en la Escuela, lo que no dejó de causarnos extrañeza, pues raras veces iba. A fin de que no entrase en sospechas, abandonamos el Colegio apénas terminaron las clases y sin alejarnos mucho encargamos á uno de los compañeros que vivía en él, que nos diera aviso en cuanto se fuera el Director.

Este, no viendo ya á ningun colegial, á eso de las once dejó la Escuela, á la que volvimos inmediatamente para hacer el oficio de inquisidores; Alcántara al ver á la turba se encerró en sus habitaciones; pero no obstante esta precaucion y ser sordo como una tapia, oyó aquel día nuestros gritos y vociferaciones.

Nos hicimos la ilusion de que un títere en figura de gendarme era el prefecto y quemamos esa efigie en medio del entusiasmo estudiantil; además varios fuegos de artificio y dos gruesas de cohetes completaron el espectáculo. inofensivo en sí; pero que causó honda herida en el amor propio de Alcántara, el cual por mucho

tiempo y en señal de resentimiento no bajó al Colegio.

Esta actitud fué de nuestro agrado, como se supondrá.

Otra de las muestras de independencia que dimos fué obligar á que se suspendiera la cátedra de Elocuencia forense.

Era obligatoria para todos los alumnos y la desempeñaba el conocido Don Ignacio M. Altamirano: en obsequio de la verdad este señor tenía las mejores intenciones por hacer de nosotros unos Demóstenes; pero su método de enseñanza no era el más adecuado y además se prestaba mucho á la caricatura y al ridículo, lado por donde lo tomamos desde el primer día.

En el programa del *Maestro* entraba que los alumnos le llevásemos composiciones en prosa y en verso' que ó las criticaba duramente como hizo con un soneto de Bolaños ó las veía con demasiada benevolencia.

Todas estas circunstancias unidas á la repugnancia que sentíamos por tener que asistir á una clase que

debía reservarse para los últimos años, hicieron que le cobráramos aversion y que ideásemos la manera de que se suprimiera.

Ya una ocasion Manuel González, hijo del entónces Presidente, por motivos de resentimiento, cometió un acto vituperable que Altamirano dejó pasar en silencio: estando éste en su clase, González se llegó al dintel de la puerta y dijo en alta voz, señalándolo:

—Muchachos: he ahí al hombre de Darwin, aludiendo á la fealdad proverbial de Don Ignacio y á su puro tipo indígena.

Viendo que ni por dejar de concurrir nosotros á la cátedra de Elocuencia, ni por el hecho que acabo de narrar, ni por medios pacíficos conseguíamos que la clase se suprimiera, y habiéndonos querido obligar á asistir á ella de un modo formal, nos amotinamos en la presencia de Altamirano que abandonó la Escuela en medio de la espantosa gritería y confusion, y algunos naranjazos. Pocos días despues renunció al cargo de catedrático ó pidió una licencia ilimitada.

Los demás profesores en general sí eran bien vistos: Don Jacinto Pallares desempeñaba la clase de Derecho Civil y sabía perfectamente llevarnos el barreno, complaciéndonos cuando no queríamos tener cátedra, ó bien limitándose á pasar lista ó haciendo que fuese aquella de pie en el corredor y por breve rato. El Lic. Pablo Macedo con su afabilidad y fina educacion supo captarse nuestra simpatía y respeto; Don Bibiano Beltran, anciano valetudinario, nos veía como á sus hijos, lo que no impedía que al concluir sus explicaciones sólo hubiera ya dos ó tres; á Pepe Algara lo tratábamos con una seriedad algo burlesca; Don Manuel Castilla Portugal (a) *El juil* se abstraía las más veces en sus explicaciones y no veía que entretanto él explayaba las teorías de Wheaton y de Calvo, nosotros nos tiroteábamos con bolas de miga que alguna vez desviándose fueron á parar á sus narices; Don Manuel Contreras, admirador del texto de Economía Política, no toleraba que olvidásemos una sola palabra de él, aunque

no entendiésemos ni jota; Don Francisco Segura, cuya inagotable verba suplía á su falta de talento, nos aturrullaba en las más insignificantes cuestiones y hundiéndonos en un piélago insondable de argucias, de objeciones y de citas de leyes, conseguía sólo que adelantásemos con demasiada lentitud y que al resolver un caso práctico creyésemos que el mundo se caía sobre nosotros: del profesor de Medicina legal, Dr. Ramirez (a) *El Veterinario*, hacíamos completa abstraccion y miéntras él explicaba la Anatomía del cuerpo, nos ocupábamos de hacernos mutuamente diablura y media.

En cuanto al insigne...... Don Blas José Gutiérrez, Flores Alatorre (Dávalos y Garaycoechea), enemigo acérrimo de Pallares; más soldado que abogado y que parecía por su lenguaje y maneras, sacado del barrio de la Palma ó del de Tepito para ir á dar clase á Jurisprudencia, no es este todavía el lugar en que deba ocuparme de él, sino más adelante, cuando llegue á la época en que fuí su discípulo.

He áquí á grandes rasgos, dados á conocer los discípulos y los profesores, nuestras costumbres y las diversiones á que nos entregábamos; como sé vé diferían éstas poco de las de la Escuela Preparatoria y lo único notable que tenían era que las hacíamos en mayor escala y sin que como en ésta, tuviésemos á los superiores cerca para imponernos algun castigo ó evitar las travesnras.

Aun algunas eran vistas con agrado por el Director, como sucedió con la del Auto de fé y con un proceso célebre que se formó á Zúñiga y Miranda y del que hablaré á su tiempo, así como de cierto desafío altamente bufo.

Y no obstante esta vida distraída, la mayoría de los compañeros estudiaba y contado era el número de los que al fin del año salían suspensos; Vargas, á quien ya cité, Sánchez *Calabaza*, (1) que ha ido á sepultarse

---

(1) No he llegado aun hoy á saber su verdadero apellido, pues le decíamos Sánchez *Laurel*, Sánchez *Tomillo*, Sánchez *Calabaza* y otras yerbas; por todos entendía y jamás mostró el menor disgusto por tan variados y verdes calificativos.

en un pequeño y olvidado pueblecillo y algun otro eran excepciones de esta regla. Esto en mi concepto se debía á que ya acostumbrados al estudio era cosa llana ponerse al corriente y dominar el curso por más difícil que fuera: sólo en los dos últimos años y más bien debido á los métodos malos de Segura y de Don Blas, que á lo vasto de las materias obligatorias, era donde tropezábamos con dificultades y donde veíamos con algun temor aproximarse la época de los exámenes.

Por mi parte esos primeros años pasados en la Escuela de Jurisprudencia hubieran sido agradables del todo si ciertas contrariedades en mi vida íntima no me hubieran proporcionado no pocas amarguras y héchome desaprovechar mucho el tiempo. Ni los garabatos de mi abuelita llamándome á su lado en las vacaciones fueron bastantes para resolverme á dejar por algunos días la Capital que me atraía como si estuviera dotada de poderosos encantos.

Mis ideas se habían modificado

realmente y veía con horror la vida tranquila del campo, haciendo el propósito de fijarme, terminada mi carrera, en México, de una manera irrevocable. Fué preciso que sufriese tremendas decepciones y que se desarrollasen los acontecimientos que el lector verá, para que me decidiera á huir, sin hipérbole, de la Capital y fuese á esconderme en el fondo del risueño valle donde sin penas se deslizaron los días de mi niñez.





CAPITULO XIII.

—

Una fiesta familiar.

Los mil recuerdos que de aquella época vienen á mi memoria, haciéndomela recordar con complacencia quisiera estamparlos en el papel y no dejar en el olvido ni el más ligero episodio; pero esto sería difuso y cansado, y aunque tambien escribo para mí, los lectores dejarían el libro fastidiados de hallar tantas y tantas digresiones en vez de las etapas de esa revolucion grandiosa y afortunada que se llamó *La deuda inglesa*, que durante largos años aún, será

la admiracion de los estudiantes del porvenir y que encontrará en la historia nacional un lugar para dejar escrita en ella una de sus más bellas páginas.

Para muchos esa epopeya será comparable al rayo que resultando impensadamente del choque de dos nubes se forma en un momento y estalla, deslumbrando y perdiéndose en seguida en las profundidades de la tierra.

Y no fué así: nuestros sentimientos é ideas se fueron educando lentamente para darnos el valor y la energía suficientes á lanzarnos en lahora suprema con resolucion en medio de la arena política y decir á los hombres gastados, á los políticos encanecidos en la cábala y en la intriga:—"Hénos aquí, somos el elemento jóven, la parte sana del cuerpo social, la esperanza, y venimos á tomar el puesto que nos corresponde, venimos á interrumpir el festin de los modernos Baltasares y á escribir sobre los muros del poder levantado al ruido de los cañonazos de la revolucion, el *Mane*, *The-*

cel, *Phares*, que os anunciará que el reinado de vuestra voluntad ha concluido."

Dos años largos duró ese génesis y su relato es el que voy á emprender para que se siga paso á paso la evolucion que sufrimos ántes de llegar á las memorables jornadas de Noviembre de 1884 y se conozca el secreto de nuestra actitud y de nuestro triunfo...... así como el de nuestra total derrota en Julio del siguiente año.

Antes tengo que referir un hecho único en la historia de los Estudiantes y es el de la union tan íntima y tan sincera de todas las Escuelas. Antiguamente rivalidades de corporaciones las dividian profundamente, y los recuerdos de los pocos viejos que quedan, están llenos de las rencillas y disenciones entre *lateranenses, gregorianos, seminaristas*, etc. que duraron largos años y que dieron orígen á multitud de lances personales.

Terminar esas rivalidades se propuso la República restaurada, creando como plantel único la Escuela Pre-

paratoria y unificando la enzeñanza: reunidos en un solo Colegio durante algunos años todos los jóvenes que más tarde se habían de dedicar á la medicina, á la ingenieria, á la abogacía etc., se creaban sólidos lazos de amistad entre todos ellos, que más tarde al separarse, debían influir para verse como compañeros, salidos de un centro comun y que al encontrarse en las diferentes peripecias de la vida, se auxiliasen mutuamente y se guardasen las consideraciones debidas á los viejos amigos.

Y así sucedía en efecto; por más que en largo tiempo no se viesen algunos estudiantes, el día que el acaso los reunía, sentían verdadero placer en verse juntos, y, recordando épocas pasadas, no se ocupaban de, pensar en rivalidades de gremios.

Uno de los resultados de ese método fué la gran huelga de 1875 en la que todos los estudiantes hicieron causa comun con tres de sus compañeros, casi desconocidos, y no cedieron en su actitud hasta tanto que el poder no cejó en sus arbitrarias exigencias.

Pero en la época á que me voy refiriendo, ya aquellos sucesos iban olvidándose y cada Escuela vivía aislada, olvidándose de las demás y preocupándose tan sólo de sus intereses. En un punto, sí, parecía que las profesionales estaban en un acuerdo tácito y era en ver con cierto íntimo desden á la Preparatoria, que diera el contingente á todas, á causa del abigarrado conjunto de sus alumnos y de los juveniles, traviesos é incoherentes elementos que la componen siempre; pero por otra parte, inúti es decir que este desden jamás se tradujo en hechos.

Además de la Preparatoria, existía la de Comercio, que sólo por tradicion conocíamos, pues demasiado alejada del *barrio latino* y concurrida por chicuelos y jóvenes que jamás estaban en contacto con las demás, no la considerábamos sino como un plantel muy distinto de los demás.

Los alumnos de Bellas Artes y del Conservatorio, en su mayoría aprendices de artistas, de largas melenas y zapatos rotos, de pantalones raídos y bolsillos exhaustos; ó de afi-

cionados al canto, cosechados en un corral de *gallos* y entre las sultanas de casa de vecindad, creyéndose siempre próximos á escalar el cielo del arte, nos veían á nosotros, pobres mortales dedicados á la prosa de la vida, con despego y lástima protectores.

A los Agricultores, encerrados en la lejana Hacienda de la Ascension, casi los colocábamos en la misma categoría que los bueyes del campo con quienes estaban de continuo en íntimas relaciones.

Y por último, á los alumnos del Colegio Militar los veíamos como á las plantas de un almácigo de donde había de salir un día un enjambre de revoltosos, de generales, de presidentes y de carne de cañon.

Sin embargo de este aislamiento, todos comprendían que era fácil lograr en un momento dado la union de las escuelas, y un suceso vino á realizarla más rapida y sencillamente de lo que nos lo podíamos esperar.

Se acercaba el diez y seis de Septiembre, el día más animado en México; pero que no obstante, de año en año

se celebraba con mayor frialdad debido á muchas causas, mas sobre todo á la indiferencia con que la sociedad, cansada de los gobiernos opresores que la aniquilaban, veía el día de la patria.

Los alumnos de Jurisprudencia, deseosos de contribuir á solemnizar el aniversario del grito de Dolores, determinamos hacer nuestra fiesta en familia, recordando acaso que los estudiantes de Minería conmemoraban ese grito con una gran cena que tenía lugar en su escuela la noche del quince. (1) Además, ese año de 1882 había la circunstancia de que dos de nuestros compañeros resultaron elegidos diputados para el Congreso de la Union, Enrique Mackintosh y Jesus E. Valenzuela, y de que otro estudiante que se distinguía por su locucion fácil y elegante, era el designado para pronunciar el discurso oficial en presencia del Presidente, del Gabinete y de lo mejor de la sociedad mexicana la noche del día

(1) En estos últimos años, segun sé, se ha perdido esa costumbre tradicional.

quince, en el Gran Teatro Nacional. (2)

Este estudiante, que despues se ha distinguido como orador en los jurados, y en la actualidad ocupa un puesto en la judicatura, era Alonso Rodríguez Miramon.

En pocos días y mediante el participio que tomó Manuel González, hijo del entónces Presidente de la República, quedó arreglada la fiesta: el salon de actos del Colegio fué adornado con banderas y flores, dos bandas de música se situaron en los corredores, y todo quedó dispuesto en breve de la mejor manera posible, siendo convidados algunos alumnos de las otras escuelas.

Presidió aquella fiesta Don Bibiano Beltran, el profesor más ancia-

---

[2] Era costumbre que por mediados de Agosto el Ministerio de Justicia mandaba al Director de la escuela un oficio previniéndole que de entre los alumnos de quinto y sexto año hiciese dos ternas y se las remitiera; de esas ternas el Ministerio elegía dos alumnos para que ellos fuesen los que pronunciaran los discursos oficiales, uno en el Teatro el 15, y otro en la Alameda la mañana del diez y seis.

Desde el año de 1885 y con motivo de la actitud que asumieron las Escuelas en el negocio de la "Deuda Inglesa" se abolió esa costumbre.

no de Jurisprudencia, en ausencia del Señor José María del Castillo Velasco, Director, que llegó cuando ya aquello estaba para terminar.

El discurso oficial lo pronunció Mariano Fernández de Lara, estudioso alumno de quinto año entónces y hoy abogado que ha conseguido tener muy regular clientela; Melchor García Rojas, Alonso Rodríguez Miramon y Manuel González tambien pronunciaron discursos; Jesus Valenzuela una poesía que le valió nutridos aplausos por lo bien dicha.

La fiesta terminó con ¡vivas! á la Independencia y á la union de las Escuelas, dados por Don Bibiano Bel tran.

Sólo la poesía de Valenzuela se publicó en LA LIBERTAD, y merece ser conservada por lo bien escrita que está y por expresar las ideas del estudiante de aquella época, que desapareció para dar lugar al político y al hombre de negocios.

Héla aquí:

VERSOS

LEIDOS POR SU AUTOR EL 15 DE SEPTIEMBRE DE 1882
EN LA ESCUELA NACIONAL DE JURISPRUDENCIA DE MEXICO.

Hoy que la humana libertad corona
su noble frente de laurel y encina,
y con los rayos de su luz divina
baña del Polo á la abrasada Zona;
hoy que la voz de América pregona
el ciclópeo rugir de sus volcanes,
el varonil empuje con que pudo
un puñado de heróicos mexicanos
desafiar un pueblo de titanes,
ante el derecho de mi patría enanos:
acompañado de apolino coro,
al sacro fuego que mi pecho encierra,
rompa mi lira en cántico sonoro,
y tiemblen los tiranos de la tierra
al eco altivo de sus cuerdas de oro.
De las rüinas del antiguo mundo
y bajo el polvo de su régio manto
como al beso del hálito fecundo
que las bíblicas aguas sacudía,
de amor y gloria levantando un canto,
Italia, nuevo Fénix, renacía:
y de la edad moderna en los umbrales
las Ciencias y las Artes triunfadoras,
repuestas en sus nobles pedestales,
con amoroso celo,
ofrecían á la vez halagadoras
mundos en el planeta y en el cielo.
Un hombre entónces al Oeste vuela;
no es un hombre, es un Dios, que resucita,
en los escombros de la vieja Italia,
y cual águila audaz se precipita
por el espacio en gigantesco vuelo.

Nada vence sus fuerzas ni su brío;
la noche tiende su capuz sombrío
y se redobla su constante anhelo,
y en medio de las tumbas de las olas
águilas sólo encuentra que le sigan
en las heróicas tierras españolas.
Espantosa es la lucha; pero al cabo
vencido el mar al grito omnipotente
que aquel gigante de su pecho arranca,
tiende á sus pies el Nuevo Continente
sobre los copos de su blanca espuma.
Allí, dice la Europa, señalando
la nueva tierra, el porvenir se esconde,
marchemos hácia allá, la noble España
con hondo grito de valor responde.
El Océano tiembla bajo el peso
de la española gente,
heróica aventurera del progreso;
y el mundo de Occidente
sobre los campos mismos de batalla
vé ceñirse á su frente
la ibérica corona
al eco ronco del cañon que estalla.
Un pueblo de alma helénica vivía
en las montañas de Anahuác, su historia
era á la luz de la leyenda ufana
un pöema de alegría.
Orgulloso y feliz en sus hogares
el indómito azteca envanecido
alzaba sus patrióticos cantares
mezclado de los bosques al rüido
y al sonar de los mares;
sus reyes eran reyes soberanos
y sus guerreros, rayo de la guerra;
sus campos, los más bellos de la tierra
ceñidos por dos grandes oceános,
á sus tímidas vírgenes el fuego
del trópico animaba
y al contemplarlas luego
cosas de amor el corazon soñaba.
Era aquello el Eden del Nuevo Mundo,
y cual nelumbio de Occidente era

Tenoxtitlan, su capital, dormida
del lago entre las aguas placentera.
Ese era Anahuác; y su belleza
al contemplar el fierro castellano
un dulce llanto su mirada empaña,
inclina la cabeza,
cae de rodillas y la nombra España......
Pero se alza á la lucha, enajenado
la quiere poseer; el continente
se estremece asolado
por el hálito horrible de la guerra;
el azteca resiste denodado,
y sólo al golpe de contraria suerte,
sobre un monton de escombros espantosos,
en la orgullosa capital un día
extiende sus colores
el real estandarte victorioso
en los campos de Flándes y Pavía......
Tres siglos trascurrieron,
y al beso conyugal del castellano
y de la aztéca vírgen, naciëron
otros pueblos en el suelo mexicano.
Cubría en tanto á la España
de sus reyes la negra tiranía
y bajo el peso de la régia saña
América vivía.
Tenoxtitlan en su dolor sumido,
ante el mundo arrastrando sus cadenas,
en un Eden de libertad soñaba;
y del infame látigo al crujido
se encendía la sangre en sus venas.
Sin esperanza casi, agonizante,
de Cuauhtemóc y de Cortés sentía
el aliento gigante
apagarse en sus labios contraídos;
un redentor buscaba, y no veía
sus deseos mesiánicos cumplidos.
Mas como se alza el aquilon violento,
y del palacio á la modesta choza
frenético destroza;
como al vibrar el rayo por el viento
retiembla el valle, se estremece el monte

y lívido se enciende el horizonte;
suena la voz en México de ¡guerra!
y siente tembloroso
sobre sus ejes vacilar la tierra
el Leon de Castilla despertando
al grito poderoso
de "¡Independencia y Libertad!" tronando.
Un humilde anciano sacerdote,
dando á los pueblos el sublime ejemplo,
era el que osado *¡Libertad!* clamaba
en los umbrales de su propio templo.
Era el soñado redentor, su grito
la divina palabra conducía
por las ondas del éther infinito.
Era Hidalgo, moderno Prometeo,
rompiendo sus cadenas
en la manchada frente del tirano,
y á su voz contestando el clamoreo
de un pueblo heróico, enardecido y fuerte,
que ante él de rodillas repetía
¡Independencia, Libertad ó Muerte!
El leon recobrado, la melena
de cólera erizada
con sus rugidos llena
los ámbitos del mundo; enfurecido
al combate se lanza; pero en vano,
que el bravo mexicano
vé levantarse el sol de la victoria
bañando en luz las hojas de la historia......
Levanta ¡oh patria! tu orgullosa frente,
tus águilas reales en su vuelo
por el zafir del cielo refulgente
tu victoria proclaman;
y anunciadoras de la buena nueva,
de *Libertad* los goces
en la oprimida humanidad derraman.
Y vosotros los héroes animosos
que á Hidalgo acompañábais,
que en el martirio mismo, victoriosos,
ejemplo eterno de valor nos dábais;
vosotros que nos dísteis generosos,
con vuestra sangre, libertad y vida,

recibid las ofrendas
que os consagra nuestra alma agradecida,
ella aquí llega derramando cantos,
y escribiendo de orgullo estremecida,
en su santuario vuestros nombres santos.
Y tú, el caudillo de indomable pecho:
de mi patria querida
el defensor constante del derecho.
Tú, Hidalgo, que ante España y ante el mundo
como vencido atleta
caístes en el campo de la historia
al peso inmenso de tu misma gloria;
álzate ¡oh padre de mi patria! el pueblo
que tu crëar supiste, te proclama,
y como á tí, la noche de Dolores
el patrio amor su corazon inflama:
álzate ¡oh padre de mi patria! y torna
á mirar á tu hija:
púrpura régia su hermosura adorna,
la oliva y el laurel ciñen su frente,
y ante esta nueva juventud ardiente
que hoy á la vida de la aurora asoma,
rotas ya para siempre las cadenas,
¡sabe triunfar como triunfaba Roma,
sabe enseñar como enseñaba Aténas!

La fiesta terminó con entusiastas y repetidos bríndis y un *lunch* improvisado, que fueron causa de que alguno, que no quiero nombrar, pasara la noche debajo de la mesa y al amanecer del día 16 despertase despavorido y creyendo ya llegada la hora de asistir al ongreso.

Los que estábamos en nuestro

juicio, fuimos al teatro Nacional á oir perorar y á aplaudir á Alonso Rodríguez Miramon que dijo una alocucion magnífica.

Algun tiempo despues, en una alacena de libros viejos encontré un discurso patriótico pronunciado en Colima el año de 1849, que se parecía mucho al de Alonso...... pero ¡bah! los discursos del 16 de Septiembre son como la letanía: todos iguales ó que se parecen.

Tambien la Escuela de Minería celebró por su parte una fiesta en su edificio, que terminó con la tradicional cena, y en la que el desórden y el entusiasmo reinaron hasta muy entrada la noche.

Desde entónces quedó resuelto que el próximo aniversario de la Independencia sería solemnizado por todas las Escuelas Nacionales unidas.





CAPITULO XIV.

—

La fiesta de los estudiantes.

Eran muy *clásicas* las reuniones que teníamos cuando se trataba de discutir algun asunto que interesaba á todos los alunmnos.

Nos reuníamos en la vasta sala de la clase de Procedimientos Civiles, la más apropósito para nuestras juntas, pues además de sus grandes proporciones que le permitían contener á los ciento y tantos colegiales de leyes que éramos, su piso inclinado como el de un teatro hacía fácil ver á los oradores y al Presidente. Colocábamos una tribuna en la plataforma del profesor, nos proveíamos de

campanilla y de todos los adminículas necesarios, y dábamos principio á la sesion con todas las solemnidades usuales en un Congreso de gentes formales.

Mas á poco el órden se interrumpía, los silbidos, los gritos, las interpelaciones, las disputas y las agudezas se cruzaban, interrumpían la discusion, daban lugar á cien incidentes personales, y aquello entónces parecía una verdadera sesion de una Cámara europea en épocas de agitacion.

Por ese estilo fueron las discusiones que precedieron á la organizacion de la fiesta de las Escuelas nacionales que se celebró el día quince de Septiembre de 1883; previamente se nombró una junta directiva que arreglara con los demás colegios el participio que cada uno debía tomar, y ya conseguida la unificaciou de todos ellos, se eligió un comité estudiantil llamado «Comité Central,» que ordenase los detalles de la festividad.

No obstante que de antemano estaba resuelto que la fiesta fuese hecha por todas las escuelas unidas, no fal-

taron algunos espíritus díscolos que se opusieran á un pensamiento tan simpático; pero triunfó la mayoría y quedó convenida la union. Todavía despues de vencida esta dificultad se suscitó otra con motivo de que algunos delegados querían que tuviese un carácter privado, concurriendo al lugar designado no en procesion sino aisladamente.

Nuevamente la mayoría que deseaba hacer la fiesta de una manera pública triunfó, y la minoría tuvo que someterse.

Pero habiendo llevado hasta la exageracion las prácticas democráticas, el programa adoptado por el comité se discutió palabra por palabra en la mayoría de las Escuelas, en medio del desórden y de la algazara propias de esas juntas.

No obstante, en seis ó siete reuniones fué aprobado: en primer lugar se convino en que nuestra fiesta nada tuviese que ver con la oficial aunque para ésta se nos invitase, como ya corría el rumor; á ese fin, quedó dispuesto que la fiesta fuese no el día diez y

seis, sino el quince; y como no se pudo arreglar que se pusiera á nuestra disposicion el gran Teatro Nacional, escogimos el de Hidalgo, recientemente reconstruido y bastante ámplio y elegante; se dispuso que cada Escuela llevase su estandarte y los alumnos un distintivo; que el número de oradorcs fuera proporcionado al de los colegios; las piezas de música que se habían de tocar en el concierto, el órden de la comitiva, y en fin, hasta los más insignificantes detalles fueron discutidos en esas juntas.

Como para todos estos arreglos se necesitaba dinero, se hizo una suscricion voluntaria entre los colegiales, segun sus recursos, y se reunieron suficientes cantidades para sufragar los gastos indispensables.

Por su parte las alumnas de la Escuela de la Encarnacion, y las de Artes y Oficios se mostraron dispuestas á ayudarnos en lo que les era dable; y ya que no era conveniente que concurrieran al desfile, se las invitó para el teatro; en cambio, con muy buena voluntad hicieron las cucardas

que lucimos el día quince y bordaron la mayoría de las banderas de cada Colegio.

La de Jurisprudencia era, (y es porque aun dura), de seda, y en el color blanco se ostentaban los atributos de la ciencia, primorosamente realzados con sedas de colores; la del Conservatorio, de raso bordado á la china; la de Ingenieros, en forma de estandarte, tenía con letras de oro el nombre del Colegio, y en la parte superior del asta, los atributos de la Escuela; la de Bellas Artes lucía una elegante alegoría artísticamente pintada por Ocádiz; Medicina puso en su bandera la alegórica serpiente, y en cuanto al Colegio de Ciegos, fabricó un sencillo estandarte de raso blanco con franja de oro.

En una de las últimas juntas, un Regidor propuso que la comitiva estudiantil ántes de llegar al Teatro Hidalgo pasara frente del Palacio Nacional; pero tal idea fué rechazada por unanimidad, porque el gobierno en general nunca ha gozado de las simpatías de la juventud, por más que és-

ta no tenga grandes motivos para haber visto con malos ojos á la administracion de Don Manuel González, que no le hizo ni con mucho, lo que despues le había de hacer la actual y continúa haciéndole. [1]

Una de los disposiciones que dió lugar á más vivas discusiones, fué la relativa al órden en que habían de formar los Colegios; todos querían el lugar preferente y cada uno alegaba títulos y derechos para tal distincion. Al fin quedó convenido que el primer lugar lo ocuparían los Ciegos como un homenaje rendido á su infortunio, y que respecto de los demás decidiría la suerte.

Otro tanto se hizo con los oradores, que todos querían ser de los primeros.

Un incidente triste vino á turbar la alegría que nos causaba la fiesta en perspectiva y fué la muerte del

(1) Al escribirse esta parte de la obra, se encuentran en Belen, extinguiendo una condena, Querido Moheno y otros jóvenes estudiantes, y si no es porque Joaquin Clausell logra fugarse, aún permanecería en la cárcel.

Director de la Escuela de Jurisprudencia, Lic. José María del Castillo Velasco. Si no le profesábamos gran cariño, en cambio le veíamos con bastante aprecio, pues jamás impuso castigo alguno inusitado, ni expulsó á ningun muchacho, ni se entregó á los actos, quemás bien que de severidad, deben llamarse de tiranía, que despues han llevado á cabo el actual Director de esa Escuela y los de otras Nacionales. Nuestras travesuras juveniles le causaban agrado y procuraba evitarlas con suaves amonestaciones y sin emplear jamás el rigor.

Como constituyente y Magistrado de la Suprema Corte de Justicia Militar que era, el entierro fué muy notable y todos los alumnos asistimos á él sintiendo haber perdido un Director por tantos títulos digno de aprecio, y temiendo que el nuevo no fuera tan complaciente y *tan bueno* como Castillo Velasco.

Francamente, no tuvimos que quejarnos, pues su sucesor, Don José Simeon Arteaga, *suegro del Ejecutivo*, como le decíamos por serlo del

Presidente Don Manuel Gonzalez, era un anciano septuagenario que ya no podía ni con la fé del bautismo, y que muy raras veces hacía su aparicion en Jurisprudencia.

Jamás se metió con nosotros ni para bueno ni para malo, y debido á esta circunstancia entre otras, pudimos hacer tanto ruido durante el asunto de la *deuda inglesa*, segun tendremos ocasion de ver, y disfrutamos de tanta libertad en nuestros *meetings*.

Presto dimos al olvido esta nota triste y los preparativos para la fiesta que organizábamos nos volvieron á preocupar casi por completo.

Muchos han atribuido á la iniciativa de los estudiantes el entusiasmo que en todas las clases de la sociedad se notó ese año por celebrar el aniversario de la Independencia: pero francamente, no á nosotros se debió, sino á una reunion de circunstancias muy diversas; lo cierto es que el elemento oficial, las colonias extranjeras, las sociedades, el comercio y los particulares se esmeraron á porfía en que las fiestas patrióticas superasen

con mucho á las que se venían celebrando de largos años atrás.

Por otra parte, el bienestar que se disfrutó durante el segundo año de la administracion del General González y los millones que ingresaron al país y á las arcas públicas, no habían desaparecido aún totalmente y permitieron á la Ciudad emprender dos obras costosas y que contribuyeron mucho á su embellecimiento y mejoría: fueron éstas la entubacion de las aguas potables por nuevo sistema y el derrumbe de los vetustos y viejos callejones de la Alcaicería, para dar lugar á la ámplia y elegante avenida del Cinco de Mayo.

La facilidad de comunicaciones que con motivo de los nuevos ferrocarriles empezaba á haber, sirvió no poco para atraer á México numerosos forasteros—segun un cálculo pasaron de treinta mil—que proporcionaron un buen contingente á la animacion y bullicio que se notó en aquellos días.

Se levantaron hermosos arcos de triunfo en todo el trayecto que debía

recorrer la comitiva oficial; se dispusieron artísticos carros, se compusieron todas las calles; las casas en general fueron adornadas; y en fin, ocho días ántes del día diez y seis todo México no se ocupaba más que de las próximas fiestas.

Por fin llegó el día quince de Septiembre.

Desde las siete y media ú ocho de la mañana empezaron los estudiantes á reunirse en sus escuelas, y cuando ya hubo número suficiente, cada uno se dirigió por su lado al grandioso edificio de Minería, punto designado para organizar la procesion.

La Banda del 8° Regimiento, la de Zapadores y la del 1° de Infantería que el Comandante Militar puso á nuestra disposicion, nos esperaban ya y saludaban á las Escuelas conforme iban llegando, con los acordes del Himno Nacional.

A pesar del considerable número de colegiales que se iban reuniendo, el inmenso patio de la Escuela de Minas no llegó á llenarse y circulába-

mos libremente por él, admirando la gran cantidad de personas de la mejor sociedad que habían ido á ver salir la comitiva, y que llenaban los ámplios corredores.

Los vivas, los bravos, las dianas y el himno nacional, se sucedían sin interrupcion y formaban una atmósfera de entusiasmo que al más frío é indiferente lo obligaba á animarse y á gritar hasta quedarse ronco.

Despues de largo rato de espera, motivado por lo difícil que era introducir el órden en aquellas cabezas juveniles y entusiastas, llegó una comision de alumnos del Colegio Militar, que fué recibida con ruidosas demostraciones de alegría; y habiéndose colocado en su lugar el Ingeniero Don Antonio del Castillo, que como decano de los profesores había sido designado como Presidente de aquella asamblea, la comitiva se puso en marcha.

Iba delante una descubierta de gendarmes: en seguida la banda del Batallon de Zapadores y los alumnos de la Escuela de Ciegos conducidos por alumnos de otras Escuelas.

En seguida venían los demás Colegios en el siguiente órden, y precedidos cada uno de su estandarte:

Escuela Preparatoria, la más numerosa, la más bullanguera é indisciplinada, que lanzaba vivas á todo lo que tenía delante; constaba de un personal de más de novecientos alumnos.

Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria, y Hacienda Nacional de Agricultura, una parvada de muchachos payos, gritones é inciviles que hacían buena pareja con los preparatorianos y que tal vez por esta circunstancia fueron colocados al lado de éstos.

Escuela Nacional de Jurisprudencia; muy graves y serios los que la componíamos, como si realmente lo fuéramos.

Conservatorio de Música.

Escuela de Artes y Oficios para hombres.

Escuela de Comercio y Administracion.

Escuela de Sordo-Mudos.

Escuela de Farmacia y Medicina.

Escuela de Bellas Artes.
Escuela de Ingenieros.
Comision del Colegio Militar.

Estandarte general llevado por el Presidente del Comité de Estudiantes: es un óvalo ornado por los tres colores nacionales y en cuyo centro se vé una pintura representando al Cura Hidalgo, empuñando el Estandarte con la Vírgen de Guadalupe; en la composicion se parece mucho este cuadro al que existe en el Salon de Embajadores del Palacio de México.

Del extremo superior del asta se desprenden doce listones, rojos, blancos y verdes, cuyos extremos llevaban los oradores de ese día. (1)

En seguida venía el Presidente Don Antonio del Castillo acompañado de una comision de veinticuatro alumnos de todas las Escuelas, designados de antemano para el efecto; y que estaba formada de los miembros del Comité Central.

---

[1] Posteriormente se le añadió el décimo tercero, cuando fué creada la Escuela Normal de Profesores.

Cerraba la marcha la música del 8° Regimiento y á la mitad de la columna se colocó la otra banda.

Saliendo de Minería tomamos calle arriba para la de la Mariscala y dímos vuelta por el Mirador de la Alameda: en un balcon de esta calle estaba asomado el anciano insurgente General Don Angel del Puerto y Vicario, compañero de Hidalgo y ayudante de Iturbide cuando éste entró triunfante á México el memorable día 27 de Septiembre de 1821.

Al ver al viejo soldado, recuerdo viviente de la grandiosa época que aquel día conmemorábamos, lo saludamos con atronadores vivas y agitando en el aire las banderas, los sombreros y los pañuelos. El buen general se enterneció con aquella manifestacion y apénas nos contestó con voz ahogada por la emocion y las lágrimas algunas palabras que no pudimos entender; redoblamos los vivas y continuamos nuestro camino dando vuelta á las calles de la carrera de San Francisco.

Aunque la hora era algo matinal,

en breves minutos se poblaron los balcones y las aceras de espectadores que aplaudían el paso de la comitiva; las casas de comercio y las fachadas eran engalanadas con precipitacion, y numerosos grupos nos seguían y contestaban entusiasmados nuestros vivas, que no escaseábamos y que amenazaban dejarnos roncos aun ántes de llegar al teatro.

El número de personas que formaban la comitiva era de 2.718, repartido así: 2,561 estudiantes de las escuelas nacionales, 24 alumnos del Colegio Militar, Don Antonio del Castillo, 15 profesores y empleados que acompañaban á los Sordo-mudos y á los Ciegos y 116 músicos. Ya ántes habían llegado al Teatro las colegialas y algunos estudiantes é invitados, y como no quedó un solo lugar vacío, la concurrencia pasó de 3,300 personas.

Al desembocar en la Plaza de Armas, dimos vuelta por el portal de Mercaderes en lugar de tomar por el frente de Catedral, como se pretendía para hacernos pasar por el Palacio Nacional, y seguimos por las Monte,

rillas, Bajos de San Agustin, la Joya, Aduana Vieja y Corchero.

A la entrada del Teatro hubo algun desórden porque todos querían pasar primero, y en vano fué que los gendarmes y los del Colegio Militar quisieran formar valla para hacer que pasaran uno á uno; fueron arrollados y cada cual entró como pudo y se sentó donde quiso, no sin romper algunos asientos.

El elegante Teatro Hidalgo presentaba un aspecto primoroso con su adorno de festones, banderas y flores; en el foro se había colocado una artística alegoría coronada por el busto de Hidalgo, y las colegialas todas vestidas de blanco, con lazos y cintas tricolores, acababan de armonizar y embellecer el conjunto.

Restablecido el órden y descorrida la cortina, dió principio el acto con el apoteósis de Hidalgo, tocándose el Himno Nacional que todos los espectadores escuchamos de pie.

En seguida de una pieza de música tocada por la orquesta de Ciegos, comenzaron los discursos.

El primero fué el de un infeliz ciego, Victoriano Muñoz, que fué religiosamente escuchado y aplaudido con estrépito.

Juan Mateos [h] habló por la Escuela Preparatoria despues.

Gustavo Campa dirigió la ejecucion de una bonita marcha patriótica compuesta por él expresamente para aquella festividad, y tocada por la orquesta del Conservatorio.

Despues de Justiniano Arguillon, alumno de Agricultura, habló el orador de Jurisprudencia, Santiago Martínez, jóven campechano de frente despejada y palabra fácil y elocuente, que arrebató al auditorio y que á cada momento era interrumpido por los aplausos, los bravos, los vivas y las dianas: sus alusiones á los actos del gobierno llevaron el entusiasmo al delirio y tardamos largo rato en calmarnos cuando terminó.

Los demás oradores, aunque en su mayoría pronunciaron buenos discursos, no tuvieron tanto éxito como el orador campechano, Santiago Martínez.

El órden en que se siguió la funcion fué el siguiente:

Pieza de música por la orquesta de Ciegos.

Discurso por Alfredo Suárez Medrano, del Conservatorio.

Id. por Francisco Arámburu, de la Escuela de Artes y Oficios.

Marcha «Hidalgo» compuesta para ese acto por Ricardo Castro, ejecutada por los alumnos del Conservatorio y dirigida por su autor.

Discurso por Alberto Lara, de la Escuela de Comercio.

Id. por Cruz Olivares, de la de Sordo-mudos.

Pieza de música por la Orquesta de Ciegos.

Discurso por Nicolás Franco, de Medicina.

Poesía por Miguel Portillo, de Bellas Artes, que, como algo vino á romper la monotonía de tanto discurso, fué muy aplaudida.

La Hija del Rey, Obertura de Melesio Morales, ejecutada por los alumnos del Conservatorio.

Discurso por Antonio Hernandez

y Prado, de la Escuela de Ingenieros.

Id. por Manuel González [hijo], que ya entónces estaba en el Colegio Militar.

Pieza de música y tribuna libre, á la que subió Alfonso Luis Velasco.

Don Antonio del Castillo empuñó la bandera y vitoreó á la Independencia.

Cón tanto discurso ya estábamos hartos: los primeros los soportamos y aun los aplaudimos cada vez que escuchábamos alguna frase feliz; pero como á la mitad de la funcion empezamos á corearlos, á reirnos y á introducir el desórden.

Algunos oradores tuvieron á bien abreviar sus arengas, otros aguantaron filosóficamente las tempestades que se desencadenaron contra ellos hasta el fin, y algunos pretendieron encararse con aquel público no acostumbrado á la seriedad; ¡infelices! fueron objeto de la rechifla general.

Al fin salimos de ahí á la una y media de la tarde, cansados, roncos, hambrientos, gritando vivas y enco-

miando en la mente dos proyectos sobre los que los oradores se extendieron mucho: "El Congreso de Estudiantes" y la «Guardia Nacional.»

Estábamos decididos á realizarlos, pues nos figurábamos que con ellos haríamos mucho y que era llegada la ocasion de que el gremio de los estudiantes hiciese algo digno de eterna remembranza . . .

Era que el malestar de la Nacion empezaba á hacerse sentir en todas las clases é individuos; que la bancarrota del Erario se preveía, y que el níckel, su precursor, empezaba á causar estragos; era que teníamos la intuicion de que si no gritábamos recio entónces y no dábamos señales de independencia, despues, por un solo grito destemplado iríamos á Belen ó al destierro...... ya se empezaba á hablar de la eleccion del Presidente.

Pero entretanto yo aquella noche fuí, como los más de los compañeros y hecho un padre de familia llevando á Asuncion y á su hijo, al Teatro Nacional á oir el concierto

que antiguamente había ántes del *grito*.

Y despues de salir del Teatro, corrimos gallo todos los estudiantes de la vecindad y Asuncion tambien, hasta el amanecer, y por desquitar la desvelada apénas pudimos ver á los rurales en la formacion del día 16, y por dormitar durante los fuegos sentados en una banca del Zócalo, se perdió el hijo de Mondragon con la *pilmama*, á mí me arrebataron mi reloj y á Feliciano el sombrero.

Hasta el día 17 pareció el muchacho en la Comisaría: pero la pilmama se evaporó.

—¡Lástima! decía Feliciano que se había aficionado mucho á las enaguas; ahora que la necesitaba, irse perdiendo.... mañana busco otra porque este niño no puede quedarse así.





CAPITULO XV.

El 15 de Septiembre de 1884.

Desde que fuímos tan alabados por lo bien organizada que resultó nuestra fiesta del aniversario de la Independencia, nos echamos á perder y nos figurábamos que valíamos mucho.

La idea de la Guardia Nacional, que brotó al calor del entusiasmo producido por los discursos de los oradores, germinó y dió resultado, aunque no todo el que se esperaba en el primer momento, porque la reflexion vino despues.

Los alumnos de las Escuelas profesionales consideramos humillante para nuestra dignidad, muy próxi-

ma á coronarse con un título, vestir el uniforme militar, sujetarnos á la férula de un cabo ó de un oficial, y tener que aprender el ejercicio. Cierto que en muchos la vanidad de ceñir una espada y de lucir las presillas ante la señora de sus pensamientos, hacía que secretamente anhelasen que tambien nosotros entrásemos á las filas de esa guardia; pero al fin la mayoría venció y no nos convertimos en soldados.

Los más chicos, como los estudiantes de la Preparatoria y de Comercio, sí decididamente aceptaron la idea, y en las vacaciones de ese año de 1883, empezaron á aprender las maniobras militares, concurriendo dos ó tres veces á la semana á la Escuela Correccional, situada en el antiguo Colegio de Jesuitas de San Gregorio, donde les prestaban los fusiles de los muchachos allí reclusos, y donde dos ó tres viejos oficiales se pasaban largas horas ordenando «armas al hombro» y "paso de ataque."

Al principio se pretendió que los uniformes y armamento fuesen com-

prados por los mismos estudiantes; pero viendo la idea irrealizable porque había muchos que no estaban en la posibilidad de hacer los gastos que tal proposicion demandaba, se desanimaron muchos y habría fracasado el proyecto de la guardia nacional, á no ser por el Gobernador del Distrito, Doctor Don Ramon Fernández, que regaló las armas y que costeó los uniformes en calidad de que serían pagados en abonos por los muchachos. Por supuesto que nadie los pagó.

Ya algo instruidos los guardias en el ejercicio, y á fin de que en el próximo 5 de Febrero se luciesen por las calles, se procedió al nombramiento de clases.

Allí no hubo órden alguno: en vez de tener en cuenta el mérito y la aplicacion, se tuvo presente la amistad, la influencia y hasta consideraciones de cierto género en nada relacionadas con el asunto; el muchacho que tenía una ó dos hermanas bonitas, era hecho cabo, y el que tenía de tres en adelante ó primas de buenos bigotes, llegaba á sargento.

La oficialidad toda, sí salió de las filas del ejército de línea; pero por más buena voluntad que mostraron nunca lograron implantar por completo la diciplina entre aquellos quinientos ó seiscientos *soldados* del día de San Juan.

Mocosos había, y no pocos, que hacían que sus mamás les hiciesen en la parte del chaquetin donde quedaba el hombro, un pequeño acolchado ó cojin para que en él descansara el fusil y de esa manera no cansarse; otros llevaban sus criados á prevencion á fin de que, cuando los rindiese la fatiga éstos cargaran con las armas.

Y lo más célebre es que aquel pequeño ejército andaba acompañado de sus soldaderas, como el grande; mas no esas viejas sucias y haraposas que acompañan al soldado mexicano en todas las penalidades de su azarosa vida, sino robustas y frescas mamás ansiosas de ver al hijo de sus entrañas entre las filas y marchando marcialmente, lindas pollitas de gorro y polison que por admirar al no-

vio ó al *oso* salían de paseo por donde desfilaba el batallon, y graves y consentidores papás que viendo á su heredero con polainas y *schacot*, se acordaban de cuando fueron *crinolinos* en tiempos de Miramon, ó *voluntarios* cuando llegaron los franceses.

Con estos antecedentes, fácil es comprender que aquellos soldados, en breve fueron muy populares en todo México y muy bien vistos. Apénas se escuchaba en la calle el ruido de los tambores de la banda de la Correccional, se llenaban los balcones de gente; pollas y mamás salíanse á la calle y un numeroso pueblo seguía á los batallones escolares.

En el «kepí» de los preparatorianos se leían las letras E. N. P. que algunos traducían: *Esos No Pelean* ó algo peor y que los *soldados* se empeñaban en que signicaban "Esos nunca pierden:" en los de Comercio las letras E. N. C. daban lugar á una interpretacion más irritante y que ponía furiosos á los que portaban el uniforme de aquella Escuela, dando lugar á algunas riñas y disgustos.

El día 5 de Febrero de 1884 fué el primero que la Guardia Nacional salió en formacion y despues de esa fecha cada sábado por lo regular; despues del ejercicio en los llanos de San Lázaro, daba un paseo por las calles principales; el 5 de Mayo tambien formó en la columna que desfila ese día, y haciéndole todos los honores correspondientes, fué colocada á la cabeza de todas las tropas, ántes que el Colegio Militar y llevando á su frente la música del Batallon de Zapadores.

Ese cuerpo formado con los alumnos de la Preparatoria y Comercio, fué denominado: «1er. Batallon de Guardia Nacional.»

Tambien los obreros de las fábricas de Tlálpam pretendieron ingresar á la guardia, en número de 1,500 y aun llegaron á elegir sus jefes, pero el Gobierno no continuó apoyando la idea, por el temor tal vez de que esa milicia ciudadana le diera un día fuertes dolores de cabeza.

Algunas escuelas municipales y muchos Estados adoptaron la idea de militarizar á los alumnos y aun hoy

existen esos batallones infantiles en algunas poblaciones; en México sólo ha quedado el batallon Ocampo y el de la Correccional.

El Congreso de Estudiantes tambien quedó organizado en los primeros meses de ese mismo año de 1884; prévias algunas juntas en cada Escuela, juntas en las que se disfrutó la más ámplia libertad, se expidió la convocatoria respectiva y se nombraron los diputados, tres por cada plantel Nacional, y otros tantos suplentes.

Poco hizo de provecho aquel Congreso y más bien se ocupó de organizar la gran fiesta de los Estudiantes, que bien puede llamarse grande por los notables acontecimientos posteriores.

Por aquellos días la política nos preocupaba bastante: desde el motin del níckel de Diciembre del año anterior, la mala situacion del país comenzó á acentuarse, y la prision de los Generales Vicente Riva Palacio, Tiburcio Montiel, José Cosío Pontones, Aureliano Rivera y Coronel Baltasar Téllez Giron, hacía temer que

el descontento público pasase á las vías de hecho.

A escuchar los discursos del antiguo Gobernador de Puebla, Don Ignacio Romero Vargas, en favor de los Generales prisioneros en Santiago Tlaltelolco, pronunciados ante la Cámara de Senadores, concurríamos en gran número, y aplaudíamos entusiasmados las frases atrevidas y los cargos tremendos hechos al Gobierno.

En Abril hubo un motin en la Escuela de Agricultura, que fué causa de que renunciara el Director, Don José Joaquin Arriaga, y de que entrase á sustituirlo Don Jesus Fuentes y Muñiz, que acababa de dejar la cartera de Hacienda.

La causa del tumulto fué muy natural: como no había dinero para hacer las compras necesarias para la despensa del Colegio, pues el Gobierno estaba tronado, y á nadie pagaba, el Señor Arriaga, usando de su crédito personal, consiguió durante algun tiempo que los proveedores le fiaran las semillas, la carne, la leche, el pan,

y cuanto se necesitaba para la mantencion de los alumnos.

Pero llegó un día en que los proveedores, viendo que no eran reembolsados y que era muy problemático que aun en lo de adelante lo fuesen, dijeron nones, y aquí de los apuros. El pan que se sirvió en la mesa era negro y los demás comestibles de ínfima calidad.

Los muchachos, que temieron que al siguiente día sólo les sirvieran *acelgas* recogidas en la huerta de la Escuela, se insurreccionaron y armaron una tremolina de doscientos mil demonios. A duras penas consiguió calmarlos el Director; mas comprendiendo que esos motines se repetirían, renunció ántes de que estallasen otros.

El gobierno mandó ministrar algunas cortas cantidades al habilitado de la Escuela y nombró otro Director, con lo que de pronto se calmaron los ánimos.

En general los *becas* todos se resintieron de las penurias del Erario y aun hicieron oir sus quejas públicamente; pero el Ministro de Hacien-

da, Peña, el hombre *austero y sencillo*, se hacia el sueco.

El catorce de Julio, aniversario de la toma de la Bastilla y día que los franceses residentes en México celebraban entónces con entusiasmo que ha ido decayendo, dieron tambien los estudiantes señales de vida: en la noche varios grupos recorrieron las calles gritando vivas á la Francia y á México y á la revolucion de 93.

El grupo más compacto, despues de haber vociferado frente al Teatro Nacional, donde se celebraba un gran baile, y de reunirse con otro numeroso de pueblo en el que gritaba á más y mejor el entónces simplemente zapatero Pedro Ordóñez, y hoy regidor y diputado suplente, se dirigió á la Plaza de Armas, y algunos escalando el kiosko de la música, comenzaron á arengar á la multitud. Pretendían nada ménos que para celebrar dignamente el aniversario de la toma de la Bastilla francesa, ir á tomar la "Bastilla mexicana," ó sea la prision militar de Santiago, donde estaban encerrados desde la frasca del nikel varios generales.

Muchos, y yo entre ellos, despues de oir perorar á aquellos bárbaros, fuimos á tomar la cama y sólo unos cuantos, segun supe despues, emprendieron el largo camino hasta Tlaltelolco: allí gritaron hasta que quisieron, maldijeron á la tiranía y al gobierno; pero como la guardia ni siquiera el favor les hizo de escuchar sus denuestos, se cansaron en balde y se fueron dispersando hasta que á eso de la una de la mañana, cada mochuelo ya estaba en su olivo y cada perico en su estaca.

Entre tanto tenían lugar estos sucesos, que refiero tan sólo porque, no obstante ser insignificantes, contribuyeron á arraigar entre los estudiantes la costumbre de reunirse por el más fútil pretexto y de gritar únicamente porque la real gana nos daba; entre tanto que esto ocurría, digo, se iba organizando la fiesta de las Escuelas.

Queriendo todos los delegados darle un carácter mas político, digámoslo así, ya no hubo quien propusiera que la comitiva pasara por el

frente del Palacio Nacional, ni cosas por el estilo, al contrario, secretamente se deseaba que cualquier incidente ofreciera la oportunidad de dar á conocer la antipatía que el Gobierno nós inspiraba.

Las circunstancias vinieron en nuestra ayuda asáz eficazmente, como se verá; en el ínterin se pronunciaron violentos discursos en el seno del Congreso, al que por una casualidad tambien pertenecí, al saber que el Ministerio de Guerra prohibía á los alumnos del Colegio Militar tomar parte en la fiesta y en sus preparativos.

—«No tienen la culpa si no vienen, dijo un orador; si sus cuerpos permanecen en la fortaleza de Chapultepec, sus almas nos acompañan: disculpémoslos, pues, y lamentémonos de que los tiranos lleven la exageracion de su ódio hácia nosotros hasta el punto de impedir, abusando de su fuerza, que nuestros hermanos tomen el participio que les corresponde en las fiestas de la patria.»

El programa casi fué el mismo

que el del año anterior. Unicamente había de más, la circunstancia de que el Congreso abrió un concurso literario y que la oda premiada, escrita por José Peon del Valle, hijo del conocido poeta yucateco José Peón Contreras, debía ser leída durante la ceremonia.

A los de Jurisprudencia nos traía preocupados el nombramiento de orador; aunque había muchachos bastante aventajados, queríamos que el que llevara la voz en nombre de la Escuela, quedara mejor que ningun otro.

Ya se habían presentado diversas candidaturas cuando á Alonso Rodríguez Miramon se le ocurrió empezar á recojer firmas en favor de la de Diódoro Batalla; al principio resistimos todos porque Batalla, ni con mucho era notable en la Escuela: feo, desaliñado y travieso, la única cualidad que le encontrábamos era la de ser estudioso y no lo considerábamos á proposito para representar á la Escuela. Pero nuestra resistencia duró poco y casi por unanimidad salió nombrado

orador, al persuadirnos de que tratándose de una fiesta familiar no era necesario buscar un Demóstenes.

De esta circunstancia que la mayoría de mis compañeros y acaso el mismo Alonso, han olvidado, se debe datar la popularidad que adquirió Batalla y que se acrecentó durante las memorables jornadas de la Deuda Inglesa.

Se pensó hacer la fiesta en el Teatro Nacional y hasta se vió al arrendatario, al famoso *Don Cleofas* (Don José Joaquin Moreno) quien consintió en poner á nuestra disposicion el local; pero ignoro por qué circunstancias no se llevó á cabo en aquel Teatro, lo que hubiera dado un brillo extraordinario á nuestra reunion.

Por fin quedó determinado que se hiciera en Hidalgo, y arreglados todos los detalles y á las ocho de la mañana nos empezamos á reunir en el gran patio de Minería, á donde ya afluía una concurrencia considerable; los corredores altos estaban ocupados por personas de la mejor sociedad y en el patio se notaba que el número

de alumnos era mucho mayor que el del año anterior.

En general, puede decirse que en toda la Ciudad el entusiasmo por celebrar las fiestas del 16 era mayor que el de otros años. Las colonias extranjeras, el Ayuntamiento, el Colegio Militar y los pueblos cercanos levantaron elegantes arcos de triunfo en la Avenida de Plateros y San Francisco, se preparaban carros alegóricos y más de veinticinco mil forasteros acudieron á la Capital.

Como decía, la procesion ya organizada recorrió el mismo trayecto que el año anterior, sin más incidente que en la esquina de las calles del Refugio se encontró con la de los obreros y ámbas se saludaron calurosamente.

Instalados ya en nuestros asientos del Teatro Hidalgo, despues del gran desórden que hubo, dió principio el acto que presidía el Doctor Don Rafael Lucio, una de nuestras celebridades médicas.

Julio Morales, (de Jurisprudencia) dirigió la ejecucion de su magní-

fica «Marcha Hidalgo» que fué muy aplaudida, y en seguida José Romeró, de la Escuela de Ciegos, ocupó la tribuna.

Daría el programa completo de la funcion si los azares de la suerte no hubiesen hecho que entre aquellos de mis papeles de que se apoderó y nunca me devolvió la policía años despues, hubiesen estado el programa y los discursos y poesías que en ese día se pronunciaron. De manera que tendré que atenerme á mis recuerdos.

Peon del Valle pronunció bastante bien su «Oda á Hidalgo» que fué estrepitosamente aplaudida. Villaurrutia, de la Escuela de Ingènieros, comenzó á recitar unas magníficas octavas reales; pero como el público ya estaba fastidiado y era muy larga la composicion, furioso, dobló sus papeles y dejó la tribuna sin concluir sus versos, lo que le valió un nutrido aplauso.

Pero la nota sobresaliente y que inmortalizó aquella fiesta, la dió una señorita.

Diódoro Batalla dió principio á su discurso de una manera no muy adecuada para entusiasmar á su numeroso auditorio; pero poco á poco lo fué componiendo; además, su aspecto no era el más apropósito para atraer desde luego la simpatía: «saltados los ojos con esa especie de repulsion interior que muchos frenólogos consideran como el signo seguro de una gran potencia en las facultades de expresion, aquel jóven salido del más humilde pueblo, poco aliñado en su traje, negligente en su ademan, con ese desaliño y esa negligencia que corresponden generalmente á un desprecio de la propia materialidad que se resuelve en profunda audacia de carácter, se puso á hablar como si estuviera recitando un ejercicio de retórica.

«Declamó algunos períodos hechos...... ¡Niñerías! Recogió un poco de las moléculas de lodo que flotaban en la atmósfera esparcidas por raros periódicos de oposicion, el fango ensangrentado de los cuarteles de Veracruz, la basura de los calabozos

de Santiago Tlaltelolco, y como un chico que se divierte en lanzar esferitas modeladas con los dedos, lanzó él contra el personal del poder todo ese polvo reunido y amasado, en violentas alusiones.»

¡Era el primero que hablaba claro en aquellos días!

Los Estudiantes y el público no estudiante aplaudimos frenéticos aquel rasgo de valor civil y por largo rato no se escuchó en aquel recinto más que el ruido atronador de los aplausos mezclado con los ¡Vivas! á Batalla y los acordes del Himno Nacional.

Cuando se calmó un tanto el alboroto continuó la fiesta.

Entonces se adelanta un estudiante vestido con el uniforme de su rango de aspirante al Cuerpo Médico Militar, se desciñe la espada y ocupa la tribuna diciendo que en tan solemne ocasion ha querido abandonar ese objeto, «signo degradante de nuestra humillacion y causa de tódas nuestras desgracias políticas.»

Atronadores aplausos y bravos

saludan este rasgo del estudiante de Medicina Manuel de la Fuente, y á cada momento es interrumpido en su peroracion, que por el estilo de la de Batalla contribuye á aumentar más y más la exaltacion de los espectadores.

Pero no pára ahí la cosa. Rápidamente se extiende el rumor de que Lagarde, el jefe de polícia, busca á Batalla para aprehenderlo por su discurso: empiezan á proferirse amenazas y á agitarse sordamente los concurrentes.

—No se llevarán á Batalla ó iremos todos, se dice en los corillos, en tanto que la fiesta continúa en medio de mil murmullos amenazadores.

Sube á la tribuna Guadalupe Castañares, alumna de la clase de Telegrafía de la Escuela Preparatoria y empieza á dar lectura á la alocucion que llevaba escrita. Pero á la mitad se entusiasma, deja á un lado el papel, y animada por el ejemplo de Batalla y de la Fuente, empieza á lanzar cargos y recriminaciones contra el gobierno, y haciéndose eco de la voz popular termina diciendo que si la ti-

ranía quisiera ensañarse contra aquel por las frases que había pronunciado, ella y sus compañeras estaban dispuestas á verter toda su sangre, si necesario era, por defender al jóven estudiante y evitar que fuera arrojado en las mazmorras de Belen.

Parecía que había llegado el día del juicio final; si el teatro no hubiera estado reconstruido reciente y sólidamente, se viene abajo aquella mañana. Bravos, gritos, patadas, bastonazos, silletazos, palmadas, cuanto podía causar ruido tanto se empleaba; sombreros y pañuelos se agitaban, los brazos se extendían, las señoritas concurrentes se pusieron de pie como para ratificar el dicho de su compañera y el Himno Nacional no se escuchaba, sofocado por aquellla algarabía ensordecedora que produjeron las atrevidas palabras de la colegiala.

Cerca de media hora duró aquel estrépito, hasta que fatigados todos dejaron continuar la fiesta, que á poco terminó con el Himno cantado por un grupo de señoritas y coreado por mas de tres mil voces.

Salimos de allí frenéticos, repitiendo aún:

¡Mexicanos! al grito de guerra
El acero aprestad y el bridon
Y retiemble en su centro la tierra
Al sonoro rujir del cañon.

Nuestro entusiasmo duró toda la tarde y aun muy entrada la noche. Despues de haber asistido al grito, en masa, y llevando antorchas encendidas, nos dirigimos de la Plaza de Armas, en donde al cruzarnos con el carruaje del Presidente gritamos numerosos vivas á la Independencia, á la Alameda, y apoderándonos del templete á medio concluir destinado para la ceremonia oficial del día siguiente, empezamos á comer, á beber y á pronunciar discursos.

Barreiro, el regidor de festividades, pretendió convencernos para que dejásemos trabajar á los operarios; pero en medio de la algazara no le escuchábamos.

—A la tribuna con él, á la tribuna; que eche un discurso!

Y no tuvo más remedio el pobre viejo que trepar á la tribuna y desde

ella suplicarnos que abandonásemos el templete que había de estar terminado al amanecer y el cual nosotros llevábamos trazas de derribar.

Dejamos la Alameda y nos dispersamos en todas direcciones, unos á dormir y otros á correr gallo.

Orgullosos con los comentarios que escuchábamos acerca de nuestra fiesta, veíamos con desden la oficial, que en honor de la verdad estaba bastante animada aunque muy mal dispuesta, pues en vez de ser el desfile por las calles de Plateros como se anunció, fué por los Portales, dejando con esto chasqueadas á las numerosas personas que con el deseo de ver la procesion pagaron elevadas sumas por el alquiler de balcones y ventanas.

Desde ese día 15 de Septiembre de 1884 nos creímos los estudiantes unos grandes hombres y unos futuros héroes.

¡Qué cara habíamos de pagar nuestra soberbia!

Tambien desde ese día el nombre de Batalla comenzó á hacerse célebre.

El gobierno tambien desde entónces no pudo ménos que vernos de reojo y que ocuparse de nosotros al grado que......





CAPITULO XVI.

LA DEUDA INGLESA.

AL grado que al tercer día, 17 de Septiembre, mandó desarmar la guardia nacional de las Escuelas.

Ya era tiempo de esa medida, pues de otro modo, el mismo día 18, armamos un escandalito muy regular.

En la tarde del 18, Don Vicente Riva Palacio y los demás generales presos en Santiago, desde el motin del níkel, fueron puestos en libertad.

Saberlo los estudiantes y organizar una manifestacion para felicitar á Riva Palacio, todo fué uno; se avisó

rápidamente á las demás escuelas, y á las ocho de la noche del 18 empezamos á reunirnos en el patio de Minería.

Pero tambien lo supo la policía y ántes de que nosotros llegáramos ya se habían instalado más de cincuenta hombres entre policías secretos, gendarmes sin uniforme y uniformados: Lagarde, el jefe, tambien andaba por ahí dando órdenes y procurando dispersar los grupos que se formaban en la calle, y que se refugiaban en el Colegio.

Enrique Sort era de entre los estudiantes uno de los que disponían la serenata: ya á punto de salir, viendo que faltaban hachones, encargó de que los buscase al primero que tuvo á mano; el hombre aquel religiosamente los llevaba cuando lo vió Lagarde y lo regañó fuertemente.

Entónces supimos que el mandadero pertenecía á la policía secreta.

Con la música á la cabeza empezamos á salir de Minería; pero ya había en la calle un piquete de caballería, y Lagarde adelantándose nos no-

tificó que nos disolviésemos. Ningun aprecio hicimos de la intimacion: la repitió segunda y tercera vez y le contestamos con silbidos y mueras; mas viendo que los dragones desenvainaban los sables y se disponían á cargar sobre la multitud, muchos de los estudiantes empezaron á desbandarse y otros á dirigirse rumbo á la Alameda.

Sin embargo, la gritería no cesaba y el grupo principal permanecía compacto, por lo que la caballería cargó, sable en mano, sobre la banqueta.

No la esperamos, y como galgos echamos á correr en todas direcciones: al llegar á la calle de la Mariscala, frente á la casa de Riva Palacio, nos rehicimos y empezamos á gritar vivas á él y mueras al gobierno.

Riva Palacio un momento se presentó en el balcon, nos saludó y entró á sus habitaciones: al verlo, los vivas redoblaron.

Iba ya á tocar la música, mas llegaron la policía, Lagarde y los dragones repartiendo palos y macheta-

zos y nuevamente huimos armando gran zambra por los jardines de la Alameda; pero ya en completa dispersion y sin pensar en volver á reunirnos.

Era la primera vez que los estudiantes nos veíamos frente á frente del ejército, y aunque derrotados, aprendimos á burlarnos de él y á esquivar las acometidas de la caballería.

Muy próximos estaban los días en que esas luchas se renovarían, y aunque la partida era muy desigual, habíamos de quedar victoriosos.

En efecto, el negocio de la Deuda Inglesa que venía preparándose desde año y medio ántes, estaba á punto de llevarse á la Cámara de Diputados, en medio de la ansiedad que reinaba en toda la República.

Sólo al precio de ese reconocimiento había consentido Inglaterra en reanudar las relaciones con México: el Sr. Don Ignacio Mariscal, que lleva tantos años de ser ministro de Relaciones, había firmado en Lóndres, en calidad de Ministro plenipotencia-

rio, el 6 de Agosto de 1883, un tratado, en una de cuyas cláusulas se decía: «El Gobierno Mexicano ordenará que se haga una imparcial investigacion respecto de todas las reclamaciones pecuniarias de súbditos británicos, basadas en actos del Gobierno Federal de México, anteriores á la fecha del cange de las ratificaciones de estos preliminares, y *proveerá á la liquidacion* de las sumas que resulte debérseles, *así como al pago* de aquellas ya reconocidas hoy por el mismo Gobierno Federal»

Y despues de esa estipulacion no había mas remedio que cumplir lo tratado: en vano fué que se recordara que Don Benito Juárez desde Paso del Norte había declarado que los acreedores que se presentasen á las autoridades de la Intervencion y del Imperio en demanda del reconocimiento de sus créditos perderían por ese solo hecho el derecho de hacerlos valer ante las autoridades republicanas; en vano que se recordase que los rumores que corrieron durante el gobierno de Lerdo de Te-

jada, de que se iba á reconocer la antigua deuda de Lóndres por razones de conveniencia, dieron causa á uno de los considerandos del plan de Tuxtepec y sirvieron para que á aquel Presidente se le hiciese una ruda oposicion; en vano fué todo esto: quedó decretado que se reconocería de la peor manera posible esa vieja deuda, y á buscar el modo de pago se dirigieron todos los pasos que en esos días se daban.

Se mandaron comisionados á Londres, á Paris y á Berlin; se cruzaban cablegramas y largas correspondencias, se echó mano del judío Noetzlin y se hizo un arreglo, mediante el cual reconocía deber la República la suma de 15.300,000 libras esterlinas (setenta y siete millones de pesos) y se comprometía á emitir bonos para desamortizar esa deuda por una cantidad de veinte millones de libras (1); pues el resto de veinticuatro millones de pesos debía quedar á disposicion del Gobierno para el arreglo de

(1) Cien millones de pesos.

ciertas obligaciones por ciertas deudas interiores de la República, para el pago de la remuneracion y gastos de la conversion y los que devengaran los encargados de llevarla á cabo . . .

Esta última cláusula sí era ya intolerable!

Esa indeterminacion, tratándose de suma tan respetable era, cuando ménos, chistosa. Paris y Lóndres se rieron como si aquello no pudiese pasar en serio: y no pasó......

—"Todo ménos eso," murmuró Fuentes Muñiz, el Ministro de Hacienda, abandonando la actitud pasiva que hasta entónces había guardado, y formó un proyecto de modificaciones al proyecto, en que rechazaba francamente ese exceso.

Por su parte el General Díaz se opuso tambien á esa adicion y ya entónces hubo que ceder.

El Gral. Díaz era el futuro Presidente, ya designado por el Congreso, y era indispensable contar con su voluntad; D. Manuel González era un sol en el ocaso del que ya poco se podía esperar y á todos precisaba glorificar al nuevo.

De suerte que desde ese momento todas las miradas se volvieron al General Diaz.

A él se volvía la junta de tenedores de bonos de todas nacionalidades, á él los interesados en el arreglo del negocio; á él la prensa independiente y el pueblo mexicano que contemplaba desde léjos el negocio de la deuda formándose y aproximándose semejante á obscuro nubarron preñado de elementos de ruina . . .

Sólo El Monitor Republicano y algun otro periódico se manifestaron recelosos y desconfiados en medio de tantos crédulos.

Pero era difícil que hablara el futuro Presidente.

Estaba indeciso: no quería de pronto hacer el negocio; mas los compromisos contraídos de antemano con su compadre, y sobre todo, el poder efectivo de que éste disponía, le contenían y hacían que buscara un nuevo elemento que inclinara la balanza en su favor.

Al fin se acordó de ese elemento por segunda vez en su vida y el olvi-

dado—el pueblo—le dió el triunfo; pero no nos adelantemos á los sucesos.

Voy á cosechar breve rato en mies ajena, pues el autor (1) de que me ocupo, ha tratado con acierto este negocio.

"La actitud del General Díaz la investigaban todos y nadie llegaba á comprenderla. Oaxaqueño como Juárez, ese hombre parecía querer hacer como el «grande indio,» de la reserva una gran parte de su autoridad y de su prestigio. Ella iba en él hasta tal punto que se hacía equívoca.... ¿Era discrecion? ¿era doblez?

"Desde luego, sólo en un punto aparecía definida su actitud, y era en el reanudamiento de relaciones con Inglaterra. El general Díaz no tenía que ver con Don Cárlos Rivas, el agente financiero; pero su figura se destacaba en relaciones de cuerpo y sombra tras la de Don Ignacio Mariscal: era éste el agente diplomático sin conexion alguna con el financiero.

(1) Quevedo y Zubieta en su obra "Gobierno de González."

"Mariscal, gestionando el reanudamiento de relaciones con Inglaterra, era el Gral. Díaz queriéndolo; Mariscal manteniéndose en la estricta vía diplomática alejado de Rivas, negociantes, y tenedores era, á los ojos de los iniciados en nuestra política interior, D. Porfirio Díaz conservándose ajeno á las manipulaciones de una política negociante.

"Pero llegó un momento en que esa division tenía que desaparecer, pues las negociaciones seguían adelante y en pos de Rivas había ido Noetzlin con nuevas instrucciones.

"Se renunciaba ya á toda la suma de cuatro millones setecientas mil libras esterlinas y se adoptaba la de dos millones setecientas mil libras [$13.500,000] como exceso.

"Casi ya estaba arreglado el asunto; pero los acreedores quisieron tener aun la garantía moral del beneplácito de Don Porfirio Díaz, á cuyo Gobierno correspondería en breve hacer cumplir sus efectos.

"En tal virtud, se dirigen al Ministro Mariscal con el objeto de obte-

ner por su conducto la expresion oficial de la disposicion de ánimo del futuro Presidente en cuanto al arreglo hecho por Noetzlin: telegrafía Mariscal al General Díaz, le telegrafían por su parte directamente los tenedores del Comité, y una doble contestacion, doblemente precisa llegó á esclarecer dudas y á fijar vacilaciones:

"*Estoy enteramente de acuerdo con los arreglos celebrados con Eduardo Noetzlin.*

"Tal fué en sustancia la respuesta del futuro Presidente; por ella se consideró suscrito con su nombre el arreglo de conversion Noetzlin-Sheridan, que fijaba la deuda de México en catorce millones cuatrocientas cincuenta mil libras esterlinas con el aditamento de dos millones setecientas mil libras en favor de los enigmáticos comisionados.

"¿Qué había pasado, bastante á inclinar tan decididamente la voluntad del árbitro supremo de la situacion en el sentido de las negociaciones del asunto aquel?

"Nada podía determinarse, si bien

se hablaba en algunos círculos de que el General Díaz había debido ceder á conveniencias de tranquilidad y de paz pública: se decía que el General González iría muy léjos con sus elementos de poder ante la oposicion declarada de un hombre ó de un partido.

«En tales circunstancias el General Díaz respondería al maquiavelismo del grupo gonzalista que tendió lazos contra su regreso al poder, movió piedras contra su vida, le respondería con el propio maquiavelismo, recogiéndose en la fórmula de un telegrama de asentimiento y reservándose á hacer sentir indirectamente su oposicion en el seno de las Cámaras, por cuya aprobacion tenían que pasar los arreglos......»

Y entre tanto que estas triquiñuelas tenían lugar, el tiempo iba corriendo; ya había pasado Septiembre, el mes de las festividades patrióticas y de la apertura de las Cámaras, ya Octubre con su indispensable cortejo de gritones de *¡castaña asada!* y de exámenes, y llegaba Noviembre, el

mes gris de los fúnebres crespones y de los sombríos recuerdos.

La mayoría de las Escuelas se iban quedando desiertas pues los jurados examinadores, funcionando á diario con una regularidad matemática, sentenciaban á cada sustentante segun sus obras y su ciencia: algunos de los *fuereños* ya habían hecho la maleta é ido á respirar los puros aires de la tierra natal, y muchos otros pensábamos ó debíamos hacer lo mismo.

Yo era de estos últimos: en las vacaciones anteriores no había podido ir á mi pueblo por no se qué historia, y mi abuelita y Don Serapio cariñosamente me reprochaban aquella ingratitud; pero ahora había de por medio un par de magníficos ojos azules, una cabellera rubia como manojitos de rayos de sol, y una boquita hechicera que sonreía con gran primor, y todos estos detalles alteraban de tal manera mi sistema nervioso que no me dejaban pensar en mi pueblo ni en sus rústicos habitantes.

Debido á este incidente tuve opor-

tunidad de asistir á todas las peripecias de las jornadas de Noviembre y recibí machetazos, palos y flores.

Como sólo en las noches eran mis ocupaciones, durante el día me empleaba en recorrer calles, leer periódicos y hacer política, pues como buen mexicano, desde un banco de la Alameda ó desde una mesa de "La Noche Buena" quería arreglar la política del país y aun la del mundo entero.

Naturalmente de lo único que se hablaba era de la DEUDA INGLESA, como que ya el proyecto estaba en la Cámara é iba á empezarse la discusion de él.

Chicos y grandes, garbanceras y damas encopetadas, pobres y ricos, *peladitos* y estudiantes, todo el mundo discutía á pulmones llenos, el negocio, sin conocerlo la mayoría.

—«Se nos quiere vender á los ingleses» era la frase predominante.

Un *lépero* formulaba así sus deducciones en medio de un numeroso coro de graves aguadores provistos de su tradicional *chochocol*, y de *gatas* con la canasta del *mandado:*

—«Somos diez millones de mexicanos,—decía, ostentando para objetivar la tésis, los diez dedos de sus manos,—la deuda inglesa es de ochenta millones de pesos que el Gobierno no podrá pagar: nos entregará á los ingleses en cambio. Ochenta millones de pesos entre diez millones de gentes, salimos á ocho pesos cada mexicano......»

El corrillo aquel se indignó como si cada uno de los aguadores y de las criadas se sintiese personalmente malbaratado en ocho pesos y gritó:

—*Mueran los ingleses,*—grito que á cada momento se escuchaba en las calles y que en algunos casos fué sustituido por el de ¡Mueran los yankees!

Yankees é ingleses, todos son extranjeros, y para el pueblo de México todos son iguales.

Empezaron á estar muy concurridas las sesiones de la Cámara de Diputados: estudiantes, periodistas y desocupados llenaban las galerias y los primeros días guardábamos un silen-

cio y una compostura bastante laudables.

Mas poco á poco empezó la bulla: la asistencia á las sesiones, que empezó por la iniciativa particular de cada estudiante, fuése haciéndose casi obligatoria en virtud de las citas que nos dábamos todas las tardes para el día siguiente.

—"No deje de venir mañana," me decían Adalberto Esteva ó Enrique Sert, y como á mí, á muchos otros.

Y cuando nos veíamos procurábamos reunirnos en un solo grupo.

Allí ví desde el principio á Enrique M. de los Rios, Diódoro Batalla, Luis Guillen, Francisco Martínez López, Agustin Lazo, Octavio Elizalde, Gordillo, Martínez Calleja, Aurelio Maldonado, Flores Villar, Gonzalo Burgoa, Fuentes, Azoños, Basave y quién sabe cuántos más.

Todos íbamos armados de bastones para hacer ruido cuando fuera preciso, y viendo esto los gendarmes, empezaron á estorbar el paso á los que llevaran esos adminículos.

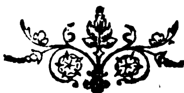
Por fin dió principio la discusion del famoso negocio.

Desde luego pudo notarse que la Cámara estaba dividida en tres grupos: los gonzalistas, que formaban el grupo más compacto en un principio y que durante las primeras sesiones impusieron su voluntad, haciendo que el proyecto se votara en lo general; los porfiristas, tambien numerosos pero indecisos á causa del carácter de su jefe y que en su mayoría fueron desertando paulatina y diariamente para al fin formar el grupo de oposicion que venció en último resultado.

Por último, los verdaderamente independientes y que desde el primer día rechazaron con toda franqueza el proyecto: éstos apénas eran unos diez ó doce y su voz hubiera sido ahogada por una abrumadora mayoría; mas tuvieron el talento de saber *obstruccionar* la discusion y permitir la organizacion de las manifestaciones populares y estudiantiles. Estos pocos independientes fueron el núcleo hacia el cual afluyeron los vacilantes porfiristas.

Los que más se hicieron notables en aquellos días fueron: Salvador Díaz Miron, veracruzano; Fernando Duret y Eduardo Viñas, estudiosos y entendidos abogados y Alberto García Granados, capitalista y hombre de firmes y arraigadas convicciones. Actualmente se halla en Belen, acusado de diversos delitos y con trazas de permanecer allí largos años; pero en realidad su único delito consiste en haber fundado La República, periódico que vivió sólo algunos meses de 1893, pero que hizo una ruda oposicion al gobierno del General Díaz. (1)

[1] Esto se escribía en 1894.





CAPITULO XVII.

La discusion.

En la sesion de la Cámara de Diputados del día 7 de Noviembre, se dió primera lectura al dictámen de las Comisiones de Hacienda y Crédito Público, que consultaba la aprobacion del convenio que había celebrado el Gobierno con el Comité de tenedores de bonos para el pago de éstos.

Ya de antemano se sabía esto y por lo mismo aquel día, que era viernes, las galerías se vieron llenas de espectadores que en su mayoría eran estudiantes. Al terminarse la lectura

del largo documento parlamentario un atronador silbido resonó en los ámbitos del ex-Teatro de Iturbide é hizo arrugar el entrecejo y echar mano de la campanilla al Presidente de aquel cuerpo y furibundo gonzalista, Lic. Don Gumersindo Enríquez.

En las tardes siguientes no fué menor la concurreneia por más que hasta la del 12, miércoles, no recibiese el dictámen segunda lectura y empezara la discusion: aquella tarde, materialmente no había donde echar un alfiler por las galerías, pues además de los espectadores, se encontraban ahí mas de doscientos policíás.

El dictámen fué acogido con un murmullo de desaprobacion; pero cuando el Presidente anunció que tenía la palabra en contra Salvador Díaz Miron, un prolongado aplauso se escuchó, así como algunos gritos:

—«Viva Díaz Miron!»

—«¡Viva Veracruz!» (la tierra natal del orador.)

Sin embargo, surgió un incidente que acabó con nuestra paciencia y dió por resultado que perdiéramos

nuestra circunspeccion ántes de lo que pensábamos.

Los diputados de la oposicion, comprendiendo que estaban en gran minoría, quisieron hacer una política obstruccionista y á ese fin Guillermo Prieto reclamó un trámite y Garcia Granados, Duret y Romero [Francisco], otros, y se perdió en dimès y diretes media hora que empleamos nosotros en silbar y en aplaudir segun el que hablaba pertenecía á un bando ó á otro.

Al fin la palabra de Díaz Miron resonó enérgica y valiente: el diputado veracruzano era doblemente poeta, por su naturaleza y por su vocacion literaria. Hábía hecho versos á la luna, metrificado sus sentimientos, rimado el ardor de su sangre y de su espíritu......

Magnífica impresion produjo el exordio, que le valió prolongadísimos y entusiastas aplausos, y que nos excitó sobre manera.

Á medida que fué avanzando en su discurso fuese animando: hombre no de cálculo sino de sentimientos,

encuentra manera de desprenderse de los números en una cuestion económica é imprime á su peroracion un tono profundamente patético.

Habla á la angustia palpitante de la situacion presentando como un espejo en que pueda reconocerse el cuadro del hambre de los empleados públicos, algunos suicidándose, otros muriendo de inanicion.

No discute, impreca; no analiza, condena de plano: dice que el Gobierno se ha excedido en sus facultades, asienta una conclusion revolucionaria expresando que: "aunque el convenio sea aprobado en la Cámara, no es obligatorio para el país."

"El país entero,—agrega—¿qué digo? ¡el mundo creo que nos está mirando en estos momentos solemnes en que debemos manifestarnos dignos de representar un pueblo ilustrado y libre."

En otra ocasion todo esto hubiera parecido declamatorio é insuficiente; pero en aquellos momentos de indignacion produjo grande efecto y satisfaccion en la muchedumbre de

oyentes atraídos por el ruido del debate, y aquella multitud respiró como si su exasperada angustia hubiese encontrado al fin quien la comprendiese y la expresase.

«Un coro de palmadas y aclamaciones sobresalió entre todas las que partieron de cada intercolumnio de la Cámara: salió de las galerías superiores, como si el aplauso que en las inferiores era débil é irregular, estuviese en aquella compacto y poderosamente organizado......

"Con aquel discurso á que referir sus vagos sentimientos, con aquel nombre que aclamar (el de Díaz Miron) la multitud estudiantil halla ó se figura hallar los viejos instrumentos de nuestros motines: un plan y una bandera: desde ese momento ya no fueron los estudiantes espectadores sino amotinados.

"Sólo les faltaba para determinar su nueva actitud, que un obstáculo moral se les opusiese para tener en él algo que combatir, algo que destruir, y ese obstáculo se les presentó bien pronto bajo la forma y en la palabra

de un diputado obeso y de gran talla que se levantó á hablar en pró del dictámen de aprobacion del contrato Noetzlin."

Ese diputado era Don Justo Sierra.

Tenía y tiene, todas las dotes naturales y adquiridas que pueden servir para inspirar respeto á la juventud: la corpulencia de la figura, cualidad apreciabilísima tratándose de impresionar almas sensibles que se dejan recomendar las proporciones espirituales por las físicas; tenía el talento, la ciencia adquirida en larga vida de estudio, cierto aplomo magistral en el estilo y en la palabra. El Gobierno no pudo haber elegido un hombre mejor por sus cualidades personales para oponerlo al tumulto de la juventud.

Y sin embargo, cuando se levantó para tomar la palabra, se notó un murmullo general de desagrado y hostilidad que salía de las galerías superiores y que en breves segundos se convirtió en atronadora silba.

Empezó á hablar, empezó á de-

cir que su conciencia le dictaba que ocupara aquella tribuna para sostener un proyecto benéfico.... ya no fueron ceceos ni murmullos los que se escuchaban, parecía que un hospital de tísicos se había trasladado á aquellas galerías, segun las toses numerosas que se escucharon.

Apellida el discurso de Díaz Miron "declamaciones" y entónces los que tosíamos gritamos.

Por último, se acoge á la sombra del General Díaz como á un baluarte poderoso, diciendo que el futuro Presidente ha tenido una entrevista con él (el orador) y que en ella supo que aprobaba el convenio, y el tumulto estalla: gritos, injurias, imprecaciones, silbidos parten de las galerías altas produciendo una atronadora tempestad que impide hablar al preopinante y que al fin lo obliga á callarse.

Jamás, desde que existe el Congreso, desde que existen los jacalones y desde que existen las tandas, habíamos presenciado una silba como la que sufrió Don Justo durante su discurso; casi era imposible oirlo. Toses,

alusiones violentas de las galerías, gritos, burlas cuando hablaba de conciencia y de dignidad; repetidas veces se le gritó *¡cállate!*

El Señor Sierra creyó captarse la voluntad de las galerías pidiendo al Presidente que dejase á éstas en libertad de hacer sus manifestaciones.

Cuando anunció que iba á concluir, una salva inmensa de aplausos atronó el salon y el diputado campechano, encendido el rostro y balbuceando palabras incoherentes tomó asiento en los momentos en que la silba llegaba á su colmo.

Obscurecía la tarde, los primeros tintes sombríos invadían el hemiciclo y casi era de noche; esa noche se eclipsó el sol de Justo Sierra, el mismo sol que segun él empezó á brillar otra noche. [1]

Aquel hombre estaba de malas, hasta el sistema planetario se declaraba en contra suya.

Por fin, despues de un ataque de

[1] Se alude á una poesía que pronunció un 15 de Septiembre y en la que decía:

"Noche en que el sol brilló."

alferecía que sufrió Don Gumersindo Enríquez por agitar la campanilla llamando al órden y amenazando con hacer desocupar las galerías por la fuerza, se restableció el silencio.

Habló en seguida Fernando Duret, diputado de la oposicion: pronunció un largo y correcto discurso que le valió numerosos y prolongados aplausos.

Acaso fué el orador que mejor habló en aquellos días.

Desde luego se fué al fondo de la cuestion, hizo ver todas las razones lógicas y de peso que tenía la Nacion para querer rechazar el convenio Noetzlin, sin dar de mano por eso á las flores de la retórica ni á los principios de la elocuencia y el buen decir.

El público, que no se esperaba una oposicion, un obstruccionismo tan hábilmente ideados y desarrollados, quedó sorprendido y contento y alentó con sus aplausos á los enemigos del proyecto que prometían levantar las faldas á sus adversarios y hacer ver lo absurdo y bochornoso del negocio.

El primer campeon que se presentó á la lid fué como se necesitaba: su discurso fué breve pero enérgico, punzante; en fin, á propósito para causar el primer efecto, el efecto más duradero. Habló el sentimiento más bien que la razon y preparó muy bien el ánimo de los numerosos oyentes.

El segundo, Duret, no pudo ser más oportuno: se necesitaba que una vez bien preparados los ánimos por el apasionamiento y el entusiasmo vinieran la lógica, la razon, el cálculo y el estudio científico y concienzudo del negocio á confirmar esa impresion y á hacerla más duradera y profunda.

Así pasó el primer día de la discusion.

A la salida del Congreso sólo había uno que otro pequeño grupo, que preguntaba el resultado de los debates y que se disolvía haciendo comentarios.

En los subsiguientes días las cosas fueron cambiando y agravándose.

A fin de evitar las manifestacio-

nes ruidosas en la Cámara, desde el miércoles cada estudiante tuvo á su lado ó detrás de él, un policía secreto ó manifiesto que le acotaba los movimientos, le medía la intensidad de los gritos y le decía:

—"Al otro grito que *pegue* me lo llevo á la *Diputacion*." (1)

O esto otro:

—Estése sin chistar y quieto si no quiere ir á dormir á la *chinche*. (2)

Pero á pesar de esta precaucion no se pudo evitar que el público tomara parte en la discusion y aun llegaron á entablarse diálogos entre los diputados y los estudiantes, en la sesion del 12 y en las siguientes.

En esa, se principió por leer la cartilla á las galerías advirtiéndoles que á la menor señal de ruido se las haría desocupar el local.

Púsose de pie para hablar el Diputado Don Luis Pombo (en pro del

---

(1) Cárcel de Ciudad, situada entónces en el edificio del Ayuntamiento, ántes conocido con el nombre de Diputacion: hoy esa cárcel ha sido reunida á la de Belen.

(2) *Chinche*, nombre con que el pueblo en su caló especial designa la Cárcel.

proyecto,) y despues de unos momentos de escucharse murmullos, burlas, risas y un campanillazo, empezó á hacer uso de la palabra.

—"Está previsto el caso—decía el orador—de que el gobierno no pueda pagar: los tenedores se quedarán como se quedaron el año de 1850."

—«¿Eres tú tenedor?» le preguntó una voz.

No hizo aprecio de la interpelacion y continuó:

—«La comision no cree estar libre de haber incurrido en errores.

(*Voces.*)—Muchísimos.

(Coro general.)—¡Ah! ¡ah!

El orador, algo cortado, tomó asiento, no sin que se le obsequiara con la correspondiente rechifla.

El Doctor Sarlat, (despues Gobernador de Tabasco) habló en contra é interpeló al Ministro de Hacienda, el famoso General Peña, que contestó, motivo por el cual alternaron los silbidos con los aplausos.

Al contestar una pregunta el Ministro dijo que la cuestion era demasiado sencilla.

—«Y austera» gritó Cárlos Basave, estudiante, aludiendo á las palabras «austeridad y sencillez» que el mismo Ministro escribió en su programa y que llegaron á hacerse tan célebres que á Peña no se le conocía más de con el mote "el hombre austero y sencillo."

—¿Para qué son los dos millones y pico de libras esterlinas decretados de más? pregunta el Doctor al Ministro.

—Para el bolsillo, contestó uno desde la Galería.

En aquel palenque de gallos ó plaza de toros, porque tales nombres merecía mejor el Congreso, no faltaban los chistosos. Don Francisco Cosmes, gonzalista por los cuatro costados, empezó hablando de la independencia de carácter.

Esto le valió una prolongada silva.

Continuó diciendo que los argumentos alegados por la oposicion eran sofismas.

—"Contéstalos," le respondieron.

—"Debemos pagar."

—"¡No, no!"

—"Ya sabía yo, añadió al oir este grito casi unánime del público,— que el no pagar tiene mucha popularidad." [Gritos, burlas y risas.]

Dirige algunas alusiones ofensivas á los concurrentes, pero apénas se le escuchaba en medio del ruido.

—«Aquí no hay conciencia,» agrega.

—«Por eso hablas.»

Como ya anochecía, al encender luces se produjo un incidente que acabó de quitar la seriedad á aquella turbulenta asamblea.

Encendidas las luces de gas, se juzgó que proyectaban la claridad suficiente, y por lo tanto no se encendieron las estearinas, ya algo consumidas, del gran candil que pende del techo.

Viendo Feliciano esta omision, gritó con la mejor entonacion de pazguato y de baboso que tenía:

—«¿Qué, no encienden los *cabitos?*»

La carcajada que se escuchó, tanto en las galerías como en los escaños,

fué general é hizo que acabara la seriedad de los diputados.

En vano fué que aun dijera algunas otras palabras Cosmes, que barbarizara Don Hilario Gabilondo y que atacaran el proyecto Jáuregui y Don Justino Fernández; la risa no cesaba y el presidente Enríquez se vió obligado á levantar la sesion.

Salimos del Congreso excitadísimos y nos disponíamos á recorrer las calles, en las que había muchos grupos discutiendo los sucesos y haciendo comentarios, cuando un policía secreto que no nos había abandonado un momento durante toda la tarde nos echó garra y nos condujo á la Diputacion.

En vano protestamos; el secretario permaneció inflexible y á poco llegó el Gobernador que nos hizo conducir á su presencia: entónces eché de ver que éramos unos veinticinco estudiantes los presos.

Don Cárlos nos espetó un buen *julepe*, nos regañó hasta que se cansó y terminó amenazándonos con enviarnos á Yucatan.

Aquel regaño ninguna mella nos produjo y ménos cuando al concluir, Basave le hizo «¡Miau!»

El gobernador se enfureció y mandó encerrarnos.

Mas no nos arredramos por tan poca casa: armando jácara y riéndonos entramos en las inmundas galeras llenas de borrachos, de rateros y de gente de la peor ralea, quienes nos recibieron con extrañeza y simpatía.

En breve estuvimos allí en nuestro elemento; Cárlos Basave trepó á un banco cojo y echó una improvisacion, un estudiante de Comercio le siguió, luego yo y luego cuantos quisieron hablar.

Al cabo de una hora los presos se desgañitaban gritando vivas á los estudiantes y mueras al Gobierno, á la deuda inglesa y hasta á los *presidentes* de la Cárcel.

En vano éstos querían poner fin á aquella batahola: comq no tenían órden de tratarnos como al comun de presos, no la emprendieron á palos con nosotros, segun uso inveterado y

se contentaban, aunque inútilmente, con amonestarnos.

Oyéndose hasta las oficinas del Gobierno del Distrito aquel fandango, el gobernador mandó inquirir la causa, y habiéndosela dicho, ordenó que inmediatamente fuésemos puestos en libertad.

Aun no se tenía la intencion de vejarnos ni de oprimirnos por nuestras opiniones, como despues aconteció.

Ni dos horas duró nuestra prision y no obstante, dió pié para que la prensa independiente atacara con vehemencia al Gobierno.

Dèsde el día anterior, ya Enrique Sort de Sanz había sido conducido por un gendarme fuera del Congreso y llevado hasta cerca de una Comisaría, pero fué puesto en libertad ántes de llegar á ella.

Todos estos sucesos contribuían únicamente á aumentar nuestra irratibilidad y á hacer que cobrásemos aliento para gritar con más fuerza cada vez que se presentaba la ocasion; mueras á la deuda inglesa y al Gobierno y vivas á todos y cada uno de

los diputados que se oponían al proyecto de conversion; y para que cada tarde fuese mayor la afluencia de público al ex-Teatro Iturbide y sus cercanías, se congregaron allí vendedores de toda clase de artículos y se pusieron *puestos* de frutas, de cacahuates, etc., cual si se tratara de alguna de nuestras concurridas y tradicionales verbenas ó *luces*.

Al siguiente día, viérnes 14, hubo un poco de más órden durante la discusion en la Cámara; cierto es que Justo Sierra escuchó muchas burletas cuando dijo al trepar á la tribuna. aludiendo á su derrota del miércoles: «Caigo, pero no desciendo,» y que Juan Mateos fué silbado estrepitosamente cuando exclamó:

—«Señor Presidente, los rumores de las galerías templan más mis armas para el debate.»

En uno de los palcos del intercolumnio, de cuya llave no sabemos cómo se apoderaron algunos estudiantes, se procuró que se colocaran en los asientos delanteros varias personas respetables: á espaldas de ellas, diver-

sos muchachos sentados en el suelo eran testigos de todo lo que pasaba en el salon sin que á ellos los viesen.

En ese palco se encontraban Agustin y Alberto Lazo, Enrique M. de los Rios, Alfonso Díaz González y otros. La señal para poder entrar á aquel lugar era dar tres toques pausados á la puerta; al preguntar adentro: «¿qué hay?» se debía contestar: *cocolazos*.

Esa contraseña la tenía sólo un reducido número de personas. La mayor parte de las *bromitas* salían de aquel lugar; pero como los policías sólo veían á las personas graves y de respeto que ocupaban las primeras filas, no sospechaban nada. (1)

Francisco Martínez López, entónces fogoso adversario del Gobierno, de acuerdo con el Gral. Riva Palacio y con otros estudiantes resolvió imprimir unas proclamas y lanzarlas desde las galerías en los momentos en que el Presidente declarase abierta la sesion.

---

(1) Este episodio, que yo ignoraba, lo refiere el hoy Abogado, Mariano Flores Villar, en un cuadernito que con el título de "Los Estudiantes y la conversion de la Deuda de Lóndres," publicó á raíz de estos sucesos.

Esa tarde del viérnes, ya Nichols, el impresor de la calle de Vergara, había terminado la impresion, y en el momento convenido se lanzaron algunos centenares de esa proclama, que fué ávidamente leída por todos los que las tuvieron á las manos.

He aquí los términos en que estaba redactada:

☞ Á NUESTROS REPRESENTANTES EN LA CUESTION DE LA DEUDA INGLESA.

«¡La Nacion agoniza, no le deis el golpe mortal: el General Díaz recibe un moribundo, que no reciba un cadáver! Olvidad vuestros compromisos y escuchad á vuestaa conciencia! Todos los pueblos esperan vuestro fallo. Recordad la conducta digna del Congreso de 1861.

¿Ha desaparecido de México esa raza de hombres? ¿No significan nada en vuestros recuerdos los nombres de Zarco y Ramírez, Degollado y Juárez?.... ¿Es en realidad el Congreso la Representacion Nacional ó es por desgracia una reunion infame de mercaderes sin honra y sin conciencia?..

«Tened presente, Ciudadanos Diputados, que vuestro voto en pro de la deuda inglesa, os hace cómplices del criminal provecho de seis ú ocho malos hijos de México, que unidos á otros tantos extranjeros, quieren seguir enriqueciéndose. No olvideis que vuestro voto en contra significa el triunfo del deber y de la conciencia, la salvacion de la patria. Y que vuestro voto en pro, significa el baldon sobre vuestros nombres y la maldicion de vuestros hijos.

"No es cierto, no, mentira que el General Porfirio Díaz sea cómplice de crímen tan maldito; en lo íntimo de su conciencia no puede abrigarse tal infamia, su historia lo justifica.

"No olvideis que sobre vuestros compromisos personales, que sobre vuestra gratitud individual, están los compromisos de vuestra conciencia y vuestra gratitud á la patria.

"No hay ningun compromiso que obligue á entregar la honra de las esposas y de las hijas.... ¿Habrá alguno que pueda justificar la entrega de la honra de la patria?.... Ponga-

mos sobre todo á la patria, que cuando ésta se pierde, todo muere, pues sin ella no se vive: con la noche en la inteligencia, la muerte en el corazon, la humillacion ante vuestros conciudadanos y la deshonra ante el mundo.

"*Ya nos habeis escuchado, esperamos vuestro voto.*

EL PUEBLO.

México, Noviembre 13 de 1884."

La policía no pudo impedir que estas proclamas, que en breve rato circularon por toda la Ciudad, fuesen arrojadas en el salon de los diputados.

Un agente de la secreta al ver á Enrique Sort, tirando los papeles, se le encaró diciéndole:

—«¿Por qué tira usted esos papeles para abajo?»

—«Porque no pueden caer para arriba,» le contestó el interpelado.

El policía quedó corrido con la respuesta y dejó en paz á Sort.

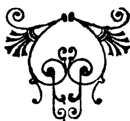
Quedó con la palabra para el siguiente día el Lic. Don Eduardo Viñas, hombre honrado é inteligente abogado, y abandonamos el salon yendo á reunirnos con los numerosos grupos formados en las calles y en los que se discutía el negocio.

Numerosas patrullas recorrían las avenidas principales, prontas á sofocar cualquier tumulto, que al grado á que había llegado la exaltacion pública no era difícil que estallase.

Y sin embargo, la nota dominante en todas las conversaciones era el desaliento; acostumbrados como ya lo estábamos los mexicanos á que el gobierno desoyese la opinion é impusiese su voluntad al país y á las Cámaras, nadie dudaba que el negocio de la deuda se aprobaría, y si se formaban corrillos en la vía pública y se aplaudía la conducta de la minoría y de los estudiantes, era más bien porque éstos y aquella hacían ruido y gritaban, lo cual no deja de llamar la atencion á todos nuestros compatriotas.

Y si el pueblo bajo nos seguía, se debía á que esta agitacion le propor-

cionaba el placer de hacer pedazos los vidrios de los faroles, de apedrear á los gendarmes y de ver soldados en la calle, cosas las tres por las cuales deliran nuestros *pelados*.





CAPITULO XVIII.

LA CALLE DE VICTORIA.

ALGO así como un viento de fronda circuló por la ciudad la mañana del sábado 15 de Noviembre, haciendo que todo el mundo se lanzase á la calle para inquirir noticias.

Se decía que esa tarde, costara lo que costara, había de quedar aprobado, en lo general, el proyecto de conversion de la deuda.

Nadie dudó de la noticia, pues se sabía el empeño del Gobierno en que se llevara á cabo ese negocio; y así, de lo que todo el mundo se preocupó fué de asistir á la sesion del Congre-

so. Desde la una de la tarde empezó á aglomerarse la gente en las puertas que dan para las calles del Factor y de la Canoa, y cuando al fin sonaron las tres y media y se dió entrada al público, ni una sola localidad quedó desocupada: los que llegaron despues, vieron dónde se colocaban, y los que vinieron al último se quedaron en la calle, que en breve quedó obstruida.

En Palacio se veía mucha tropa acuartelada, así como lo estaba en los demás cuarteles y numerosas patrullas empezaron á circular desde las dos de la tarde.

Yo me pegué á los faldones de Lozada, el jefe de los taquígrafos, y conseguí así tener en un intercolumnio un buen lugar del que no me desposeerían aunque hiciesen desocupar las galerías.

Empezó la sesion y desde luego hubo sus dimes y diretes por la acta de la anterior; hasta que al cabo se dió la palabra á Don Eduardo Viñas.

—«¡Viva el notable jurisconsulto!» gritó Mariano Flores Villar, y

uno de los de la reservada se le acercó incontinenti á amonestarlo:

—Amigo, si *pega* otro grito me lo llevo á *chirona.*

Viñas habló como él sabe hacerlo y á cada momento era interrumpido por los aplausos y por los bravos; en seguida Don Guillermo Prieto principió un discurso que no pudo acabar á causa de un accidente que sufrió; todavía habló Díaz Miron y algun otro; y por último, Don Gumesindo Enríquez preguntó si el proyecto estaba suficientemente discutido.

—¡No, no, no! contestaron la minoría y los concurrentes atropelladamente y produciendo mucho ruido.

—¡Silencio! gritó el presidente agitando la campanilla, ó hago desocupar las galerías.

Empezó la votacion nominal; los votos aprobatorios eran acogidos con silbidos, gritos y burlas; los reprobatorios al contrario, con aplausos y vivas de donde resultó que aquella votacion fuese muy dilatada.

Los votos mejor recibidos fueron los del General Rocha, de Enríquez,

de Fuentes Muñiz, ex-Ministro de Hacienda de González, de Juan Pablo de los Rios, miembro de la Comision, de García Granados, Duret, Viñas, Díaz Miron, Agustin y Guillermo Rivera y Río, Esperon que lleno de energía gritó «Nunca» y otros.

Y como compensacion á estas ovaciones, Justo Sierra, Búlnes, Mateos y demás fueron obsequiados con una espantosa rechifla.

Al fin quedó aprobado el proyecto por 93 votos contra 58.

Se publicó, y la doy como una curiosidad, la lista de los votos del pro y del contra para que ahora que han pasado algunos años de estos sucesos, mis lectores puedan hacer comparaciones y saber quiénes han permanecido verdaderamente independientes y quiénes han arriado bandera.

Diputados del pro: [1] † Acosta Juan B., Alvarez Ignacio, Alvarez Julio T., Angulo Apolinar, Arancivia Julio, Araujo Francisco, Argais Cárlos, Ayala Jesus, Ayllon Saturnino.

---

[1] Los que tienen una cruz, ya han fallecido.

Balandrano Antonio Z., Banuet Amado, Barroso Telésforo, Barroso Francisco, Berea Diego de A., Besares Francisco, Bolaños Juan, Búlnes Francisco, Bustamante Francisco.

Carpio Angel, † Ceballos Lorenzo, Cisneros Cámara Antonio, Cosmes Francisco.

Cházari Estéban, Chausal Rafael.

Eiquihua Pedro, Espinosa Julio, Esquivel Juan A.

Frías y Soto Hilarion.

† Gabilondo Hilario S., García López Francisco (olvidado ya,) † García Pedro J., García Arnulfo, García Ramírez Manuel, García Luna Luis, Garza Emeterio de la, González Martin (hoy Gobernador de Oaxaca,) † Goytia Manuel, Gutiérrez Juan, Gutiérrez Antonio, Gutiérrez Cirilo.

Mackintosh Enrique G., Malo Alberto, Mateos Juan A., Mercado Aristeo (hoy Gobernador de Michoacan,) Michel Ignacio, Michel Faustino, Moncada Sixto, Morales Jesus, Moreno Vicente.

†Nicoli José Patricio, Núñez Roberto.

Olivo Luis †Omaña Enrique, Ortigosa Diego, Ortiz Monasterio Angel, Orellana Nogueras.

†Peña Diego de la, Peña Joaquin, Pérez Gallardo Rafael, Pérez Víctor, Pérez Francisco, Pimentel Emilio, Pineda Rosendo, Pino Roman, Pombo Ignacio, Pombo Luis, Pradillo Agustin.

Ramírez Varela Manuel, Riva y Echeverría Antonio, † Rivas Góngora Luis, Rivas Mercado A., Rodríguez Pedro L., [hoy Gobernador de Hidalgo] Romero José M., Rubio Luis, Ruiz Emeterio, Ruiz Olloqui Agustin.

Salazar Demetrio, Saldaña Francisco L., † Sánchez Facio Manuel, Sanchez Mármol Manuel; Sierra Justo, Soní Francisco, Sánchez Delfin, Salazar Tomás.

† Toro Manuel J., † Torres Adalid José, Traslosheros Antonio L., † Tuñon Cañedo Nicolás.

Valenzuela Jesus E., Vázquez Ignacio, Vázquez Francisco.

Zenteno Andrés.

Diputados del contra: Andrade Párraga Fernando, Arteaga Mauro, Azcué Pedro.

Barreda Joaquin, Barreiro Eugenio.

Canales Miguel, Canton Waldemaro G., Castelló Juan, Cejudo Pascual, Cortés Manuel.

Deloya Julian, Díaz Miron Salvador, Duret Fernando.

Enríquez Gumesindo, Esparza Eduardo, Esperon Antonio G.

Fernández Justino, Flores Florencio, Fortuño Leonardo E., † Fuentes y Muñiz Jesus.

García Granados Alberto, (preso en Belen, desde Mayo de 1893 hasta 1894 por periodista independiente,) García Granados Manuel, Gochicoa Francisco de P., † Gomez José, González Pérez José, González Cosío Manuel (hoy Ministro de Comunicaciones,) † Govantes Juan N., Guerrero Ramon, Gutiérrez Solana Manuel.

† Ibarra Ramos Francisco, Jáuregui Manuel, Leon Marcelo, Moreno Ricardo.

Palacios Alberto L., Pasquel Romualdo, Paz Ireneo, Pineda José E., † Prieto Guillermo.

Rincon Gallardo Pedro (Goberna-

dor del Distrito que fué,) † Ríos Juan Pablo de los, † Rivera y Río Agustin, Rivera y Río Guillermo, Riveroll Ramon, † Rocha Sóstenes.

Salazar y Murphy José, Salcido Rafael, Santa Fé Alberto, Sarlat Simon.

† Ticó Manuel, Torre Juan de la, Treviño Juan de Dios.

Urquiza Manuel, † Verástegui Joaquin R., Villada José Vicente [Gobernador de México,] Viñas Eduardo.

Zárate Julio, Zayas Juan, † Zúñiga Mariano.

Conocido el resultado, un clamor inmenso de indignacion semejante al rugido de mil leones atronó por un solo instante los ámbitos de la Cámara; mas pronto se calmó y abandonamos el salon en medio de un silencio sombrío.

Pero este continente severo sólo duró miéntras salimos á la calle: al ver la multitud apiñada en la pequeña plazoleta que determina la fachada del Teatro de Iturbide, no pudimos contenernos y empezamos á gritar vi-

vas y mueras; el motin estudiantil reprimido por la fuerza bruta y rechazado en las galerías se echó á la calle.

Por las puertas del portal salían los diputados en esos momentos: alguien reconoció á uno de la minoría y empezó á vitorearlo; todos contestamos y empezó un espectáculo inusitado y curioso: apénas aparecía en lo alto de la pequeña escalinata Duret, Rivera y Río, Esperon ó cualquiera de los cincuenta y ocho que votaron contra el proyecto, era saludado con bravos y aplausos; pero ¡ay del diputado de la mayoría que salía! mueras, silbidos y gritos lo acompañaban hasta perderse de vista, á pesar de la diligencia de Lagarde y sus agentes.

Y sucedía entónces que el que poco ántes se sentaba con desenfado en su cómodo sillon, atravesaba ahora por entre aquella muchedumbre, humillado, cabizbajo, hundido el sombrero hasta los ojos y buscando á hurtadillas un uniforme azul que lo ayudase á salir de entre aquella multitud de la que él se tenía por representante.

Diputados hubo que no se atrevieron á sufrir ese suplicio y prefirieron á pesar de toda su arrogancia, salir por la puerta del Factor que dá á los excusados: los que yo ví huir de esa manera furtiva y refugiarse precipitadamente dentro de un desvencijado *simon* fueron Don Justo Sierra y Don Juan A. Mateos.

—¡A la Alameda! empezó á escucharse, despues del desfile de los diputados.

—¡Al hotel de Iturbide, á la casa de Díaz Miron! gritaron los demás y un gran grupo de estudiantes y pueblo tomó por el Factor y Vergara para San Francisco.

En la esquina de Santa Clara me alcanzó Feliciano que venía despavorido del rumbo de Tacuba.

—¿Qué te pasa? le pregunté al verlo tan asustado.

—Que ahora sí vá á haber balazos, me respondió.

—¿Por qué?

—Porque toda la gendarmería montada recorre en grandes patrullas las calles, y además, de Palacio ya sa-

lió caballería para Plateros para disolver la *bola.*

—¡Bah! le contesté, ya podían haber empezado.

Y le mostré los ciento y tantos gendarmes que rodeaban al peloton.

De éste salían los más descompasados gritos: mueras á todo el mundo y vivas á muy pocos, faroles destrozados á pedradas, ciudadanos tímidos que huían, aparadores que se cubrían á gran prisa y puertas y comercios que se cerraban con estrépito, carruajes y tranvías detenidos y muchas personas en los balcones fué lo que se vió en Vergara mientras atravesamos esa calle.

En un balcon estaba el diputado Jáuregui y al ser reconocido se le empezaron á prodigar los vivas por pertenecer á los cincuenta y ocho de la minoría.

Cárlos Basave se subió á la base de una de las columnas del pórtico del Teatro Nacional y empezó á arengar á la turba multa: ¿qué dijo? no lo oí porque estaba yo hasta las ultimas filas.

Lo cierto es que los gritos y el entusiasmo redoblaron y cuando desembocamos á San Francisco interrumpiendo la circulacion de esa céntrica calle: allí tambien se cerraba el comercio y corrían los gendarmes para impedir que entráramos al Hotel: pero la ola humana que avanzaba rugiente y amenazadora, rompió la débil muralla que formaban los guardianes del órden, que fueron arrollados y descalabrados algunos, y llenó el vasto y hermoso patio de la antigua casa de los condes de Miravalle, convertido despues en mansion imperial de Iturbide.

Los jugadores de billar suspendieron sus partidos, los mozos procuraban cerrar las puertas del salon de juegos y perdiéronse tacos y bolas, en tanto que los estudiantes gritaban:

—¡Viva Díaz Miron! ¡Qué salga Díaz Miron!

El diputado veracruzano, ya sea porque realmente no hubiese llegado aún, como se nos dijo, ya por que no quisiese mostrarse, lo cierto es que no pareció.

Para desocupar el edificio discurrimos ir á la casa de Viñas situada en la primera de Santo Domingo, y la multitud nos siguió.

Tomamos la avenida principal y en Plateros conocimos al diputado Alberto García Granados: en vano fué que pretendiera escabullirse, se le aclamó, se le detuvo y sustentado por los estudiantes más altos y fuertes tuvo que resignarse á ser alzado en hombros, obteniendo un triunfo que estuvo en relaciones materiales con el de Sancho Panza.

—¡Qué salga Viñas! ¡Mueran los traidores! ¡Viva Viñas! eran los gritos que se escuchaban en la calle de Santo Domingo, que estaba llena de bote en bote.

El Lic. Viñas se resistía á salir; pero los gritos que continuaban con fuerza hicieron al fin que saliese un momento al balcon y saludase, no sin que frenéticos aplausos y gritos se le dirigiesen.

—¡Que hable! ¡que hable! pedian todos; pero él volvió á saludar y se retiró.

La *bola* continuó para Cocheras, donde vivía el anciano poeta Don Guillermo Prieto.

Durante el trayecto la policía que seguía á los manifestantes aumentó de una manera prodigiosa: además de unos doscientos gendarmes, nos acompañaba un escuadron y numerosos policías secretos se mezclaban entre la concurrencia: por embromarlos, que no por otra cosa, se les gritaba:

—¡Viva la paz! ¡Viva la policía! ¡No queremos guerra!: pero ellos torcían el gesto y llevaban listos sus bastones y sus pistolas.

Los estudiantes formábamos en el arroyo filas de diez y doce personas; segun he sabido despues, en la primera iban Enrique M. de los Ríos, Damian Flores, José R. del Castillo, Flores Villar, Francisco Martínez López, Cárlos Basave, Enrique Sort, Martínez Calleja y Octavio Elizalde: en otras distinguí á Alonso Rodríguez Miramon, Cayetano Castellanos, Aurelio Maldonado, Clausell, Batalla, Alfonso Luis Velasco, Víctor Manuel Castillo, Agustin Lazo, Antonio Ramos Pedrueza y una

infinidad de los de las demás escuelas.

En Cocheras sucedió lo que en Iturbide, no encontramos á Don Guillermo Prieto y despues de gritar mucho retrocedimos por Santo Domingo, Plateros y San Francisco para ir á Santa Isabel á la casa de Duret.

Pero ya la multitud aquella iba adquiriendo proporciones extraordinarias: el grupo que al principio constaba de unos quinientos indivídos fuése engrosando y pasaba de cinco mil, entre los que apenas se contarían trescientos estudiantes.

El conjunto resultaba pintoresco y abigarrado, pues hombres, mujeres y niños de todas clases marchaban juntos y revueltos: "*el artesanito* ú obrero de pequeña industria, privado de ocupacion ó en el goce de un día ó algunas horas de huelga, el *cesante* cuya vida miserable se sostiene sólo con la esperanza de volver á ser empleado, el *lépero*, ese harapo vivo de nuestras calles, ese ripio de nuestra poesía, y *caló* de nuestra prosa, el *ratero*, todo lo que vaga, lo que

está sobrando ó está de broma, lo que se estaciona á parlotear en las esquinas de México, lo que riñe en las cantinas, dormita ó tambolea en las pulquerías . . . . Todo eso prestó al motin escolar las únicas fuerzas que podía prestarle: su fuerza cohesitiva para agregarse, su fuerza de proselitismo para secundar ciegamente el movimiento inteligente y patriótico y añadir al tumulto inofensivo de la juventud la fuerza agresiva de sus pedradas y el ruido de sus gritos."

—¡Muera el manco! era el grito dominante de esas gentes.

La autoridad temía que aquellos cinco mil gritones armáramos algun escándalo é intentó disolvernos, primero en Santo Domingo y luego ya más formalmente en San Francisco.

En la esquina de Gante y San Francisco, donde nos detuvimos sin que yo supiera la causa y viendo á Mateos y á Búlnes que recataban los rostros para que no los conociéramos, le decía yo á Mondragon señalándoselos:

—*Similia*......

—*Cum similibus junguntur*,— completó una voz femenil.

Volteamos la cara y nos encontramos con Asuncion que en compañía de sus muchachos y de la criada había ido á ver la frasca y que, como he dicho, sabía tanto ó más que nosotros de leyes y de aforismos latinos.

Púsose Mondragon á regañarla por haber ido á la *bola*, cuando escuché que los *muera*s eran más frecuentes y que los gritos eran verdaderamente amenazadores.

Con muchos trabajos llegué á las primeras filas y ya pude darme cuenta de lo que pasaba.

Uno de los jefes de la policía llamado Bernardo del Castillo, al frente de numerosos gendarmes, intimaba á la muchedumbre para que se disolviera, previniéndole que no pasaría adelante.

De esto se originaban gritos y protestas, pues nadie quería retroceder: Martínez López protestaba, Damian Flores invocaba enérgicamente las garantías de la Constitucion que permiten las manifestaciones, Sort

gritaba como un energúmeno, Flores Villar quería ceder, Alberto Lazo proponía que arrolláramos á aquel hombre, pues nadie tenía derecho de impedirnos el paso, y con todos ellos hablando nadie se entendía.

Al fin la multitud, cansada de estar quieta empezó á empujar á las primeras filas, y cuando ménos lo pensábamos fuimos á dar sobre la policía arrollando como á una docena de gendarmes.

El jefe aquel se enfureció, levantó por lo alto su baston y gritó:

—¡Me voy á hacer respetar! y en el acto salieron á relucir las pistolas.

Llevábamos el pleito perdido porque estábamos verdaderamente rodeados por gendarmes, policías secretos y soldados situados en San Francisco, Gante y Betlemitas, de manera que sólo se pensó en correr. Yo, cargando á un mocoso, me metí á los billares de Krauss; á Feliciano lo ví huyendo con la criada y en cuanto á Mondragon como pudo se escapó con Asuncion por la calle de Gante y hasta otro día volvió á parecer.

Conseguí salir de los billares en un momento en que se despejó la calle, y escuchando gritos por la Independencia, me dirigí allá: algunos de los dispersos empezaban á reunirse nuevamente para continuar la manifestacion: pero entre tanto lo conseguíamos, un numeroso grupo de gendarmes se nos echó encima apuntandonos con las pistolas y gritándonos que nos rindiéramos.

Nos echamos á reir y nos burlamos de ellos, por lo que empezaron á repartir palos con pródiga generosidad; careciendo de armas y temiendo que la policía hiciera uso de las suyas, nos dispersamos en todas direcciones y nos fuimos á nuestras casas ó á los cafés á comentar los sucesos.

Por el barrio de Santa Ana se formaron algunos grupos de *pelados* y uno que otro estudiante, que en breve fueron disueltos por la caballería.

Martínez López y dos ó tres que lo acompañaban y á quienes reconoció Lagarde, fueron á dar á la Comisaría y allí pasaron algunas horas has-

ta que el Gobernador mandó ponerlos en libertad.

No obstante estas *bolas* y la indignacion de que todos estaban poseídos, á las diez de la noche la Ciudad estaba tranquila, silenciosa y casi obscura por el gran número de faroles rotos: apénas uno que otro transeunte retardado recorría las calles con inquietud y curiosidad, viendo á las numerosas patrullas que cruzaban en todas direcciones.

Al siguiente día, 16, como domingo nadie se ocupó de política, sino tan sólo de divertirse y únicamente diez ó doce alumnos de Jurisprudencia asistimos á una reunion en la Escuela, donde se acordó que al siguiente día iríamos, despues de asistir al Congreso, á la casa del General Díaz para ver si era posible hacerlo salir de su silencio y nos diese alguna esperanza de que no se llegaría á votar el asunto de la deuda inglesa. Quedamos de acuerdo todos y salimos para citar á todos los estudiantes que encontrábamos.

En la noche me dirigí al café del

Ecuador, centro en aquellos días de reunion de todos los estudiantes y convertido en una especie así como de *Mentidero*, donde se daban noticias de los sucesos ocurridos, se hacían comentarios y se renegaba del gobierno.

Aquella noche la reunion estaba muy animada: más de un centenar de colegiales de todas las escuelas, charlaban, gritaban, merendaban y armaban un ruido de trescientos mil demonios. Cualquier extraño que penetraba allí se admiraba de escuchar la libertad con que todos emitían su opinion sobre los negocios públicos, los cargos que se formulaban contra los gobernantes y las proposiciones tan subversivas que se hacían para acabar con los males que nos aquejaban.

Y si el extraño era algo tímido, al escuchar aquello se figuraba estar entre una multitud de desalmados conspiradores, y tomando con rapidez su colacion, ganaba la puerta temeroso de que impensadamente se presentasen los agentes de Lagarde y diesen con todos los concurrentes en las bartolinas de Belen.

Permanecí el tiempo necesario para citar á los estudiantes, segun el acuerdo de la mañana y tomar mi merienda y salí dejándolos que acabaran de arreglar el mundo.

Al siguiente día estábamos casi dispuestos á armar una verdadera revolucion: enojados por lo que el sábado nos había pasado con los gendarmes, y no queriendo que se repitiera, nos armamos muchos con pistolas y un buen número de cartuchos y nos echamos á la calle.

En la mañana no hubo nada de notable: los habitantes de México, dedicados á sus ocupaciones, parecía que habían olvidado el negocio de la deuda inglesa, y como ni periódicos hubo por ser lúnes, todos pensaban en sus negocios.

Mas á eso de la una de la tarde empezó á variar de aspecto la Ciudad: los toques militares empezaron á oirse en los cuarteles y á pocos momentos los cuerpos de la guarnicion, perfectamente equipados y armados como si fuesen á una batalla, salieron en alta fuerza y bien municionados

por las calles y se dirigieron á las cercanías del Congreso.

La infantería se situó en la Canoa, el Factor, Estampa de San Andrés, Aguila y Progreso, la caballería en el Mirador de la Alameda y en el costado Norte de este paseo; y unas baterías de artillería en la plazuela de la Concepcion y calle de Xicotencatl, amen de las frecuentes patrullas que recorrían todos los barrios de la Ciudad.

El comercio, alarmado con estos preparativos, cerró las puertas de sus almacenes y otro tanto hicieron en muchas casas, abriendo en cambio los balcones: la multitud iba afluyendo al Congreso y de los más extremos suburbios de México acudían numerosos grupos de gente del pueblo, ansiosos de presenciar lo que ocurriera.

A las tres de la tarde el aspecto que presentaba la Capital de la República era el de una ciudad sitiada ó en plena revolucion.

Llegados paulatinamente los diputados, se abrieron las estrechas

puertas de las galerías y como avalancha ocupamos los asientos delanteros para no perder ni un solo detalle del espectáculo.

Miradas expresivas se cruzaban de arriba abajo: los diputados de la minoría nos veían como contándonos y animándonos á luchar en compañía de ellos y nosotros á nuestra vez los animábamos; parecía que todos repetíamos inconscientemente las pala bras del diputado Don Eduardo Viñas, pronunciadas en la sesion del día 18:

—«Hemos perdido la batalla campal; pero aun nos queda la guerra de montañas.»

Inició el debate Gochícoa pidíen do la division de uno de los artículos de la ley; lo apoyó Prieto y comenzó una disputa muy monótona acerca del reglamento, que sólo consiguió fastidiar á las galerías y darles motivo para armar la bronca.

Por otra parte, la táctica de los diputados independientes era may hábil, pues consistía en poner todas las trabas posibles á la discusion con el

fin de que trascurriera el tiempo y llegase el nuevo período presidencial en el que se creía que las cosas cambiarían de aspecto. Los peloteras que se armaban en las galerías servían admirablemente para proseguir en esta táctica, porque á lo mejor se interrumpía la discusion para ocuparse la Cámara de nosotros.

Esa tarde, la zambra llegó á ser tan insoportable que la policía empezó á echar al público, á pesar de lo ruidoso de nuestras protestas.

La causa de esto fué la siguiente, conocida por muy pocos y que hasta ahora no he visto consignada en ningun periódico ó papel que se ocupase de los asuntos de aquellos días.

La colonia de estudiantes de la calle de la Cerbatana, no era de las ménos entusiastas por el barullo y en masa se dirigía todas las tardes al ex-teatro de Iturbide: inútil es decir que Asuncion formaba parte de ella y que como todos, aplaudía, gritaba y silbaba. En esa tarde, la casualidad hizo que un policía secreto se sentara junto á ella y empezase á ca-

melarla, creyendo que se las había con gente de cierta clase.

Ninguno de nosotros se apercibió de ello hasta que el policía, pasando de los dichos á las vías de hecho, le dió un pellizco que la muchacha contestó con una sonora bofetada. Ver esto y saltar nosotros sobre el policía fué todo uno; algunos compañeros de aquel acudieron á defenderlo y empezó la tremolina.

Los diputados independientes, al apercibirse del ruido empezaron á excitarse; Juan Pablo de los Ríos increpó á Don Gumersindo y Guillermo Prieto gritó que se estaba echando fuera de las galerías á los ciudadanos: que el Presidente no había dado esa órden y que miéntras él no la diera no debía cometerse el abuso de hacer salir al pueblo, el cual tenía mucho derecho para presenciar la discusion de los asuntos públicos; que si las cosas continuaban así, los diputados se retirarían. Despues, dirigiéndose á nosotros, nos encareció el respeto á la ley y al órden.

Contestamos con aplausos y vi-

vas y á su turno Don Gumersindo Enríquez se excusó diciendo que él procuraba guardar el órden, pero sin ordenar que se desalojasen las galerías y que á los concurrentes á éstas les suplicaba de nuevo que observasen compostura y silencio, para no verse en la necesidad de levantar la sesion pública y continuar la sesion en secreto.

Con trabajos se restableció el silencio y se hizo una votacion en la que ganaron los diputados independientes por 80 votos contra 74.

Estábamos celebrando ese pequeño triunfo, cuando una nube de gendarmes pretendió llevarse á Asuncion y á unos cuantos de nosotros; no nos dejamos y empezó de nuevo la gritería.

En vano el presidente daba campanillazos; el tumulto tomó creces, los diputados se ponían en pié y procuraban calmarnos por más que ellos lo necesitasen tanto como nosotros, y entre tantos gritos no se escuchaba la voz de Enríquez que levantaba la sesion pública para entrar en secreta

de Reglamento, á fin de tratar asuntos meramente económicos.

Los gendarmes repartían garrotazos á más y mejor, los estudiantes enseñaban los puños y amenazaban sacar las pistolas; un policía secreto rueda las escaleras; y en fin, aquello se iba poniendo muy grave y ya nadie se entendía: algunos diputados medrosos abandonaban el salon y otros ya acariciaban el puño de sus armas para tomar parte en la contienda.

Enríquez al fin se ve obligado á levantar la sesion y esto da fin al alboroto, porque todos se apresuran á salir, no sin que hubiera seis ó siete estudiantes y policías aporreados.

Despues de vitorear segun costumbre á los de la minoría, nos dirigimos á la Alameda, centro de reunion, y ya ocupada por numerosos grupos.

Habló Batalla unas cuantas palabras dando cuenta del objeto que nos reunía y tomando por la Avenida Juárez y calle de Patoni, llegamos á la de Humboldt donde vivía el General Díaz, precedidos y seguidos por una

considerable multitud y por más de trescientos gendarmes y policías.

Alzado en hombros, Batalla empezó á perorar pidiendo que el General Díaz saliera á decir al pueblo si aprobaba ó no el convenio Noetzlin y si daría oidos á la voluntad nacional.

¡Al sordo! El futuro Presidente mandó atrancar el zaguan,las puertas y los balcones á piedra y lodo y no dió señales de vida miéntras duró nuestro discurso y nuestra permanencia frente á su casa, pues él estaba entre tanto en la Ciudadela.

Aburridos de esperar y decepcionados con este silencio, lanzamos algunos *mueras* y tornamos al centro por lo que es hoy Avenida Morelos, las Verdes, el Sapo y Victoria.

El grupo ya era de algunos miles de gentes; los mueras menudeaban más que otras veces y los gendarmes ya se impacientaban, mas veían lo difícil que era disolver la reunion.

En esa calle nos cerró el paso otro grupo de policías que desembocó por el Hospital Real.

—¡Mueran los *tecolotes!* (1) se escuchó por todas partes al vernos sitiados.

Y las primeras filas de los manifestantes fueron á dar contra la valla de gendarmes, que quedó rota: éstos quisieron hacerse respetar por medio de garrotazos, mas se les contestó con puñadas y empezó la lucha.

Unos gendarmes que se vieron acosados por un peloton de gente del pueblo, dispararon sus armas sin herir á nadie, mas los policías de la retaguardia creyeron que la cosa era más formal y tambien dispararon las pistolas.

Oyendo las detonaciones, muchos manifestantes buscaron por donde escaparse y los balcones y puertas se cerraron; pero la mayoría de los estudiantes íbamos armados y nos paramos en firme haciendo fuego: los *pelados*, al ver nuestra actitud, sacaron á relucir los cuchillos y arrancando

(1) Nombre que da el pueblo bajo de México á los gendarmes, tal vez porque los compara al ave de ese nombre que por la noche vela y durante el día está durmiendo.

las piedras de la callle, emprendieron una verdadera batalla.

A pocos pasos de mí, un mocoso de la Escuela de Comercio llamado José María Sánchez Regalado gritaba un *¡muera!* desaforado cuando una bala le atravesó los dos carrillos y le rompió una muela; el ¡muera! espiró en sus labios y al mirarse bañado en sangre se puso á llorar lastimosamente: al ver esto Luis Guillen, (alumno de la Preparatoria) se encaró con el gendarme heridor y disparándole un balazo le hizo rodar por el suelo mal herido. Segun despues se supo este gendarme, núm. 155, se llamaba Febronio Luque.

Otros gendarmes, queriendo vengar á su compañero, dispararon sobre Guillen sin éxito, y á una nueva descarga de los estudiantes, un segundo guardian del órden cayó herido.

Aun no se disipaba el humo de la descarga, cuando resonó una nueva que hirió á dos artesanos llamados Antonio Flores y Manuel Palacios y á otro individo cuyo nombre no se pudo averiguar.

Agustin Lazo andaba muy apurado preguntando si estaba tambien herido, porque en el cuello sentía un líquido espeso y caliente: lo tranquilizamos, era lodo de una maceta rota á tiros.

Alfonso Díaz González, Alberto Lazo, Octavio Barreda, Abel Díaz, los Díaz Lombardo y otros que no recuerdo, iban y venían buscando una salida y queriendo organizar la lucha.

Batalla, que era el más buscado, fué escondido perfectamente por unas prójimas de las que entónces habitaban en Victoria; Guillen tambien consiguió escaparse algo lastimado, y en cuanto á Sánchez Regalado, con algun trabajo lo trasportamos á la casa de una de esas prójimas, prometiendo volver por él al siguiente día, como lo hicimos, instalándolo en el Hospital de Jesus, donde fué atendido á satisfaccion por Don Sebastian Alaman, y visitado y socorrido por numerosas personas.

Los gendarmes iban á ser auxiliados por un escuadron de caballe-

ría que estaba en la Alameda y por la infantería de Palacio á la que se había dado aviso, de suerte que nuestra situacion por momentos se hacía mas crítica y corríamos grave riesgo; ya había varios heridos, muchos lastimados y la puntería de tirios y troyanos era cada vez más certera.

Hicimos un esfuerzo y arrollamos la línea de gendarmes y policías que obstruía la bocacalle de Ortega: entónces ya fué posible retirarnos dispersándonos por esa calle y las del Hospital Real y San Juan.

El grupo principal, siempre perseguido, se encontró en Letran con los fugitivos de la Alameda, atacados por fuerzas de caballería; se nos incorporaron y proseguimos hacia el centro en medio del mayor desórden.

Ibamos á la altura de la Profesa cuando escuchamos balazos en Tacuba y vimos pasar un escuadron sable en mano y al galope despejando la calle y atropellando cuanto encontraba al paso. Nos apresuramos á llegar á la Plaza y nos la encontramos ocupada por varios batallones; la caba-

llería cargó sebre nosotros á machetazos y penetró á los portales.

Agustin Silva y Valencia recibió un sablazo en la cabeza; el golpe, que pudo ser mortal, fué amortiguado por el sombrero y sólo le causó una fuerte contusion.

Como parecía que todo el ejército de la plaza iba á caer sobre nosotros, nos dispersamos por completo.

Aun hubo algun barullo por Tepito y la Palma, mas tambien fué sofocado á balazos.

Nueve heridos, treinta y tantos contusos y diez y nueve obreros y estudiantes presos, fué el resultado de aquella jornada célebre, que hizo temblar al gobierno y le obligó á desplegar un imponente á la par que ridículo aparato de fuerza.

El gobierno había triunfado ese día en las calles; pero aun nos quedaba la revancha para los subsecuentes.

———



CAPITULO XIX.

El populacho. (1)

El mártes 18 de Noviembre amanecimos furiosos á causa de los acontecimientos de la víspera; ya el Gobierno había arrojado por completo la careta y dado á conocer el programa que se proponia seguir: consigna en el Congreso y palos y machetazos en las calles.

Resueltos á arrostrar el todo por el todo, decidimos luchar aquel día con más denuedo que el anterior, gritar más fuerte, obstruir á cada momento la discusion, disparar sobre la

(1) Muchos párrafos de este capítulo están tomados de la obra ya citada del Sr. Quevedo y Zubieta.

fuerza y la policía, arengar á las masas; y en fin, poner de nuestra parte todo lo que se pudiera para que la revolucion llegase á estallar.

En conciliábulo secreto decidimos todo esto en la mañana y en seguida nos lanzamos á la calle á ver y animar á los compañeros; recuerdo que yo por mi parte ví á Díaz Miron, Duret, García Granados, á Guillermo Prieto que me excitó á que no dejara de concurrir á la Cámara y á gritar con todos mis pulmones.

—«Solo con ustedes cuenta la oposicion, hijo mio,—me decía.—Ustedes nos salvan y salvan á la patria.. esta tarde á la Cámara.»

Tambien ví á treinta ó cuarenta compañeros, y rendido de fatiga y abrumado, apénas tuve tiempo para comer y dirigirme al Congreso ántes de las dos de la tarde, á fin de tener buen lugar; no obstante mi premura, ya encontré el sitio lleno de gente y el comercio cerrado.

Desde esa hora se había guarnecido el frente de la Cámara y las calles adyacentes, y aun algunas un po-

co más retiradas de allí, de un gran cordon de tropas: infantería, caballería y artillería, varios regimentos, batallones y escuadrones de lo más flamante y granado de nuestro ejército fueron llegando poco á poco y alineándose al borde de las aceras, siempre apoyando sus filas hácia el pórtico de la Cámara, convertido en una especie de centro estratégico de imaginarias operaciones.

Al despliegue de tanto aparato de fuerza parecía como si se estuviese preparando un asalto en regla al ex--Teatro de Zarzuelas.

Lentamente se fué llenando el hemiciclo de *padres de la patria* y tambien con lentitud las galerías, á causa de la minuciosa inspeccion y formalidades á que se sujetaba á todo concurrente.

Desde luego notamos en el salon la presencia del primer agente en Paris del contrato con los tenedores de bonos, Don Cárlos Rivas, ya convertido en Gobernador del Distrito por la ausencia del famoso Doctor Don Ramon Fernández; parecía dirigir otro

aparato de fuerza y vigilancia interior, en correspondencia con el que se desplegaba al exterior de la Cámara.

A su lado, en el mismo salon parlamentario, vestido con traje de montar y cubierto con el sombrero ancho de nuestros *charros* y rancheros, estaba el jefe de la policía, Lagarde, y ámbos miraban con atencion á las galerías, dirigían signos y miradas de inteligencia á los gendarmes y policíos secretos que las invadían, observaban á la multitud de estudiantes y de agregados mezclada entre ellos y pasaban revista á los diputados del *pro*, como pastores que cuentan y recuentan las ovejas de su señor.

La ambicion del Gobierno, la resistencia de los diputados patriotas, los sucesos del día anterior y la ansiedad del público prestaban á la sesion de aquel día una importancia decisiva; de allí tanta tropa en la calle, tanta gendarmería adentro y tanta agitacion por toda la ciudad.

El comercio había cerrado sus tiendas desde las primeras horas de la tarde, grandes masas de gentío

desprendidas de los barrios pobres y de la peor fama y de los alrededores de México, acudían al centro y se agolpaban hacia las calles adyacentes de la Cámara, impedidas, por su mismo número, de llegar hasta el pórtico y penetrar á las galerías repletas.

Entre este tumulto, entre las camisas de los *léperos*, las chaquetas de los artesanos y los uniformes de los soldados y gendarmes, se veía aquí y allí bullir á los estudiantes llevando en las manos papeles que hacían circular entre la multitud. Eran proclamas y otros impresos que hacíamos á nuestras propias expensas, cotizándonos con el óbolo arrancando por el entusiasmo á nuestra tradicional penuria. Una lista de nombres, unos con letras doradas, otros con letras negras, los primeros pertenecientes á los diputados que habían votado *en lo general* en contra de la deuda, los segundos á los que habían votado en *pro*, figuraba entre los papeles distribuidos. Además nuevas proclamas *habían sido hechas y reimpresa la del día 13.*

Ejemplares de todas ellas, arrojados desde las galerías, caían semejantes á espiritual lluvia de fuego sobre el salon, donde iba á desarrollarse la más reñida jornada de la lucha.

Una de ellas, que recogí, decia lo siguiente:

«1° La Convencion Nacional desconoce los preliminares pactados con el comisionado del Gobierno inglés para restablecer las relaciones con la Gran Bretaña, porque implican el reconocimiento de la deuda.

2ª La Convencion Nacional rechaza indignada el dictámen de las comisiones unidas sobre la conversion de la deuda inglesa.

3ª Los diputados que hayan votado en *pro* del dictámen perderán para siempre los derechos de ciudadanos; y por consiguiente quedarán inhabilitados para todo empleo y cargo público como indignos mexicanos.

4ª Los signatarios del dictámen, además de la pena ántes dicha, serán desterrados durante diez años del territorio nacional.»

Empezó trabajosamente la discusion: García Granados presentó una proposicion para que se presentara el Ministro de Gobernacion á informar sobre las medidas que hubiera tomado el Ejecutivo, á fin de que no se repitieran las escenas sangrientas del lúnes, y si la fuerza armada tenía órden de tirar ó no sobre los ciudadanos.

Fué aprobada la mocion por 74 votos contra 71, en medio de nutridos aplausos.

El valiente diputado Jáuregui, de Querétaro, se levantó á reclamar contra la presencia de tantos gendarmes y espías dentro de la Cámara, de tantas tropas en torno de ella; su reclamacion, apoyada por Don Guillermo Prieto, aplaudida en las galerías y obsequiada por la promesa halagadora del Sr. Enríquez de hacer retirar en seguida gran parte de la fuerza, causó realmente el efecto contraproducente para la oposicion, de hacer despejar la galería alta, poblada por la porcion más agitadora de los estudiantes......

Los desalojados, entre los que no me conté yo, salieron protestando, gritando y armando una bulla fenomenal que interrumpió largo rato la sesion. Se quiso hacer salir con ellos la tempestad del interior del Congreso y no se consiguió más que aumentarla en el pórtico, donde la masa lanzada se mezcló en tumulto con la multitud, sin lograr alejar esa tempestad del interior, donde permanecía en la ansiedad y la exaltacion de las otras galerías y en el ánimo enardecido de todos los diputados, que en su mayor parte asistían armados de *revólvers* á la sesion, como si esperasen que aquella lucha de palabra degenerara de un momento á otro en una lucha de hechos.

Entre murmullos, campanillazos del presidente, interpelaciones á él y al Ministro de Gobernacion cuya presencia se reclamaba en aquel sitio, entre un ruido sordo y un vago movimiento de inquietud, plantea la oposicion, por conducto de Don Francisco Gochicoa, su pretension legal de que el contrato se discuta artículo por artí-

tículo y fraccion por fraccion, y formalizada sobre el asunto una proposicion que quedó indicada desde la víspera, se procedió á votarla. El resultado de esta votacion, en que la desesperacion del público había soñado como en un triunfo conseguido en virtud de postreras conversiones políticas, no hizo más de confirmar la perseverancia en el servilismo de los miembros de la mayoría: la proposicion fué rechazada por 82 votos contra 71.

¡En una media hora habían sido reforzadas las filas gobiernistas por once individuos, tránsfugas algunos de las de la minoría!

Un chubasco de gritos, imprecaciones, juramentos de indignacion, epítetos denigrantes dirigidos á los diputados de la mayoría, saludó aquella derrota de la causa popular.

Apénas calmado el alboroto que esto produjo, empezó á hablar el diputado Eduardo Viñas, notable por el nervio de su argumentacion, desarrollado en más de un discurso pronunciado en el curso del debate, toma la

palabra y se pone á soplar sobre el fuego comprimido.

—«Señores,—dice—ayer la suerte nos fué favorable por un momento; hoy hemos sido vencidos gloriosamente. Perdemos en número, pero ganamos ante la historia. «Perdimos la batalla campal, quédanos aun la guerra de montañas»......

Aplausos ruidosísimos interrumpen al orador no obstante que el presidente agita la campanilla y amenaza al pueblo con hacer desocupar las galerías: el orador suplica á éstas que guarden silencio.

—«¿Y habremos de desanimarnos? No: porque cuando se trata de la patria no deben de agotarse las fuerzas»......

A estas palabras, que suenan en los oídos de la multitud como un toque de clarin en medio de la derrota, se siente que la cuerda tendida de la indignacion vá á reventarse, que algo extraordinario va á suceder y estallar, porque, agotados los argumentos y las fórmulas, ya no es posible que la lucha se contenga dentro

de los límites de una discusion. En tal momento, sólo un suceso exterior viniendo como á obstruir el curso del debate, podía detenerle ó desviarle en la pendiente de pasion por que se había desviado......

Ya muchos diputados acariciaban los mangos de sus revólvers, ya las galerías llevadas al punto de agitacion y tumulto de la plaza de toros, conminadas por el presidente con un lanzamiento general, entraban en esa fiebre loca de las multitudes que no es más que la locura de un individuo multiplicada por un factor inmenso.

El acontecimiento exterior vino y se anunció en la forma de detonaciones sucesivas; primero un tiro, luego otros, despues una descarga cerrada.

Entónces cada porcion de la Cámara interpreta el estruendo de la fusilería segun sus pasiones ó sus temores; los diputados de la mayoría creen en un asalto de la muchedumbre á la Cámara, y algunos huyen del salon espantados, otros sacan sus revólvers, y se vió á dos de ellos que apuntaron

á las galerías con sus armas amartilladas, bajo la impresion de un miede criminal. Por su parte las galerías y la minoría adivinan un ataque brutal de los soldados á la multitud de la calle....

Una oleada de esa multitud arrolló á los guardias y gendarmes del pórtico y penetra desbordándose hasta el salon de la Cámara.

Ya no es ésta una simple plaza de toros; es el redondel á la hora del *toro embolado.*

Los que así penetran de fuera traen el testimonio ocular de lo que pasa: ellos han visto á la multitud lanzada de la galería superior agitarse y agolparse dando gritos de «muera» á la entrada de la misma galeria en el momento en que se tuvo la adversa nueva del resultado de la última votacion; ellos han visto á un batallon (el 24°) y á la gendarmería hacer fuego sobre la muchedumbre y caer de entre ella algunos heridos y muertos, traen sensible en sus rostros la impresion turbadora de la vision de la muerte y el olor de la sangre.

Su emocion se comunica á las galerías con la velocidad instantánea de una chispa eléctrica y se origina una confusion tan grande que renuncio á describirla, porque sólo los que la prepresenciamos podemos darnos una idea de cómo fué.

—¡Asesinan al pueblo allá fuera!

—¡Venganza!

—¡Maldicion sabre los tiranos! gritaban las galerías.

—¡Se asesina á nuestros hermanos! ¡vamos á defenderlos! exclama el diputado González é invita con un ademan á sus compañeros á salir.

Otro diputado de edad avanzada, afiliado tambien en la oposicion y muy conocido por su energía é independencia (Jáuregui,) viendo á Lagarde, el jefe de la policía, mezclado entre la muchedumbre que invade el salon y cubierto como siempre con su sombrerote, se dirige á él y le hace salir á empellones, como si viese en él personificada la fuerza pública en el recinto de aquella asamblea.

Un tercer oposicionista, carácter avezado á luchas más sangrientas

que la de los parlamentos y motines, se dirige á los grupos de la mayoría en tono de altivez por su propia actitud de increpacion, por la actitud séria de ellos.

Por último, Díaz Miron, el ídolo popular del momento, se lanza á la tribuna é impone al tumulto el silencio con su voz, la calma con sus excitativas al órden; reclama del presidente de la Cámara Don Gumersindo Enríquez que salga á contener la «matanza,» y el presidente accede á la demanda y sale del salon en compañía del mismo Díaz Miron, volviendo á los pocos minutos.

—¿Qué es?—le interpelan de todas partes los diputados,—¿quién es el culpable? ¿quién causa el tumulto?

Y el presidente suelta en contestacion, entre otras palabras, esta:

—*¡El populacho!*

Si al soltarla hubiera estado al alcance de las galerías, lo más seguro es que la sesion hubiera acabado como una pantomima inglesa: con el presidente arrojado barandillas aba-

jo por la multitud. Pero tuvo la buena fortuna de pronunciarla á lo léjos, afortinado tras la mesa presidencial en el fondo de la plataforma y la palabra no le atrajo otro accidente que una andanada de protestas y de gritos.

—*¡El pueblo y no el populacho!* gritó el Lic. Cordero.

—¡Sí, sí!—repitieron mil voces;—es el pueblo soberano; que no se nos llame *populacho!*

Aun se pretende continuar la sesion y Don Justo Sierra se dirige á la tribuna.

Nada pudo indignar al público tanto como la presencia del señor Sierra en ese lugar; fué el blanco del escarnio y de la cólera de las galerías y se escucharon muchos *mueras* contra él y contra García, Cósmes, González y otras personas; una rechifla, una indignacíon sin límites se desplegaba sobre los diputados de la mayoría y especialmente sobre Sierra, la silba más espantosa que se haya visto: la que sufrió aquel *astro* en la sesion primera fué una sombra de

la con que le obsequiamos esa tarde del día 18.

Por fin el presidente, como un nadador desesperado que se lanza á la compuerta del estanque para tirar de ella y dar salida á las aguas en que se ahoga, levantó la sesion ofreciendo un cauce de salida á la multitud de las galerías, cuya exaltacion ya no podía contenerse dentro del estrecho recinto de la Cámara.

Ansiosos de respirar con más libertad nos tirábamos por las barandillas al salon y salíamos muchos reunidos á los diputados: parecía aquello un torrente despeñado que se unió en la calle á la multitud que desafiaba encolerizada los fusiles de los soldados y gendarmes, y las dos multitudes, confundiendo sus masas, y sus gritos y sus pasiones, fueron motin, *pronunciamiento* loco, improvisado en una esquina, sin tropas y casi sin armas.

Fué aquello primero el motin de la piedra contra el plomo; se cambiaban guijarros por balas; el guijarro del amotinado no hacía nada ó muy po-

co, la bala del soldado y del gendarme hería y mataba.

Apénas se veían los muertos, porque la policía, cumpliendo el oficio de receptora de sus propias víctimas, tenía el cuidado de envolver los cadáveres y sepultarlos en la sombra; no fué ésta sin embargo, tan densa que impidiese á algunos curiosos llevar la cuenta secreta de los muertos, no ménos desconsoladora que la de los reducidos á prision y los deportados á Yucatan.

Por último, la multitud, rechazada á balazos y mandobles de las calles confluentes al pórtico del Congreso, se esparció por el centro de la ciudad é impotente para resistir á la fuerza superior que la perseguía, llegó á ser en breve ya no el motin de la piedra contra el hierro, sino el de la piedra contra el vidrio . . . rompió el vidrio donde quiera que pudo verlo y alcanzarlo: en los escaparates, en los balcones, en los faroles del gas y en los faroles de la luz eléctrica.

Así terminó aquella sesion memorable en que debido al pueblo y á

los estudiantes no llegó á discutirse nada del proyecto aborrecido.

¿Qué había pasado afuera que la multitud tan á tiempo hizo irrupcion en el salon de los diputados?

Difícil es decirlo, porque nadie se lo explicaba, mas procuraré dar una idea de ello.

Cuando la galería alta fué despejada, un tumulto enorme se formó entre el pórtico y las calles de la Canoa y primera y segunda del Factor; al principio la bola se conformó con lanzar *vivas* y *mueras*, mas impelidas vigorosamente por los que llegaban, las primeras filas fueron a dar sobre la infantería: ésta rechazó brutalmente la agresion involuntaria y de ahí se originaron riñas y disputas que terminaron con la descarga imprudente que un capitan mandó hacer y que fué contestada por la multitud con balazos y pedradas.

Lagarde recibió dos pedradas en la cabeza.

A aumentar la confusion llegó Manuel González, hijo, que se presentó á caballo en el pórtico, y que olvi-

dando los lazos de amistad que le unían con muchos estudiantes y el respeto que se debe al pueblo, hizo algunos disparos sobre la multitud.

Los muertos que hubo en las inmediaciones del Congreso, á consecuencia de las descargas de fusilería, fueron diez. De ellos tres ó cuatro eran estudiantes, tres gendarmes y el resto, del pueblo, entre ellos una mujer.

Los heridos ascendieron á diez y ocho, segun la cuenta que hicieron los diarios bien informados.

La agitacion que hubo despues en las calles fué extraordinaria.

Piquetes de caballería recorrían las avenidas principales de la ciudad, arrollando gente, y dando cintarazos á diestra y siniestra.

La multitud del pueblo, por su parte, rompía los vidrios de los aparadores, los faroles de la luz eléctrica, los del gas, y no cesaba de gritar mueras al Presidente y á los diputados gobiernistas.

Y hasta hora muy avanzada de la noche, las principales calles de la ciu-

dad se vieron frecuentadas, bien por grupos del pueblo que las recorría, bajo la influencia de los sucesos de la tarde, dirigiendo frenéticos gritos, bien de los curiosos que, pasada la primera impresion, salían de sus casas en pos de noticias. En las principales avenidas, las fuerzas de caballería cargaban sobre la multitud, á la vez que las de gendarmería montada disolvían los corrillos por insignificantes que fuesen, que se agrupaban en las calles ménos concurridas.

En muchos puntos de la Ciudad hubo colisiones entre los paisanos y la tropa, generalmente debidas á la imprudencia de ésta y á los gritos de aquellos.

En la calle de Don Toribio un piquete de caballería se vió precisado á huir ante una nube de piedras que le arrojó la multitud que llenaba la calle y que por la excitacion de que daba muestra hubiera hecho alguna barbaridad, que se evitó debido á la oportuna retirada del piquete.

En la de San José el Real, un grupo de estudiantes y pueblo hacía

una ovacion á Salvador Díaz Miron y lo alzaba en hombros, cuando carga la caballería y dispersa el grupo á machetazos, llevándose á la Diputacion á tres ó cuatro de los principales manifestantes.

En los arrabales de la Palma y Manzanares, los curtidores, armados de cuchillos y otras armas de su oficio, atacan á los gendarmes de las esquinas y los obligan á retirarse y á renunciar á la vigilancia de los puntos.

La mayoría de las esquinas se veían sin guardianes y tan mala era la vigilancia de la policía aquellas noches, que un incendio que se declaró por el rumbo de Santa, María esa noche del mártes, se sofocó con muchos trabajos porque hasta los bomberos andaban persiguiendo estudiantes.

En la calle de Plateros unos veinte gendarmes con pistola y linterna en las manos, atropellaban á los transeuntes: varias pedradas bien dirigidas á ellos y á sus faroles, las que rompieron algunas cabezas y vidrios, los pusieron en precipitada fuga.

En la tercera de San Francisco un charro hacía Santiaguitos á caballo y disparaba balazos contra el letrero de los billares de Iturbide, agujereando una de las letras, sin que nadie le marcase el alto: la letra aun conserva la huella del balazo.

En la esquina de las calles del Factor y Santa Clara, Mariano Flores Villar (de Jurisprudencia) gritó:

—A mí, estudiantes, hizo flamear un pañuelo y se dirigió á Tacuba, donde se oían algunos disparos.

Yo, que me encontraba cerca en compañía de Asuncion, esperando un tranvía que nos llevase á la casa, me acerqué al lugar donde gritaba Villar; ántes de haber podido llegar él, algunos paisanos y yo al lugar de los disparos, aquel se elevó en el guardacanton de la esquina del callejon de Santa Clara y descubriéndose la cabeza, manifestó al pueblo que las medidas de prudencia eran inútiles; que la hora de la venganza había sonado.

Hubiera continuado echando de su ronco pecho, si no lo hacemos ba-

jar de su improvisada tribuna al ver que una patrulla se acercaba; un paisano quiso tambien hablar, pero no lo dejamos.

—¡Muera González! gritó entónces otro de los del grupo; al oir este grito se acercó á nosotros la patrulla repartiendo sablazos y aprehendió á Villar, á mí y á otros seis ó siete individuos. Como Asuncion no quisiera abandonarme por no quedarse sola en la calle, tambien fué en cuerpo de patrulla por las calles.

Flores Villar estaba furioso, vociferaba como un condenado y hubiera querido comerse á sus aprehensores; al pasar por el café de la Concordia y ver varios grupos gritó:

—¡Estos son los frutos de la tiranía! pero ni por esas fueron á libertarnos.

Era hora de recoger esos frutos y de comerlos; así es que fuimos conducidos interinamente á la Comandancia Militar, donde ví á Martinez López (á) *El Guajolote*, que tambien estaba detenido y que á otro día fué enviado á Yucatan, no llegando has-

ta el punto de su destino porque lo libertaron el pueblo y los estudiantes veracruzanos.

A las nueve y media de la noche, formando parte de una numerosa cuerda, fuimos trasladados á Belen, siendo esa la primera ocasion que tuve el alto honor de hospedarme en aquel lugar.

Nos acostamos sin cenar y renegando de nuestra suerte: á otro día temprano nos dieron la famosa *caridad*, compuesta de un jarro de *atole* aguado y un gran *pambazo*, incomible todo.

Informadas nuestras gentes de lo que pasaba, por un papel que escribimos en la Comandancia Militar, y en cuyo sobre suplicamos á la persona que lo encontrase que lo llevase á la casa que se indicaba y avisase en las de los demás, y cuyo papel arrojamos por uno de los ventanillos del gariton.

A eso de las nueve llegó una vecina con el desayuno para Asuncion y para mí, y los demás presos tambien recibieron de sus casas alimen-

tos y cigarros, y á eso de las once y media fuimos puestos en libertad debido á las gestiones de nuestros compañeros que fueron á solicitarla. Don Cárlos Rivas la concedió de buen grado y llenos de alborozo tornamos á nuestros domicilios.

—¡Viva la libertad! ¡Muera la deuda inglesa! gritó Asuncion al verse ya fuera de la cárcel.





CAPITULO XX.

EL TRIUNFO DE LOS ESTUDIANTES.

COMO pasé la noche y toda la mañana del día 19 en chirona, no pude asistir á la reunion habida ese día en el patio de Jurisprudencia; pero Feliciano, no obstante estar molido por los palos que recibió en San José el Real, estuvo presente en ella y me puso al corriente de lo acordado.

Con el fin de dar forma al movimiento de los estudiantes, y hacer algo más provechoso que romper faroles y pegar carreras, varios diputados de la oposicion sugirieron la idea de que se formase un Directorio de

las Escuelas, que fuese el que ordenase la actitud de los colegiales.

El que llevó á la práctica esta idea fué Enrique M. de los Ríos, que convocó varios *meetings* que se celebraron en el patio de la Escuela de Jurisprudencia, junto á la fuente; y logró que ese día 19 quedase instalado el Comité Central de Estudiantes que desde luego empezó á funcionar: quedó compuesto de Ríos, Martinez López, Manuel de la Fuente, Adrian de Garay, Agustin Lazo, Lamberto Cabañas, Alonso Rodríguez Miramon y otros que no tengo presentes.

No era poco el trabajo que tenía el comité si quería alcanzar la libertad de los 148 presos que hasta ese día había en la cárcel y en los cuarteles con motivo de la actitud del pueblo.

Además, se tenía que contestar los telegramas y cartas de felicitacion que empezaban á llegar de toda la República aplaudiendo la actitud de los estudiantes: tambien se recibían fondos de muchas partes para auxiliar á los heridos y á las familias de los

muertos en los mot ines, y había que administrar y distribuir esas sumas, que llegaron á ser cuantiosas relativamente.

De estas y otras cosas se preocupó desde luego el Comité y á fé que no pudimos quejarnos de él, al ménos en los primeros días; porque despues, se convirtió como todo poder discrecional, en tiránico y aun llegó á ponerse frente á frente del Congreso de Estudiantes que tuvo que desplegar grande energía para abatir al Comité y al fin consiguió dominarlo.

Cuando me dirigí á mi casa encontré llenas ya las calles con la gente que se encaminaba al Congreso; por otra parte, como ya iba corrida más de una semana de *bolas* y de escandalitos, en casi toda la República se sabía nuestra actitud y con el prisma de la distancia se abultaban los sucesos de tal modo que en muchas poblaciones se decía que más de cuatro personajes habían dado buena cuenta de sus actos ante el pueblo; y en todas ellas, la version más general era de que los estudiantes *pronun-*

ciados habían derrotado ó estaban para derrotar al Gobierno, con todo y sus bayonetas.

De manera que muchos individuos de las poblaciones más cercanas y aun de algunas remotas, tomaban el ferrocarril y venían á México á dar su contingente á la multitud y á contemplar de cerca esa revolucion hecha, no por hombres, como las anteriores, sino por muchachos. Y resultó que México se llenó de forasteros que contribuyeron en gran manera á darle un aspecto de animacion que parecía que se acercaba el día de alguna fiesta extraordinaria.

Con bastante trabajo conseguí penetrar á las galerías bajas, porque á las altas se prohibió la entrada.

No valió gran cosa la sesion: Diez Gutiérrez, Ministro de Gobernacion, informó sobre los últimos sucesos de las calles, procurando quitarles toda su importancia y disculpar la conducta del Gobierno; varias veces fué interumpido por los silbidos, toses, ceceos y burlas que procuraba acallar el Presidente.

Este dió á su turno una satisfaccion al público por haber usado de la palabra «populacho» el día anterior y en seguida se suscitó un ligero incidente con motivo de que el Gral. Rosendo Márquez, diputado propietario y gobiernista, se presentó á relevar al suplente Don Ireneo Paz, de la minoría.

A las cinco y media se terminó la sesion y salimos de allí todos disgustados, pues comprendíamos que la suspension del debate por ese día obedecía á las maquinaciones emprendidas para ganarse votos. Ya se había ganado á los diputados Ayala y Fuentes Muñiz (del Estado de México;) además se decía que la diputacion de Oaxaca, en conferencia tenida con los generales González y Díaz, se comprometió á votar en favor de la deuda, y multitud de rumores como éstos corrían, y con los cuales sólo se conseguía que la opinion pública se exaltase más y más.

Con todo esto el pueblo se excitó y aquella noche duró el motin cinco horas y á duras penas pudo reprimir-

se. Todos los barrios se alzaron y acabaron con los pocos faroles que se habían escapado las noches anteriores; los gendarmes, tanto de á pie como de la montada, abandonaron sus puntos para reunirse en pelotones que eran atacados por los *pelados* valerosamente para desarmarlos, y en ocasiones tuvieron aquellos que huir.

Los vagones de los ferrocarriles urbanos sufrieron muchos desperfectos y algunos quedaron completamente hechos pedazos, como sucedió con uno que ví yo tirado en medio de la calle de Leon. Varios gendarmes, de los que sólo recuerdo al número 253, quedaron heridos más ó ménos gravemente.

Por todas las calles se escuchaban gritos, mueras, balazos y carrerreras; la obscuridad que reinaba en la ciudad, los grupos de pueblo y las patrullas de tropa que los disolvían, la soledad de los sitios públicos, todo contribuía á dar á México un aspecto pavoroso é imponente y á hacer temer que si continuaba aquel estado de cosas, la revolucion era inminen-

te: cada día que pasaba se acostumbraban más los ánimos á la idea de una sublevacion y se le perdía el miedo al ejército; el gobierno temía á la opinion pública y sólo faltaba un jefe que reuniendo tanto elemento disperso se adueñase de la situacion.

Pero faltó ese jefe y el Gobierno cedió á tiempo; mas no hay que adelantar los sucesos.

Abandonaba la calle de Leon en los momentos en que un tranvía era destrozado, cuando tropecé con un grupo numeroso que se dirigía á Vergara; llegado que hubo á los baños Juventinos, situados junto á la iglesia, y en los que vivía el diputado gobiernista Juan A. Mateos, empezó á gritarle mueras y á apedrear los balcones: una fuerza de caballería que desembocó por Santa Clara cargó á machetazos y disolvió á los manifestantes obligando á huir á muchos por el 5 de Mayo y á los más á refugiarnos en el gran patio de cristales del Teatro Nacional.

Pasado el conflicto, salí de allí rumbo á mi casa; pero en la esquina

del Seminario dí con otra *bola* que llevaba las perras intenciones de apedrear la imprenta de La Libertad, periódico del español Telesforo García que se hizo odioso por los negocios que llevó á cabo y en el cual periódico escribían Justo Sierra, Cósmes, Gutiérrez Nájera (El Duque Job) y otros notoriamente gonzalistas; García era cordialmente aborrecido por muchas gentes á causa de esos negocios y las alabanzas que en su periódico se tributaban al Gral. González.

Seguí á la *bola* que llegó al callejon de Santa Inés, pero que no realizó su propósito porque un regimento entero se precipitó sobre ella obligándola á huir eu todas direcciones y causándole algunos heridos y contusos que prontamente fueron recogidos por la policía.

Habiendo sido atropellado por un caballo me retiré cojeando á mi casa y sin ánimo de tomar más parte en los tumultos de esa noche, lo que impidió que al siguiente asistiese á Jurisprudencia donde había junta (que na-

da de provecho hizo) y que en la tarde quisiese penetrar inútilmente á la Cámara.

El aparato era el mismo de las tardes anteriores: mucha tropa en las cercanias del ex-Teatro, muchos policías en el Congreso, seis ó siete mil almas en las calles del Factor, Canoa, San Andrés y adyacentes, todos los almacenes y tiendas cerrados, y los balcones y muchas azoteas henchidos de gente.

Segun supe despues, la sesion principió trabajosamente, pues era difícil imponer silencio á la multitud que ocupaba las galerías inferiores; la superior permaneció, como el día anterior, sin ocupar.

Desde el primer momento se comprendió lo que iba á pasar.

El diputado Tortolero dijo que se iba á presentar una proposicion suspensiva, Guillermo Prieto habló unas cuantas palabras y al fin se dió lectura á la proposicion de Fuentes Muñiz, que en resúmen decía que en vista de los muchos negocios que aun tenía que resolver el Congreso, so-

bre todo los referentes á Tepic, y á fin de calmar la agitacion pública, el Gobierno pedía que se aplazara el estudio del arreglo celebrado con los tenedores de bonos.

—Hay cosas que nunca se olvidarán miéntras tenga uno vida,—me decía Asuncion momentos despues,—y ésta es una una de ellas: el entusiasmo y la alegría que reinó por largo un cuarto de hora en el recinto de las leyes; todos los de las galerías se pusieron en pie, agitaban sombreros y pañuelos, gritaban vivas á los diputados independientes, á los estudiantes y al pueblo, aplaudían y hacían toda elase de demostraciones; los de la minoría tambien daban señales de regocijo, y sólo uno cuantos gobiernistas se mostraban taciturnos y contrariados.

—*Audaces fortuna juvat*,—agregaba aquella muchacha—y *nosotros los estudiantes* que hemos luchado tanto contra el gobierno hemos sido ayudados por la fortuna. ¡Vivan los estudiantes y muera el gobierno!

Tan atronadores fueron los aplau-

sos y tan intensos los vivas, que hasta la calle oíamos unos y otros, y sin saber la causa de áquel entusiasmo empezamos á gritar y á aplaudir.

Por primera vez despues de muchos días, el Presidente Enriquez hizo descansar la campanilla y dejó que aplaudieran y gritaran hasta que se les hinchara la boca y las manos, contentándose con ver y con sonreir reclinado en el respaldo de su sillon.

Restablecido que fué con dificultad el silencio, se aprobó la suspension del debate.

En seguida el Lic. Viñas ocupó la tribuna y dijo que protestaba seguir defendiendo los derechos del pueblo y que esperaba que se pusieran en pié los que quisieran hacer tambien esa protesta: todos los de la minoría se levantaron y la hicieron en medio del mayor entusiasmo de las galerías.

Salieron confundidos diputados y espectadores, llenos de alegria.

—¿Qué sucedió? preguntamos Mondragon y yo á Asuncion que á *trompicuesco* y cargando á un mu-

chacho, tirando del otro y *ocultando* un tercero, salía por las puertas del pórtico.

—Que ganamos, que ganamos; ya no se discute la deuda, *hemos derrotado* al gobierno.

—¡Lástima!—murmuré,—al paso que íbamos había esperanzas de ver colgados de las almenas de Palacio y de las torres de Catedral, unas dos ó tres docenas de bribones para que sirvieran de escarmiento.

—Pues ya no hay nada de eso, ya triunfamos, ¡alégrate, compadre!

Estábamos en este diálogo cuando para que no faltase una nota discordante en medio de la alegria universal, en la misma calle del Factor principiaron los cintarazos: el diputado Don Juan Pablo de los Ríos, á pesar de sus protestas, era llevado en hombros por la multitud, y al divisar esto un oficialito casi imberbe, ordenó á sus dragones que usaran de sus sables contra el grupo: éste hizo resistencia y ya se iba á trabar la lucha, cuando un escuadron de rurales que desembocó sin saber cómo, cargó con

ímpetu, ocasionó algunas desgracias y disolvió á los admiradores del diputado.

Acaso este fué el único conflicto que hubo aquella noche: los habitantes de México llenaban las callles y todos llenos de alegría se comunicaban la buena noticia; aquel triunfo, como inesperado, era doblemente alhagador; nadie creía que el férreo carácter del Presidente, disponiendo de todos los recursos del poder, se doblegase ante las manifestaciones de la opinion pública y de las protestas de un puñado de estudiantes.

Pero, al ménos ostensiblemente, así había pasado y por lo tanto el interés que inspirábamos los vencedores era grande y á cada momento recibíamos pruebas de ello; por nuestra parte, procurábamos demostrar nuestra gratitud á los diputados independientes, ya que no podíamos hacerlo con cada uno particularmente, lo hicimos por medio de la siguiente carta que publicó la prensa:

GRATITUD Á LOS DIPUTADOS INDEPENDIENTES.

«México Noviembre 19 de 1884.
Sr. Lic. Victoriano Agüeros.
Presente.

Muy estimado amigo y señor nuestro:

No habiéndonos sido posible felicitar personalmente á todos los dignos representantes del pueblo que han manifestado tanta honradez y patriotismo en el ignominioso asunto de la deuda inglesa, á pesar de haber sido nombradas comisiones especiales al efecto, lo hacemos hoy por conducto de su popular diario, suplicándole á vd. se sirva darle publicidad á la presente, como una pequeña muestra de la alta estimacion en que los estudiantes tenemos los patrióticos servicios que han prestado los diputados independientes á la santa causa de México.

Quedamos de vd. afectísimos y S. S.—FRANCISCO MARTINEZ LÓPEZ.—MANUEL G. REVILLA.—VICTOR MANUEL

CASTILLO.—Siguen otras muchas firmas.'

Al siguiente día de la suspension del debate, viérnes 21, tuvo lugar en el gran patio de Jurisprudencia una gran junta que se reunió con el objeto de discutir la manera mas á propósito de celebrar el triunfo de los estudiantes y de informar sobre algunos sucesos.

Adrian de Garay informó que Regalado el preparatoriano, herido en la calle de Victoria, seguía en el Hospital de Jesus y que se iba á proceder á la extraccion de la bala.

Alberto Best dió lectura á los siguientes mensajes recibidos de Veracruz:

«Sr. Salvador Díaz Miron.

Veracruz, Noviembre 20 de 1884.

«Una gran masa del pueblo hizo gran ovacion al prisionero estudiante que llegó esta noche. (1)

---

[1] Antonio Martínez López, el que para proseguir sus estudios disfrutaba de una de las pensiones que entonces concedía el Ministro de Guerra, tenía dizque el grado de capitan.

Alonso Rodríguez Miramon por la misma razon era alférez.

«En este momento se reune el Ayuntamiento en sesion extraordinaria para pedir la libertad de dicho estudiante y demás reos presos por la misma causa.

FLAVIO»

«Sr. Salvador Díaz Miron.

«Veracruz se gloría de encontrar vida y patriotismo en el pueblo mexicano y está orgulloso de la conducta observada por los veracrüzanos. ¡Honor al país y á sus buenos hijos! Aun cuando á distancia estamos, seguimos la lucha iniciada en esa capital, nuestros votos acampañan á todos los que defienden la justicia y el derecho; nuestra censura á todos los que sirven de instrumentos dóciles é interesados; y nuestro aplauso á la falange de jóvenes entusiastas que arriesgan su porvenir, su vida, para sostener los esfuerzos del pueblo y el honor de la República.

«¡Nuestro amor y nuestro respeto á los viejos campeones como Guillermo Prieto que dan el ejemplo á los jóvenes! Hermanos ¡valor y constancia!

«Si la heróica sangre mexicana ha corrido á estas horas, como hemos sabido, ella no debilita ni mancha á los defensores del pueblo, mancha y debilita á sus opresores. Si á pesar de los cruentos sacrificios que hoy se verifican; si á pesar de los esfuerzos que se han hecho, quedan por tierra el porvenir, la razon, la honra y las esperanzas de la patria, lloremos nuestros desaciertos y templemos nuestras almas para luchar siempre en defensa de la idea, ante la cual se estrellarán tarde ó temprano todos los abusos y todas las tiranías.

"¡¡Viva el pueblo libre!!

«¡¡Viva la patria!!»

Seguían numerosas firmas.

Tambien se dió lectura á la protesta que el Ayuntamiento de Cuautitlán hacía contra el arreglo de la deuda y á las felicitaciones que enviaban nuestros compañeros de Toluca y Pachuca.

Se acordó por último, excitar á los habitantes de la Ciudad para que iluminasen y adornasen aquella noche

sus casas en señal de regocijo y hacer al siguiente sábado una procesion pór las principales calles llevando las escuelas sus estandartes.

La iniciativa de adornar las casas partió de EL TIEMPO, periódico recien fundado y que debido á la energía con que combatió el arreglo de la deuda, se hizo muy popular; desde las primeras horas de la mañana se habían repartido por la Ciudad millares de ejemplares de la siguiente excitativa:

"EL TIEMPO"

«Propone, que en señal de público regocijo por haberse retirado de la discusion el dictámen sobre *la deuda inglesa*, se iluminen esta noche las fachadas de las casas.»

Por nuestra parte mandamos imprimir otras invitaciones que decían:

INVITACION DE LOS ESTUDIANTES.

«Los estudiantes de las Escuelas Nacionales, complacidos con el triunfo obtenido por el pueblo, ayer en la Cámara de Diputados, tienen la hon-

ra de invitar á todas las clases sociales, y en particular al comercio, para que iluminen las fachadas de sus casas, la noche de hoy (21 de Noviembre,) y para que hagan todas las manifestaciones que crean oportunas, en señal de regocijo, por el éxito de la buena causa.

"Los estudiantes, al mismo tiempo, participan al público en general, que mañana saldrán en pacífica comitiva, con sus respectivos estandartes, con el fin de recorrer las principales calles de la ciudad."

En la casa del hoy médico Adrian de Garay (Perpetua, número 6) se repartieron esas invitaciones desde las tres de la tarde; conforme llegaban de la imprenta, nos las distribuíamos y salíamos á las calles para dejarlas en todas las casas: no obstante que quedaron muchas fincas fuera de ese reparto por el poco tiempo de que podíamos disponer, á las siete de la noche la ciudad toda estaba profusamente adornada é iluminada; los barrios extremos, imitando el ejemplo del centro, se apresuraron á adornar

las fachadas de sus casas con farolillos venecianos, vetustos faroles de las tradicionales *luces*, con candilejas y con cuanto se les venía á las mientes, encendiéndose grandes luminarias en medio de las calles allí donde no era posible hacer otra cosa.

En el momento se improvisaron alegres *gallos* que recorrían la ciudad cantando y tocando aires populares; varias músicas de cuerda dejaban oir entusiastas sones, numerosos cohetes llenaban el espacio de chispas de fuego, y para que nada faltase á la animacion de la fiesta, todo el que pudo salió á la calle á ver la iluminacion y dar un paseo: los vivas, las felicitaciones se sucedían con frecuencia y la alegría hubiera sido completa, si incidentes desagradables no hubiesen venido á turbarla.

Para hacer más completo el regocijo, el pueblo y los estudiantes querían echar á vuelo las campanas de los templos, para unir el eco sonoro de los bronces en su alegre repique, con los mil ecos de la alegría popular que se desbordaba por todas

partes: ya en algunos barrios apartados se escuchaban las campanas; Asuncion, unida á dos ó tres estudiantes de la colonia de la calle de la Cerbatana, echaba materialmente abajo, la torre de Santa Catalina de Sena á fuerza de repicar; Manuel de los Ríos con varios amigos estaba ya en la iglesia de la Santísima; hizo llamar al sacristán con pretexto de pedir una confesion, y en tanto que se buscaba al capellan, consiguieron introducirse á la torre y empezar á tocar; mas como ignorasen los toques, en vez de repicar tocaron á quemazon.

El barrio entero se alborotó, los bomberos, situados á tres cuadras de la iglesia, tomaron sus bombas y con toda eficacia llegaron á la iglesia; pero informados de lo que pasaba, se echaron á reir y su comandante, con buenas maneras, hizo á Ríos y á sus amigos desalojar la torre: el ruido de las bombas sobre el empedrado y el cortejo de gritos que las acompañaban alarmó sumamente á los vecinos y no faltó quien asegurase que el estrépito lo armaban las piezas de artillería

que se llevaban para la plaza de la Constitucion, lugar en donde por fin había estallado la revolucion.

Pero sobre todo se deseaba que sonase la gran campana mayor de Catedral, la Santa María de Guadalupe, que deja oir su poderosa voz á un contorno de cinco leguas y que siempre háse escuchado en nuestras mayores fiestas y en nuestras grandes calamidades. Algunos estudiantes pidieron la licencia correspondiente al Gobernador Don Cárlos Rivas, que despues de algunas vacilaciones la concedió.

Pero sea que la licencia no se concediese de buena fé, como es lo más probable, sea cualquier otra circustancia, lo cierto es que desde luego se empezaron á poner trabas para el uso de ella. Lagarde, el Jefe de la Policía, á pretexto de que para repicar se necesitaba el permiso del cura del Sagrario, impidió la subida á la torre.

Despues de buscar al sacerdote y obtener, aunque con alguna dificultad, su consentimiento, Lagarde suscitó

nuevas dificultades que provocaron murmuraciones y gritos de parte de la multitud que ocupaba el atrio; y el cura estaba ya anuente en dejar subir á las torres la gente preparada, y sólo Lagarde, rodeado de sus soldados, pretendía oponerse á la órden del Gobernador.

Para que se comprenda la escena que tuvo lugar aquella noche èn la plaza de armas, vamos á dar algunos antecedentes.

La gente de todas las clases sociales que recorría las calles, afluía á la plaza, que por instantes se iba llenando como cuando hay fuegos artificiales ó alguna fiesta grande; numerosos destacamentos y piquetes de infantería y caballería, y tambien de policías, recorrían la plaza y aun ocupaban algunos puntos de ella como las tres puertas de Palacio, en las que había guardias dobles, el portal de la Diputacion y parte del atrio de Catedral; además, muy cerca se encontraban los cuarteles de Zapadores, de Bomberos, de Inválidos y de Artillería; de suerte que en breves minutos

podía estar la plaza rodeada de unos dos mil hombres.

Por el lado del ex-Seminario se encontraban dos *jacalones* de aquellos que se levantaban en la temporada de *Todos Santos* y en los que se representaban zarzuelas; y por los portales, atrio y jardines, había vendimias de todas clases, que la animacion llevó allí, pudiendo calcularse en diez ó doce mil el número de almas que se encontraban en aquella extensa y magnífica plaza á esas horas.

Disgustados porque no se nos dejaba trepar á las torres, gritamos como desesperados y arrollamos á los gendarmes que ocupaban las escalinatas de las puertas; la multitud onduló y se puso en movimiento, amenazando caer sobre Lagarde, cuando este jefe hizo una señal.

Sonó una detonacion á la que en breve siguieron otras muchas; la caballería, sable en mano, cargó sobre la multitud de la plaza y la infantería con la bayoneta calada hizo otro tanto en el atrio: el gentío retrocedió y huyó por todas partes; ayes, gemidos,

imprecaciones de dolor se escuchaban por todas partes y por un momento aquel gran cuadrilátero, ofreció un espectáculo horrible y aterrador; parecía que las diez mil personas que la ocupaban iban á ser acuchilladas por las partidas de tropa que pululaban. Para colmo de males, apénas se escucharon los disparos, muchas patrullas de las calles se reunieron y ocupando las bocacalles de Plateros, Portales, Monterilla, Callejuela, Flamencos, El Volador, La Moneda, Seminario, Escalerillas, Santo Domingo, Tacuba y Cinco de Mayo, sitiaron la plaza é impidieron la salida ó entrada á ella.

Algunos paisanos armados contestaron al fuego de la tropa y no pocos cuchillos salieron á relucir, aumentando con esto el escándalo y el espanto.

Empezaron á caer algunas personas heridas: un pobre músico perteneciente á la Orquesta típica, llamado Ismael Aburto, que acababa de regresar de los Estados Unidos, cayó muerto atravesado por una bala salida de

las filas del 2º Regimiento; pocos pasos más allá una mujer se sentía herida de muerte; cerca del jardin del Zócalo un sastre recibía la muerte; por la esquina del Cinco de Mayo el Coronel Manuel Leon caía con dos heridas; por doquier veíanse doblegarse las gentes como si fueran espigas cortadas con la hoz.

Malpica, Soler y algunos estu diantes auxiliaban á un herido cerca, en una de las bancas del Zócalo; Batalla, Sort, Flores Villar y algun otro trataban de hacerse oir para calmar el tumulto y evitar la efusion de sangre, mas todo era envano.

Antes de que la policía pudiese recoger á los heridos y muertos, el cádaver de Aburto fué llevado en hombros hasta la esquina del Cinco de Mayo, cuya bocacalle había quedado libre por un momento, y colocado sobre una puerta vieja de unos escombros.

—¡Justicia, justicia! clamaban muchas voces.

—¡Venganza! repetían.

—¡Vamos á la casa del Goberna-

dor á pedir justicia! gritó al fin Batalla, y la multitud, conduciendo al cadáver, tomó la carrera de Plateros hasta llegar á Corpus Christi, donde vivía Don Cárlos Rivas.

La comitiva era lúgubre, imponente; todos caminaban en silencio y con la cabeza descubierta, alumbrándose con varias antorchas de brea de las compradas para la fiesta.

Llegada la comitiva á la casa del Gobernador, la gritería, por un momento suspendida, comenzó más intensa y atronadora.

—¡Justicia, Señor Gobernador!

—¡Mueran los infames!

Y otros muchos gritos se escuchaban.

La casa estaba custodiada por varios gendarmes que empezaron á repartir palos á diestro y siniestro y la batalla hubiera terminado con tomar la casa por asalto, si Don Cárlos en persona no hubiera intervenido.

Asomado al balcon y viendo á sus pies aquel océano de pueblo exasperado que rugía con furia, comprendió que no se le dispersaría fácilmen-

te á garrotazos y plegándose ante las circunstancias entró en parlamento con él; manifestó que no pudiendo recibir á toda aquella muchedumbre, deseaba que se nombrase una comision con la que pudiera entenderse.

Diódoro Batalla, Enrique Sort y tres hombres del pueblo que fueron los designados, penetraron á conferenciar con el Gobernador. Comenzaban Batalla y Sort una larga peroracion cuando Don Cárlos los interrumpió diciendo que se harían las averiguaciones correspondientes y serían castigados los culpables.

Iban á retirarse, mas un incidente volvió á enardecer los ánimos no bien calmados.

Un destacamento de caballería, mandado segun se dijo por Perico Terreros, desembocó al galope por el Paseo Nuevo y viendo á la multitud, creyó tal vez que asaltaba la morada de Don Cárlos, por lo que cargó sobre ella disparando algunos balazos.

Nuevo tumulto se produjo con esto; la voz del Gobernador no era es-

cuchada y aquello habría acabado muy mal, pues fácilmente el pueblo se habría apoderado de la persona de la autoridad, si una circunstancia inesperada no hubiera sobrevenido é impuesto al pueblo.

Del rumbo de la plaza venia á galope tendido un carruaje escoltado por un escuadron de gendarmes montados; á la altura del Puente de San Francisco un jóven trató de detener los caballos del coche, tomando las riendas; sonó un tiro disparado por un gendarme y el jóven rodó por el suelo, herido.

Se detuvo el carruaje y de él bajó un hombre que reprendió severamente al heridor, dió algunas órdenes para atender al jóven y subiendo á su coche dió órden de proseguir.

—¡Es el Presidente! gritaron muchas personas, reconociendo en el individuo que tan escoltado caminaba al Presidente de la República, Don Manuel González.

—¡El Presidente! respondieron muchas otras, y aquel grito llegó hasta la muchedumbre situada frente al

edificio de Corpus, haciéndola volverse asombrada.

Como una exhalacion atravesó el carruaje el costado Sur de la Alameda y llegó á la casa del Gobernador.

El General González se apeó con calma, dirigió por todas partes sus tranquilas miradas al numeroso concurso que quedó mudo é irritado y dijo:

—«Amigos, no se me ha comprendido; yo no deseo el mal de ustedes sino su bien. ¡Viva México!»

Y tendió su única mano que muy pocos estrecharon.

Luego atravesó la banqueta entre una compacta fila que abría paso en silencio y en la que nada más se veían rostros ceñudos y puños contraídos, sin oir ningun desahogo; pero tambien sin ver abatirse un solo sombrero ó bajarse alguna mirada, con la cabeza alta y los ojos fijos, y entró á la casa hasta el pié de la escalera donde lo esperaba Don Cárlos.

Habló con él en voz baja cortos instantes y se dirigieron á una pieza baja donde estaba tendido el cádáver de Aburto, alumbrado por un cirio.

Don Manuel levantó una punta del lienzo que cubría el cuerpo ya rígido y frío; quedóse por un momento meditabundo y triste y abandonó la estancia y la casa, dirigiendo al montar un último saludo al pueblo, que permaneció silencioso y no contestó, y siguió escoltado, rumbo á la Colonia.

¿Qué pensó en aquel momento el General González?

Tenía enfrente á una de las muchas víctimas que su capricho y su ambicion habían ocasionado: veía á un hombre inofensivo, privado de la existencia, en tanto que él, que era la causa de aquellos alborotos y de aquella muerte, atravesó ileso por entre una multitud exasperada que no doblegó una sola de sus cabezas; pero que tampoco dejó salir á sus labios todo el furor que encerraba su alma.

Se aborrecía al hombre; pero se respetaba á la autoridad de que estaba investido.

Aquella escena imponente impresionó vivamente á todos los que la presenciaron y aun, segun despues

tuve ocasion de saberlo, causó profunda impresion en el ánimo del General González.

—«Si me hubieran silbado ó gritado un muera no me hubiera afectado tanto como me afectó ese silencio absoluto y ese respeto amenazador,» dijo alguna vez, «no conocía yo al pueblo mexicano.»

¡Tarde por desgracia lo conoció!

La muchedumbre se dispersó en todas direcciones dejando allí el cadáver de Aburto.

Entre tanto, en la plaza el tumulto seguía con toda fuerza; además de que el cerco continuaba riguroso, las patrullas recorrían el recinto y á cada momento se escuchaban disparos. Los *jacalones* ya no podían contener á la gente que asustada se refugiaba en ellos, y no obstante ser la hora ya muy avanzada continuaban las tandas.

Por fin, á eso de las dos de la mañana y ya tranquila la ciudad, se retiraron las tropas y pudieron los vecinos pacíficos tornar á su domicilio.

Al siguiente día se veían algunos soldados ocupando las torres de Catedral y se notaban manchas rojas en diversos sitios de los jardines y de la plaza.

La policía había recogido á los muertos y heridos y no quería permitir los repiques.

¡De esa manera tan ruin se vengaba el Gobierno del triunfo del pueblo!





CAPITULO XXI.

DESPUES DEL TRIUNFO.

PEQUEÑA era la gran Escuela de Jurisprudencia para dar cabida al sinnúmero de estudiantes que á ella comenzaron á concurrir desde las siete y media de la mañana del sábado 22 de Noviembre.

Alumnos de todas las escuelas nacionales llevando sus estandartes, hermosas señoritas que acudían á ver organizarse la columna que en breve iba á desfilar por las calles, obreros que contribuían á dar á la fiesta mayor esplendor con sus banderas blancas en las que se veían significativas inscripciones; y numeroso público que

no quería perder un solo detalle de la solemnidad, se veían por los amplios corredores y por el vasto jardin.

A las nueve de la mañana la multitud congregada en el recinto del antiguo Convento de monjas, parecía un mar agitado y murmurante que ensordecía y mareaba.

Con gran trabajo se tomaron algunas providencias para organizar la procesion: se previno formalmente que procuráramos guardar los manifestantes el mayor órden posible y que no se profiriesen gritos subversivos ni *mueras*, ni se hicieran demostraciones de disgusto.

¡Cosa rara tratándose de muchachos! no se escuchó durante todo el trayecto un solo *muera*.

Como el Gobierno estaba completamente enojado con nosotros (lo cual entre paréntesis nos tenía sin cuidado alguno,) ni se pensó en pedir á la Comandancia Militar las músicas de la guarnicion como ya otras veces se había hecho; y para que la fiesta no resultase desairada sin mú-

sica se pasó un sombrero entre los circunstantes para reunir lo necesario á fin de pagar á los músiços: se reunió lo suficiente para dos bandas que se colocarón en los extremos de la procesion.

A las diez de la mañana quedó al fin arreglada ésta, yendo mezclados los alumnos de todas las escuelas y en el lugar que cada cual quiso tomar, y salimos á la calle.

Pasaban dè cuarenta los estandartes y banderas que llevábamos: además de los de las escuelas que los directores de ellas no se atrevieron á negarnos, había otros blancos en los que se leía: ¡Viva el pueblo! ¡Viva la paz! ¡Viva la honradez administrativa! ¡Vivan los dignos represntantes del pueblo! ¡Viva la Independencia! y otras varias inscripciones.

De la Encarnacion tomamos por las calles de Santo Domingo y en ellas nós detuvimos un momento á vitorear al diputado Viñas; seguimos por el Empedradillo y Plateros é instantáneamente las calles y los balcones se llenaron de gente que aplau-

día y agitaba sus pañuelos; las señoras y señoritas arrojaban flores y poesías á nuestro paso, y á poco el entusiasmo rayó en delirio en esa calle tan concurrida.

Al vernos agasajados de esa manera por todas las clases de la sociedad, nos sentimos á nuestra vez, entusiasmados y empezamos á gritar como desaforados. El recuerdo de ese día con dificultad se borrará de la memoria de los que presenciamos aquella escena que compensó todos los afanes y fatigas pasadas y que haciéndonos creer en que verdaderamente habíamos alcanzado un gran triunfo, nos puso ufanos y orgullosos, juzgándonos ya invencibles.

¡Incautos! De aquel Tabor no estaba muy lejano el Calvario.

Al pasar en Corpus Christi por frente á la casa del Gobernador, cesaron los vivas y los gritos, las banderas se abatieron, y como si aquel lugar estuviera maldito, pasamos en silencio y señalando la casa con las manos y con los bastones.

Otro tanto hicimos al pasar por

la de Don Justo Sierra, situada al otro lado de la Alameda y las músicas cruzaron tocando la marcha fúnebre de IONE, para significar que aquel individuo había muerto para los estudiantes que ántes lo apreciaban.

Para formar contraste con estas manifestaciones, al llegar á la casa de Riva Palacio, los gritos y la algazara llegaron á su máximum; agitábanse sombreros y pañuelos y no nos movimos de ahí sino hasta que nos dirigió la palabra. El viejo general estaba verdaderamente conmovido y apénas pudo dirigirnos breves frases que fueron calurosamente aplaudidas.

«Le hemos oido decir—escribía algunos meses despues un testigo de aquellas escenas (1)—que en calidad de militar había entrado triunfalmente en muchas poblaciones donde había sido recibido con cariño; pero que en ninguna ocasion había sentido una conmocion semejante á la que expe-

[1] Flores Villar, en su cuadernillo titulado "Los Estudiantes y la deuda inglesa."

rimentó al verse tan sinceramente halagado por los muchachos. Justa recompensa de sus nobles y meritorias acciones: los buenos ciudadanos tienen por fuerza que ser queridos y respetados, así como los malos hijos de la patria tienen que sufrir el desprecio de sus conciudadanos y de la posteridad.»

Una multitud de señoras y caballeros, entre los que se veía á Don Ignacio Altamirano, que se hallaban en los balcones de Minería, agitando infinidad de flámulas, banderolas y ramilletes, las arrojaron á la comitiva al pasar ésta por frente á la Escuela.

En la esquina de las calles de Santo Domingo y Tacuba, las señoras y señoritas que estaban en los balcones de la casa «Sauto, Muñúzuri y Cª» vertieron varios frascos de perfumes sobre la comitiva y otras que estaban en la banqueta personalmente entregaron ramilletes á muchos estudiantes.

Con todas estas muestras de simpatía que se nos prodigaron por toda la Ciudad, el pueblo estaba lleno de

estusiasmo, y por no quedarse atrás empezó á lanzar gritos destemplados y *múeras* que eran callados con dificultad por los estudiantes.

El que sí no escapó de la rechifla, fué un destacamento de caballería que cerraba la marcha de la comitiva y que se envió para cuidarnos por si hacíamos alguna fechoría: como íbamos con bastante órden no tuvo ocasion de mezclarse en nuestros asuntos, mas no por eso fué bien tratado por el pueblo que se acordaba de las cargas dadas por los dragones los días anteriores.

De Tacuba dimos vuelta para el Empedradillo, frente del Portal de Mercaderes, Monterilla, Don Juan Manuel, Porta-Coeli, Flamencos y Palacio Nacional.

Al pasar por frente á este edificio se repitieron las mismas escenas que en las casas de Don Cárlos Rivas y Don Justo Sierra; callaron las músicas, se abatieron las banderas y hasta el pueblo cesó de gritar. Se dijo, y fué cierto, que Don Manuel González presenció, ceñudo y sombrío, el desfi-

le desde un balcon del gran salon de Embajadores, ó del Baluarte, al cual balcon se le corrieron las persianas para que no pudiera verse al Presidente desde la calle.

Continuamos nuestra marcha por las calles del Seminario, 1ª y 2ª del Reloj, Encarnacion, Santo Domingo, Empedradillo, 5 de Mayo, Vergara y San Andrés hasta el Colegio de Minería, donde se disolvió la reunion á las tres de la tarde, sin que el entusiasmo hubiera decaído en lo más mínimo, y recibiendo por toda la Ciudad inequívocas y ruidosas muestras de simpatía.

En muchos años no se volverá á ver en México una fiesta como aquella: cierto es que el 16 de Septiembre hay más gente, más ruido y más movimiento; pero el entusiasmo de que ese día dió muestras toda la poblacion y las ovaciones espontáneas que tributó á los estudiantes no tienen hasta hoy igual.

Y entre tanto que estos sucesos tenían lugar en la Capital, en el resto de la República reinaba no menor

agitacion é inquietud, así como entusiasmo por la causa de los estudiantes. [1]

En Veracruz, la noche del dia 20 (juéves,) al recibirse la noticia de la suspension de los debates, hubo gran manifestacion que no pudo impedir la autoridad; y cuando ya la poblacion, alarmada por la multitud que recorría las calles y por las noticias contradictorias que llegaban de México, creía que la revolucion había estallado en ámbas ciudades, el ruido de los cohetes, repiques, vivas y músicas la tranquilizó é hizo que toda la ciudad celebrase el triunfo de la buena causa.

En Toluca hubo iluminaciones y fiesta la noche del 22, así como en Puebla y otras poblaciones.

El Ayuntamiento de Cuautitlan protestó solemnemente (ántes de la

---

[1] Por más que cuidadosamente he procurado reunir las noticias referentes á todos los puntos del país, donde tuvieron lugar manifestaciones ó fiestas, así como las relativas á Ayuntamientos, individuos, corporaciones, Colegios, etc. que enviaron mensajes de felicitacion, no es difícil que algo se me olvide y quedaré agradecido al que me lo haga notar.

suspension) contra el arreglo de la deuda inglesa, dando con esto una gran muestra de independencia y patriotismo.

Entre otras se recibieron feliciciones y protestas de los estudiantes y particulares de Apizaco, Toluca, Orizaba, [donde tambien se celebró el triunfo con fiestas,] Valle de Santiago, Valle de Bravo,, Irapuato, San Luis Potosí (estudiantes;) Jalapa, (id.) Cholula, Apaseo, Huamantla, Puebla, Maravatío, Cuautla Morelos, Uruápan, Aguascalientes, (estudiantes,) Còseomatepec, Celaya, Zamora, Córdoba, Amecameca, Guanajuato, Querétaro, Durango, Guadalajara, Mérida y otras muchas, teniendo el Comité Central tiempo apénas para contestar las numerosas cartas y telegramas que á cada momento recibía.

Los estudiantes de Paris tambien nos enviaron un cariñoso cablegrama al saber la derrota del convenio Noetzlin, el cual mensaje fué inmediamente contestado.

Muchas proposiciones se hicieron en favor ó en honra de los estudian-

tes, además de los cuantiosos donativos que de todas partes nos llovían para los heridos, permitiendo que éstos, así como las familias de los muertos en los tumultos, fuesen ampliamente atendidos.

Un señor L. J. O. Sain, de Puebla, pidió que se le hiciera saber los nombres de los estudiantes deportados á Yucatan, para enviarles todos los recursos necesarios en tanto que de otra manera se proveía á procurar su libertad. Como he dicho, el único á quien tan negra suerte tocó, fué Antonio Martínez López que se detuvo en Veracruz, y al cual el vecindario de aquella simpática poblacion recibió en triunfo, segun tendrémos ocasion de ver; en cuanto á Hermenegildo Muro, que se creía desaparecido, cuatro días duró en las fatídicas bartolinas de Belen y fué puesto en libertad el sábado en la tarde.

Asimismo se inició la idea de colocar unas placas en las Escuelas Preparatoria, de Medicina y Jurisprudencia, que recordasen las memorables jornadas de Noviembre: se reu-

nió la cantidad suficiente y se hicieron las placas. Eran de metal blanco repujado, ovaladas, con una águila dorada en el centro y orlada con esta inscripcion, hecha asimismo con letras doradas.

EL PUEBLO AGRADECIDO,

Á LOS ESTUDIANTES DE 1884.

Algun tiempo despues estuvo una expuesta en la Doraduría de Pellandini, al lado de la corona de Batalla; pero no se por qué causa no se hicieron las demás, ni se llegaron á colocar en los lugares designados; creo que el encargado de ello, á pesar de haberse reunido lo necesario, se resfrió mucho despues.

Asimismo, un señor cuyo nombre siento no recordar en este momento, residente en la Hacienda del Cármen, propuso que se levantase por suscripcion nacional un monumento en memoria de las jornadas de Noviembre y de la victoria de los estudiantes, ofreciendo contribuir con una cantidad y un block de mármol. Tambien esto quedó en proyecto, debido á

los sucesos que despues vinieron; pero si el monumento jamás se levantará, en cambio los sucesos de aquella época pasarán á la historia para enseñanza de las generaciones futuras, y á los heróicos estudiantes de entónces se les admirará como merecen.

Al lado de estas demostraciones de admiracion, se veían aquellos días las censuras para los que se habían hecho acreedores á ellas.

Muchas personas de Tulancingo escribieron al diputado por aquel Distrito, Señor Pedro L. Rodríguez, á quien no conocían, por no ser nativo de él, reprobando su conducta si aprobaba la deuda inglesa: en páginas anteriores se verá su nombre entre los de los partidarios del funesto convenio.

Tambien recibió un voto de censura de su Distrito, el diputado por Aguascalientes, Don Diego Ortigosa, así como Don Diego Peña, diputado por Puebla, de los habitantes de aquella Ciudad, que felicitaron por otra parte calurosamente, al del mismo carácter, Don Manuel Thomas y Terán por su voto contrario al arreglo.

En carta de San Luis Potosí se protestaba enérgicamente contra la conducta de los representantes Don Francisco Bustamante, Doctor Angel Carpio y Don Lorenzo Ceballos, que por fortuna no eran del Estado.

El mismo Doctor Carpio fué separado de la sociedad de Medicina «Pedro Escobedo,» por su antipatriótica conducta en el Congreso, al votar con el Gobierno.

Don Francisco Búlnes tambien quedó expulsado de una sociedad científica, y sus discípulos de Meteorología en la Escuela de Ingenieros, en carta bastante sentida, pero enérgica, le manifestaron que no se presentase al año siguiente en las aulas, si no quería ser víctima de una ruidosa manifestacion desagradable para él.

Don Justo Sierra, por su parte, vió publicada en los principales periódicos esta carta:

«Los estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria, resueltos á hacer que en las aulas no figuren en lo sucesivo sino profesores dignos y patriotas, y no encontrando en Ud. nin-

guna de estas cualidades, nos permitimos indicarle: que si no renuncia Ud. la cátedra que inmerecidamente desempeña (1), nos veremos en el duro, pero necesario caso de arrojarlo de ella de un modo más que ruidoso.

"México, Noviembre 21 de 1884.

"Por los susodichos estudiantes,

LUIS GUILLÉN."

Este Guillén fué el mismo que en la calle de Victoria disparó su pistola sobre los gendarmes que acosaban á la multitud; por algun tiempo, despues de las jornadas, estuvo ausente de México durante uno ó dos años, pues temía, y con razon, ser víctima de algun desman ó persecucion.

Sierra contestó á esa carta desde las columnas de LA LIBERTAD, diciendo que él sabría enseñar su deber á sus discípulos; pero éstos cumplieron su promesa segun tendremos ocasion de ver.

En cambio, los diputados inde-

---

[1] De Historia Universal

pendientes recibían felicitaciones de sus comitentes y de todas partes de la República y aun algunos de ellos fueron objeto de demostraciones especiales.

Don Eduardo Viñas, que salió por aquellos días para Toluca, al presentarse en la plaza de toros de aquella ciudad fué estrepitosamente vitoreado y aplaudido y conducido en triunfo á su morada.

El anciano Guillermo Prieto, que á causa de sus enfermedades y de sus años, fué á pasar algunas semanas á Cuautla en busca de un clima más benigno, fué objeto de una cariñosa manifestacion de parte de los vecinos de aquella poblacion del Sur.

Y Salvador Díaz Miron y Diódoro Batalla (1) al llegar á Veracruz, se encontraron con que una muchedumbre inmensa los esperaba para darles la bienvenida: conducidos á los salones del antiguo palacio de Gobierno, se vieron obligados á dirigir

---

[1] Que estuvo tres ó cuatro días escondido, pues por lo de la calle de Victoria lo buscaba con ahinco la policía.

la palabra á la multitud que aplaudía frenética y que durante los días que permanecieron ahí se esmeró en darles toda clase de muestras de aprecio.

Además, el Ayuntamiento del puerto, sabedor de que Batalla había perdido la beca de gracia de que disfrútaba para continuar sus estudios, acordó en cabildo seguirle ministrando lo necesario para que terminase su carrera. Poco disfrutó Batalla de esa gracia, pues el año de 1885 terminó los cursos profesionales y se recibió de abogado en los primeros meses de 1886.

Antonio Martínez López, el estudiante deportado á Yucatan, bajo pretexto de que pertenecía al ejército, no llegó á su destino, pues el pueblo de Veracruz se había amotinado é impedido su embarque. La noche que llegó al puerto, el Comandante Camacho, para evitar demostraciones, ordenó que fuera bajado del tren ántes de llegar á la Estacion: sabedora de esto la multitud, se dirigió en busca del prisionero y le tributó una entu-

siasta ovacion; en vano pidió el pueblo al comandante la libertad de Martínez López; no estaba en sus atribuciones concederla; pero fué tratado con todo género de consideraciones y socorrido ampliamente por el vecindario que cuidó que nada le faltara.

El Lic. Rafael de Zayas Enríquez pidió amparo á la autoridad federal en nombre del preso, el cual á los pocos días fué puesto en libertad de órden superior y regresó á México.

En esta ciudad apareció el día 22 en la mañana, un bando del Gobierno del Distrito en el que se decía que habiendo terminado los *pretextos* para alterar el órden público, en lo de adelante se prohibían las reuniones de más de cuatro personas y se castigaría á los contraventores. El bando fué criticado duramente por la prensa y el público á causa de la palabra *pretexto* y arrancado de la mayoría de los parajes públicos.

La comision de estudiantes de Puebla que se había anunciado hacía varios días que llegaría á México con socorros para los heridos, llegó al fin

el día 26, y se la recibió cordialmente, como correspondía, en la Estacion del Ferrocarril de Veracruz [Mexicano] por el Comité Central y gran número de alumnos de las escuelas Nacionales, con antorchas y entusiastas vivas; pues como Lagarde estaba allí con sus policías y un destacamento de soldados, impidió que disparáramos cohetes y que tocara la música que habíamos llevado para festejar el arribo de nuestros compañeros.

De pronto se les alojó en la casa de Adrian de Garay (Perpetua 6) y allí se les obsequió con un ligero *lunch* en el que se pronunciaron entusiastas bríndis y discursos, mas como eran en gran número, (fueron como 50 ó 60) no cabian en aquel pequeño entresuelo y al siguiente día fueron alojados en el Hotel Central.

Además, ellos llegaban perfectamente atendidos pues no solo se reunió en Puebla por suscricion una fuerte cantidad para sus gastos, siendo el General Don José María Couttolenne el que más contribuyó para el viaje, facilitando dinero y un tren especial,

sino que trajeron más de quinientos pesos para los heridos en las jornadas pasadas.

Al tercer día se dispuso para recibirlos solemnemente un gran concierto que quedó arreglado en el pequeño, pero bonito teatro del Conservatorio de Música; la Orquesta típica mexicana, entónces muy en boga, contribuyó á dar mayor lucimiento á la fiesta; Agustin Lazo cantó un trozo de la ópera *El Trovador*, José Peon del Valle recitó, como él sabe hacerlo, una magnífica y adecuada poesía, y diversos estudiantes de Puebla y México pronunciaron discursos y composiciones poéticas.

En seguida tuvo lugar la entrega del dinero que la sociedad y los estudiantes de Puebla enviaban al Comité para socorrer á los heridos y lastimados y á las familias de los muertos en los días de los combates en las calles.

Como aquella mañana el entusiasmo se desbordaba por el menor incidente, por la más insifinigcante rase, tardó mucho en terminar la fies-

ta y hasta las tres de la tarde abandonamos el Conservatorio.

Ya estaba dispuesto un banquete en el Restaurant Oriental y allá se dirigieron los recien llegados con los miembros del Comité y algunos colegiales más. No asistí, porque aunque era miembro del Congreso de Estudiantes, entónces estaba en receso y no había sido muy partidario del Comité, como no lo eran la mayoría de los alumnos de Jurisprudencia; además tenía los *graves delitos* de haber dicho que todo poder dictatorial como el del Comité, se convierte en tirano, y estar clasificado de *rasposo* por mi humor chancero y afecto á las bromas.

Supe, sí, que en el banquete había reinado la mayor cordialidad; que se había comido y sobre todo bebido, en gran cantidad y que hubo un verdadero diluvio de bríndis y discursos á la hora de los postres y del *Champagne*.

Ocurrió tambien un incidente digno de ser narrado, pues es rigurosamente histórico.

Casi al concluir el banquete se introdujeron al gabinete donde tenía lugar, dos estudiantes manifestaron que estando comisionado Manuel González, hijo, por los alumnos del Colegio Militar, para dar la bienvenida á los compañeros de Puebla, deseaba presentarse en el salon para cumplir su cometido.

El natural temor de que con la presencia de González surgiese algun incidente desagradable, hizo que se les contestara con todas las fórmulas de la cortesía que ni la hora ni el lugar eran oportunos para el acto, mas como aquel insistiera, se le hizo pasar, habiendo formado los allí presentes la resolucion de dar á conocer á González todo el disgusto que su conducta durante los pasados días había causado.

Al presentarse en el salon el hijo del Presidente ninguno de los concurrentes se movió de su asiento; Manuel afectó no notar esto y comenzó á dar algunas disculpas por la órden que dió frente al Congreso de que se hiciera fuego sobre el pueblo y los es-

tudiantes; á medida que hablaba se iba enterneciendo, hasta que saltándosele las lágrimas dijo que no necesitaba emplear flores oratorias ni perífrasis tratándose de amigos, que estaba arrepentido de su accion y que iba *á pedir las de arriba.* (1)

Los concurrentes, serios y fríos al principio, se conmovieron; vieron á un antiguo compañero colocado en una posicion embarazosa, hijo del hombre que había sido causa de todos los episodios de las calles y del Congreso y al mismo tiempo entusiasta por lo noble y levantado, temeroso de perder á todos sus amigos y humillado, allí, él tan orgulloso. No resistieron más y levántandose le contestaron que á él como antiguo compañero y amigo siempre le profesaban un afecto sincero y que por lo tanto habían sentido profundamente su conducta; pero que supuesto que él reconocía su error, daban al olvido todo lo pasado y brindaban por el amigo.

---

(1) Locucion familiar y estudiantil que significa pedir perdon.

En el momento en que iban á llevar á sus labios las copas, González propuso que se brindara por su padre.

No encontró eco este bríndis, pues todos los circunstantes dejaron sus copas en la mesa.

—Y bien, dijo entónces tristemente, no quieren brindar por mi padre; está bien, ustedes saben lo que hacen; pero debían de acordarse de que derramó su sangre en defensa de la patria.

El presidente de la comision de Puebla dijo entónces que se brindaría en general por todos los mexicanos que habían peleado contra el enemigo extranjero.

Manuel González brindó tristemente y á poco abandonó el salon, bastante contrariado por el mal resultado del paso que dió

Pero tampoco podía esperarse otra cosa. Desde entónces sus relaciones con sus amigos estudiantes fueron bastante frías y aun perdió muchas de ellas.

Todavía permanecieron algunos

días más en México los estudiantes poblanos, siendo agasajados y celebrados hasta donde nos era posible, y cuando llegaron á su tierra fueron objeto de una ovacion popular y coronados por las señoras y señoritas sus paisanas.

Asimismo llegó una comision de Atlixco y recibimos una invitacion para ir á Toluca.

De Atlixco vino el Señor Rivadeneyra y dos niños de las escuelas primarias de aquella poblacion; se les recibió oficialmente por el Comité en lo que éste llamaba su salon de sesiones, situado en la redaccion de La Escuela de Medicina, periódico de Garay. Trajo la comision una cantidad regular que fué aceptada cordialmente, se dió un pequeño banquete en su honor, se compraron algunos juguetes á los dos chiquitines que eran unos Cicerones en miniatura y se la despidió hasta la Estacion tres días despues de su arribo.

La fiesta de Toluca demandaba algunos gastos y por lo tanto sólo fuimos, además de diez de los miembros

del Comité, Gabriel González, Mariano Flores Villar, Agustin Lazo, Andrés Zertuche y Antonio Martinez López, además de los miembros de la comision del Instituto Literario que había venido por nosotros.

Quedamos bastante contentos con el recibimiento: en la Estacion nos esperaban todos los alumnos del Instituto, la Junta Popular de Obreros, la banda del Hospicio y un numeroso concurso de todas clases; á la llegada del tren la banda tocó el Himno Nacional, nos dieron muchos vivas, el Lic. Robles nos arengó, los obreros nos prendieron en las solapas de las levitas unos distintivos tricolores y en procesion entramos á la ciudad.

El recibimiento que se nos hizo fué por el estilo de la ovacion tributada á todos los estudiantes en México en la mañana del día 22: las calles estaban henchidas de gente, en los adornados balcones había muchas frescas y coloradas muchachas que nos echaban flores, ramos y versos, y los vivas (y aun los mueras) no se interrumpian,

Llegamos al jardin del Zócalo, y trepándose al kiosko el señor Rivera, estudiante, nos dió la bienvenida, siguió otro y otro; luego los de México, y aquello fué un verdadero aguacero de arengas, y hasta que ya no hubo quien hablara nos dirigimos al Instituto á oir más música y más discursos y á recibir nuevas flores.

El obligado banquete se sirvió en el teatrito Gorostiza [hoy convertido en Biblioteca] y con el calor y el entusiasmo de los vivas dió principio la tercera tanda de peroraciones.

Hablaron el Dr. Navarro, el Lic. Robles, Garay, Martínez y de los Ríos é improvisó Lazo, y aquello no tenía trazas de acabar.

En la noche se nos llevó al teatro Principal, donde se representaba «El hijo de la nieve ó la Estudiantina Española.»

Al siguiente día nuevo paseo por las calles, nueva música, nuevo banquete y nuevos discursos hasta que llegó la hora de tomar el tren para regresar á México; toda la poblacion fué á despedirnos y aunque yo estaba

muy agradecido por todas aquellas manifestaciones, suspiré con satisfaccion cuando el tren empezó á rodar, porque estaba mareado, irritado y ensordecido.

Gracias, amables toluqueños, gracias por el cordial recibimiento que nos dispensásteis; aunque han transcurrido diez años de entonces acá todavía me acuerdo de las músicas y de los bríndis y de los discursos.

Otros diversos convites tuvimos en aquellos días, y aunque me adelante algo, debo recordar el de San Cristóbal Ecatepec que aunalmente tiene lugar el 22 de Diciembre en memoria del invicto héroe independiente Don José María Morelos, fusilado en aquel lugar el 22 de Diciembre de 1815. El contingente de los estudiantes dió singular animacion á la ceremonia que año por año tiene lugar con mayor solemnidad.

En la imposibilidad de dar noticia exacta de todos los sucesos de aquellos días, ántes de terminar esta parte de mis memorias y de hablar de las elecciones y de otros sucesos

daré razon de algunos episodios que omití en el lugar correspondiente, por distraccion.

El Dr. Eduárdo Esparza y el Lic. Emilio Rabasa recibieron públicamente felicitaciones de la colonia chiapaneca residente en México, por su conducta como diputados; en cambio Don Roman Pino fué acremente censurado por su voto; y por su timidez no quedaron muy bien el Dr. Manuel Ortega Reyes (*suegro del Ejecutivo*) y Don Manuel Carrascosa.

A ejemplo de los chiapanecos, los tabasqueños desaprobaron la conducta de Don Manuel Sanchez Mármol y Don José Patricio ,Nicoli, representantes que votaron por la deuda.

Al terminar el mes de Noviembre, la única nota discordante que había en medio de la alegría universal, era la de la desaparicion de tres estudiantes, dos llamados Pedro Brodo y Alberto Azúnzulo; del tercero no se pudo averiguar ni el nombre.

Solo Azúnzulo pareció algunos días despues.

En cuanto á un cuarto estudiante,

de nombre Hermenegildo Muro, que no se encontraba, se supo que duró cuatro días preso en un cuartel y al cabo de ellos se le dió libertad.

No tengo presente que otros estudiantes sufrieran cosa mayor.





CAPITULO XXII.

LAS ELECCIONES MUNICIPALES.

YA por estos últimos días el General González, terminado su periodo, había entregado la presidencia de la República á su sucesor el General Díaz y retirádose por algunos días á su hacienda de Chapingo, en tanto que se hacía cargo del Gobierno de Guanajuato.

Del nuevo Gobernante esperó todo el mundo que hiciese desde luego algo por remediar la mala situacion del país.

Los estudiantes por nuestra parte creímos que íbamos á disfrutar de cuantas garantias concede la Consti-

tucion y por lo tanto, decidimos tomar participio en la cosa pública, mezclándonos en las elecciones municipales que por aquellos días debían tener lugar.

Por otra parte, además de que nosotros deseábamos votar y sobre todo, meter bulla, no faltaron políticos de profesion que bajo de cuerda nos azuzaban para la lucha, esperando ellos salir los más gananciosos en el río revuelto, como más prácticos y dejarnos á nosotros con un palmo de narices: la historia eterna de que los peces grandes se comen á los chicos.

Entre los que más nos entusiasmaban, se veía á cierto político de los buenos tiempos de Lerdo, durante los cuales ocupó elevados puestos y á quien hizo célebre por sus caricaturas El Ahuizote; tambien se unió á nosotros un antiguo Juez de Distrito, á quien su independencia de carácter arrebatara el empleo, y otros varios individuos que permanecieron en la sombra y á los que no nombro porque, demasiado hábiles, no soltaron prendas y hoy sería bastante difícil

probarles la participacion que tomaron en aquellos sucesos.

Tambien había viejos tuxtepecanos arrepentidos ó desengañados, como Don Protasio Tagle, que veían en aquella intentona nuestra un medio de barrenar lentamente las bases de un edificio que al asentarse sólidamente causó algunas víctimas entre los mismos que ayudaron á levantarel.

Por último, el elemento obrero ostaba representado por Ordóñez el zapatero y otros.

Estos elementos, por más que fuesen heterogéneos, algo hubieran conseguido y en el año de 1885 hubiéramos tenido un Ayuntamiento verdaderamente independiente y hasta revolucionario, si nuestra natural inexperiencia no hubiera dado al traste con todos esos proyectos y arrebatádonos una victoria que ya veíamos casi segura.

Apénas se resolvió que tomáramos parte en las elecciones, cuando empezamos á agitarnos, y sin saber ni lo que hacíamos, el domingo 6 de

Diciembre nos lanzamos desde temprano á las calles con el fin de instalar casillas electorales ó de ganar las ya instaladas.

Demás es decir que en la manzana donde vivíamos fué una de las primeras instaladas, y aunque tuvimos que luchar con nuestros vecinos los oficiales de los batallones establecidos en los cuarteles de San Ildefonso, como más avisados que ellos, pronto les ganamos la mesa.

En breve aprendimos todas las triquiñuelas electorales, y estudiante hubo que instaló tres y hasta cuatro casillas

Caminamos con suerte varia: en algunos puntos los empleados del Gobierno, los policías y los gendarmes, vestidos de paisanos, consiguieron derrotarnos, en otras fuimos vencedores; en gran número de manzanas, no habiendo ni estudiantes ni gobiernistas, no hubo votacion, y en definitiva, á las doce del día ignorábamos si la mayoría de los electores era nuestra ó del Gobierno.

Antes de que diesen principio

las juntas en el local de la escuela Lancasteriana, en el antiguo convento de Betlemitas, nosotros tuvimos las nuestras en el Callejon de Santa Inés, en el salon que nos facilitó una sociedad mutualista: poco á poco empezaron á ser muy concurridas y á afluir á ellas todos los electores independientes.

Esto nos perdió, pues como dejabamos penetrar al salon á toda clase de personas, la policía secreta que andaba lista, se introdujo y averiguó todo lo que hacíamos, así como los recursos con que contábamos.

Ya en las últimas sesiones, al hacerse la lista definitiva de electores, nos encontramos con que los independientes teníamos una mayoría de ochenta y siete individuos sobre los adictos al Gobierno.

Este triunfo nos llenó de regocijo y nos hizo suponer que derrotaríamos á aquel, y tal idea nos hizo abandonar toda prevision.

He aquí la lista que teníamos hecha para miembros del Ayuntamiento de 1885:

REGIDORES.

1º D. Antonio de Mier y Celis. Capitalista.

2º D. Francisco Somera. Ingeniero.

3º D. Protasio Tagle. Abogado y ex-tuxtepecano.

4º D. Manuel Carmona y Valle, Médico.

5º D. Ignacio L. Vallarta. Abogado.

6º D. Vicente Escandon y Pliego. Id.

7º D. Roman Lascurain. Empleado.

8º D. José Mª Rego. Ingeniero.

9º D. Manuel Dominguez, Médico.

10º D. Maximino Río de la Loza. Farmacéutico,

11º D. Francisco Pimentel. Literato.

12º D. Pedro M. Uriarte.

13º " Emilio Dondé. Ingeniero.

14º " Vicente Riva Palacio. General y abogado.

15° D. José Mª Roa Bárcena. Literato.

16° D. Luis Vidal Pontones. Propietario.

17° D. Miguel Martínez. Abogado y periodista.

18° D. Agustin Roldan. Notario.

19° " José de Teresa. Capitalista.

20° D. Vicente García Torres. Periodista.

SINDICOS.

1° Lic. Justo Benites.

2° " José de Jesus Cuevas.

Diversos periódicos, clubs y asociaciones, propusieron otros candidatos y aun se llegó á modificar en parte esta lista; pero no obstante, cuando llegó el día de que se reuniesen los electores para instalar el Colegio electoral, los independientes estábamos perfectamente unidos y resueltos á obtener el triunfo, confiando en que la mayoría estaba de nuestra parte.

Pero contábamos sin la huéspeda.

Yo había procurado salir de elec-

tor por el rumbo de la Palma á donde fuí á echarles un discurso á los *peladitos* del barrio que me aclamaron, me alzaron en hombros é hicieron cuanto yo quise, y con mi credencial en la bolsa, me encaminé el viérnes 19 de Diciembre á la Escuela de Bellas Artes ó Academia de San Cárlos, que era el lugar donde debía reunirse el Colegio electoral.

Desde luego llamó mi atencion el gran número de gendarmes y policías secretos situados en las cercanías del edificio y calles adyacentes, con el ostensible pretesto de vigilar á la multitud que presenciaba la llegada de los electores.

Así mismo, me dió mala idea y grande indignacion, ver un piquete de gendarmería montada, tendido en la plazuela de la Santísima.

Nada bueno indicaban aquellas precauciones de un gobierno que no podía tener grandes enemigos, supuesto que sólo tenía unos cuantos días de existencia, pero era que ignoraba yo que ese gobierno que así se inauguraba, tenía mano férrea, y algu-

nos meses despues iba yo á saber por propia experiencia cómo se manejaba con los que no eran de sus ideas.

Pero cuando comprendí enteramente que íbamos á ser derrotados y que aquello acabaría mal, fué cuando despues de no pocas dificultades, conseguí atravesar la gran puerta del Colegio y llegar al patio.

Numeroso era el concurso allí reunido: electores, estudiantes, policías y gendarmes, discurrían por los corredores y patio en actitud nada tranquilizadora.

Saludé á tres ó cuatro individuos á quienes había conocido en las juntas de Santa Inés; pero á ninguno me atreví á interrogar á pesar de la insigna que portaban, hasta que ví á Juan Uribe, estudiante de Jurisprudencia y elector camo yo.

—¿Qué pasa aquí? le dije. Parece que estamos en minoría y todavía ántes de ayer teníamos mayoría.

—Sí, en efecto, estamos muy mal y no me explico la causa, respondió.

—Ya no tiene remedio, perdemos las elecciones.

—Pero lucharémos hasta el último momento.

Dos cosas habían pasado segun supimos despues: que uno de los de nosotros que llevaba la lista de los electores independientes, estando en las oficinas del Gobierno del Distrito, *por casualidad* había perdido allí la lista: recogida por unos empleados y entregada á sus superiores, se enteraron éstos de nuestra situacion y tomaron en el acto sus medidas. Fraguaron credenciales por centenares y en unas cuantas horas lograron convertir la minoría en la mayoría.

Además, otros de los que más nos azuzaron para la bola electoral, á la hora precisa de la eleccion se pasaron descaradamente á las filas del Gobierno.

Recorrí los corrillos de estudiantes entre los que dominaban la ira y el despecho y tomé parte en varias conversaciones en tanto que llegó la hora de empezar la sesion.

El Gobernador del Distrito, que ya lo era el General Don José Ceballos, acompañado de su Secretario el

pacífico y afable Lic. Don Nicolás Islas y Bustamante, despues de dar muchas órdenes, dió principio á la junta dictando desde luego una disposicion que causó gran descontento.

Nombró escrutador á Don Miguel Sánchez de Tagle, individuo bastante veterano en cuestion de elecciones y que podía dar cartilla á todos los allí presentes: murmullos amenazadores se escucharon en el salon y aun algunas voces en son de protesta se dejaron oir; no obstante, el general Ceballos iba á continuar; pero las protestas ya más numerosas y en un tono bastante destemplado, lo obligaron á revocar el nombramiento y á designar para escrutador al Lic. Don Manuel María de Zamacona.

Este nombramiento fué bien recibido, pues Zamacona, antiguo tuxtepecano, permanecía entónces retirado á la vida privada, y aun se le consideraba como olvidado á causa de haber figurado como candidato durante las elecciones presidenciales del año de 1880. (1)

---

[1] Posteriormente ha vuelto á tomar parte en la

Esta primera concesion, que no victoria, nos animó algo y nos hizo concebir alguna esperanza de triunfo.

Pero en breve volvímos á sentir todo el peso de la influencia oficial al tratarse del nombramiento de segundo escrutador que recayó en la persona de Don Francisco Mejía (a) *el capitan Trompis* (1), antiguo y célebre Ministro de Hacienda en la época de Don Sebastian Lerdo de Tejada y convertido despues en cuerpo y alma al tuxtepecanismo, que desde esas elecciones se volvió á acordar de él.

Ya he dicho que el patio de Bellas Artes estaba lleno de policías disfrazados y armados, y esta circunstancia dió orígen á un incidente que acabó de enardecer los ánimos; un elector independiente [el Lic. Ramírez,] pidió que se retirara la policía y otro (Adalberto Esteva,) que todos los que tenían armas las despositaran

---

cosa pública, cuando se trató de la reeleccion del Gral. Díaz en el año de 1892.

(1) Títulc que le dieron los periódicos jocosos cuando el ruidoso proceso Mejía-Veraza.

sobre la mesa presidencial; todos los correligionarios apoyamos enérgicamente estas peticiones, los gobiernistas se opusieron y empezó con ese motivo una confusion de dos mil demonios que se oía hasta la calle.

El Gobernador del Distrito no podía hacerse oir, el Lic. Ricardo Ramírez pedía que se diera lectura á algunos artículos de la ley electoral: el General Ceballos discutía, el Lic. Tomás Reyes Retana [gobiernista] denostaba al Sr. Ramírez diciéndole que se había aliado con los muchachos para buscar un mendrugo de pan; Ramírez replicaba, Adrian de Garay y Vázquez apoyaban los razonamientos de Ramírez y tronaban tambien á su vez contra los abusos del poder (que todavía no eran grandes;) todos gritábamos y aquello hubiera acabado á balazos si al fin el Gobernador no hubiera cedido y obligado á que todos los iban que armados dejasen sus pistolas sobre la mesa del Presidente.

Continuó la sesion en medio de la mayor agitacion.

Fueron expulsados varios gobiernistas armados y dizque conducidos á la cárcel; pero á la vuelta de la primera esquina se les dejó en absoluta libertad.

Empezó la eleccion. Don Francisco Mejía iba llamando á los electores por lista, y éstos, de los que el primero fué Don Cipriano Robert, subían, dejaban su voto y se retiraban.

Había dos clases de listas: amarillas, del Gobierno, y azules de los independientes; de manera que en el momento de votar se conocía perfectamente á qué bando pertenecía el votante y se le aplicaba su merecido: si dejaba papel azul era estrepitosamente aplaudido, si amarillo silbado sin piedad.

Algunos gobiernistas procuraban ocultar el voto con el sombrero; pero no había piedad: se les obligaba á votar á la luz pública.

Si alguno subía armado, como un individuo apellidado Villela, el Gobernador lo obligaba á dejar su arma en la mesa.

Resultó electo Presidente Don Francisco Gochicoa, empedernido lerdista de quien se dijo una vez, cuando fué Presidente del Congreso,

> Allá cuando Dios quería
> Formó una reunion de *cuinos,* [1]
> Y la gente se decía
> Que eran los *gochicochinos.*

Cuando lo que relato pasaba, habíase convertido en furibundo tuxtepecano y por esta razon habíasele exaltado á la silla presidencial de aquella asamblea.

Parecía que continuarían nuestras derrotas sin zambra mayor, cuando un bárbaro gobiernista depositó de una vez todas sus cédulas en la ánfora.

La tremolina que se armó no es para descrita, porque todos creíamos que la hora de las trampas electorales había sonado; al fin, despues de largo rato de agitacion, nos calmamos al ver que el Gobernador destruía las cédulas de aquel amarillo demasiado celoso y lo enviaba á la cárcel.

---

[1] Animales de extrema gordura.

Al votar Don Vicente García Torres (padre) fundador de EL MONITOR REPUBLICANO, se le aplaudió largo rato.

Sube á la plataforma un individuo llamado Hilario Pavon, y grita Cárlos Becerra:

—¡Ese no es Pavon!

—¿Entónces, quién soy yo? pregunta el aludido.

—Sí es Pavon, decían unos, los amarillos.

—No es Pavon, gritaban los azules, y empieza un nuevo alboroto.

Al fin el Gobernador decide enviar á la cárcel á Pavon y á Becerra hasta que se aclarase el enredo; pero esta medida no es bastante para calmar la gritería.

Un amarillo, que despues se ha hecho muy notable, apellidado Pérez de Leon, sube á la plataforma á alegarle á Ceballos para que no se llevaran á Pavon; Juan Uribe, estudiante, tambien sube para insistir en que se lo lleven; Pérez de Leon se enoja, Uribe tambien y de las palabras pasan á las manos.

Aquello fué tan inesperado que no se pudo evitar.

En la misma plataforma, á dos pasos del Gobernador empezó la leccion de pugilato: Uribe, despues de evitar un golpe, da un moquete en el carrillo á su adversario; pero á su vez recibe un puñetazo en la frente tan bien dado que rodó la escalinata y cayó en medio de los que acudíamos á contener á los contrincantes.

Pero en vez de meter paz, arremetimos furiosos contra los amarillos más inmediatos y empezó una batalla á *trompis* muy bonita y que poco faltó para que fuera general.

En vano Ceballos, Lagarde, Tagle, Viñas, Martínez López y otros querían calmarnos: hubo necesidad de á fuerza y como se hace con los gallos, separarnos y llevarnos léjos unos de otros.

Por último, Pavon, Becerra, Uribe y Pérez de Leon fueron llevados camino de la Diputacion.

Nos apaciguamos un poco y siguió la votacion resultando electo D. Francisco Gochicoa, como ya dije.

Ramírez protestó contra esa eleccion; pero no se le hizo aprecio y continuó la farsa.

Entónces nos retiramos á la derecha y resolvimos abstenernos de votar en la siguiente eleccion de secretario, para saber el número de los contıarios.

Los candidatos del Gobierno eran:

Presidente. Don Francisco Gochicoa

Secretario. Miguel Sánchez de Tagle.

Primer escrutador, Vicente Espinosa.

Segundo escrutador, Eduardo Dublan.

Comision revisora: Ignacio Miranda, Joaquin Alcivar y Alberto Morales Manso.

Los de los independientes:

Presidente, Lic. Manuel M. de Zamacona.

Secretario, Lic. Eduardo Viñas.

Primer escrutador, Agustin Lazo.

Segundo escrutador, Antonio Martínez López.

Comision revisora: Lic. Pascual

Luna Lara, Francisco J. Baez y Manuel de la Fuente.

Pasada esa segunda eleccion que arrojó un total de 375 electores del Gobierno, de 462 presentes, pues muchos desertaron de nuestras filas á la hora solemne, volvimos á tomar parte en la contienda y á promover nuevos incidentes.

Esteva quería que se hiciese constar el número de electores que segun el censo de la ciudad debía de haber, pues le parecía que había allí más del debido; por supuesto que fué mandado á paseo con su proposicion, por más que la apoyamos los independientes. (1)

Otro quiso que todos se quitaran el sombrero y como era debido, á sombrerazos se dilucidó el punto, que al fin ganamos obligando á todos á que se quitaran ese adminículo de la cabeza.

Otro, y ese fuí yo, empezaba á

---

(1) Para conocernos, llevábamos como distintivo un alfiler del que sólo se veía la punta, clavado en la solapa izquierda de la levita: esta señal, casi imperceptible, no era conocida de los gobiernistas.

perorar sobre la conveniencia de continuar aquella eleccion con órden, cuando se escuchó un formidable grito:

—¡Cállate, bárbaro!

Vuelvo la cara y veo que un vecino de la Cerbatana era el autor del epíteto.

—¡Qué cállate ni qué callate! Se vé que estamos perdiendo y lo más conveniente es elegir la Mesa; despues veremos lo que hemos de hacer.

—¡Fuera los independientes! gritaron varias voces.

—¡Mueran los vendidos! contestamos.

—¡Fuera Tagle! respondieron y empezó otra *bolita* hasta que al fin nos pusimos de acuerdo para abandonar el salon, supuesto que se había de hacer lo que el Gobierno quería.

—¡Vámonos! gritamos, y salimos en medio de la mayor confusion y bullicio, con direccion á Betlemitas, donde iba á haber una junta para resolver lo que se haría en las juntas siguientes.

Quedaron los 375 dueños del campo, y libres para hacer lo que quisie-

ran: no tardaron en despacharse con la cuchara grande y en elegir á todos los de la lista amarilla.

Alguno llegó á proponer que se aplicase á los que nos habíamos ido, un artículo penal que impone una multa y suspension por un año del goce de los derechos políticos á los electores que abandonan la sesion ántes de terminar; pero el buen sentido de la mayoría se opuso á aquella venganza rastrera y cobarde.

Al siguiente día, sábado 20, hubo nueva reunion de electores en la que pronunciaron sendos y buenos discursos Don Protasio Tagle, Antonio Martínez López, el *chango* O'Horan, y Adrian de Garay; contestaron Don Felipe Buenrostro, Don Francisco Mejía y el Lic. Reyes Retana, á quien le iba en el gallo, como que resultó *electo* á los tres días Juez del ramo criminal.

Tambien hubo su bulla y sus gritos, aunque no proferidos por nosotros sino por la mayoría, que fué reprendida como si se tratara de chiquillos de escuela por Gochicoa.

Los discursos se redujeron á mutuas explicaciones, y á hacer el último esfuerzo por vencer; pero aquello no era posible: la mayoría perfectamente organizada y obediente á la consigna era abrumadora y no nos dejaba adquirir la mas insignificante ventaja.

Nos desahogábamos diciendo periquitos del Gobierno en el salon de Betlemitas, en el café del Ecuador, en las bancas del Zócalo y en donde quiera que encontrábamos siquiera un oyente complaciente.

Todavía hubo dos nuevas reuniones: á la penúltima asistió una comision de los independientes, compuesta de diez obreros y presidida por Don Protasio: manifestó este señor que la minoría se retiraba de la palestra electoral, convencida de que la lucha era imposible y deseosa de no autorizar con su presencia las violaciones del sufragio que se iban á cometer.

Con esto quedaron los gobiernistas libres para despacharse á su gusto y no se hicieron del rogar: nombraron un ayuntamiento, un tribunal

y unos jueces á su gusto; las votaciones eran en masa, por poco las hacen todas en un solo acto; y en fin, que hicieron lo que su real gana les dió.

Nosotros no tuvimos más remedio que irnos á nuestras casas renegando de quienes inventaron las faramallas de garantias y de cuanto se podía renegar y lanzamos un manifiesto al público, en el que explicábamos nuestra conducta y las causas de nuestra derrota.

Ya que no había yo podido ser un Enjolras, un Combeferre ó un Juan Prouvaire, y no queriendo ser un Grantaire, me conformé con ser algo así como un Bossuet y un Mario al mismo tiempo. (1)

Teniendo una novia á quien bauticé con el nombre de Coseta, los ratos que me dejaba libre los dediqué á la Biblioteca y á escribir en El Estudiante y en Los Estudiantes, periódicos recien fundados por noso-

(1) Personajes todos de la novela "Los Miserables" de Victor Hugo. Estudiantes todos ellos y tomaron parte muy activa en un motin de Paris y sufrieron diversas peripecias.

tros; en ellos hice mis primeras campañas periodísticas, y con mis furibundos editorales sobre la política del día, se me figuraba que se cavaba los cimientos del Gobierno, que hacía temblar á la Administracion y que no tardaría en caer el Ministerio y hasta el mismo Presidente.

Si aquellos periódicos hubieran publicado cuanto los despechados estudiantes escribíamos, hubiera sido necesario hacerlos con tantas hojas como tiene THE HERALD de Nueva York y á los ocho días van á dar á la cárcel hasta los ratones que pudiera haber en la imprenta.

¡Tal era la rabia y el furor de que estábamos poseídos!

A consolarnos algo de nuestra derrota en las elecciones, vino la funcion que los enemigos del Gobierno, tomando el nombre de las señoras de México, organizaron para festejarnos y repartirnos las medallas que en honor nuestro se mandaron acuñar.

No dejó de haber sus dificultades para la funcion, pues el señor Don Julio Ituarte, que se encargó de la

parte del concierto, recibió de parte de los artistas ó aficionados cuya cooperacion solicitó más de una negativa muy política, que reconocía por causa el temor que tenían al Gobierno, el que no vería con buenos ojos esa manifestacion de gratitud á los que contribuyeron á salvar á la patria del inminente peligro en que estaba.

Al fin pudo hacerse la funcion la noche del 4 de Enero de 1885 en el Teatro Arbeu, que fué convenientemente compuesto y adornado para aquel acto.

La concurrencia fué numerosísima y de todas las clases de la sociedad.

En el foro fueron colocadas las señoras organizadoras de la fiesta, los condecorados y los artistas que llenaban los números del programa.

Empezó aquello por el discurso oficial, pronunciado por la señora María Carmona de Fulcheri: fué corto; pero muy correcto, elegante y bien dicho; la simpática oradora recibió nutridos aplausos.

El Señor José Nava cantó una romanza; Figueroa arrancó á su violin magníficas armonías; las señoritas María Barrera, Piedad Parra, Victoria Projet y Guadalupe Victoria, así como la Sra. Trinidad Bustamante de Villar, hicieron oír sus agradables voces ó tocaron el piano.

Se tocó un paso doble compuesto para aquella solemnidad por la Sra. María Galicia de Chavero; y como el público se entusiasmara, dicha señora recibió la batuta de manos del Maestro Melesio Morales y dirigió personalmente la repeticion de la marcha.

La niña Guadalupe Sánchez, de seis años de edad, pronunció un pequeño discurso que electrizó al concurso por lo atrevido y bien dicho; bravos, palmadas y el Himno Nacional saludaron á la pequeña oradora.

¡Lástima que despues se la hiciese adular á los poderosos, abusando de las dotes oratorias que poseía!

Manuel Pérez Bibbins, aventajado alumno de Medicina, y que poco tiempo despues falleció cuando empezaba á revelarse un poeta, recitó la

siguiente poesía que inútil es decir el efecto que causó:

> Yo no canto á vosotros los temidos,
> Los que formais las leyes con la espada
> Sin tener más derecho que el del fuerte.
>
> Manuel Acuña.

¡Es el pueblo!....miradlo!....sus derechos
Reconoce por fin y se alborota,
Como la tempestad en el océano.
Basta de humillacion....se nos azota,
El látigo arrancad de aquella mano
Donde crüel y cobarde centellea....
Mirad el estudiante convertido
En apóstol bendito de la idea.
Patria de Hidalgo, patria de Morelos,
¿Humillas la cerviz? ¿Sufres el yugo?
Cuando altiva tu frente
Debieras elevar hasta los cielos;
La doblegas rendida ante el verdugo?
¡Si corre por las venas de tus hijos
La sangre mexicana;
Si el alma generosa de los héroes
En el azul del cielo
Resplandeciente brilla,
Rodaremos inertes por el suelo
Pero no doblaremos la rodilla!
Anima el corazon orgullo noble,
Entusiasmado lanza
La sangre juvenil que hierve dentro,
Fuerza potente precursora alcanza
Para llegar muy léjos de su centro.
Y la vida doquier se manifiesta
Y el entusiasmo crece,
Nuevo vigor el ánimo le presta
Y del temor la sombra desparece!
Aquel cerebro que ocupaban sólo
De ciencia los íntimos arcanos,
El misterio escondido,
Y el oscuro problema,

Por un momento los lanzó al olvido
Fijando sólo Libertad por lema.
Y la ciencia cayó porque el derecho
Inmarcesible, y fuerte, y vigoroso,
Se levantó de pronto en la conciencia
Pidiendo con acento poderoso
Primero libertad y luego ciencia!
Y rodaron los libros por el suelo
Y los labios callaron
Las técnicas palabras que vertían,
E indignados entónces protestaron
Contra el golpe fatal que recibían.
Y desatóse el anatema horrible
Contra el dominio que imponer pretenden,
Y resonó la maldicion terrible
Contra aquellas conciencias que se venden!
Y se alzó el huracan, negro, sombrío,
Contra la raza torpe y corrompida,
Que con delito sin igual, impío,
Por alzar un mendrugo
A la Patria indefensa y dolorida
Entregaba cobarde á su verdugo.
Y en una voz los labios protestaron,
Y en un grito vibraron los acentos,
Y frente á la traicion se colocaron
Los dignos y patriotas sentimientos.
En la patria querida
De Morelos, Hidalgo, Allende, Ocampo,
La voz de la conciencia
Fuerza será que resonando vibre,
Que quien sabe morir con entereza,
La manera conoce de ser libre!
Adelante! adelante! no ha concluido
La lucha de la fuerza y la consigna,
La lucha de la espada y de la idea.
Aun se impone la creencia
Sin obrar de otra suerte
Que la lucha brutal y la pelea,
Ejerciendo el derecho del más fuerte.
Más vive el pensamiento poderoso
Libre como el condor que tiende el vuelo,
Sereno y majestuoso

Por el azul purísimo del cielo.
Cual la gaviota que refresca el ala
En las salobres aguas de los mares......
En la conciencia libre
No hundirá la traicion la sucia planta,
Ni al retroceso se alzarán altares,
Porque entre sus recuerdos se levanta
La sombra augusta de Benito Juárez!
Y vosotras, patriotas mexicanas,
Que desde el fondo del hogar bendito
Animais nuestro anhelo;
Vosotras que llevais sobre la frente
El porvenir escrito
Con estrellas vivísimas del cielo:
Vosotras que esta noche
Demostrais lo que vale
Vuestro patriota corazon heróico,
Recibid la alabanza
Que de lo íntimo sale.
Estudiantes! Queridos compañeros,
Apóstoles benditos del progreso,
Bajo su insignia santa
Combatid decididos
Contra la hidra feroz del retroceso.
Juventud valerosa,
La prueba fiel de recibir acabas
Del entusiasmo que rebosa ufano......
Protesta fervorosa
Antes morir que contemplar esclavas
A las hijas del suelo mexicano.

México, Enero 4 de 1885.

La Srita. Guadalupe Castañares, aquella célebre colegiala que quería defender con su sangre á Batalla, tambien recitó una bonita poesía que deploro no poder dar, porque se extravió cuando me llevaron á Belen.

Comenzó la reparticion de diplomas y medallas.

La señorita Castañares llamaba por lista á los agraciados, que acudíamos doblando la rodilla ante la señorita Irma Carmona, la que nos prendía en el ojal de la levita la condecoracion, y recibíamos de manos de la señorita Varela el diploma correspondiente.

Dicen éstos:

"Diploma de la medalla de honor que las Señoras de México ofrecen al estudiante.... por su patriótico comportamiento en el negocio de la deuda inglesa.—Premio al valor, á la inteligencia y al civismo.

México Enero 4 de 1885.

Por la Junta de Señoras:

ANGELA R. DE CHÁVARRI.—MARÍA G. DE FULCHERI.—ASUNCION F. DE HEVIA.»

Las medallas, de plata, dicen: anverso:

«Las Señoras de México á los patriotas estudiantes.»

Reverso:

« Admiracion y gratitud. — Noviembre 20 de 1884.»

Muchos estudiantes fueron aplaudidos al recibir sus medallas, sobre todo, Sánchez Regalado, el herido de la calle de Victoria, que se presentó aun vendado el rostro, Silva y Valencia ya repuesto del machetazo que recibiera, Muro, el preso por tres ó cuatro días, etc,

El número total de estudiantes premiados fué de 92 repartidos de esta manera:

Alumnos	de	Jurisprudencia. .	19
,,	,,	Minería.	7
,,	,,	Preparatoria. . . .	24
,,	,,	Comercio..	7
,,	,,	Medicina.	16
,,	,,	Artes y Oficios. .	5
,,	,,	Bellas Artes.	7
,,	,,	Agricultura.	7
		Total	92.

Antonio Ramos Pedrueza, alumno de Jurisprudencia, dió las gracias á las organizadoras de la fiesta y á

todas las personas que tomaron parte en ella, á nombre de los estudiantes, en una brillante improvisacion.

La niña Asuncion Barbier recitó unos bonitos versos, alusivos al acto, y entregó á Batalla la corona de plata, semejando hojas de laurel, y lazos del mismo metal que finjían sujetarla. En ellos se leía esta inscripcion:

«Al jóven estudiante Diódoro Batalla y sus dignos compañeros.»

El agraciado pronunció unas cuantas palabras de agradecimiento y manifestó que creía interpretar la voluntad de sus compañeros, colocando la corona en la tumba de Juárez. (1)

Martínez López recibió tambien una corona de laurel, en cuyos lazos se leía: «Al demócrata estudiante Francisco Martínez López, un republicano español.»

Martínez López tambien pronunció algunas palabras y regaló su co-

---

(1) Efectivamente, el día 5 de Febrero de ese año se reunieron los estudiantes y en procesion fueron á San Fernando, colocando Batalla la corona en el sepulcro de Juárez.

rona á las señoras que dispusieron la funcion.

Al terminar, el Gran Congreso Obrero manifestó que entregaba unas medallas para que las señoras de la junta las entregaran á los Señores Vicente García Torres, [padre,] Victoriano Agüeros y Adolfo Carrillo, Directores respectivamente de los periódicos EL MONITOR REPUBLICANO, EL TIEMPO y EL CORREO DEL LÚNES por el patriótico comportamiento de ellos y de sus diarios en el asunto de la Deuda Inglesa.

La Sra. Chávarri cumplió con esa comision y personalmente fué algunos días despues á las redacciones de los periódicos aludidos á entregar á los agraciados las medallas y diplomas.

A la una de la mañana terminó aquella fiesta que tan satisfechos y ufanos nos dejó, en medio de atronadores aplausos y de los acordes del Himno Nacional.

El Gobierno quedó bastante disgustado de aquella manifestacion que la sociedad mexicana hizo á los estu-

diantes y periodistas enemigos de él, y prometió vengarse en la primera oportunidad.

Para no dejar olvidado nada, recordaré la inscripcion que un señor Santander compuso y publicó en los periódicos de aquellos días.

MEXICANIS. SCHOLASTICIS. QVIBUS.
DE. PERFIDO. HOPLITITE.
DE. HOSTE.
DE. DOLOSO.
AMPLISIME. HONESTISIME. ET. GLORIOSISIME.
XII. CALENDAS. DECEMBRIS.
A. M. DCCC. LXXXIV.
MEXICANO. AMORE. FLAGRANTES.
TRIUNPHARUM.
FRANCISCUS. SANTANDER. DURANGO.
PARENTAT.

Francisco Santander, de Durango, da el parabien á los mexicanos estudiantes que abrasados en amor patrio, triunfaron altísima, honradísima y gloriosísimamente del pérfido soldado armado, del traidor y del pernicioso extranjero, el 20 de Noviembre del año de 1884.



CAPITULO XXIII.

¡A LA CÁRCEL!

AQUEL año de 1885 era el último que iba á pasar en el Colegio.

Al echar una ojeada á través del tiempo pasado y recordar la época, ya remota, en que llegué á México lleno de rusticidad y pretensiones, me parecía un sueño todo lo que había pasado é increible se me hacía que con tanta rapidez hubieran pasado los años.

Y al tocar casi la realizacion de los ensueños, que cuando vivía en mi aldea se me figuraban imposibles, en vez de sentir aquella inmensa ale-

gría que en otras épocas me figuraba, sentía una tristeza y una melancolía inexplicables y á ratos hubiera querido detener al tiempo en su carrera para que no llegase tan presto el fin de la vida de estudiante.

Hubiera querido que mis compañeros tanto del Colegio como de la colonia de la Cerbatana, de los cuales muchos se habían dispersado en cinco ó seis años, siempre hubieran continuado unidos: veía llegar el día en que todos los que seguíamos el mismo curso y á los que veía ya como mis hermanos, íbamos á abandonar el Colegio y seguir distintos caminos.

Ya no sufriría yo las travesuras de Escandon, ni oiría los versos de Lazo; Batalla partiría para las ardientes playas de Veracruz, Gordillo y Cancino se encerrarían en sus bufetes: Paco Merino dejaría de chulear á todas las colegialas de la Encarnacion, Robles llegaría á ser Magistrado en Guanajuato, Ernesto Gutiérrez tornaríase más meditabundo; y yo acaso iría á empolvarme en mi aldea ó me quedaría en México para ser

uno de tantos abogados sin pleitos. (1)

Preocupado con estas ideas tristes asistí el 7 de Enero á la apertura de las clases y escuché, sin fijarme, el discurso que pronunció Don Jacinto Pallares.

Era mi profesor Don Blas Gutiérrez, el famoso Don Blas, antiguo guerrillero y hombre más hecho para usar chaqueta y jarano, que levita y sombrero de copa; dotado de una memoria asombrosa y de una paciencia á toda prueba, había dado cima al inmenso trabajo de clasificar nuestras numerosas leyes de procedimientos y de reunirlas en diversas obras, donde al lado de los preceptos legales se veían juicios críticos, breves, concisos y enérgicos de todos los hombres del tiempo de la Reforma y desahogos de todo género contra tal ó cual individuo.

Su lenguaje y maneras eran como sus obras: con frecuencia inter-

[1] Ya falta uno de los que acabamos en 1885: Alberto Arellano, que murió en Mayo de 1895, cuando aun estaba jóven y lleno de ilusiones.

calaba en la más séria explicacion, alguna narracion de sus campañas ó su opinion sobre determinada persona, que por lo general no quedaba muy bien parada.

¡Guay del discípulo que no supiese la leccion ó que no prestase atencion profunda á sus explicaciones! Ya podía esperar que no olvidaría Don Blas esa circunstancia y que tarde ó temprano la tomaría en cuenta.

Ese era Don Blas. Lleno de defectos y cualidades, pero en extremo simpático por su independencia, su energía de carácter y su corazon franco.

Yo tuve pocas ocasiones de hacerme notable para con él, por fortuna; pero la circunstancia de que fuí á su casa á comprar su costosa obra me atrajo su simpatía y me evitó muchos malos ratos.

Aquel año, sin embargo, cambió mucho segun opinaban algunos, y el buen trato que en general nos dió fué debido, en sentir de muchos, á la actitud que tomamos cuando *la deuda inglesa*.

Y ya que he vuelto á hablar de ese episodio, bueno será que dé á conocer algunos sucesos relacionados con él.

Por aquellos días volvíase á hablar del asunto: corrían rumores de que los tenedores de bonos insistían en tener un arreglo con el gobierno; las noticias que llegaban de Lóndres eran alarmantes, los diputados independientes preveían que la lucha aun no había concluido y los estudiantes guardaban vivo el recuerdo de sus pasadas glorias.

Harto lo demostraron en el recibimiento que se le hizo á Don Justo Sierra el primer día que se presentó en la Preparatoria para dar clase de Historia.

De varias maneras habíase manifestado á este señor la mala voluntad que se le tenía: se borró su nombre de la lista de socios del Ateneo; se le previno por la prensa que renunciase la cátedra que desempeñaba, y todos los días recibía de sus antiguos discípulos significativas muestras de desvío.

Pero insistió en seguir enseñando la Historia y así le fué. La mañana en que debía comenzar su clase era pequeña la vasta Escuela para contener á tanto estudiante; desde la puerta del *Colegio grande* hasta el corredor más alto materialmente se podía andar sobre las cabezas; la indignacion se veía pintada en todos los semblantes y el Director Don Alfonso Herrera y los prefectos, temerosos de que el menor incidente la hiciese estallar, con suma prudencia procuraban guardar el órden.

—¡Ya está ahí! gritó de repente una voz y como por encanto cesaron los mil murmullos y conversaciones y todos dirigimos ansiosos la vista á la puertecilla lateral por donde Sierra debía entrar.

Apareció al fin, precedido, rodeado y seguido de preceptores y prefectos: su rostro estaba densamente pálido, sus manos crispadas arañaban involuntariamente el paño de su levita, su boca se entreabría á impulsos del monólogo mudo á que se entregaba, y su mirada desvanecida an-

te aquella muchedumbre era vaga é incierta; caminaba lenta y dificultosamente y tal parecía que iba á caer.

Al aparecer, un ¡muera! unánime, atronador, inmenso saludó á aquel hombre, aniquilándolo, ensordeciéndolo, haciéndolo vacilar más aun y dibujando apénas en sus convulsos labios una sonrisa de rabia.

Con mucho trabajo abrían una estrecha valla los prefectos é inútil era el empeño del Director por hacernos callar: conforme Sierra avanzaba, la gritería, si se quiere, era más intensa é imponente.

Al llegar Don Justo al primer peldaño de la escalera donde lo esperaba Don Alfonso, una cáscara de fruta hábilmente arrojada llegó al carrillo derecho del profesor de Historia, dándole tremenda y bochornosa bofetada.

Volvióse echando llamas por los ojos y dispuesto parecía á medir sus puños con el que lo insultaba, cuando una pedrada seguida de otras varias bien dirigidas le tocaron á la vez, le hicieron volver la cabeza rápida-

mente en diversas direcciones y lo *encantaron*, como dicen los muchachos.

Don Alfonso levantó la voz, y llegó ¡cosa rara! hasta á gritar, pero sin éxito: Sierra dobló la cabeza agobiado por aquella manifestacion, apresuró el paso y se refugió en la Secretaría.

¡Pobre hombre! él fué acaso, de todos los que tomaron parte en el negocio de la deuda inglesa, el que más caro pagó ese participio.

Los gritos, que no cesaron en tanto que subió la escalera, fueron apagándose y á poco, y cuando se tuvo la seguridad de que ninguno de los alumnos de Historia asistiría á clase, cesaron por completo y empezamos á abandonar en desórden la Preparatoria.

Al tercer día se repitió la manifestacion, aunque no fué de la magnitud del primero y se obligó á los becas á concurrir á la cátedra bajo pena de perder la beca.

Por algun tiempo, ningun alumno asistió á la clase de Don Justo Sie-

rra por más que se emplearon los ruegos, las amonestaciones y las amenazas; aquel profesor tenía que andar siempre acompañado por los corredores, pues eran frecuentes las manifestaciones de desprecio que recibía y los silbidos y ¡mueras! con que era saludado.

Al fin, el cambio de Director hizo á los alumnos de ese año concurrir á Historia.

Aunque Don Alfonso Herrera era querido y apreciado por todos los preparatorianos, su carácter débil y complaciente lo hacía poco apropósito para tratar con unos muchachos que orgullosos de su triunfo de Noviembre se creían invencibles y dispensados de guardar miramientos de ningun género á nadie.

Unido esto á los frecuentes desórdenes que había en la Preparatoria y á que Sierra, profundamente herido en su amor propio por las silbas continuas que recibía, hiciese lo que pudo por que se estableciese la disciplina en el Colegio, motivaron la separacion del puesto de Director de Don

Alfonso Herrera y que lo sustituyera el Lic. Don Vidal de Castañeda y Nájera.

Este señor alguna vez dijo que él reorganizaría la Escuela y pondría en cintura á los muchachos.

Esta circunstancia, así como la de que por entónces Don Vidal tenía el grado de Coronel por desempeñar un empleo en la Suprema Corte de Justicia Militar, hizo que en lo de adelante no se le conociera con otro nombre que con el satírico de *el Coronel de los muchachos.*

Cumplió lo ofrecido, pues empezó á decretar tal número de expulsiones, castigos y disposiciones que parecía que para los preparatorianos había llegado la época del terror y de grado ó por fuerza tuvieron que someterse al régimen semi-militar impuesto por *el valiente coronel.*

Al poco tiempo, más que un plantel de estudios preparatorios, parecía aquello una escuela de primeras letras, y las pocas veces que tuve ocasion de presentarme por ahí, figuréme estar en la escuela de mi al-

dea y con disimulo buscaba por debajo de los faldones de la levita de Don Vidal la palmeta y las disciplinas de Don Serapio, con quien le hallaba un parecido extraordinario no sé por qué causa.

Tambien en la Escuela de Minería hubo una manifestacion, si no tan tumultuosa como en la Preparatoria, sí tan elocuente: el día que Don Francisco Búlnes se presentó á dar su clase, los alumnos lo recibieron silenciosamente, no contestaron al saludo que les dirigió y no entraron á la cátedra.

Búlnes salió humillado y por algun tiempo no dió clase por no tener discípulos, hasta que poco á poco y por medio del convencimiento volvieron á concurrir al curso.

En nuestra Escuela las cosas pasaron de distinto modo: ahí no había ningun profesor diputado y por lo mismo no nos vimos en el duro trance de tener que recibirlo mal; además, con el prefecto sordo y el Director valetudinario disfrutábamos de gran libertad y cualquier ataque que á

ella se hubiera dado habríamos puesto el grito en el cielo y acaso hubiéramos sabido defender mejor nuestros derechos que los otros estudiantes.

Mas aconteció que falleció Don Simeon Arteaga y entramos en cuidado no sabiendo quién sería nombrado Director. Los de Jurisprudencia, por motivo de la clase de estudios á que estábamos dedicados, éramos los más alzados y los que más quehacer habíamos dado al Gobierno, organizando los motines, creando el Comité Central, convocando el tercer Congreso de estudiantes que se mostraba bastante celoso y colaborando en los principales periódicos oposicionistas, que hacían cruda guerra al Gobierno del General Díaz.

Por todo esto nos calculábamos que el nuevo Director que nos pusieran había de ser uno que supiera fajarse bien los calzones y nos cortara los vuelos.

Cuando supimos que había sido nombrado el Sr. Lic. Don Justino Fernández quedamos contentos y aun

le preparamos un espléndido recibimiento, adornando la Escuela y el salon de actas, sacando nuestro estandarte hasta el vestíbulo y vitoreándolo en el momento en que pisó los umbrales de la puerta.

La razon era obvia: Don Justino había sido uno de los diputados que votaron en contra del arreglo de la deuda inglesa y uno de los ídolos de los estudiantes por su energía é independencia de cáracter en aquellos días memorables. Creíamos que todo el monte era de orégano, que en nada cambiaría el Director la organizacion del Colegio y que podriamos contar con él en caso dado; pero nos salió la criada respondona, pues no pasó mucho tiempo sin que saliéramos de nuestro error.

Los discursos que se pronunciaron aquel día versaron sobre temas de las jornadas de Noviembre, y Don Justino conmovido prometió nuevamente estar siempre del lado del derecho y de la justicia.

Por de pronto nada cambió en el Colegio y nos felicitábamos ya de

que tan buen Director nos hubiera tocado en suerte, cuando los sucesos de Julio vinieron á revelarnos la triste realidad.

Daré una ligera idea de la situacion política.

Aunque no se tenía grandes esperanzas de que el General Díaz hiciera muchas cosas, sí se deseaba que ocupara el poder para que acabara la desprestigiada administracion del General González y cambiara la situacion.

Muy poco, pero en fin, algo cambió esta; los contratos ruinosos dejaron de ser frecuentes, los empleados públicos volvieron á ser pagados con puntualidad, el comercio tuvo más desahogo y la tranquilidad empezó á renacer.

Sin embargó, no se hacía la justicia que la Nacien entera hubiera querido para los grandes culpables de la pasada época, y la deuda inglesa todavía era motivo de preocupaciones: pasó el período de sesiones de Abril y Mayo sin que se tratase del asunto; pero al cerrarse el Congreso

en 31 de Mayo se concedieron al Ejecutivo facultades amplias en materia de Hacienda. Esta autorizacion que pasó casi desapercibida, algunos la juzgaron hasta necesaria, dado el desórden en que estaba el Erario; sin embargo, nadie creyó que se llegase á hacer uso de esas facultades para reconocer sin discusion de ninguna clase, sin consultar á la Cámara, negocio tan grave.

Cierto es que no podía esperarse mucho de la nueva Administracion inaugurada en Diciembre de 1884.

Desde el pasado gobierno habíase reformado el artículo 7° de la Constitucion en el sentido de suprimir el fuero de imprenta y de someter desde luego á los escritores á la jurisdiccion de los jueces comunes; no obstante, Don Manuel González apénas persiguió á los periodistas á pesar de la franqueza con que hablaban de él; pero los nuevos gobernantes se dieron prisa por reprimir á la prensa y empezó el Calvario de los escritores independientes, Calvario que dura aún y que durará por mucho

tiempo y que en diversas épocas como en 1885 y 1893 llegó á ser demasiado pesado.

Gándara de Velasco de EL PABELLON ESPAÑOL y Francisco J. Carrasco, Director de EL ESTUDIANTE, fueron las primeras víctimas; Gándara, por un artículo vehemente, fué reducido á prision por el Juez Arnaiz que llegó á hacerse célebre por su ensañamiento para con los periodistas.

En cuanto á Carrasco tenía sobre sí los graves delitos de haber compuesto una pieza de música llamada «La deuda inglesa,» y de haber hecho público el suceso, cierto, de que un conocido Magistrado había maltratado de la manera más inícua á un desgraciado hombre del pueblo en la vía pública (1). El Magistrado llevó á la

[1] El Magistrado aquel despues fué diputado, y acusado en cierta ocasion, fué desaforado y reducido á prision por varios meses; hoy está completamente olvidado y carece de influencia. En cuanto á Carrasco, algun tiempo despues compuso una danza llamada "¡Ay qué facha!" que denunció el aludido Magistrado por creer que se refería á él el grabado de la carátula: algunos meses despues Carrasco compuso otra titulada "¡Llueven palos!" y al fin fué asesinado en su casa de Mixcoac, de una manera misteriosa y que aun no puede averiguar la justicia.

cárcel al periodista y algun tiempo fué éste huésped de Belen.

Por aquellos días tambien ocurrió un suceso que conmovió hondamente á la opinion pública y que por un momento le hizo creer que había sonado la hora de la justicia nacional para los grandes culpables: en la sesion de la Cámara de Diputados de 28 de Mayo, el Congreso no aprobó, con aplauso general, la cuenta que del año fiscal de 1882 á 1883 presentó el Ejecutivo, y por tanto, el Ministro de Hacienda de aquella época, el General Miguel de la Peña, el famoso hombre *austero y sencillo*, quedó á disposicion del Gran Jurado.

Pero aquel acto no tuvo consecuencias algunas y sólo se hizo por calmar algo la opinion pública: la oposicion volvió á recrudecerse y atacar al Gobierno con bizarría: EL MONITOR, EL TIEMPO, LOS ESTUDIANTES, EL VALEDOR, EL ESTUDIANTE, EL PRECURSOR POLITICO y algunos otros periódicos criticaban á diario los actos del Gobierno, pedían á gritos la renuncia de todo el Ministerio ó cuan-

do ménos la de Don Manuel Dublan, encargado de la cartera de Hacienda, y no dejaban de suscitar tropiezos á la Administracion y alarmarla, pues en todo el país reinaba grande agitacion y se comentaban de mil modos los artículos de la prensa de la Capital que era leída con avidez aun en las más insignificantes poblaciones.

Además, las dificultades con que luchaba el Gobierno por la falta de recursos, hacían que remunerara tarde y mal á sus empleados y que no atendiese como debía á todas las exigencias que tenía.

Días hubo en que se creyó inminente una revolucion, y la noticia del pronunciamiento en Tepic, que al fin resultó falsa, fué acogida hasta con júbilo, pues se creyó que era el principio de una era que aunque preñada de calamidades, haría cambiar la situacion.

Los impuestos nuevos se sucedían unos á otros con espantosa rapidez: la ley de dotacion del fondo municipal causó disgusto general; las mal llamadas economías del Gobier-

no no eran eficaces para cubrir el déficit siempre en aumento; las rentas de las aduanas estaban enajenadas, y el Gobierno, comprendiendo que de la arruinada Nacion no podía ya humanamente obtener más recursos, pensó hallarlos en el exterior por medio de un empréstito.

Pero era difícil que los banqueros europeos quisieran dar su dinero despues de lo que había pasado con el primer empréstito que contrató México independiente y exigían el previo reconocimiento y pago de sus créditos; además el Gobierno mexicano, en su ahínco por reanudar las relaciones diplomáticas con la Gran Bretaña, se obligó, como ya dije, á reconocer y pagar *la deuda inglesa*, esas relaciones hubiera sido mejor dejarlas interrumpidas, porque nos han salido muy costosas, y fueron y son el orígen de muchos males que por largo espacio de años resentirá México.

Este cúmulo de circunstancias fatales, llevaron al Ministro Dublan á dictar y al Presidente á consentir,

en las siempre famosas leyes de 22 de Junio de 1885, expedidas en virtud de las facultades extraordinarias de antemano decretadas; esas leyes decretaron la suspension de los pagos que hacían las aduanas á Empresas ferrocarrileras y á otras; la reduccion de los sueldos de los empleados públicos y la consolidacion de la deuda de la República.

Hasta el lúnes 29 de Júnio, que empezó á insertarlas el DIARIO OFICIAL en sus columnas, no fueron conocidas del público. La alarma y el asombro que causaron sus disposiciones fueron inmensos; las grandes empresas, que atravesaban por una penosa crísis, de un golpe fueron privadas de las subvenciones que bien ó mal decretadas, tenían derecho de percibir; los empleados veían disminuir los sueldos, irregularmente pagados, que disfrutaban, cuando apénas empezaban á reponerse de la terrible dieta de diez meses á que se vieron reducidos durante el año anterior: y por último, la nacion estupefacta, veía aprobada de súbito esa odiosa deuda inglesa

contra la cual se había pronunciado en masa en Noviembre de 1884.

No podíamos creer lo que veíamos y no nos cansábamos, como nadie se cansaba, de comentar aquel suceso. En las plazas, calles, paseos, teatros y corrillos; en las oficinas, escritorios, colegios, aulas; en los cafés, en los hogares; en todas partes, en fin no se hablaba de otra cosa que de aquella conversion y consolidacion que había venido á sorprendernos tanto como un rayo que se desprende de un cielo azul y sereno.

La prensa por su parte empezó á atacar esas leyes con toda la energía que requería el caso; y los estudiantes formando corrillos en los corredores de nuestros Colegios nos preguntábamos con inquietud: «¡Qué harémos!»

—Una manifestacion imponente, opinaban algunos.

—Una protesta general, decían otros.

Y la idea de la protesta fué tomando cuerpo, pues se temió que la manifestacion no fuese imponente, tanto por los individuos que tenían que

formarla, como porque al fin resultase ridícula al ser dispersada por los sables de los dragones que entónces si darían de filo y no de plano, y pegarían de duro.

El sábado cuatro de Julio, estando yo en la mañana en la casa del Lic. O'Horan á donde fuí por casualidad, ví llegar á dos ó tres estudiantes, otros tantos periodistas y abogados, que empezaron á tratar del asunto de la protesta y de los términos en que había de redactarse.

Pronto quedamos de acuerdo y yo, que inconscientemente hacía de secretario, con mi mejor letra escribí el original que se llevó luego á la imprenta de Benito Nichols en la calle de San Francisco.

Llegué al Colegio para asistir á clase y desde luego me llamó la atencion la agitacion que reinaba en el vestíbulo y en los corredores bajos, que eran los en que estaban las clases.

—¿Qué sucede? le pregunto á Atanasio el portero, que despavorido iba y venía por su cuarto lleno de estudiantes.

—Quién sabe qué dice EL MONITOR, que se han puesto muy enojados los *niños*, me respondió el buen hombre.

(Miéntras éramos estudiantes así nos llamaba Atanasio; pero ya en cuanto terminábamos el sexto año, nos daba el título de «Señores Licenciados.»)

—¿Qué ocurre? le dije á Serafin Azcué que era el que más cerca estaba.

—Que por estar perdiendo el tiempo en decir lo que hemos de hacer nos estamos poniendo en ridículo, contestó muy agitado Juan Uribe.

—Y ya EL MONITOR se ocupa de nosotros; mira, Guillermo, agregó Feliciano, dándome el periódico.

Empiezo á leer: «*La deuda inglesa*»...... este artículo merece conservarse porque fué la causa de la prision de Enrique Chávarri, el popular Juvenal, y unido á nuestra protesta, el cuerpo del delito por el que se nos sentenció. Dice así: (1)

---

(1) Despues del tiempo que ha pasado, ésta y las inserciones siguientes han perdido el carácter subver-

«*La deuda inglesa.*—¡La deuda inglesa ha sido aprobada! en peores condiciones en que con las que se presentó en el Congreso durante la Administracion pasada.

¿Qué se hizo del Rey Don Juan?
¡Los infantes de Aragon,
Qué se hicieron?

«¿Dónde están los estudiantes, dónde los obreros, dónde los faroles hechos pedazos, dónde los gritos, dónde los disparos de la tropa, dónde las protestas de los Ayuntamientos?

¿Qué fué de tanto galon?
¿Qué fué de tanta invencion
Como trujeron?

«¿Qué se hicieron las flores arrojadas por las damas desde los balcones, qué se hicieron las medallas, las procesiones cívicas, las coronas, los *bouquets* y el ruido de los aplausos?

Las juntas y los torneos,
Paramentos, bordaduras
Y cimeras.

«¿Qué se hicieron los discursos de los diputados, qué se hizo el jura-

---

sivo que entónces se les atribuyó; tanto por esa causa como porque cada dia son más raros los periódicos que las contienen, las inserto en esta obra.

mento de Viñas? ¿Qué se hicieron los discursos de Juan Pablo de los Ríos y de Duret, qué del bélico entusiasmo de Justino Fernández?....

Fueron sino devaneos,
¿Qué fueron sino verduras
De las eras?......"

En otra columna del mismo número del MONITOR, se encontraba este otro párrafo:

«*La deuda inglesa.*—El gobierno actual acaba de poner el sello á sus abusos aprobando la deuda inglesa como mejor le ha parecido.

"Este un es negocio inícuo.

«Es el contrato Sheridan que ni el mismo González quiso aprobar.

«Estos hombres legislan y disponen del porvenir del país con tanta ligereza como arbitrariedad.

«¡Cuidado!»

—Tiene razon EL MONITOR en preguntar que qué nos hemos hecho y en vernos *chuela*, dijo uno de los del grupo, agitando furiosamente las manos y hablando en alta voz: parece que tenemos miedo y que nos hemos dormido sobre nuestros laure-

les; creerán las gentes que ya no somos los mismos de Noviembre ó que estamos vendidos....

—¡Eso no! gritó otro, que hoy por cierto es furibundo gobiernista y sentiría rubor si leyera aquí su nombre; es preciso gritar muy recio, protestar, asustar al Gobierno, romper muchos faroles y levantar á la Nacion en masa contra esa ley. ¡Muera la deuda inglesa!

—¡Muera! respondieron los cincuenta ó sesenta estudiantes que discurrían por ese vestíbulo y los corredores, y este grito, oyéndose hasta la calle, hizo que dos gendarmes de la esquina y dos policías secretos, entrasen en curiosidad, y poniéndose en movimiento, al pasar por el zaguan lanzasen al disimulo una mirada para adentro.

—Si siguen espiando esos *soplones* los bañamos en la fuente, dijo Aurelio M....

Los policías, que oyeron la receta, tomaron prudentemente el partido de no quitarse más de la esquina por más gritos que oyeran.

Los pocos profesores que estaban en clase, al oir los gritos, procuraron terminar cuanto ántes y abandonaron á gran prisa el Colegio, saludando al paso y con profundas caravanas á los estudiantes reunidos en grupos.

Mucho hablamos, pero nada se arregló.

—¡Ese Congreso que nada hace! era bueno restablecer el Comité que funcionaba en Noviembre, pues como era netamente revolucionario procedía siempre con energía y diligencia, y no como el Congreso, que es más bien conservador.

Pero la idea no tuvo mucho éxito, porque la mayoría de los alumnos éramos partidarios del Congreso; y sobre todo, porque no había allí verdaderamente quien organizara el motin.

Salimos á recorrer las calles y á escuchar lo que se decía, que como era natural se relacionaba con la ley de conversion.

En las demás Escuelas ocurrían escenas parecidas: gritos, protestas, proyectos descabellados y nada más.

En la tarde me dí una vuelta por la imprenta en compañía de Batalla, correjimos las pruebas de las protestas y quedamos en volver al siguiente día: arreglamos en seguida la manera como había de pegarse en las esquinas y de repartirse en los lugares más concurridos, ajustando á uno de los pegadores de carteles de teatro, llamado Azpeitia, y nos separamos esperando los acontecimientos.

Al obscurecer me dirigí al Café del Ecuador, que estaba atestado de estudiantes que comentaban los sucesos del día: un individuo de la reservada que estaba arrinconado cerca del mostradór y había pasado inadvertido, apénas fué conocido tuvo que salir de ahí casi huyendo, pues se penpensaba hacerle pasar un mal rato.

En la noche fuí á ver á mis *amigos* los *pelados* del barrio de la Palma y me los encontré dispuestos á hacer una barrabasada á la menor indicacion: procuré calmarlos por esa noche y ya no me ocupé más de asuntos que no me interesaban gran cosa.

El domingo, ántes de ocuparme de mis asuntos particulares, fuí por unas pruebas de la protesta á la imprenta, y se las llevé á Adolfo Carrillo para que aquella saliera en la tarde, en su periódico EL CORREO DEL LÚNES.

Ya estaba tirado el *blanco* y en él había un artículo titulado "Desbarajuste," que contenía lindezas por el estilo de estas:

"Si el gonzalismo se manifestó osado despreciando la opinion pública, el porfirismo se manifiesta cruel burlándose de ella. Entre esos dos ultrajes, embozado el uno, cínico el otro, no sabemos por cuál optaría la Nacion.

"Ese golpe financiero no puede ser más alevoso y felino.

"Ese decreto es una puñalada de pícaro.

«La prensa independiente tiene el deber de dar el grito de alarma; ya que los estudiantes han desaparecido y las sociedades de obreros no parecen, hacemos un llamamiento al civismo mexicano para que organizan-

do *clubs*, pueda discutirse en cada centro de reunion un asunto en el que está comprometida la honra nacional.»

Le dejé la protesta, que me prometió saldría ese día, y por el camino busqué El Monitor; me encontré un parrafito de gacetilla bastante bueno:

"*La deuda inglesa.*—Atónito se ha quedado el pueblo al leer la ley de 22 de Junio que aprueba la odiada deuda inglesa.

"Los sátrapas porfiristas acaban de demostrar que son más audaces que González, más arbitrarios que aquel que desde Guanajuato observa con mefistofélica sonrisa lo que está pasando.

"La deuda inglesa ha sido aprobada! esta noticia es tan grave que todavía el pueblo no vuelve de su sopor, todavía no estalla el primer grito de indignacion: se ha quedado mirando de hito en hito al Gobierno, pareciéndole imposible tamaña monstruosidad.

"¡La deuda inglesa ha sido aprobada!

"Desde el lúnes, día en que en las columnas del DIARIO OFICIAL apareció la ley Dublan. se ha dejado sentir un silencio imponente, la prensa no habla todavía, el pueblo comenta esa enormidad, y hasta ahora sólo sé escucha en todos los círculos esta frase:

«¡La deuda inglesa ha sido aprobada!»

Por, fin á las cinco de la tarde, la protesta de los estudiantes, húmeda aún, se repartía profusamente en los teatros, paseos, circos, cafées y calles, y era fijada en las esquinaś, donde el público se agrupaba para leerla.

Por pura casualidad he podido tener un ejemplar ahora; pues los que guardaba cayeron en poder de la policía al ser conducido el 5 de Julio á la Diputacion.

Héla aquí:

PROTESTA AL PUEBLO.

«Con fecha de 22 próximo pasado, el Presidente de la República, con acuerdo unánime del Consejo de Mi-

nistros, promulgó por conducto del Ministerio de Hacienda, la ley para hacer efectivos el arreglo y conversion de la deuda inglesa.

"Como la mencionada ley, léjos de disminuir los gravámenes que resiente el pueblo, hace al contrario, pesar sobre él cargos que además de ser inícuos son excesivamente humillantes para la nacion entera, los suscritos nos vemos en la imperiosa necesidad de protestar con toda la energía que demanda nuestra dignidad de mexicanos, contra semejante ley, que sin duda alguna es uno de los atentados que se registran en la historia de los gobiernos tiránicos y arbitrarios.

"En efecto, por la mencionada ley se aprueba el proyecto de reconocimiento de la Deuda Inglesa, cuya reprobacion en Noviembre próximo pasado se escribió con la sangre del pueblo, y casi en los mismos términos en que el odioso gobierno de González tuvo la osadía de proponerlo á la Representacion Nacional.

"Hoy con pena tenemos que convenir en que aquella osadía se ha con-

vertido en desvergüenza, desde el momento en que con frases más ó ménos hipócritas y embozadas, fingiendo un respeto á la voluntad nacional que se está muy léjos de comprender y mas todavía de sentir, y aun usurpando el Ejecutivo facultades que en manera alguna le corresponden ni pueden corresponderle, sino que son exclusivas del poder Legislativo, se atreve á inferir á la Nacion el terrible insulto de entregarla impotente y abatida á merced de unos cuantos especuladores extranjeros, que olvidando todos los beneficios que han recibido del generoso pueblo mexicano, pagan hoy esos beneficios con pretender convertirlo en pasto de su voraz apetito.

"Semejante atentado.........codicia tan insaciable por parte de los especuladores, son hechos que no podemos ni debemos consentir, no sólo con el carácter de ciudadanos mexicanos, sino tambien como un justo acatamiento al deber que ante la sociedad hemos contraido en nombre del porvenir.

"En tal virtud, y en la imposibi-

lidad en que ahora nos encontramos de impedir por nosotros mismos los efectos de tan odiosa ley, nos limitamos á protestar en nuestro nombre, esperando que el pueblo de la República secundará nuestra protesta con la energía y patriotismo que deben ponerse al servicio de intereses tan sagrados.

"México, Julio 3 de 1885.—*Varios estudiantes.*»

Aunque la policía estaba sobre aviso y procuró recogerla inmediatamente, la protesta tuvo tiempo de circular por toda la Ciudad y en la noche ya la conocía ó la tenía todo el mundo: además, EL CORREO DEL LÚNES, que la insertó, acabó de darla á conocer, teniendo por esta circunstancia una venta extraordinaria.

Aunque todo México se esperaba una demostracion de esta clase ó parecida, de parte de los estudiantes, causó bastante sensacion la protesta y formóel tema de las conversaciones aquella noche.

A la salida del teatro pude escu-

char parte del diálogo que dos altos personajes en política sostenían en el pórtico.

—¿Ya leyó usted la protesta de los estudiantes? decía el uno al otro.

—Sí; al entrar me la dieron.

—¿Y qué opina usted de ella?

—Que son cosas de muchachos; están creyendo que ahora es como ántes, y se equivocan.

—Sin empargo, pueden promover algun tumulto......

—Ni eso siquiera: al que grite á la cárcel; al que proteste á la cárcel, y con ese procedimiento, á los tres días ya no chistan. ¡Quedábamos frescos con que se nos impusieran unos mocosos!...... ¿Vámonos?

—Vámonos.

La receta aquella de alojar en Belen á los que habían protestado no me agrado nada; pero como lo que había yo hecho ya no tenía remedio, guardé mi desagrado debajo de la almohada y dormí como un bendito hasta otro día á las ocho que Mondragon fué á despertarme muy asustado.

—¿Qué te pasa, hombre, que me

vienes á despertar de esta manera? le dije volteándome del otro lado.

—Que está la cosa grave, me respondió.

—¿Pero por qué?

—Ya vino la policía buscando á no sé quién creo, que á Adolfo Paz.

—¿Y se llevó á alguno?

—Á nadie; pero se ha instalado allí enfrente. Además, se dice que van á llevar á la cárcel á todos los que protestaron y que los mandarán á Yucatan.

—¡Ah diantre! exclamé saltando de la cama al oir esto; eso no estaba en mi libro; sabía yo ya que iba á dar á la cárcel; pero no que iría á Yucatan, y eso sí no me gusta.

—¿Pero tú por qué, compadre Guillermo? me preguntó estupefacto Mondragon.

—Bárbaro! porque yo escribí la protesta.

—¿Y qué hacemos ahora? ¿qué hacemos?

—Que me largo á mi tierra aunque me dé una paliza mi padre; pero no entro á la cárcel.

En un santiamen estuve vestido y arreglado; hice balance de mi capital, que no llegaba á diez duros.

—Yo tengo la *mesada* casi completa, compadre, tómala, me dijo Asuncion, que había entrado y estaba ya al tanto de la situacion.

—No, le respondí, á ustedes les hace falta; veré el dinero que tiene el zorro de Feliciano y si no alcanza pido lo que necesite en el «Puerto de Liverpool.»

Despues de desayunar, salí con alguna desconfianza de la casa, fuí á la Escuela donde se notaba gran agitacion, no asistí á las clases y me dirigí á la Alameda, donde estaba seguro de hallará mi paisano, que á la sazon se ocupaba de enamorar á una niña conocida de todos los estudiantes.

Lo hallé en la calle de los zopilotes.

—Necesito que me prestes todo el dinero que tengas, pues me voy á mi tierra.

—¿Pues qué pasa?

Lo puse al corriente de la situacion y me dió la llave de su cómoda

para que tomara el poco dinero que allí tenía.

No alcanzándome esa suma para el viaje, fuí al cajon de Liverpool, donde con trabajos me entregaron cincuenta pesos, pues mi cuenta en los últimos meses había crecido considerablemente.

Como por curiosidad entré á la Diputacion y charlé con varios amigos; nada extraño noté en las oficinas del Gobierno del Distrito y ya más tranquilo fuí á hacer algunas compras y regresé á la casa, creyendo que, al ménos ese día, no sería aprehendido.

Asuncion ya había arreglado lo que había de llevarme yo, y en tanto que llegaba la hora de tomar el tren en la Estacion del Central, decidí no salir á la calle.

Comí, dormí la siesta y á eso de las cinco de la tarde, cuando ya iba á arreglarme para irme, se presentaron tres policías secretos que sin muchos preámbulos se entraron hasta mi cuarto y me intimaron la órden del Gobernador.

En vano protesté é invoqué garantías; inútilmente algunos estudiantes trataron de convencer á los agentes y Asuncion hablaba de écharlos al pozo; pidieron auxilio á otros dos que habían quedado en el zaguan y por la oposicion de los vecinos casi á fuerza me sacaron, me condujeron en un coche á la Diputacion y me llevaron al patio comun de los presos.

En tanto que esto hacían tres, los otros dos revolvían mi habitacion de arriba abajo, rompían lo que encontraban y se llevaron los papeles que les parecieron.

En la Diputacion pasé dos noches y un día insoportables, hasta que el miércoles fuí conducido á Belen, en compañía de los demás presos.

Al oir cerrarse tras de mí la fuerte reja de hierro de la cárcel, no pude ménos que murmurar, y con mucha razon, pues el dicho me venía de lleno:

—¡A lo que llegan los hombres por sus letras!

CAPITULO XXIV.

—

¡La Psicología!

Cuando conducido por tres genízaros entré á la Diputacion la tarde que me aprehendieron, lo primero que ví al entrar al patio fué al Lic. Ricardo Ramírez.

—¿Usted por aquí, señor Licenciado? le dije admirado.

—Sí, mi jóven amigo, me respondió, la libertad me ha traído á este sitio.

Mi admiracion creció de punto al ir viendo á Juvenal, á Adolfo Carrillo, al *Chango* O'Horan, Director del popular Valedor, á Adrian de Garay, Batalla, de los Ríos, José R. del Castillo y algunos otros.

Desde el primer momento co-

menzamos á sentir todo el rigor de la suerte que se nos tenía deparada: á pesar de nuestras manifestaciones fuimos materialmente obligados á bajar al inmundo patio comun y á confundirnos con la hez de los criminales y con la peor canalla allí encerrada.

En obsequio de la verdad y para vergüenza de nuestros carceleros, los presos nos trataron mejor que las autoridades y aun nos miraban con respeto, comprendiendo que no nos había llevado á hacerles compañía ningun delito ni acto bochornoso, sino la prevencion y mala voluntad del Gobierno.

La noche se acercaba y aunque calculábamos que nuestras familias y amigos nos habían enviado los colchones y ropa indispensable para pasarla lo ménos mal posible, no se daba traza ninguna á enviarnos á otro departamento ménos asqueroso.

A eso de las ocho, el Gobernador dispuso que Juvenal, Ramírez, Garay y algun otro durmieran en el departamento de los médicos de la Cárcel,

que aunque nada confortable, era hasta lujoso en comparacion del horrible dormitorio de los presos: con mil trabajos entró la cena, y los que no logramos ser llevados al cuarto de los médicos pasamos la noche más infernal que pueda imaginarse.

Los inmundos animalejos habitantes de la galera, el insoportable humor que despedían tantos cuerpos humanos allí hacinados, y el calor sofocante que se dejaba sentir, nos impidieron conciliar el sueño ni por un momento, haciendo que deseáramos que amaneciese cuanto ántes.

Á otro día empezamos á tener noticias *de afuera* por los nuevos presos que iban llegando, tanto políticos como criminales.

La tarde anterior habían sido cerradas las escuelas de Jurisprudencia, Medicina y Preparatoria para impedir que en ellas se reuniesen los alumnos; esta medida produjo el alboroto que era natural: rechazado el elemento estudiantil de los Colegios, donde se hubiera contentado con gritar á más y mejor, fué á dar á la calle don-

de podía romper faroles y armar tumultos. Un numeroso grupo formado sin saber como, de otros más pequeños que había en las calles de la Encarnacion, Santa Catalina y San Ildefonso, empezó á moverse sin concierto ni objeto; pues aun no podían saber todas las prisiones llevadas á cabo con una rapidez asombrosa que ojalá se empleara en la persecucion de los verdaderos criminales.

Comentaba las noticias que á cada instante le llevaban mensajeros oficiosos, veía las Escuelas cerradas, la guardia de los vecinos cuarteles sobre las armas, sabía que la casa de Garay y otras habían sido visitadas por la policía y discutiendo en medio del arroyo sobre la situacion nada determinaba, cuando una voz dada al acaso lo sacó de su perplejidad.

—¡A la Diputacion! gritó el anónimo caudillo y todos obedecieron.

Los curiosos, los desocupados y el pueblo se unió al grupo y un rio de gente se desbordó por las calles del Reloj, Seminario y frente del Palacio Nacional, sembrando la alarma

y el espanto entre la gente pacífica y los tímidos comerciantes que se apresuraban á cerrar sus almacenes.

Las guardias de Palacio tomaron las armas, formáronse, y pretendieron por intimaciones disolver la reunion; pero desoído el mandato, se continuó adelante hasta llegar frente á la Diputacion.

Allí ya formaba una muchedumbre imponente que ocupaba el gran trecho comprendido entre el portal y el jardin: gritos de todas clases dejábanse oir y todo auguraba que alguna escena parecida á las de Noviembre iba á repetirse, si los gendarmes en gran número no acuden y cubren el frente de la Diputacion y pistola en mano acometen á la multitud, dispuestos á hacer fuego.

Los grupos lanzaron grandes gritos, y huyeron en todas direcciones, no sin que fuesen aprehendidos algunos estudiantes rezagados, entre ellos Genaro Aristi y Juan Pérez, ó sea Joaquin Clausell, que tomó aquel nombre.

No volvió á alterarse la tranqui-

lidad pública aquella tarde, y no obstante, numerosas patrullas empezaron á circular por las calles.

El Correo del Lúnes, único periódico que publicó la protesta de los estudiantes, fué recogido por la policía cuando ya había tenido tiempo de circular bastante. El Monitor Republicano fué detenido el mártes en la mañana hasta que no fué concienzudamente leído de cabo á rabo por Don Ignacio Bejarano, Oficial Mayor del Gobierno del Distrito y que este señor no declaró que podía repartirse y venderse.

En la mañana del mártes, nuevos presos fueron llegando: Cárlos Basave, Leon Malpica Soler, Lamberto Cabañas, Arturo Alvaradejo y Martínez Calleja fueron á hacernos compañía.

Continuaba persistente el rumor de que seríamos enviados á Yucatan y esto alarmó á toda la sociedad mexicana que decidió interceder por nosotros; en tanto, nada nos faltaba en la cárcel, pues de todas partes se nos enviaba ropa, camas, alimentos y cuan-

to podíamos necesitar, y empezaron á afluir los visitantes, que eran despedidos porque no se nos permitía comunicarnos con nadie.

La prensa independiente empezó una ruda campaña en favor nuestro: EL PRECURSOR POLITICO, LOS ESTUDIANTES, EL MONITOR, LA VOZ DE MÉXICO, EL TIEMPO, EL PABELLON ESPAÑOL, EL FORO, LE TRAIT D'UNION, y otros atacaron duramente al Gobierno: "Así proceden los tiranos," le dijo alguno; LA PATRIA, LA PRENSA y EL SIGLO XIX, aunque gobiernistas, se dolieron de la suerte que nos tocára y pidieron nuestra libertad; sólo EL PACTO FEDERAL, LA REPUBLICA de Don Telesforo García y que redactaba Búlnes, y EL PARTIDO LIBERAL, dirigido por el antiguo lerdista y hoy Gobernador del Estado de México, el General José Vicente Villada, se ensañaron para con nosotros y clamaron por que se nos aplicasen los más severos castigos; EL NACIONAL, de Esteva, *se sumió* en toda regla.

Ese día 7 tambien vimos entrar á la cárcel á Benito Nichols, el dueño

de la imprenta donde se había tirado la protesta.

A medio día hubo una nueva manifestacion de estudiantes promovida con el objeto de pedir la libertad de los presos, cuyo número, como no se sabía de cierto, se exageraba y acerca de los cuales corrían las más alarmantes y diversas versiones. Ya se decía que íbamos á ser desterrados; ya que enviados á Yucatan ó á Ulúa, ya que se nos condenaría á dos años de prision; ó ya en fin, que seríamos puestos en libertad á los pocos días.

Como la policía buscaba con empeño á Guillen y á algunos otros, la alarma que había en las escuelas era grande y muchos padres de familia dejaron de enviar á sus hijos al Colegio y no pocos estudiantes se ocultaron; sin embargo, esa manifestacion del mártes estuvo bastante concurr'da.

Más de quinientos colegiales se reunieron en la calle de San Andrés, donde vivía el Ministro de Gobernacion, y en un momento la obstruyeron de tal modo que impidieron el tránsito de los carruajes y wagones: los cu-

riosos, que nunca faltan en México, se agolparon al instante y la multitud pasaba ya de mil personas.

Entró una comision á hablar con Romero Rubio, y le manifestó el objeto de su visita; el Ministro contestó en términos vagos que á nadie dejaron nada satisfecho.

Una vez salida la comision, uno de los que la formaban dió cuenta en alta voz del resultado de la conferencia, y como éste nada satisfactorio era, empezaron los estudiantes á lanzar desaforados *¡mueras!*

Los asustadizos echaron á correr, los almacenes y tiendas se cerraron con precipitacion, y el grupo, despues de desgañitarse gritando mueras á todo el mundo, se disolvió por las calles del Cinco de Mayo, Vergara y esquina de San Francisco, sin que la policía lo inquietase en lo mas mínimo, pues no tenía noticia de la manifestacion. A la media hora ya estaban llenas de patrullas todas las calles de la ciudad.

Ese mismo día decía el Diario Oficial con el mayor desplante, que

se había procedido contra periodistas y estudiantes "porque habían hecho demostraciones públicas contra la autoridad y por ser autores ó reproductores á su vez de un libelo anónimo en el cual se incitaba á la desobediencia de una manera sediciosa."

Por supuesto que Don Darío Balandrano, el fósil del periódico oficial, fué puesto por los otros diarios por tal barbaridad como Dios puso al perico, verde, y durante muchos días tuvo sarna que rascar.

El miércoles se llevaron á cabo nuevas prisiones y vimos llegar á Pedro Salazar, Daniel Vergara, Ricardo López, Tomás Moreno, Amado Olguin, Antonio Escobar y Manuel Gallegos. Los cinco primeros, en union de Aristi, Clausell y Martínez Calleja fueron consignados por el Gobernador á un mes de arresto en la Escuela Correccional, vulgarmente llamada *Momolucos;* allí se les rapó á peine y se les sujetó á rigurosa y hasta tiránica disciplina. (1)

---

(1) El 20 de Julio, el Juez Garfias ordenó que fuesen puestos en libertad esos detenidos.

Tambien estaban presos Azpeitia y Silva, los pegadores que fijaron la protesta en las esquinas; cerca de veinte días permanecieron en Belen, hasta que el Juez, obrando en justicia, los puso en libertad el día 24.

Don Joaquin Trejo, de El Siglo XIX, tambien fué aprehendido el lúnes en la noche por equivocacion; se le dejó en libertad y sin embargo, á los pocos días se le volvió á aprehender y ya entónces por órden expresa.

Gándara de Velasco asimismo volvió á la cárcel, aunque no por asuntos políticos.

Tuvimos noticia ese día de que el anterior se había publicado una nueva protesta de los estudiantes, motivada por las prisiones llevadas á cabo; á esa protesta se debieron muchas de las nuevas prisiones, entre ellas la de Don Epifanio Orozco, dueño de una imprenta en la calle de las Escalerillas, y que fué el que la imprimió.

Ese mismo miércoles supimos que se nos iba á procesar por los delitos de sedicion, rebelion y conspiracion y que estábamos consignados al Juez

2º de Distrito, Lic. Luis G. Garfias; oímos todo aquello poniendo unas caras muy largas, pues conocimos que el Gobierno quería vengarse de nosotros hasta donde pudiera y quitarse el miedo que tenía, inspirando miedo á la Nacion; pero como no tenía aquello remedio nos dejamos conducir á la Cárcel de Belen.

Al notificársenos la causa de nuestra prision, Juvenal nombró defensor al Lic. Don Ingnacio Luis Vallarta; este señor con mucha cortesía se excusó, así como Don Justino Fernández y entónces nombramos defensores á los Licenciados Eduardo Viñas, José María Lozano, Francisco Alfaro, Manuel Vázquez Tagle, Manuel Prieto, Fernando Duret, Francisco de P. Segura y Juan R. Esparza.

En Belen no nos incomunicaron, por fortuna, y desde luego comenzamos á recibir visitas; se nos destinó una pieza de la distincion, donde nos acomodamos como pudimos, aunque bien incómodamente.

Entre tanto, la expectacion pública era inmensa; tantas prisiones,

tantas expulsiones, tal aparato de fuerza, de poder, de energía y de encarnizamiento, disgustaron profundamente á la sociedad y la hicieron temer que se cometieran los mayores excesos; los periódicos eran acogidos con ansia y en los Estados era tal la agitacion, que se pedían á México noticias de los sucesos, por medio del telégrafo.

El Congreso de Estudiantes, despues de una prolongada sesion, acordó acusar al General José Ceballos, Gobernador del Distrito, por la prision arbitraria de los Estudiantes: el escrito de acusacion fué firmado por el Presidente de aquel cuerpo, Salvador Cancino y por el 2° Secretario Adolfo Paz. (1)

La acusacion pasó á conocimiento del Juez 2° Correccional, Lic. Gonzalo Espinosa; pero *estaba escrito* que no había de prosperar; el Gobernador llamó á Cancino y á Paz, con el pretexto ostensible de preguntarles lo que

[1] No firmó ese escrito el 1er. Secretario, Luis G. de Villaurrutia, por encontrarse ausente en San Angel, segun lo hizo constar algunos días despues.

se proponían hacer, aunque con la mira verdadera de amedrentarlos: aquellos respondieron con dignidad y todo quedó en tal estado, pues el juez nada hizo en la acusacion.

Todavía vimos llegar á los señores F. Gutiérrez Pico y Alfredo Heredia, redactores de EL PELAYO, que fueron encarcelados á consecuencia de la enérgica defensa que de nosotros emprendieron.

El Juez Garfias empezó á trabajar activamente en la causa y con mucha frecuencia iba él á Belen ó éramos llevados al Palacio de Justicia para las declaraciones, careos y demás diligencias; hubiera terminado pronto las causas si el deseo del Gobierno de castigar al mayor número posible de gente y el afan de fastidiarnos y hacernos aparecer como unos grandes criminales, no le hubiera hecho multiplicar al Juez las diligencias y buscar una ley severa que aplicarnos. Al fin resultó una cosa chistosa y que sólo ocurre en este país: resultó que no había ley para juzgarnos y que se nos quería apli-

car la de conspiradores de 12 de Diciembre de 1856.

¡Esto era el colmo de lo ridículo! ¡Conspiradores una docena de estudiantes y otra de periodistas que á voz en cuello manifestaban sus opiniones y que cuando mucho nada más sabían gritar ¡mueras! Aquella barbaridad, por no decir estupidez, no tenía perdon de Dios!

De los Estados empezaron á llegar noticias no muy consoladoras para el Gobierno, pues le demostraban que la opinion pública estaba decididamente en contra de él y en favor do los presos; y llegaron asimismo muchas protestas.

Los estudiantes de Pachuca publicarón una muy enérgica que fué causa de que los autores de ella se vieran perseguidos y encarcelados, segun tendremos ocasion de ver. En Puebla, el Gobierno local entró en alarma y llenó una noche de policía el Colegio del Estado, pues supo que los colegiales se iban á sublevar, y se apoderó del borrador de la protesta que iba á publicarse al día siguien-

te. En San Luis Potosí ocurrieron sucesos semejantes en el Instituto, y debido á la diligencia de las autoridades no vió la luz otra protesta.

En Campeche, los estudiantes del Instituto, Rafael Perera, José López y Antonio Rodríguez, publicaron una protesta en el periódico EL TELÉMACO que les abrió las puertas de la prision y les tuvo largos meses en ella.

De Valle de Santiago llegó un telegrama de condolecencia por la situacion que guardábamos y al mismo tiempo de felicitacion por nuestra energía.

La niña Guadalupe Sánchez, la pequeña oradora, fué á visitarnos y nos dirigió un discurso que fué muy aplaudido y celebrado por la pequeñez de la que lo pronunció.

Y en tanto que los procesos respectivos se instruían con aparente rapidez por el Juez Garfias, se nos hacía objeto de venganzas que por lo pequeñas resultaban ruines; se adoptaron medidas para restringuir la licencia qne para visitarnos se había concedido, en vista del número con-

siderable de personas que iba á vernos; segun los cálculos que hicimos, hasta el 16 de Julio, nos habían visitado más de 14,000 personas.

El 14 de aquel mes, día en que la colonia francesa conmemora la toma de la Bastilla, como se dijese que iba á haber una manifestacion en favor de nuestra libertad, se doblaron las guardias de la prision, se llenó de gendarmes la alcaidía y el Inspector de Policía se estuvo todo el día en Belen.

Al siguiente, 15, día de San Enrique, santo de Juvenal y de de los Ríos, felicitamos á nuestros compañeros de cautiverio, y el segundo sobre todo recibió muestras de simpatía, cartas y telegramas de muchos puntos de la República.

Habiendo apelado del auto de bien presos, pasaron los procesos en lo conducente, al Magistrado de Circuito, Lic. Andrés Horcasitas, que de Chihuahua fué traido á México por Don Cárlos Pacheco, y del que no esperábamos grandes bienes, pues aunque jóven no demostraba mucha independencia de carácter.

El promotor del Tribunal lo era el Lic. Don Isidro Montiel y Duarte, antiguo periodista y viejo liberal, del que por sus antecedentes se esperaba que obraría con toda entereza y rectitud, llegóse á decir que se excusaría de conocer en la causa que se nos seguía; pero su hermano Don Julian se apresuró á desmetir ese rumor y afirmó que Don Isidro no había pensado tal cosa y que estaba dispuesto á cumplir con su deber.

Y miéntras el proceso siguió su curso, los presos procurábamos pasar la vida en la cárcel lo ménos mal posible. Juvenal llegó á enfermarse seriamente y se dispuso que pasara al Hospital; repugnándole, y con sobrada razon, ir al de San Pablo por sus pésimas condiciones y peor asistencia, pidió ir al militar de San Lúcas, y si esto no era posible, al de Jesus, que en union del «Béistegui» son los mejor atendidos, como que no dependen de la Beneficencia Pública. Ni una ni otra gracia se le quiso conceder y continuó curándose en la cárcel como pudo.

Garay y otro estudiante de Medicina, se dedicaron á curar á los presos de las enfermedades agudas que les sobrevenían, y á estudiar.

Carrasco y Carrillo tuvieron que suspender la publicacion de sus periódicos, «por la excesiva libertad de imprenta de que se disfrutaba,» segun lo dijo al público el segundo.

Don Ricardo Ramírez se pasaba los días exponiendo teorías, buscando leyes y textos y discutiéndolos con de los Ríos.

Los demás, segun nuestras inclinaciones, leíamos ó estudiábamos, especialmente Alvaradejo, Cabañas y yo que ya estábamos para concluir nuestras carreras; aprovechando aquella forzoza clausura no soltábamos de la mano el libro.

En la noche teníamos una pequeña tertulia que duraba hasta las nueve, hora en que todos los monjes debiamos de recogernos y apagar las luces.

Un día que visitaron la cárcel los Licenciados José Hipólito Ramírez é Ignacio Cejudo, miembros de la jun-

ta de Vigilancia y vieron la estrechez en que vivíamos, nos cedieron el salon de las juntas, lo que les agradecimos mucho, pues nos proporcionaron más holgura.

Mi padre, que por los periódicos supo el lugar donde estaba, voló á México, fué á verme y tanto me regañó y se enojó en un principio que temí que la emprendiera á trancazos conmigo; al fin conseguimos que se calmara y aun llegó á decir que tuve razon al hacer lo que hice, cuando le demostramos la justicia de nuestro proceder.

Tambien mi anciana abuelita y el viejo y severo Don Serapio á pesar de los años y achaques de ámbos, emprendieron el viaje, sólo por verme y consolarme, y las lágrimas de ella me conmovieron más que el discurso semi-subversivo que á mis compañeros de prision, y á mí nos espetó el dómine, exhortándonos á que no diéramos nuestro brazo á torcer y á que lucháramos denodadamente con la tiranía.

Mi padre y abuelita permanecie-

ron en México miéntras estuve en la cárcel.

Las diversas comisiones y particulares que solicitaron nuestra libertad no recibieron respuesta satisfactoria, y una comision de señoras que llevando una peticion calzada por miles de firmas de señoras de todas las clases sociales, se acercó al Presidente, sufrió un desaire, pues despues de esperar largo rato al General Díaz en su casa, resultó que éste se había ido al Alcázar de Chapultepec.

Siquiera porque se trataba de señoras respetables, se debía haber tenido más miramientos con ellas.

Los principales diarios de la Capital y de los Estados, siendo el primero de entre ellos EL REPRODUCTOR, de Orizaba, dirigido por Don Gregorio Aldasoro, escribieron muy buenos artículos demostrando la injusticia que se cometía con nosotros y lo equitativo que era que fuésemos puestos en libertad.

Por miles verdaderamente llegaron las solicitudes y telegramas de toda la nacion, el día 15 de Septiem

bre, día del santo del General Díaz y víspera del aniversario de la Independencia. El Presidente contestó algunas diciendo que nada podía hacer por estar consignados á un juez.

Las expulsiones no cesaban y entre los que fueron expulsados de las Escuelas Nacionales, además de la mayoría de los presos, recuerdo á Juan Uribe de Jurisprudencia y á un hermano suyo de la Preparatoria.

Tambien las prisiones continuaban: García y Francisco Trespalacios, estudiantes, fueron encerrados en Belen, el popular y conocido Don Trinidad Martínez, el *general*, el vendedor de periódicos de la alacena del Portal de Mercaderes, tambien fué reducido á prision el 24 de Julio, por acusársele de sedicion.

De igual delito fué acusado el periodista Don Joaquin Trejo, y por él encarcelado como ya he dicho.

Los estudiantes de Pachuca que fueron á dar á la prision se llamaban Mariano Domínguez Illanez, Napoleon Romero, Manuel Pérez Baca, Manuel Lara, Filiberto Esquivel, Fili-

berto Rubio, Claudio Castro, Eleuterio Castillo, Leonardo Sánchez, Agustin Benítez, Manuel Escudero y Adolfo García. El Juez de Distrito de Pachuca comenzó con procedimientos idénticos al de México y aquellos compañeros de desgracia permanecieron presos algunos meses, y aun algun estudiante de entre ellos, salió ya abogado.

En efecto, Napoleon Romero, que ya estaba muy próximo á sustentar su exámen profesional, no suspendió los preparativos, no obstante el proceso que se le seguía, y el día 17 de Agosto, el jurado calificador se constituyó en la cárcel y examinó á Romero, aprobándolo por unanimidad de votos.

Tal era entónces nuestra suerte: ni para asuntos tan importantes se le permitía á uno abandonar su encierro, aunque fuese con las precauciones debidas.

Los que vivíamos en Belen creíamos que nos sucedería lo mismo que á Romero, pues además de que la instruccion de los procesos iba larga, no

abrigábamos ni la más remota esperanza de salir absueltos.

A mediados de Agosto quedábamos aun en Belen, treinta y dos presos políticos y empezaron á ser las *vistas* de los autos apelados.

El Tribunal de Circuito dispone de un local demasiado estrecho que se llenó nada más con las personas que tenían que estar presentes, no quedando apénas trecho para el numeroso público que ansioso de presenciar los debates acudió al Palacio de Justicia é invadió los patios y los corredores.

Gran número de gendarmes y policías secretos fueron distribuidos por todo el edificio, como si se tratara de la vigilancia de grandes y execrables criminales.

Juvenal fué el primero que se sentó en el banquillo de los acusados.

Sus defensores eran los Lics. José María Lozano, que con justicia gozaba de fama de gran constitucionalista; Eduardo Viñas, una de las eminencias del foro mexicano y Fran-

cisco Alfaro, fogoso orador que ya había tenido ocasion de distinguirse en los jurados populares.

La voz de la acusacion la llevaba el Lic. Isidro Montiel y Duarte, persona tambien de profundos conocimientos.

El papel de los primeros era fácil, pues no obstante que se habían acumulado cargos y cargos sobre todos y cada uno de nosotros, estábamos absueltos de antemano por la opinion pública y aquellos cargos eran más ficticios que reales; en cambio el fiscal desempeñaba un papel odioso hasta cierto punto y tenía que suplir con elocuencia y sofismas lo que á su requisitoria faltase de lógica y fundamento. Además; en la persona del señor Duarte había el antecedente de que en la época de Lerdo fué periodista y combatió rudamente desde las columnas del SIGLO XIX los abusos y arbitrariedades que este gobernante cometió.

Era demasiado preciosa esta circunstancia para que los defensores la desaprovecharan, y efectivamente

desde que empezaron los debates, Viñas y Lozano no dejaron de hacer reminiscencias del pasado de Montiel y de hacerle ver la diferencia de la conducta que observaba como fiscal de la que observó siendo periodista.

El señor Montiel se conmovió en ocasiones, otras mostró abatimiento de tal modo que parecía que él era el acusado; tambien demostró altivez, hasta que no pudiendo contener su temperamento algo irascible y agravado por una enfermedad crónica, estalló y en su pedimento, elocuente en medio de todo, dió á conocer la profunda contrariedad de que estaba poseído, el *mal humor* que tenía, segun dijo la prensa.

Y á falta de razones y fundamentos para apoyar el fallo del Juez de Distrito, pescó por los cabellos la primera teoría que le pasó por la imaginacion y recurrió á la.... *funcion psicológica*, á la famosa Psicología que desde entónces se hizo célebre y que ha servido para atornillar á más y mejor á los periodistas independientes y para encarcelarlos cada jueves

y domingo, pues la teoría abre puerta franca á toda clase de prácticas y abusos.

Hela aquí tal como la hubo formulado el señor Montiel y Duarte en una obra de derecho que escribió y de la que leyó lo conducente en la audiencia.

«Puesto que las leyes no han establecido un criterio seguro, puesto que no exigiéndose ni semiplena prueba para que se tenga por exigible la responsabilidad criminal del detenido, no hay una medida exacta á que deba sujetarse el procedimiento judicial en este punto; y «es de tal manera libre la funcion psicológica que el alma ejerce al hacerce la apreciacion de los datos que arroja la sumaria bajo este aspecto» que aun cuando se exigiera prueba semiplena para poderse fundar el auto motivado de prision, con todo eso, llegado el caso de tener que apreciar los fundamentos de un auto movido de prision, no habría base segura de que partir.

«Todo depende de la impresion

que el indicio ó indicios hagan en el ánimo del Juez, sin que pueda haber razon para asegurar que tal ó cual indicio no hizo en el Juez la impresion bastante para que creyera en la responsabilidad criminal del detenido, ó por el contrario, que habiéndola hecho confesó haber recibido tal impresion» ...... «Todo este punto depende de las condiciones personales del Juez y del detenido, de la naturaleza particular de los indicios y de las circunstancias peculiares del hecho, como lo comprende el criminalista ménos acostumbrado á hacer el exámen analítico de autos motivados de prision y de sus respectivos fundamentos.

«Y de todo esto resulta que la legislacion vigente deja al prudente arbritrio del Juez la calificacion de los datos que puedan servir de fundamento á un auto motivado de prision.»

Aquella teoría fué acogida por la prensa del mismo modo que un juguete nuevo por un muchacho malcriado: todos los días la comentaban

los periódicos, la dedicaban artículos ó párrafos de gacetilla, la ridiculizaban, la discutían, la volteaban al derecho y al revés y la abreviaron llamándola simplemente *psicología*, acabando por hacerla célebre y perdurable de tal manera, que aun hoy, no obstante el tiempo transcurrido, se emplea para significar las persecuciones y castigos que sufre la prensa independiente de parte del Gobierno.

El Magistrado Horcasitas al dictar su sentencia no se detuvo mucho en estudiar las razones alegadas por los defensores, y cortando por lo sano, confimó en todas sus partes el fallo de Garfias y adoptó á ojo cerrado toda la teoría de la *funcion psicológica*, reproduciendo íntegros los párrafos copiados más arriba.

Esto acabó de quitarles la esperanza á los pocos que la habían alimentado, de que el Tribunal de Circuito nos absolviese ó por lo ménos nos diese libertad bajo caucion, como algunos la solicitamos.

Poco á poco continuaron las vistas y en todas ellas se repetían las

mismas escenas de enojo de parte del señor Montiel y Duarte y hablaba nuevamente de la "psicología."

Algunos presos nos desistimos de las apelaciones que habíamos intentado y resolvimos esperar pacientemente la sentencia que todavía tardó algunos días en dictarse.

El quince de Septiembre, los estudiantes y los obreros celebraron como de costumbre su fiesta, y Cárlos Robles, (de Jurisprudencia) en el discurso que pronunció en el Teatrro Hidalgo no dejó de enviarnos un cariñoso recuerdo, así como otros oradores.

El Gobierno por su parte tampoco olvidó á los pobres presos: la guardia de Belen fué aumentada ese día y el siguiente en doscientos cincuenta hombres, y durante toda la noche un empleado de la Alcaidía permaneció en ella, listo para comunicarse con la Inspeccion por si ocurriría cualquier incidente.

Como había algunos presos pobres, los generosos donativos que se recibieron sirvieron para aliviar su

triste suerte: en cambio la prensa asociada, esa institucion enteramente inútil, nada hizo por sus compañeros.

Segun tuvimos noticias, en Monterrey tambien hubo varias prisiones por cuestiones políticas, y á ese paso las cárceles iban á llenarse de periodistas y estudiantes: el surtido de Belen aumentaba constantemente. Haciéndose eco de la opinion pública el diputado independiente Agustin Rivera y Río, propuso al Congreso una ámplia amnistía para todos los acusados de delitos políticos; por supuesto que la mayoría, compuesta de serviles, mandó noramala la proposicion, pues sólo veintisiete estuvieron por ella.

El Gobierno se salió al fin con la suya y despues del pedimento del Promotor Lic. Luis la Labastida, que nos puso como chupas de dómine y que trató muy mal á la prensa diciéndole entre otras lindezas que «se había hecho reo de crímenes» se dictó sentencia en nuestra causa el 19 de Septiembre.

En ella se condenaba á Enrique Chávarri, Adolfo Carrillo y Trinidad Martínez á la pena de prision por espacio de siete meses, quince días y multa de 300 pesos ó un mes más de prision.

El Señor Joaquin Trejo, y los estudiantes Cabañas y Alvaradejo fueron dados por compurgados con el tiempo que pasaron en Belen. En cuanto á Luis Guillen, Antonio Hernández, Ernesto Sánchez, Joaquin Arriaga, Emilio Castellanos, Juan Beltran y F. Huitrado, que no pudieron ser habidos, quedó abierto el proceso para cuando fuesen aprehendidos; pero como duraron algun tiempo fuera de México, nadie se volvió á acordar de ellos.

Los demás fuimos sentenciados á tres meses de prision.

Alvaradejo, Trejo y Cabañas tuvieron alguna dificultad en salir de Belen, no obstante la sentencia, pues como habíamos apelado los demás, el Juez alegaba que ya no tenía jurisdiccion sobre ellos. Al fin, mediante caucion obtuvieron su libertad y án-

tes de abandonarnos, Trejo nos dejó estos versos que acaso olvidó muy pronto:

A MIS COMPAÑEROS DE PRISION.

En las alas del aura que embelesa
Cual eco de una música sentida
Los más gratos rumores de mi vida
Vienen á acompañar nuestra tristeza.

Si tiembla el corazon á la caricia
Del sér amado que se encuentra ausente,
No doblegamos al dolor la frente
Ni al peso de la bárbara injusticia.

¡Cuántos se mezclarán, gritos profanos
Del viento vagaroso entre los giros!....
En cambio, ¡cuántos plácidos suspiros
Vendrán á consolar á mis hermanos!

El deber y el honor del prisionero
Los sabremos cumplir firmes y juntos;
La cárcel y el desprecio son dos puntos
Opuestos y elegimos el primero.

Ya que se nos confunde con el crímen,
Dejo en el vuestro y en mi nombre escrito:
Reincideremos siempre en el delito
Del que el Pueblo y la Patria nos redimen.

Prision de Belen. Septiembre de 1885.

El mérito de estos versos, como se vé, no es grande: pero los copio para dar á conocer cómo pensaba su autor en aquella época.

Apénas se supo el resultado de

la sentencia, empezaron á llegar donativos para el pago de las multas que se nos habían impuesto: las señoras de México y el Círculo Obrero colectaron regulares cantidades y el Congreso de Estudiantes nos envió cien pesos, mas como eran exclusivamente para los alumnos presos, manifestamos que bajo ese concepto no los podíamos admitir desde el momento que los otros donativos no habían hecho distincion alguna entre estudiantes y periodistas. El Congreso nos dió la razon y no puso limitacion al donativo.

Los sentenciados á tres meses, creíamos salir libres el 8 de Octubre, fecha en que se cumplían los tres meses de prision segun la sentencia: pero no contábamos con la voluntad de los apreciables señores Montiel y Duarte y Horcasitas: el primero pidió, y el segundo falló el día 6 de ese mes que Juvenal y Carrillo permanecerían siete meses diez y ocho días presos y que pagarían $312.50 de multa ó un mes más; y que Ramírez, Ríos, Malpica, Basave, Castillo, Martínez y

yo, duraríamos cinco meses dos días y que la multa que cada uno había de pagar fuera de $208.

Acaso hizo esto último el Magistrado de Circuito en vista del gran éxito que las suscriciones promovidas para ese pago, tuvieron en toda la República.

Pasó la causa á la Suprema Corte; pero entre tanto empezamos á gestionar nuestra libertad bajo de fianza y al fin la obtuvimos el 16 de Octubre, la mayoría de los presos, á pesar de la última dificultad que consistió en que no se había notificado al alcaide que quedábamos á disposicion de la Suprema Corte.

Sólo quedaron en Belen *para mártires al Japon*, como dijo EL MONITOR, Juvenal, Carrillo y Martínez.

Apénas Carpio nos avisó que estábamos libres, aviso que ya esperábamos, abracé con efusion y precipitadamente á mis pocos compañeros de cautiverio que aun quedaban, me cité con los que salían, para el día siguiente, repartí algunas monedas entre los presos que mejor se habían

portado con nosotros, tomé mi sombrero y mi boleta de libertad, despaché mis muebles, y tarde se me hacía por salir de la Alcaidía.

Estreché por última vez la mano de Don Cárlos Carpio, el alcaide, me precipité en los brazos de mi abuelita y de mi padre que ya me esperaban, dí algunos pasos, se abrió una puerta y me encontré libre!

¡Con qué ansia, con qué desahogo, con qué alegría, respiré el aire de la calle, que me pareció lleno de agradables perfumes, no obstante que la plazoleta de Belen no es de las más aseadas de México!

Allí estaban Asuncion y sus hijos, Feliciano, Mondragon, muchos amigos que me felicitaban: pero el mismo exceso de alegría hacía que pareciera yo distraído y apénas contesté á sus felicitaciones.

Tan á tiempo había sido mi libertad, que al siguiente día me tocaba examinarme del último año de Derecho. Como en la cárcel no perdí el tiempo, ningun inconveniente tuve en presentarme y salí aprobado.

Desde luego empecé á preparar mi exámen final, pues sin saber yo la causa mi padre me urgía para que aquel fuera cuanto ántes.

Atribuí aquella premura al deseo que tenía de volver á su pueblo y de llevarme consigo; pregunté á la abuelita, pero ella permaneció muda y triste, contestándome con sollozos únicamente.

Entre tanto se arregló la boda de Asuncion con Mondragon: éste tambien ya había acabado su carrera y justo era que legalizase y santificase una union pasajera y que la que lo había acompañado fielmente en su azarosa vida de estudiante y era la madre de sus hijos, fuese su eterna compañera.

A la boda asistió el buen ranchero aquel que de manera tan completa había sido engañado cuando el nacimiento de su primer nieto; aunque en un principió se manifestó resentido con nosotros por el engaño, al ver brincar á sus cinco traviesos nietecillos, se conmovió y decidió llevárselos consigo á su pueblo, donde hasta

su muerte, Mondragon se ocupó en curar á sus paisanos, al uso de los médicos....

Feliciano aun tenía que permanecer en México pues le faltaba un año de estudios que había perdido; y no queriendo continuar en la casa de la Cerbatana desde el momento en que la dejaban sus más constantes amigos, buscó habitacion en un barrio lejano, á donde se trasladaría tan luego como yo partiese...... á mi pueblo segun todos creiamos.

No olvidé el camino de Belen y casi todos los días iba á ver á los pocos prisioneros que esperaban aún que la Corte dispusiera de su suerte.

Al fin ésta sentenció á Juvenal y á Carrillo á cuatro meses quince días de prision y cincuenta pesos de multa; al *general* Martínez lo dió por compurgado, á nosotros nos sentenció á tres meses (los que ya habíamos extinguido) y á cincuenta pesos de multa, que pagamos con mucho gusto para saldar nuestras cuentas con la terrible justicia tuxtepecana y con la no ménos tremenda *psicología.*

El 22 de Noviembre, salieron Juvenal y Carrillo, de Belen, y con su libertad quedaba terminado el glorioso episodio de la *Deuda Inglesa* que dió principio en las calles, un año ántes, y que condujo á tantas víctimas á las mazmorras de Belen.

¡Qué final tan distinto del que habíamos soñado!

En los últimos días de Diciembre sustenté mi exámen profesional de abogado, y al recibir de manos del Secretario, González de la Vega, el oficio en que se me comunicaba el buen resultado de él, no pude contener un suspiro de tristeza, pues ese papel cerraba una épeca memorable de mi vida, época bella y feliz por más que estuviera llena de algunos sufrimientos y de pequeñas contrariedades: *había terminado mi vida de estudiánte.*



EPILOGO.



La reeleccion

I.

Con alegría melancólica recibí los abrazos que se me prodigaban y salí del Colegio no olvidándome ni del viejo Anastacio que fué el primero en darme mi nuevo título.

Mi padre tenía dispuesto un banquete en el Tívoli y allí nos dirigimos como treinta personas.

Subimos á un coche y en tanto que rodaba para el Tívoli, mi padre me dió una sorpresa anunciándome que al siguiente día iría yo á Vera-

cruz y al tercero me embarcaría para Europa.

—Es justo, Guillermo, me dijo, que despues de largos años de estudio y de la prision que acabas de sufrir, hagas un viaje y veas hombres, tierras y espectáculos nuevos y olvides lo pasado. Más adelante los negocios ó tantas circunstancias imprevistas te impedirían hacer este viaje, que veo como el premio de tus afanes . . .

Mi padre callaba algo más.

Temía que quedándome en México quisiera yo dejar desbordar toda la hiel de que suponía llena mi alma, y que era bastante, y que empezaran nuevamente para mí las persecuciones, la prision y los sufrimientos.

II.

Obedecí auque con alguna contrariedad y dos días despues navegaba yo rumbo á Europa.

Durante los dos años y medio que como judío errante recorrí el Viejo Mundo, los rencores que aun pu-

diera yo guardar se borraron por completo de mi memoria, y hasta la época de mi prision la veía como un tiempo lejano que había dejado dolorosos recuerdos en mi mente, pero no odio en mi alma.

Y á tal grado llegó mi indiferencia por lo pasado, que la lluviosa noche de Agosto de 1888 que bajé del tren en la estacion de Buenavista, ni aun tentaciones tuve de acercarme á México y desde luego ocupé un asiento en el Ferrocarril Central, decidido á no detenerme hasta llegar á mi humilde aldea, donde sería recibido con agradable sorpresa.

III.

¡Con qué alegría volví á ver aquellos hermosos campos donde había pasado mi niñez!

No me cansaba de admirar los mil paisajes pintorescos de las cercanías, y comparándolos con los variados que había visto, encontraba aquellos más hermosos y dignos de admiracion.

Los días empezaron á correr y tal vez por mi vida anterior de estudiante y de soltero, la vida monótona y tranquila del hogar empezó á tener para mí encantos inexplicables.

Aquellos lugareños rústicos y sencillos que al par que con respeto me trataban con cariño; la decrépita abuelita y el viejo dómine que se pasaba las horas oyéndome narrar mis viajes y mis aventuras de colegial, las frescas y sonrosadas serranas que se ruborizaban sólo de que les dirigiera la palabra, la tranquilidad de los pueblos pequeños, en fin, llegaron de tal manera á agradarme, qué insensiblemente pasaba el tiempo y no obstante que yo había anunciado que haría un viaje á México, siempre estaba dispuesto á encontrar pretextos para retardarlo.

IV.

Pronto conoció mi padre mi estado de ánimo y aprovechándose de él,

me inició en sus negocios y me anunció que estaba dispuesto á poner su fortuna en mis manos.

Tuve algunos reparos; pero acabé por aceptar: colgué mi título en la sala, dejé la levita y el sombrero fieltro, me vestí la chaqueta y el pantalon estrecho y en pocos meses me convertí en un completo ranchero.

Me dediqué á labrar el campo, olvidé mis sueños de ambicion y á la vuelta de algun tiempo mi matrimonio con una hermosa serrana me acabó de arraigar en aquel pueblo.

Los que me habían iniciado en la vida empezaron á descender al sepulcro, y á mi abuelita siguió mi padre y algun tiempo despues, Don Serapio, á quien mató la nostalgía de no tener ya chicos á quienes dar palmetazos, pues por su avanzada edad fué jubilado.

V.

Como único recuerdo de mi pasada vida de estudiante y periodista,

recibía yo algunos periódicos que leía, terminadas mis faenas cotidianas.

En ellos encontraba raras ocasiones, el nombre de algun antiguo compañero y amigo, que traía á mi memoria algun episodio de otra época que recordaba con complacencia.

En otras, cuando leía que aquel que yo conocí entusiasta y atrevido había olvidado sus antecedentes y dado muestras de debilidad ó de haber olvidado sus antiguas convicciones, me sentía desazonado y deploraba esa especie de desercion.

Hubiera querido que aquellos valientes estudiantes de mi tiempo se mantuviesen unidos y compactos, conservando su independencia y su fiereza para que cuando llegase el día de que á sus manos pasaran los destinos de la patria supieran regirla con honradez y acierto.

Pero ¡ay! esó cada día se iba haciendo más difícil hasta llegar á ser imposible.

VI.

Cuando ménos me lo imaginaba: en Mayo de 1892, un negocio urgente me sacó de la tranquilidad en que vivía y me obligó á trasladarme á México despues de una ausencia de seis años.

Varios días hacía que no leía ningun periódico y por lo mismo no estaba al tanto de los sucesos, así es que me llamó la atencion, cuando de la Estacion me dirigía al Hotel, oir gritos destemplados anunciando una manifestacion de los estudiantes.

Parecióme que el tiempo pasado había sido un sueño y que aun estaba en los en que se conmovía la ciudad por los alborotos de los estudiantes y en que el Gobierno llevaba soldados y cañones frente al Congreso.

Atraído por la novedad, apénas hube llegado al Hotel y arreglado mi alojamiento salí á la calle. Ahí supe que ese día iba á tener lugar una manifestacion reeleccionista de los estudiantes.

—¡Estudiantes y gobiernistas! dije, eso es una aberracion, un absurdo, una mentira!

Pero tuve que convencerme de que era cierto, y cuando ya cerciorado y decepcionado volvía al Hotel, tuve que detenerme en la calle de San Francisco, en el jardin de la casa de Escandon, pues la manifestacion empezaba á pasar.

VII.

Empleados de la Obrería Mayor y de las obras públicas, una música del Ejército y varias de los pueblos cercanos, muchos indios de Xochimilco, el indispensable y viejo conocido mío Don Pedro Ordoñez.... esto era todo lo que veía pasar.

—Y los estudiantes ¿dónde están? me preguntaba yo, porque no los veía.

Por fin los ví: unos cuantos presididos por un jovencito á quien no se por qué llamaban *Lagardere*, iban como avergonzados, como corridos

de estar ahí y de ser la minoría de la procesion.

Algunos gritos y vivas que nadie contestaba, eran la única señal de animacion que daban.

Las aceras de la calle estaban llenas de gente, y al dirigir la vista por la multitud que las obstruía, ya ví á muchos estudiantes, fáciles de reconocer por su libro bajo el brazo y el desden con que veían el desfile.

Y cerca de mí, ví un tompeate bastante lleno de pambazos, vigilado por un estudiante.

Al pasar *Lagardere* y demás, varias manos se introdujeron al tompeate.

—Tengan, *mantenidos:* si lo hacen por hambre allá van pambazos.

Y empezaron á llover pambazos sobre la procesion, en tal cantidad que daba gusto.

—¡Por fin! murmuré lleno de alegría, y creyéndome todavía estudiante cojí un pambazo y lo disparé sobre un reeleccionista que lo recibió en las narices.

Empezaron los vivas y los mue-

ras, los denuestos y las injurias: un grupo de trabajadores desertó de la procesion, rompió sus banderas, y los palos los utilizó como armas, pues empezaban las vías de hecho.

La policía reservada entró en escena y trató de llevarse á un jóven que estaba cerca de mí y que luego supe que se llamaba Adolfo Celada; se lo quité á un policía y entónces pretendió llevarme; pero un nuevo incidente que ocurrió frente al Palacio de Cristal lo distrajo y me dejó líbre.

—Aunque voy con éstos, no soy de ellos, gritaba un cargador *manifestante* á sus compañeros que le silbaban.

—Voy aquí porque me dieron una peseta por gritar *vivas*, decía otro reeleccionista.

La bola seguía, las deserciones continuaban; la malaventurada procesion iba cayendo y levantando, se improvisaban de tribunas los guardacantones y hasta se hacían algunas prisiones de estudiantes y de gente que en nada se metía.

VIII.

A las doce del día el espectáculo que ofrecía la gran Plaza de Armas era bastante pintoresco.

La procesion, cansada de andar y de ser silbada y ya muy mermada por las deserciones pensaba en disolverse; numerosos gendarmes á pie y á caballo y policías la cuidaban ¡pobrecita! el numeroso público se burlaba de ella; Carballeda daba órdenes como si estuviera en un campo de batalla; el policía Cabrera lucía su caballo, la guardía de Palacio estaba sobre las armas y en la azotea del Ayuntamiento los estudiantes presos contemplaban el espectáculo.

Los antirreeleccionistas, al ver á sus compañeros presos, se sintieron poseídos de furor y empezaron á gritar y á agitarse, promoviéndose un desórden mayúsculo.

Tirios y troyanos llegaron á las manos casi, los gendarmes daban palos ó sablazos, Carballeda recibió en

el rostro una *torta compuesta* que lo bañó de aceite, y por la corbata y la camisa ostentaba una sardina, algunas papas y unas rajas de chilpotle.

Fué el único *herido* de la jornada; muchos resultaron contusos de los golpes de la policía.

Y entre tanto las prisiones que se hacían eran numerosas.

IX

En la tarde y al siguiente día continuaron los alborotos, que aunqne en su mayoría se redujeron á gritos, en el barrio de Santa Ana asumieron un carácter serio.

Pedradas, carreras, vidrios y faroles rotos, muchos gendarmes, las calles llenas de gente y de soldados, noticias que daba todo el mundo; era en fin aquello un recuerdo de las gloriosas jornadas de Noviembre de 1884.

Aunque se notaba una diferencia grande; durante la discusion de la deuda inglesa se veía que si el Go-

bierno desplegaba aparatos de fuerza, era porque algo estaba obligado á hacer, tanto por su propio decoro como para que el motin no degenerase en una asonada ó acaso en una revolucion.

Pero en las bolas de la reeleccion se veía el temor del Gobierno: el deseo que tenía de ahogar toda manifestacion de la opinion pública; su afan por aniquilar aquella débil manifestacion de descontento.

Por más prisiones que se hicieron en 1884, su número no llegó á las que tuvieron lugar en 1892, no obstante que las manifestaciones de ahora no tuvieron ni la cuarta parte de la importancia de las de entónces.

En 1884 los batallones y piquetes, salvo en raras ocasiones, nada más nos asustaban: en la noche del 16 de Mayo de 1892, ví que la caballería, sable en mano, cargó con gran furia y simultáneamente por las cuatro calles principales de la Alameda, hasta el centro, como si hubiera estado en los campos de Waterloo ó de Sedan: se llevó una batería á Palacio,

la infantería ocupó militarmente la plaza de Armas, el Tívoli Central lo creyó el Gobierno una especie de torre de Malakoff y mandó caballería que la asaltase y por cierto fueron derrotados los dragones...... á botellazos por unos cuantos borrachos allí refugiados.

En 1884 un Presidente de la República atravesaba toda la ciudad en medio del tumulto y de la gritería, y no tenía miedo de codearse con el pueblo, en tanto que en 1892 un Inspector de Policía, mandaba cerrar las casas de comercio *por prudencia* y alarmaba sin motivo á la Ciudad....

¡Cuán mudados estaban los tiempos!

Hubo un momento que creí al ver aquellos aparatos de fuerza, que no estábamos en México sino en Jericó y que el Gobierno se figuraba que los estudiantes eran los israelitas que, ya no al son de las trompetas sino al eco de los gritos, iban á derribar las murallas y á pasar á cuchillo á todos los amigos y partidarios de la reeleccion.

Fué una energía ridícula la que se desplegó en esa ocasion.

X.

Para que se vea que no exagero, he aquí la lista de algunos de los presos de esos días:

Santiago Almazán, Benigno Alba, Ignacio Bátiz, Miguel Brito, Amado Modesto Barrera, Adolfo Celada, Manuel Castro, Daniel Cabrera (periodista,) Bonifacio Chávez, Candelario Duran, Antonio Díaz, Benjamin Díaz de Leon, Juan Elizalde, Ricardo Flores, Jesus Flores, Domingo González, José García Torres, Isidro González, Leandro Galvan, Mariano Gutiérrez, Juan Gómez, Jesus Huelgas y Campos, Rafael Herrera, Alejandro Luque, Pedro Lozano, Salvador Luna, Teófilo y Emilio Lara, Tomás A. Martínez, Luis Martínez, Querido Moheno (víctima despues de la *Psicologia,*) Gabriel Montero, Francisco Mascareñas, Teodoro Moreno, Enrique Mauria, José Mª Martínez, Cándido

Mendoza, Amado Olguin, Antonio Parra, Rafael Rosales, Miguel Ruiz Esparza, Leopoldo Rivera, Rutilio Rosado R, Modesto Romero, Antonio Romero, Daniel Rodríguez Borja, Francisco Romero y Cádiz, Sóstenes Serrano, Felipe Tenorio, Jesus Torres, Pascual B. Vargas, Paulino Valencia, Hilario Vázquez y Albino Zaragoza.

De periodistas, además de Cabrera del HIJO DEL AHUIZOTE, fué reducido á prision J. Antonio Rivera G. del DIARIO DEL HOGAR y el famoso Nicolás Zúñiga y Miranda que por esos días se metió á publicar un periódico. No pudieron ser habidos por entónces ni Gabriel González Mier ni Joaquin Clausell, del MONITOR.

Individuos del pueblo tambien hubo muchos presos, así como algun otro estudiante.

La policía andaba lista, las patrullas recorrían incesantemente la Ciudad, la guardia de Belen fué doblada...... en fin, parecía que había pánico.

Con tales medidas presto se calmó la efervescencia.

XI.

Y esta fué la última señal de vida que dieron los estudiantes.

Hoy están divididos profundamente, segun leo por los pocos periódicos que llegan hasta mi pueblo; gritan sin órden ni concierto por cualquier cosa y aunque han resucitado la gran idea del Congreso Nacional formado por todas las Escuelas superiores de la República; es muy bella la utopía para que la puedan realizar.

Más elementos para ello había en 1884 y no lo conseguimos.

De aquella generacion que luchó denodadamente quedan pocos fieles á su vieja bandera, tan pocos que se pueden contar con el dedo.

Ricardo Ramírez y Enríque de los Ríos tuvieron que emigrar al extranjero y hoy arrastran una existencia olvidada en México, ó empiezan á transigir.

Adolfo Carrillo vive miserablemente en los Estados Unidos.

Los que se agruparon en 1893 para vigorizar la oposicion en la prensa, encontraron como premio las mazmorras de Belen.

Clausell huyó de su patria, González Mier, el autor de la famosa oda «A Aténas,» vivió escondido y cuando el DEMÓCRATA renació, ya no pudo volver á él porque ya tenía éste ideas distintas de las del ex-estudiante.

El Lic. Viñas vive dedicado á los negocios de su profesion.

García Granados, J Antonio Rivera G., Lorenzo Miranda y otros vivieron un año en Belen á consecuencia de haber fundado LA REPÚBLICA.

Huelgas y Campos sufrió otro tanto por su NOVENTA Y TRES.

Y en 1893 volvió á darse el caso de que hubiera presos veintitantos periodistas.

XII.

La deuda inglesa, hoy ya definitivamente convertida, ha servido para crear el crédito de México en el ex-

tranjero y con el órden introducido en en el Erario Nacional, contribuyó al desahogo que hoy se nota en la Hacienda pública.

La reeleccion tenía que triunfar en 1892 como triunfó en 1896 y triunfará en 1900, pues el país se encuentra en general, bien hallado con la paz de que disfruta y teme lanzarse á una revuelta que lo haga retrogadar muchos años.

Por eso, aunque en muchos casos reine profundo disgusto, sobre todo por el aumento constante de los impuestos, ese disgusto ó se disimula ó se localiza sin poder llegar á hacerse general y producir una conflagracion, pues aun cuando producen bastantes males, la paz es causa de muchos bienes y neutraliza ese disgusto al grado que sólo se traduce en una oposicion platónica más ó ménos vehemente.

Por último, aunque se clama por la falta de libertades, esa falta no es nueva ni peculiar de México; aun en las democracias mejor organizadas, si es que existen, hay el mismo mal.

XIII.

Despues de tantos años como han pasado y tantos sucesos ocurridos, cuando algunos acontecimientos empiezan á borrarse de la memoria de los que los presenciaron y otros se han olvidado del todo, debido era que recopilados en un libro escrito sin pretensiones, y sólo con el fin de perpetuar el recuerdo de una época notable, aparecieran, no para reanimar á los que hoy alientan—á los cadáveres no se les reanima y la union de los estudiantes es un cadáver—sino para mostrarles el ejemplo de sus antecesores en las aulas y para darles el consejo de que olviden toda clase de ideas ajenas á sus estudios y se dediquen á sus libros, guardando para cuando tengan la edad suficiente sus energías y sus convicciones.

Entónces servirán mejor á sus ideales y á su patria, que ahora que son más bien carne de Belen y mártires desconocidos de una causa indefinible.

Alguien ha dicho de una manera bastante ruda, pero exacta:

«En ocasiones dadas la juventud escolar ha enarbolado bandera y asumido actitud política; ha dado su voto y emitido opinion y ha pretendido imponer por medios más ó ménos tumultuosos y violentos ese voto y esa opinion. Cada vez que esto ha sucedido se ha debatido en el Gobierno y en la prensa la conveniencia ó el derecho que de esos procederes deriva ó que los justifica; el problema parece resuelto, al ménos por parte del poder público, en el sentido de no consentir, ántes bien de reprimir vigorosamente las veleidades políticas de la juventud estudiosa.»

FIN.

